



TIEMPO DE
PROMESAS

ELENA
GARQUIN

Phoebe

ELENA GARQUIN

TIEMPO DE PROMESAS



Phoebe

Primera edición: enero de 2017

Copyright © 2017 Elena Garquin

© de esta edición: 2017, ediciones Pàmies, S. L.
C/ Mesena,18
28033 Madrid
phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-16970-02-5
BIC: FRH

Diseño de la colección y maquetación de cubierta: Javier Perea Unceta
Diseño e ilustración de cubierta: Calderón Studio

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Para las verdaderas Teodomira y Sabina, dos damas fuertes y valientes que se crecieron ante las adversidades y lucharon contra ellas hasta el fin de sus vidas, dejando un legado imposible de borrar.

Para Pablo y Gaspar, dos admirables guerreros de la modernidad cuyo valor y sentido del honor perviven entre nosotros como el mejor de sus recuerdos. Sé que los cuatro me miran con orgullo, allá donde estén.

In memoriam.

*De un lado nos cerca el Duero,
del otro, Peña Tajada.
La salida está en vencer,
y en el valor la esperanza;
la sangre de los infieles
enturbie del Duero el agua.*
Galib, año 941 de Nuestro Señor.

PRÓLOGO

BATALLA DE CASTROMOROS. SEPTIEMBRE DE 917

El día tocaba a su fin. Las sombras se acercaban a la siniestra alfombra de despojos humanos que ascendía la colina y traspasaba la entrada de la fortaleza. El resplandor de los fuegos que aún ardían en diversos lugares, junto con las columnas de humo, rompía el avance de la noche, simulando ser la entrada al mismísimo infierno. Nadie sabría decir dónde comenzaba tan macabro espectáculo.

Hombres y bestias parecían confundirse en una amalgama de carne ensangrentada que cruzaba el puente sobre el río Duero hasta más allá de donde abarcaba la vista.

Ni uno solo de aquellos dieciséis ojos de piedra quedaba libre de cadáveres. Las aguas habitualmente claras del río corrían rojas por la sangre de los soldados sarracenos. Sus bajas se contaban por miles sobre los campos castellanos.

El resultado de la batalla había remendado años de pillajes, saqueos, violaciones horribles y esclavitudes. Desde lo alto de la muralla podían contemplarse cuerpos desmembrados y moribundos que se arrastraban, sorteando las pilas de cadáveres, para terminar encontrando la muerte. La tela de los estandartes, cuyos mástiles aún se encontraban en las manos de sus portadores, cubría sus caras negruzcas. Las catapultas ya permanecían inmóviles, en un asedio al que las huestes del rey Ordoño acababan de poner fin.

Pero quedaba el olor. Aquel hedor insoportable, tan denso y potente que parecía eclipsar los alaridos desquiciados de los heridos y los lamentos de los moribundos.

Días antes, el contingente militar de Abderramán había rodeado la fortaleza que se alzaba en lo alto de un cerro, dispuesto a terminar con sus habitantes como antes lo habían hecho con tierras, animales y campesinos, pero el ejército cristiano lo había reducido a un número ridículo.

Los refuerzos leoneses, comandados por Ordoño, cayeron sobre los musulmanes por sorpresa, como ángeles de la muerte. Eran superiores en número, y sus caballos, más pesados que las monturas árabes que fueron sorprendidas en la retaguardia.

Los gritos de terror se convirtieron en salvajes alaridos de victoria cuando, al fin, los cristianos pudieron contemplar la cabeza seccionada de Abi-Abda, comandante de los ejércitos musulmanes, clavada en lo alto de la muralla, acompañando a la de un jabalí.

Solo era una representación. Nadie era tan estúpido como para creer que aquello significaba la victoria definitiva, pero sí eran conscientes de que suponía una enorme brecha en las filas sarracenas difícil de olvidar. Y tenían al artífice del éxito asomado a las almenas. Alto y orgulloso, con su porte regio enfundado en una cota de malla ensangrentada; tenía el sobreveste atado con un cinturón que sujetaba la funda de la espada y un gesto triunfal que abarcaba a todos. Llevado por un primitivo sentido guerrero heredado de su difunto padre Alfonso, el rey Ordoño alzó la pesada espada y reclamó para sí la plaza, con un alarido ensordecedor que fue secundado

por todos sus súbditos.

No se volvió cuando escuchó tras él los esperados pasos.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Muchas bajas?

—Insignificantes en comparación con las sufridas por los sarracenos, mi señor. Dos terceras partes de la muralla han sufrido serios daños, aunque no irreparables.

—¿Y los víveres?

—El ganado ha sido esquilado. El asedio hubiera dado pronto sus frutos de no haber acudido a tiempo. —Ordoño asintió apesadumbrado. Solo había que ver los cuerpos calcinados de las reses mezclados con los cadáveres humanos—. Pero los infieles no llegaron al silo. El grano almacenado en él parece suficiente para asegurar que no habrá hambruna. Os aman, mi señor. Con vuestra victoria, os habéis granjeado la fidelidad absoluta de quienes habitan estas tierras. Buscarán vuestra protección en un futuro.

—Me alegrará que así sea. El mejor de los amigos puede tornarse fácilmente en el más despiadado de los enemigos. Conviene tener cerca a ambos.

Los ojos del caudillo destilaban una prudente inteligencia cuando se clavaron en el hombre que le informaba. Odón de Montoya, conde de Trabada, era uno de los muchos notables que asistieron a su coronación como rey de León después de la muerte de su hermano García, uniendo con ello este reino al de Galicia, y que habían apoyado aquella campaña contra los moros con sus propios efectivos.

El conde rezumaba ambición por los cuatro costados. Se sabía poderoso, pero poseía la astucia necesaria como para reconocer en el rey un poder aun mayor al que no debía contradecir.

Ordoño controló el desprecio que sentía hacia él. Las maldades y atropellos cometidos por Odón eran tan amplios como sus dominios en Álava. Su ambición no tenía límites, pero no abandonó ni por un instante su actitud sumisa.

Con una breve sonrisa, el rey dejó su posición de altura con la intención de celebrar el triunfo con sus hombres, seguido por Odón y el resto de notables. Los guerreros se inclinaron a su paso, abriéndole un pasillo para que pudiera llegar hasta una pequeña elevación a la que Ordoño se encaramó para hacerse oír.

Los observó uno por uno. Se mantenían en pie a duras penas, pero desprendían admiración, respeto. Emoción. Llevaban tiempo separados de sus hogares, de sus familias. No obstante, vivían aquel momento como si no fuera a existir otro más importante en su existencia.

—¡Esta victoria será el comienzo de una larga lucha sin tregua que terminará con la expulsión de los infieles! —comenzó Ordoño, paseando su mirada por todos y cada uno de los que le escuchaban en silencio—. ¡Pero el enemigo volverá, y nosotros estaremos aquí para recibirlo con todo el poder de nuestras armas y de nuestra fe en Dios! ¡Porque Él es la doctrina verdadera! ¡Porque solo Él nos guiará hacia la victoria absoluta! ¡Porque solo su palabra prevalecerá a través de alianzas que nos harán más fuertes y prósperos!

—¡Mi señor, cuidado!

El aviso precedió a un silbido familiar. Ordoño se arrojó al suelo por instinto, para incorporarse casi de inmediato, espada en mano.

Y lo que vio le sorprendió. Muy gratamente.

A su espalda, un sarraceno, con el brazo en alto y un puñal en la mano, caía atravesado por la

lanza de uno de sus hombres. El rey no tuvo más que girarse para distinguir quién de todos ellos acababa de salvarle la vida.

El guerrero le miraba fijamente, sin inclinarse ante él. Tenía un encrespado pelo negro desprovisto de la protección del yelmo. La cota de malla estaba manchada de sangre. El pecho se le agitaba por la tensión de lo que acababa de suceder, pero en sus ojos, de un verde luminoso y profundo, aún se podían ver el desconcierto y cierto grado de temor que no se molestaba en ocultar.

El resto de sus rasgos estaban sumergidos bajo una capa considerable de mugre y una tupida barba que no ocultaba el comienzo de una profunda cicatriz en su párpado derecho, cuyo rastro se perdía entre la suciedad. Cuando el hombre recuperó la compostura, hincó una rodilla en tierra y agachó la cabeza en señal de respeto, envuelto en un silencio progresivo y profundo.

—Levántate, noble guerrero, pues soy yo quien debería postrarse ante ti —murmuró Ordoño emocionado.

—No merezco tales atenciones, mi señor.

—Las mereces y las tendrás. Quiero verte en privado.

El rey volvió a la parcial seguridad de las murallas, penetrando en una de las estancias que todavía permanecían intactas al ataque. Allí tomó asiento, flanqueado por los demás notables, que aguardaron de pie. Al poco el guerrero hizo su aparición, avanzando con paso firme hasta arrodillarse a los pies del rey.

Parecía derrengado, pero su porte era digno. Y su altura, más que considerable. Corpulento, de anchos hombros y fuertes brazos.

—Quiero saber tu nombre —proclamó Ordoño.

—Martín Ruiz de Vega, mi señor.

Odón, situado a la izquierda del rey, frunció el ceño al escucharle. Le observó con disimulo. Buscó en su memoria aquel rostro que le dirigía una breve pero contundente mirada de reconocimiento, sin éxito. Aun así, una instintiva inquietud le advirtió de que se conocían. Los dos.

—Martín, quizá no te des cuenta de la importancia de lo que acabas de hacer —comenzó Ordoño, inclinándose hacia delante.

—Os he salvado la vida cuando un moro pretendía atravesaros con un puñal.

—Y precisamente eso merece la mejor de las recompensas. Dime, ¿qué te gustaría conseguir a cambio?

Martín, ya de pie, miró a Odón con los ojos entornados y una fiereza difícil de catalogar.

—Mi señor, no ansío otra cosa que la paz en mi vida —respondió—. Deseo abandonar vuestras huestes.

—¡Que Dios nos libre de la avaricia disfrazada de humildad!

¡Este miserable se ha erigido en salvador de nuestro caudillo de un modo muy oportuno! —acusó Odón, señalándole con el dedo—. ¿Quién puede asegurarnos que lo ocurrido en el campo de batalla no fue un complot urdido por él para conseguir posesiones?

Martín se volvió, con un odio rescatado de algún lugar de su existencia para un único y desconocido fin. Ordoño vio aquel frío fulgor dirigirse hacia el conde de Trabada, y vio también cómo este recogía el desafío.

Acababa de declararse una guerra delante de él.

—¿Es así? —preguntó implacable, dirigiéndose al guerrero—. Di la verdad, porque en caso contrario la averiguaré, y si resultas culpable, recibirás un castigo ejemplar.

—Os sirvo desde antes de que vuestro hermano García falleciera, y así seguirá siendo hasta mi muerte. No osaría utilizar mi fuerza en vuestro perjuicio, pero ser un buen guerrero no solo consiste en saber blandir la espada, sino en tener un motivo para desenfundarla —proclamó Martín con tranquila seguridad—. Y creo que esa espada, por sí sola, no será suficiente para terminar con la plaga sarracena.

—¿Qué sabes tú de esas cuestiones? —preguntó Odón con desprecio.

—Sé que los conocimientos son la mejor defensa posible contra el enemigo. —Luego, como si la intervención de Odón no hubiera tenido lugar, se dirigió al monarca—: Yo siempre os serviré, mi señor. Y si se me requiere, allí estaré. Pero tengo veintitrés años. — Martín cerró los ojos para acoger la repentina imagen de unos cabellos rubios ondeando al viento. Unos ojos azules que lo miraban con adoración. Una mujer y un cuerpo hechos solo para él. Un ser inaccesible—. Aún estoy a tiempo de formar una familia.

Mujer. Hijos. Envejecer junto a ellos. Esas parecían las únicas aspiraciones de aquel joven en absoluto intimidado por la estirpe de quienes le rodeaban. Tranquilo y humilde, con la vista nuevamente clavada en el suelo, esperó paciente una respuesta.

Hasta que la obtuvo. Y con ella, su destino quedó sellado.

—Necesito un hombre inteligente, temeroso de Dios y fiel a mi causa, que levante las ruinas de este lugar. Que proteja la frontera recién trazada de la amenaza del infiel, haciendo cumplir las leyes. Tú has demostrado con creces ser valedor de mi confianza. Llevarás el título de espadero del rey, con la responsabilidad que conlleva —dictaminó el caudillo—. Serás gobernador de Castromoros, y podrás aspirar a una mujer digna de ti.

—¡Ambiciona el título, mi señor! ¿Acaso no lo veis?

—¡¡Silencio!! —La voz atronadora de Ordoño enmudeció a Odón y le obligó a retroceder—. En breve redactaré una Carta Puebla por la que se te concederá la propiedad de este feudo, Martín. A cambio, te comprometerás a multiplicar el número de sus habitantes, recaudar tributos en mi nombre y rendirme pleitesía.

Martín no mostró alegría desmedida. Ni el brillo inconfundible de la codicia. No. El rostro indescifrable de Martín solo reflejó agradecimiento y alivio.

Por tercera vez, se postró ante el caudillo y llevó el dorso de la mano regia a su frente.

—Gracias, mi señor. Cumpliré con creces la misión encomendada —dijo simplemente—. Ahora, solicito permiso para retirarme.

Ordoño asintió, preparándose para utilizar la excepcional diplomacia que se le atribuía con los lobos que le rodeaban, ávidos de un botín que ya tenía dueño.

—No deberías sentirte tan ofendido —comenzó con sorna cuando Martín desapareció, encarando el rostro congestionado de Odón—. Le he concedido un título menor.

—Y el gobierno de uno de los puntos más importantes de nuestra frontera. Mi señor, me veo en la obligación de apuntaros que quizá hayáis cometido un error irreparable.

Ordoño se levantó muy despacio, hasta estar seguro de que intimidaba al conde.

—He visto ceder a mi padre Alfonso ante pretensiones que nacieron en el seno de mi propia

familia —apuntó, con una voz engañosamente suave—. Recibí la corona leonesa de mi difunto hermano García, y fui ungido por diecinueve obispos. Tú mismo presenciaste el acto. ¿Estás poniendo en duda mis decisiones?

—Nunca —respondió Odón, inclinando la cabeza con fingida humildad—. Pero decidme: ¿qué sabe un soldado del arte de gobernar?

—A menudo más que un señor —replicó Ordoño, haciendo una muda advertencia al resto de los notables para evitar que intervinieran—. Has ambicionado estas tierras desde que iniciamos la ofensiva. Pero la frontera de nuestro reino necesita de constante vigilancia. Nadie mejor que un guerrero fuerte y experimentado para tal menester. Nadie mejor que un hombre noble y fiel. Eso es lo que he visto en Martín, y con eso me basta.

—Mi señor, los aquí presentes os han servido mucho y bien. Somos de rancia estirpe. Nuestra sangre es de noble cuna.

—¡Sangre que no habéis derramado en el campo de batalla! —Ordoño se controló para no castigar la insolencia del conde como se merecía. Desde muy joven había aprendido que, en numerosas ocasiones, el poder de un rey se debía a las mediaciones de los notables. Unas mediaciones que siempre esperaban retribución—. Todos tendréis vuestra recompensa —concedió, haciendo una señal con la mano para abarcarlos. Después, se acercó al oído de Odón y añadió—: Si te place, te concederé la mano de doña Jimena de Medina, hermana de don Hernán, señor de Laciana. Sus dominios se encuentran al norte de mi querida León.

La consulta era un mero formalismo. Odón sabía que debería aceptar, tanto si le placía como si no.

Estaba ante un rey famoso por su ecuanimidad e inteligencia, demostradas en la batalla y en épocas de paz. Era virtuoso y diplomático, con un don de gentes innato, pero también montaba en cólera. Y cuando eso ocurría, era mejor no estar cerca.

Hubiera debido acatar la orden disfrazada de sugerencia, pero siguió replicando:

—Sus títulos no son comparables a...

—¿Los tuyos? —De pronto, el semblante habitualmente afable del rey se endureció—. No es lo único incomparable. Tú eres un hombre maduro, mientras que ella acaba de cumplir los diecisiete, según tengo entendido. Tu condado necesita herederos legítimos. Jimena es una candidata excepcional y una recompensa digna de tu empresa, sin duda.

La decisión ya estaba tomada, y contrariarle hubiera sido una pérdida de favor que no le convenía en absoluto. Tragándose el orgullo, Odón hizo una rígida inclinación de cabeza.

—Acudiré al señorío de Laciana a entrevistarme con don Hernán para formalizar los esponsales —prácticamente escupió, antes de abandonar la sala con el beneplácito del rey.

1

CONDADO DE TRABADA, ÁLAVA. DICIEMBRE DE 917

Al fin en casa.

Odón estrujaba en su mano la carta de arras que se había traído del señorío de Laciana, dejando que sus pensamientos se perdieran entre las llamas del hogar que intentaba caldear el ambiente.

La promesa de la entrega de una quinta parte de sus posesiones una vez celebrado el casamiento con Jimena todavía escocía, aunque debía reconocer que esa alianza era lo mejor para estrechar lazos con Ordoño a través de una de las familias más influyentes de León. Además, la novia no estaba mal. Nada mal.

Se la había encontrado de forma fortuita, durante las negociaciones. No recordaba haber cruzado palabra alguna con ella, pero la imagen había logrado estimularlo lo suficiente como para que viera aquella unión con otros ojos.

Una muchacha pura, de buena cuna y con un aspecto físico que auguraba una descendencia abundante y vigorosa.

Con una sonrisa ladina, Odón volvió a leer la carta de arras. Para él, el placer en el lecho iba indefectiblemente unido al dolor. Y el cuerpo de Jimena parecía lo suficientemente fuerte como para soportar lo segundo. ¡Cómo iba a disfrutar! Cuanto más sufriera ella, más se excitaría él. De repente deseó tenerla bien dispuesta, esperándole. O rebelde y luchadora, no sabía cuál de las dos cosas le resultaba más atrayente.

Lo que sí estaba claro era que pronto podría utilizar a Jimena para hacer realidad todas sus aberrantes fantasías sexuales con ella. Se ocuparía de aquellos pechos tan tiernos, hasta dejarlos enrojecidos y desprovistos de cualquier inocencia, al igual que haría con su dueña. ¡Buen Dios, cuántas veces se los había imaginado en sus manos, ardiendo para él!

Temblaba de impaciencia. De ardor contenido, porque tendría que sujetar su descontrolada creatividad en el lecho hasta que el casamiento se hubiera llevado a cabo.

Por lo pronto, debía prepararse para recibir a su adorada hermanastra Munia y a su madrastra Urrica.

—¿Vas a quemar el documento? Deberías pensar antes de actuar.

Era Urrica quien había hablado. La segunda esposa de su padre era una mujer vascona de pies a cabeza, implacable y fría, que solo demostraba cierta debilidad con él. No era la primera vez que la sorprendía mirándole con un interés que nada parecía tener de maternal. Con el resto, incluida su propia hija, era tan taimada que provocaba escalofríos.

Un par de pasos más atrás, se hallaba la auténtica debilidad de Odón. Parecía una copia rejuvenecida de Urrica, pero mucho más pura e inocente. Munia se mantenía expectante, sabiendo que no debía mostrar euforia al ver a su hermano, pero deseando hacerlo. Compartían padre, y otros muchos recuerdos que nadie podría romper. Alta y exuberante, de cabellos y ojos negros como la noche y piel nívea, Munia parecía un ser de otro mundo. Etérea tan inalcanzable que Odón aún no había encontrado un hombre adecuado con quien unirla en matrimonio.

Y lo había intentado. Pero ningún notable le parecía lo suficientemente enclenque, viejo o afeminado como para asegurarse de que no la mirarían con lujuria. De que incluso no darían la talla en la noche de bodas para que ella siguiera siendo pura.

Darí rienda suelta con Jimena a su pasión frustrada por Munia. Si él no podía tocarla, nadie lo haría en su lugar.

Se querían de una forma especial. Odón solo tuvo que hacer un breve gesto con la mano para que Munia se adelantara con una flamante sonrisa en sus sensuales labios y le prodigara un caluroso abrazo.

—Te he echado de menos, hermano —murmuró, antes de depositar un disimulado beso en su mejilla.

—¿Ves, madre? Este sí es un recibimiento digno de un conde —apuntó Odón, dejando la copa vacía sobre una enorme mesa de madera para coger una manzana y darle un mordisco—. Acabo de regresar después de muchas jornadas de viaje, cuando el año está a punto de acabar. ¿No merezco al menos una palabra amable?

—Tu hermana ya te las ha dado todas —sentenció Urrica, con una mirada de advertencia dirigida a Munia, antes de fijarla en la carta que arrebató a Odón—. Veo que los caprichos de Ordoño han dado sus frutos. ¿Es que no te he enseñado nada en todos estos años?

—Sí. A imponer tu voluntad por todos los medios, ya fueran dignos o indignos. A proferir dulces palabras para ocultar crueles intenciones. A manejar situaciones inmanejables desde una aparente fragilidad. A eso y a mucho más.

—¿Y me lo agradeces cediendo una parte de tus tierras? —Urrica sacudió el pergamino delante de la luz de una de las antorchas de la pared—. Fuiste a ampliar tus dominios, no a menguarlos a través de tu unión con la hija de un traidor al difunto rey García. Por mucha que sea la dote correspondiente.

La paciencia de Odón comenzó a flaquear en aquel momento. Apartó a Munia con delicadeza y se acercó a su madrastra, dispuesto a defender el nombre de Jimena. La excitación que experimentaba cada vez que pensaba en ella bien lo merecía.

—¡Don Tello de Medina murió al tiempo que el rey Alfonso, de quien era defensor a ultranza, cuando ella era una niña! —gritó ofendido—. ¡No tiene la culpa de los pecados de su padre!

—Don Tello fue asesinado en sus aposentos, no se sabe por quién —aclaró Urrica—. Estuvo de parte de Alfonso cuando su primogénito García se sublevó contra él, y no se apartó de su lado cuando, cediendo a las presiones, el rey repartió el reino entre sus hijos García, Ordoño y Fruela. Eso le valdría más de un enemigo.

—A «eso» se le llama lealtad, madre. Aunque dudo mucho que tú sepas lo que es.

—Quizá puedas explicármelo tú —replicó Urrica—. Asististe al entierro del rey Alfonso con don Tello.

Cualquier explicación hubiera caído en saco roto. Aquella mujer siempre despertaba sentimientos encontrados en Odón. Quería librarse del veneno que durante años había vertido sobre él, pero se veía incapaz de hacerlo. Desde que podía recordar, las enseñanzas de Urrica habían moldeado su mente con el mismo afán manipulador que ella derrochaba, aprovechándose de las ausencias de un padre inmerso en las guerras.

El tiempo entrenó su ingenio y su cuerpo, hasta convertirle en un guerrero casi perfecto, con una mortal combinación de astucia y fuerza que pronto le granjeó el temor de sus enemigos.

Odón se sentó junto a la chimenea dándoles la espalda. Necesitaba imprimir a su cabeza la capacidad de análisis necesaria para salir al paso de todos los frentes que se le presentaban.

—Hernán de Medina, el nuevo señor, parece aun más duro que su padre —comentó, volviendo al tema de sus esponsales con Jimena—. Y respalda a Ordoño.

—¿Hernán de Medina? ¿El famoso Lobo Gris? —musitó Munia.

—Espero que nunca tengas que comprobar lo acertado de ese apodo, hermana.

—Debe de serlo, cuando has cedido hasta este punto —replicó Urrica, señalando la carta de arras—. Dicen que esa Jimena sufre de constantes delirios desde la muerte de su padre. Que ni siquiera recuerda su muerte. Confío en que la repudies cuanto antes.

Odón se levantó de un salto. Desde su altura y fuerza, tomó a Urrica por los hombros para zarandearla sin compasión.

—¡Se acabó! ¿Me oyes? ¡Se acabó! —gritó, ignorando la exclamación contenida de Munia—. ¡Se acabaron tus intrigas y tus malas artes! ¡No te atrevas a insultar así a mi futura esposa!

—Ahora vas a decirme que te has enamorado... —Urrica profirió una carcajada ante pensamiento tan ridículo—. Si ella te viera así, seguro que terminaría por reír también.

—No se atrevería. Hiciste un buen trabajo conmigo, madre. Puedo ser tan despiadado como tú con quien me falta al respeto.

—Me alegro. Si te dejas seducir por ella, tus días como conde de Trabada están contados.

—Los condes castellanos somos jueces y verdugos en nuestras propiedades, lejos del poder de Ordoño —siseó Odón muy despacio, con sus ojos verdes centelleando y el rostro congestionado de ira—. Pero para bien o para mal, todavía le rendimos pleitesía, porque aglutina todo el poder bajo su mano. En oriente cultiva su alianza con Sancho Garcés, el rey navarro, mientras en el norte cuenta con el vasallaje de su hermano Fruela, rey de los astures. No me conviene contradecirle en algo tan simple como un casamiento.

—¿Ni siquiera cuando la candidata ha perdido la razón?

Esta vez, el rugido de Odón logró sobresaltar a Urrica. Levantó la mano dispuesto a golpearla, pero logró contenerse.

—Adelante —le provocó Urrica, curvando los labios con aire triunfal—. Eres la viva imagen de tu difunto padre, tanto en apostura como en fuerza. Empléala contra mí, al igual que él.

No, no lo haría. Pero no por él, ni por aquella insidiosa mujer, sino por la mirada de espanto que Munia acababa de lanzarle.

Odón cerró la mano en un puño y se alejó de aquella serpiente y de su nefasta influencia. No se levantó de su asiento hasta que los temblores causados por la cólera reprimida no se fueron.

Cuando lo hizo, estaba mucho más calmado. Y era mucho más peligroso.

—Voy a decirte algo: estoy cansado de retozar con mujeres que no me merecen. Cansado de ver

corretear por ahí a vástagos de mi sangre que no heredarán mi título ni todo lo que va con él. Es muy probable que Jimena sea lo único puro que tendré en la vida, y no pienso desaprovecharlo. Me dará calor en el lecho y parirá hijos legítimos —comenzó sereno, sin despegar sus ojos de la mirada insolente de Urrica—. Estás advertida, madre: no voy a permitir que lo estropees con tu ponzoña. Si te acercas a ella, no responderé de mí.

Urrica le conocía lo suficiente como para saber que cumpliría con su amenaza. Guardó sus ímpetus bajo una aparente sumisión y terminó asintiendo. Los tres quedaron envueltos en un incómodo silencio cuando Odón se inclinó hacia la carta de arras colocada sobre la mesa.

—No obstante, intentaré ampliar mis dominios y ganar lo que ansío, sin contradecir al rey —prosiguió, después de varias y profundas inspiraciones—. Castromoros y su marca serán míos.

—¿Cómo lo conseguirás? —preguntó Munia, acercándose con cautela para posar una reconfortante mano en su hombro—. Ordoño parece confiar ciegamente en el hombre que lo gobierna.

—Yo también lo haría si le debiera la vida.

Odón se incorporó lentamente. A medida que el plan comenzaba a fraguarse en su mente, los ojos intensificaban su verdor con el brillo de la ambición. Jimena y la ilusión de un matrimonio feliz quedaron relegadas al olvido, dejando paso al rostro sucio y amenazante de Martín Ruiz de Vega.

Incluso Urrica se dio cuenta de su cambio de actitud.

—¿En qué estás pensando, mi querido hijastro? —preguntó, acariciándole la mejilla con una dulzura demasiado fingida.

—En lo lejos que está la justicia regia. En lo precaria que puede resultar una frontera si no se defiende como se debe... Y en tener aquí a mi prometida para celebrar el casamiento. —Una sonrisa de oreja a oreja iluminaba su atractivo rostro cuando volvió al asiento junto al fuego y estiró las piernas con despreocupación—. Ahora, dejadme solo.

Escuchó los pasos de las mujeres alejarse cuando una voz a su espalda le sobresaltó.

—Odón..., ¿amas a Jimena?

Solo una muchacha tan ingenua como Munia podía preguntar aquello. ¿Cómo iba a amarla? Urrica se había encargado de destruir esa facultad en él. Y se lo agradecía. El amor era un sentimiento que hacía débiles y vulnerables a los hombres. Con Munia lo había sido todo: un padre comprensivo, un hermano paciente, el hombre protector que la había salvado de los crueles castigos de su madre en la infancia. Su escudo contra la maldad humana.

¿Pero amor? No lo necesitaba, aunque la visión de Jimena había despertado en él otro tipo de expectativas.

—Aprenderemos a amarnos, Munia —declaró con voz tranquilizadora, escondiendo ante su hermana, una vez más, el monstruo en que se había convertido—. Los dos aprenderemos.

Teodomira se incorporó con un terrible presentimiento comprimiéndole el pecho.

Martín Ruiz de Vega estaba en peligro.

Un quedo lamento lleno de angustia se le escapó de los labios. Ella sabía dónde se encontraba ese peligro. En qué momento se presentaría.

Las visiones que siempre habían causado su desgracia y la de quienes la habían rodeado acababan de mostrarle la verdadera naturaleza del mal. Ahora necesitaba asegurarse.

Con toda la agilidad que sus viejos huesos le permitían, se asomó a un cubo lleno de agua en mitad de la cabaña y acercó la luz de una vela para poder ver mejor.

Se vio a sí misma. Un conjunto de arrugas donde antes hubo un rostro bello. Una mirada llena de añoranza, testigo de demasiadas desgracias en su larga vida. No necesitaba añadir ninguna más, pero ¿cómo podría ella, una vieja hechicera medio oculta en aquel bosque cercano a Castromoros, ayudar a Martín?

Supo que tendría que encontrar el modo cuando la premonición se presentó ante ella en forma de viento helado que le recorrió la nuca y la hizo estremecerse. Las ondas del agua dieron paso a un hombre alto, moreno y de ojos verdes, que se paseaba por una estancia muy iluminada.

El corazón de Teodomira se comprimió al reconocer el rostro de Odón de Montoya. Tragó saliva hasta que su garganta se vio libre de incómodos nudos cuando vio que otro hombre irrumpía en la estancia para entablar conversación con el conde. Los dos se enfrascaron en lo que parecía ser una acalorada discusión, a juzgar por cómo gesticulaban, hasta que el desconocido pareció salirse con la suya y exhibió una desagradable sonrisa. Teodomira pudo ver una hilera de dientes renegridos y una nariz torcida, cuando se volvió para aceptar la bolsa que Odón le ofrecía.

Era un adelanto por futuros servicios. Oro a cambio de la vida de Martín.

Teodomira superó la extraña mezcla de indignación, pena y dolor. Hacía demasiado tiempo que no derramaba lágrimas por las noches. Que no deseaba morir. Incluso se había olvidado de odiar. Pero todavía había algo que la hacía retorcerse de miedo: el destino.

Aunque los hombres tenían potestad para cambiarlo. Lo había visto muchas veces. Y la sorprendente imagen que surgió de la superficie del agua vino a confirmárselo.

Aquello era lo que parecía. Una figura femenina de enorme belleza y largos cabellos rubios, con unos ojos azules semejantes a los de un duende. Sus rasgos fueron ganando en nitidez, hasta borrar por completo los de Odón y su esbirro.

Teodomira contempló la fuerza del aura que rodeaba a la muchacha casi con regocijo. Con una simple mirada la reconoció. Supo los lazos que la unían a Odón de Montoya y los que estaba fraguando con Martín. Y sonrió.

—Pronto, Jimena —murmuró—. Muy pronto nos encontraremos.

Con una nueva esperanza renaciendo en su corazón, se aseguró de que aquella noche la luna estaba en cuarto creciente, cogió una escudilla blanca y colocó un velón en su centro. Después buscó entre los tarros unas hojas de ruda para rodearlo. Cercó la escudilla con nueve velas de menor tamaño, y se dispuso a encenderlas.

Echó mano de toda su capacidad de visión para apelar a las fuerzas de la naturaleza. Conjuró al sol, al agua y a la tierra, hasta que sintió que su espíritu se fundía con ellos. Invocó a los dioses paganos de sus ancestros, que velaban por ella desde el albor de los tiempos, y comenzó su rezo:

—Por la luz del dragón, en esta noche de primavera, pido que su poder venga a mí. Que me dé su fuerza y su tesón para proteger a Martín de los planes de Odón. Yo lo conjuro para que le envuelva y le mantenga alejado de todo mal. Que así sea.

El rito acababa de comenzar.

2

VALLE DE LACIANA, LEÓN. ABRIL DE 918

El frío inclemente de la noche parece cortar la piel de Jimena en cuanto sale al exterior, pero se sobrepone al espanto y pega la espalda a la pared de la torre del homenaje. Debe controlar el miedo que sacude su pequeño cuerpo de diez años. Si no, será descubierta.

Ha sucedido algo horrible. A esas alturas, todos están al tanto.

Pero ella escapará, por mucho que él la persiga. Por muy implacable que sea su acoso. Por mucho que trate de silenciarla.

Entonces se mira las manos, horrorizada, y todo comienza a darle vueltas.

Representan la muerte. La sangre abarca sus dedos, las pequeñas palmas y las mangas de su túnica. Sabe que no es suya, aunque no logra recordar a quién pertenece.

De repente todo lo sucedido comienza a perderse en el recuerdo, como si una bruma fría y espesa lo engullera. Está desorientada, pero cruza el patio de armas pegada a la pared interior de la muralla y abandona la fortaleza a través del puente que los soldados han bajado, obedeciendo la orden de su hermano Hernán.

Corre hasta que los pulmones están a punto de reventarle. A pesar de que el frío de la nieve comienza a hacer mella en sus pies descalzos y aunque sus frágiles piernas se hacen más lentas.

Él está cerca. Y sabe que, si la alcanza, nadie podrá hacer nada para ayudarla.

Siente el sonido de cascos hundiéndose en la nieve, implacables, y gira la cabeza. De algún modo, él ha conseguido burlar el caos de la fortaleza y ha salido tras ella. Una enorme sombra oscura parece moverse en su dirección.

Jimena se detiene. Con la noche estrellada como única luz, intenta encontrar un camino que la ayude a escapar de la muerte. Su mirada desenfocada escudriña cada rincón cobijado entre sombras. El aliento comienza a congelársele, y la nieve la hace tropezar y caer. Aun así, logra vislumbrar una pequeña luz proveniente de una cabaña entre los árboles del bosque cercano al valle. No lo piensa dos veces y se dirige hacia allí.

—¡Jimenaaaa!

La niña grita aterrorizada y emprende la huida de nuevo, pero sus pies se hunden en la gruesa capa de nieve. El pánico le llena la cara de un sudor frío. Más deprisa, más deprisa, más deprisa... Ya siente a su espalda el aliento caliente de la bestia que la persigue. Demasiado cerca. Demasiado poderosa.

Un tropiezo la hace caer de bruces. Muy despacio, alza el rostro para ver una antorcha, portada por un jinete inmenso. Aterrador. Con sus rasgos ocultos tras la llama.

Es el fin.

Él la ha alcanzado. Sus ojos espantados se dirigen a los belfos del caballo. El vaho que destilan parece humo salido del infierno. Desesperada, se arrastra sobre la nieve. Tan extenuada que ya no puede levantarse, se cubre la cara con la mano, intentando protegerse del enorme caballo negro y del guerrero que lo domina.

Quiere pedir auxilio, pero su voz también ha huido. Está demasiado lejos de ningún sitio. Está sola.

Escucha la risa siniestra del hombre, antes de que las patas delanteras del caballo se agiten sobre su cabeza para aplastarla...

—¡Nooooo...!

Jimena se sentó sobre el lecho para intentar calmar las violentas sacudidas de su cuerpo. Empapada en sudor, no supo con exactitud dónde se encontraba hasta que su corazón recuperó el ritmo habitual y los últimos vestigios de la pesadilla se fueron definitivamente.

Para entonces, dudó entre reír de alegría al comprobar que se hallaba en su lecho después de una accidentada siesta o llorar desesperada, sabiendo que pasaría mucho tiempo antes de que lograra librarse de aquellos sueños recurrentes y catastróficos.

Comenzaron el día en que su hermano mayor, Hernán, le contó cómo habían encontrado el cuerpo sin vida de su padre, cosido a puñaladas, en el suelo de sus aposentos, y a ella junto al río, aterida de frío y muda.

No consiguieron arrancarle ni una palabra. Y cuando por fin habló, fue para confesar que nada recordaba de ese día, ni tampoco de los anteriores. Su infancia se había diluido en escenas inconexas que pasaban por su cabeza sin quedarse en ella. Parecía haber nacido con la muerte de su padre. A partir de entonces, Jimena desarrolló gran capacidad de control sobre el vacío mental en el que se veía inmersa durante el día y el terror que la dominaba durante la noche. Debía hacerlo, para poder comportarse como una niña perfectamente normal hasta convertirse en mujer.

Pero la mañana de su decimoséptimo cumpleaños, en el centro del patio de armas, sucedió.

Jimena avanzaba entre los soldados que se ejercitaban para avisar al segundo de sus hermanos, Rodrigo, de que una visita de enjundia reclamaba la presencia de los varones de la familia al completo. En su camino, un descuido de Félix, instructor y hombre de confianza de Hernán, hizo que viera el filo de una espada muy cerca de su garganta. Jimena retrocedió con un grito justo antes de ver la mano tendida del soldado.

—Lo siento, mi señora —se excusó avergonzado—. No ha sido mi intención. Solo estoy aquí para protegeros.

«Solo estoy aquí para protegeros...». La voz del pasado se materializó en el presente. El rostro del guerrero comenzó a desdibujarse ante sus ojos. Jimena sintió un golpe en el pecho y miró alrededor. Se había hecho la noche, la nieve cubría sus pies y el frío le congelaba el cuerpo y el

alma. Alguien le repetía esas palabras que le abrigaban el corazón, pero por mucho que lo intentó, no logró distinguir ni un solo rasgo de la cara que tenía tan cerca de ella.

Y se desplomó.

Cuando recobró el conocimiento sobre su mullido lecho, fue informada de que sus hermanos Hernán, Rodrigo y Nuño estaban negociando sus esponsales con Odón de Montoya, conde de Trabada.

Su opinión al respecto no contaba. Había sido educada para servir a un hombre, y su familia estaría deseosa de librarse de unos desvaríos que acabarían trayéndoles problemas, pero el conde de Trabada... Jimena estaba cansada de escuchar lo que los hombres de su hermano Hernán decían de él. Y eso no era nada en comparación a lo que cuchicheaban las siervas. Que era cruel, ambicioso, implacable. Que no dispensaba a las mujeres mejor trato que a su caballo.

Aunque tenía unos impactantes ojos verdes. Pudo dar fe de ello poco después, cuando se disponía a saber más acerca de las condiciones del matrimonio y se topó con él por el camino.

El conde le sonrió, inclinando la cabeza con admiración, antes de proseguir. No cruzaron ni una sola palabra, pero para ella esos gestos supusieron un mundo entero de posibilidades.

No parecía tan inhumano. Ni tan frío. Y la había mirado con la segura experiencia que dan los años.

Eso le hizo temblar.

Jimena suponía lo que ocurría entre un hombre y una mujer porque en cierta ocasión, cuando volvía a la torre, había sorprendido a una pareja muy cerca de ella.

El soldado tenía las calzas por las rodillas, y las faldas de la campesina se alzaban hasta su cintura. Él empujaba, golpeando la espalda de ella contra la pared de piedra, pero eso no parecía importar en absoluto a la mujer. Jimena se quedó allí unos instantes, intentando discernir si los gemidos que ambos proferían eran de gozo o de dolor. Atrapada por la fuerza y aparente salvajismo de la imagen, su propio azoramiento la llevó a la bendita seguridad de sus aposentos.

Jimena se abrazó las rodillas con inquietud cuando regresó al presente. El conde la besaría. Pero ella no sabría lo que hacer después. O antes.

O durante.

Solo había sido aleccionada acerca de su comportamiento en público, no en privado. Debía mantenerse digna y callada, salvo que se le pidiera lo contrario. Mostrar en todo momento una actitud humilde y servil hacia su esposo. Nada de preguntas impertinentes e indiscretas. Nada de comentarios espontáneos cuando su prometido fuera a buscarla para llevarla a su tierra y casarse con ella. Por ese orden.

Jimena se envolvió en una gruesa capa de piel y salió de la torre del homenaje hacia el adarve situado en la cima de la muralla. Paseó por él, en la esperanza de que todas sus inquietudes se esfumaran hacia las colinas, pero no lo logró.

La niebla del atardecer era tan densa que no se divisaban los pastos. Ni las frías aguas del río cruzando el valle, o las montañas más escarpadas que daban paso al reino de Asturias.

El día había llegado. El conde de Trabada la arrancaría de aquel lugar. De su familia. No volvería a ver a sus hermanos, a no ser que su esposo la repudiara cuando se diera cuenta del mal que la aquejaba. Y si eso sucedía, su destino sería mucho peor que el simple regreso al hogar.

Cerró los ojos mortificada, cuando los gritos de hombres y el sonido metálico de cascos

llamaron su atención. La curiosidad la llevó a inclinarse aun más sobre la muralla para distinguir cómo un solo soldado seguía la estela de un guerrero montado sobre un caballo negro.

El corazón de Jimena dio un vuelco. Primero de terror al ver las dimensiones del animal; luego, de expectación, cuando el hombre se detuvo a la entrada de la fortaleza y alzó la cabeza en su dirección.

Desde aquella distancia, y con la bruma, solo podía distinguir el estandarte que portaba, negro con un cuervo rojo en su centro, representando la casa de Trabada.

Al fin había llegado. Allí estaba su destino, con la vista clavada en ella, unos segundos antes de cruzar el foso a través del puente a galope tendido.

Jimena no quiso perderle de vista. Recorrió un trecho del adarve hasta que las sombras de ambos hombres se perdieron tras las puertas.

Escuchó sonidos familiares. Seguramente estaban desmontando para que los siervos se encargaran de sus monturas. Después volvió el silencio. Esperó con el alma en un puño, pero al no poder distinguir nada más, se inclinó tanto sobre la muralla que un grito a su espalda a punto estuvo de hacerla caer.

—¡No lo hagas!

¿Qué era lo que no tenía que hacer? Antes de formular la pregunta en voz alta, sintió un fuerte tirón en el brazo que la giró con brusquedad, para acercarla a un pecho oscuro y poderoso que ocupaba toda su capacidad de visión.

—¡Podéis soltarme! —exigió, forcejeando hasta que se vio libre—. ¡No voy a arrojarme al vacío, si es lo que estáis pensando!

—¿No?

—No —respondió, más tranquila—. Aunque con vuestros impulsos he perdido el equilibrio.

—¿No ibas a quitarte la vida, impotente ante la perspectiva del casamiento? —Jimena se hubiera reído del malentendido, de no ser porque la preocupación genuina del hombre logró conmoverla. Negó con tanto ímpetu que la capucha cayó, dejando a la vista su rubia cabellera—. ¿Y qué haces aquí, envuelta en frío y humedad, cuando la noche está a punto de caer?

—La cuestión es: ¿qué hacéis vos aquí?

—Espero una respuesta satisfactoria.

Eso parecía, porque no se movió ni un ápice. La única antorcha que le iluminaba permanecía a su espalda, y el yelmo llevaba una protección nasal que le impedía ver sus rasgos faciales con más detalle. A pesar de eso, Jimena pudo apreciar su increíble envergadura. La tupida barba oscura. El fulgor verde que despedían los ojos clavados en ella.

Le había identificado al momento. Era Odón de Montoya, sin lugar a dudas.

—Nunca me habéis resultado tan desagradable como para cometer una temeridad —apostilló.

—¿Te acuerdas de mí?

—Os vi poco —reconoció, mientras sentía cómo sus mejillas se incendiaban ante el escrutinio al que estaba siendo sometida—. Pero fue suficiente como para consideraros agradable a la vista.

—Así que agradable a la vista... Bueno, eso es mejor que nada. Él pudo comprobar que su broma había surtido efecto. Pese a seguir desconfiando, los labios de Jimena se torcieron en una mueca. Cuánto había esperado a verlos. Cuánto había ansiado poder tenerlos tan cerca para

saborearlos...

—No puedo estar aquí con un desconocido —murmuró ella, dando un paso atrás—. Os haréis una idea equivocada de mí.

—Es complicado que puedas cambiar mi idea de ti. Además, no soy un desconocido.

—Sois el hombre que me desposará. —Apuesto, según recordaba. Y grande, como podía comprobar—. Pero estamos conversando.

—Sí, eso parece. ...

—Solos.

El conde se volvió para asegurarse de que efectivamente era así. No le hubiera gustado comprometer el honor de Jimena antes de tiempo.

—Salvo los vigías, no veo a nadie más —concluyó—. Y están lejos.

—Demasiado.

Las voces de alarma comenzaron a sonar en la cabeza de Jimena como si fueran las de aquellos vigías. Percibió calidez en la actitud del conde, pero también un peligro oculto que le hizo girarse para huir de allí. Sin embargo, una mano enguantada la tomó del brazo con delicadeza.

—Espera. Llevo encima muchas jornadas de viaje aguardando este momento.

—Precisamente. Debéis descansar y reponeros —insistió ella—. Después, en presencia de mis hermanos, podremos hablar.

—No me entiendes. Haberte encontrado aquí supone para mí un regalo inesperado que no pienso desaprovechar.

Jimena frunció el ceño. Después del inicial sobresalto, se encontró con que no podía dejar de mirar aquel rostro envuelto en penumbras que la observaba a su vez.

—No queréis saludar a mis hermanos ni hacerme entrar en la torre. Eso no dice mucho a vuestro favor —aventuró.

—Tu virtud estará a salvo conmigo. No temas. —El conde se atrevió a acariciar el contorno de su mejilla con los nudillos, soltando una risa casi musical—. En cuanto a tus hermanos, sería una descortesía imperdonable no aceptar su hospitalidad. Por supuesto que lo haré. Después.

—¿Y ahora?

—Ahora quiero disfrutar de aquello para lo que he esperado tanto tiempo. En privado —recalcó él—. Créeme si te digo que es la mejor manera de entablar una conversación con garantías de éxito.

Quería conversar. Esa era la razón por la que no se mostraba contrariado por su espontaneidad. Jimena empezó a temblar sin razón aparente. Debía marcharse, pero para poder hacerlo, necesitaba apartar sus ojos de aquel verdor inquietante que parecía privarla de voluntad.

¿A quién quería engañar? Lo que de verdad necesitaba era desprenderse de la confusión en la que se veía envuelta desde que él había aparecido, hablando con aquella seguridad tan apabullante. Si daba crédito al temblor que provocaba en sus piernas, pronto necesitaría del auxilio de alguien.

—Me enseñaron a reservarme para mi esposo —proclamó con orgullo, rezando para que eso le disuadiera de sus propósitos—. Jamás me he comportado así con nadie.

—Eso espero —advirtió él con diversión, volviéndose a cruzar de brazos.

—Si lo hago ahora, es para no contrariaros. Sois el primero.

—Y aspiro a ser el último.

¡Por supuesto que sería el último! ¿Qué insinuaba? Jimena se olvidó de la respuesta cuando la mano del conde tomó la suya para depositar un casto y húmedo beso entre sus dedos helados.

A partir de ese momento, ya no lo estuvieron tanto.

—Aguardaba vuestra llegada —confesó, dejando caer el brazo cuando él la soltó—. Hernán me dijo que vendrías a reclamar mi mano para hacer efectiva la carta de arras.

—Esa parte de tu persona no me serviría de nada sin el resto, pero sí. A eso he venido.

—Puede que no esté preparada. O que vuestra repentina presencia me perturbe.

El conde emitió un ruidoso suspiro ante aquella reflexión.

—Habrá tiempo de comprobar lo preparada que estás —murmuró con ¿melancolía? No. Seguro que le había interpretado mal. Estaba tan embelesada por su arrolladora presencia que se habría equivocado—. Por lo demás, no pareces muy perturbada.

Un escalofrío obligó a Jimena a frotarse los brazos. Él se adelantó un paso y enredó un dedo en un mechón de su cabello. Se contuvo para no llevárselo a la nariz cuando la sintió temblar.

—¿Tienes frío? —preguntó.

Temblaba, pero no de frío. El vaho que desprendía el hombre era tan cálido que le calentó las mejillas. Cuando quiso alejarse de nuevo, él se lo impidió.

—Jimena, no toleraré una esposa desafiante a mi lado, ni desobediente —advirtió el conde después de un rato en silencio—. Pero tampoco una mujer retraída en la intimidad. Estoy comprobando que no es tu caso, y no podría hacerlo en presencia de terceros. Los dos lo sabemos.

Se había acercado tanto que incluso la vacilante luz de la antorcha se extinguió ante las dimensiones de sus hombros. Hubiera debido sentirse intimidada, pero solo pudo sentir una extraña tranquilidad.

—Entonces es cierto... —murmuró, entre sorprendida y halagada—. Os agrado.

—Yo no lo diría así —admitió él, con una carcajada profunda y limpia—. Me agrada una buena hoguera en época de nieves. Un tierno cordero asado regado con vino y un jergón caliente cuando hace frío. Pero esto va más allá. Es más profundo.

—¿Estáis hablando de amor? ¿Tan pronto?

—O tan tarde. Depende de cómo se mire. —Su mano le acarició el mentón—. No hablaré de lo que no quieras hablar, ni diré lo que no desees oír, pero he venido a buscarte. Con todas las consecuencias.

Jimena contuvo la respiración. ¿Era así como debía mostrarse para no ofenderle? Sí, si daba crédito a la insistencia con la que la mantenía en el adarve, soportando el frío...

Bueno, hacía tiempo que ya no sentía frío. Ni nada que no viniera de él y su contacto.

—Habláis de sentimientos con demasiada ligereza —le recriminó, apartándose—. Todavía no conocéis los míos. Aunque es posible que tampoco os interesen.

—Me los estás mostrando ahora mismo. Tu espontaneidad me agrada. Y no has huido ante mi cercanía.

—¿Me permitiríais hacerlo?

—Eres libre —invitó él, extendiendo un brazo en dirección a la torre—. Pero no te olvides de que puedo ver tus rasgos al completo. Sé que la curiosidad hace tiempo que venció al temor.

—¡Oh!

Fue lo máximo que atinó a exclamar antes de fruncir los labios. ¿Cómo podía conocer esa clase de cosas con tanta seguridad? Jimena no pudo moverse cuando el conde aposentó una mano en su nuca. El contacto resultaba lo suficientemente devastador como para que ella saliera corriendo, pero se quedó allí, con su mirada clavada en la de él.

—Quizá me atreva a averiguar lo demás —le oyó afirmar—, aun a riesgo de que me odies el resto de tu vida.

—P-Pero yo no sé... —balbuceó indecisa.

—No te preocupes. Aprenderás a su debido tiempo.

—En ese caso, ¿cómo pensáis averiguar nada?

—Tentando tu interés —aseguró el conde en un murmullo ronco y atrayente—. Así.

Sintió su aliento antes de que su boca se posara en la de ella, y se quedó rígida. Expectante, pero no asustada. Los labios del conde eran suaves, ligeramente húmedos. Más que agradables. Jimena permaneció con la boca cerrada, tan sorprendida y desconcertada que no supo qué hacer.

No podía rechazarle so pena de ser repudiada, aunque ¿quién querría librarse de aquel contacto tan dulce?

Nadie, y el conde menos aún. Era mejor actuar en algún sentido. Fuera acertada o no, él buscaba algún tipo de reacción.

Sus labios se entreabrieron un poco cuando sintió que eran recorridos con exhaustividad. Primero el inferior, luego el superior. Supuso que no querría verla pasiva ni remilgada, y le imitó. Pronto la rigidez dio paso a la docilidad más absoluta. Le costó trabajo pensar; ni siquiera intentó razonar. Sintió una progresiva debilidad galopando por el pecho que la impulsaba a respirar más deprisa, como si el aire le faltara, para mantenerse en pie.

El corazón iba a explotarle. ¡Oh, Dios! ¡Si seguía, se desmayaría!

Y el conde lo sabía. Podía sentir cada ráfaga de emociones en Jimena, porque él mismo las estaba sufriendo. Ni en sus sueños más prohibidos hubiera imaginado unos labios más jugosos, una boca más suave o una entrega más absoluta. Inocente y a un tiempo, pecaminosa.

Jimena rodeó el cuello del conde con los brazos para sostenerse, apretando su cuerpo joven contra cada protuberancia y sintiendo que un calor abrasador comenzaba a deshacerle las entrañas ante aquella dulce humedad que mordisqueaba sus labios.

Fue cuando él decidió que la delicadeza se había acabado. Con un gruñido encendido, cercó su cintura y la mantuvo inmóvil, pidiendo paso con la profunda embestida de su lengua.

Los ojos de Jimena se abrieron desmesurados por la sorpresa, instantes antes de que un lánguido gemido se le escapara. Tenía la espalda arqueada y los pechos comprimidos. No había ni una sola porción de piel que no estuviera pegada al cuerpo de su prometido. Aquello no era un beso. Aquello era un acoso y derribo en toda regla. Un asedio sin paliativos por el que perdió sus temores, su confusión y parte de su alma.

Un desconocido instinto despertó para decirle que podía dejarse llevar por él. Abrió la boca lentamente, acogiendo en su interior la exquisita rugosidad de aquella lengua y moviendo la suya con timidez.

El hombre pareció muy complacido por aquella reacción. La apretó con más fuerza. Quería prolongar el instante hasta el infinito, pero el sentido común de Jimena regresó de golpe.

No tuvo dificultad alguna en apartarle para poder recuperar un ritmo adecuado de respiración. Aturdida, desconcertada y demasiado consternada como para comprender lo que acababa de sucederle, se tocó los labios, como si así pudiera borrar todo rastro de aquel beso.

—¿Qué habéis hecho? —exclamó, a un paso de echarse a llorar por su debilidad.

—Sosiégate. —El conde apoyó una mano en su mejilla, creyendo que los escalofríos se debían al miedo—. No pretendía asustarte.

—Entonces, ¿qué pretendíais?

—Exactamente lo que he conseguido. —Deslizó la boca hasta su oído. Jimena escuchó su respiración agitada y espesa—. Ahora sé, sin ninguna duda, que no te desagradó. Jimena, mi preciosa Jimena... Cuánto he ansiado tenerte así, dulce y dispuesta —musitó, tomando su rostro para obligarla a mirarle—. A partir de este momento, nada ni nadie logrará separarnos.

Rozó de nuevo sus labios, pero ella se apartó. Si no lo hacía, el cuerpo la traicionaría, y la mente... ¿En qué andaba su mente para permitirle actuar de ese modo? ¡Tenía que decir algo que rompiera el hechizo! ¡Rápido!

—Vuestra barba. Es muy áspera.

—Eso tiene fácil arreglo.

No. Aquella no había sido la frase más adecuada. Jimena inclinó la cabeza y retrocedió.

—Pero habréis pensado que soy una...

—Una mujer. Sin más adornos —la interrumpió él, con un susurro lleno de intensidad—. Mía. ¡Santo Dios! ¿Su matrimonio sería así de incendiario? ¿Por un simple beso?

Jimena se alisó la túnica para recuperar el aliento y la dignidad. No le hacía falta mucha experiencia para saber que aquel beso era cualquier cosa menos simple. Pero el arrepentimiento comenzó a estrangularla como si fuera una soga. ¡Su comportamiento había sido vergonzoso, imperdonable!

Aunque provocado por él. Ella no sabía lo que estaba sucediéndole, ni conocía las consecuencias.

—Vuestro proceder ha sido inapropiado —le regañó, con tan poca convicción que provocó una carcajada—. Me habéis arrancado un... beso.

—¡¡Martín!! ¡Don Hernán y sus hermanos nos esperan! ¿Se puede saber qué estás haciendo ahí arriba?

El sueño en el que Jimena había estado flotando desapareció, para estamparla contra el suelo de la realidad al escuchar aquella voz. Demasiado confundida y perpleja como para reaccionar adecuadamente, miró hacia el patio de armas para ver a un hombre que hacía señas al que había creído su prometido.

—¿Martín? —preguntó—. ¡¿Martín?!

Él respondió con una leve inclinación de cabeza. Le vio alejarse para acudir a la llamada, pero todavía pudo escuchar con claridad sus últimas palabras:

—Me propongo arrancarte mucho más que un beso, niña. Tenlo presente.

3

—Martín Ruiz de Vega. Acudes a nuestra presencia armado, arriesgando tu vida. ¿Tanto te intimidamos?

La voz profunda de Hernán de Medina resonó en la acogedora estancia. Martín giró ligeramente la cabeza para encontrarse con la mirada reprobatoria de su tío Ansur, el hombre que le había arrancado de la acogedora compañía de Jimena.

Aquello sería el principio de una serie interminable de advertencias acerca de su comportamiento, pero Martín prefirió no pensar en eso todavía. Los problemas, de uno en uno. Avanzó un paso y encaró a las tres torres humanas que ocupaban casi la mitad de aquel salón, con las paredes adornadas por diversos tapices, la chimenea encendida y dos braseros, colocados estratégicamente para repartir mejor el calor.

Sabía que conservaban las armas solo porque el señor de Laciana así lo había dispuesto.

Estaba frente a Hernán de Medina, el famoso Lobo Gris, y sus hermanos.

Aquel apodo le hacía perfecta justicia. Su tamaño intimidaba. La melena rubia le llegaba a los hombros, y se rascaba la barba mientras los otros dos hombres le inspeccionaban con expresión hostil.

—Soy desconfiado —respondió Martín, acariciando el mango de la espada con disimulo.

—No veo razón para ello —apostilló Hernán, señalando la carta donde se expresaba el deseo del conde de Trabada de que fuera Martín, y no otro, quien llevara a Jimena hasta él para que el casamiento se llevara a cabo en tierras vasconas—. Esta carta proviene de Odón de Montoya, sin duda, pero ¿quién me asegura la validez del resto?

Martín abrió los brazos para que los tres hermanos contemplaran a sus anchas el sobreveste verde oscuro que le cubría el cuerpo hasta medio muslo, con un pequeño trébol de cuatro hojas dibujado en cada una de sus esquinas.

—Como ves, visto el emblema de Castromoros aunque haya viajado bajo el estandarte de Trabada —informó.

—Espadero del rey y gobernador de Castromoros, según cuenta el conde en su misiva... —recitó Hernán, aún más receloso.

—Si él lo dice, habrá que creerle.

—Suponiendo que no seas un impostor.

—Me mostraré mejor. —Martín puso los ojos en blanco y comenzó a dar vueltas sobre sí mismo con los brazos en alto—. ¿Queréis que baile también?

—¡No, por favor! ¡Guarda esas habilidades para las damas! La danza no será necesaria. Soy

Rodrigo. —Una réplica más joven y más afectuosa de Hernán de Medina se adelantó para tomar a Martín de los antebrazos a modo de saludo—. Perdona la desconfianza de mi hermano. Desde la muerte de nuestro padre guarda a Jimena con demasiado celo.

—Estoy ante vosotros con la única misión de llevarla junto al conde. Si dudáis, podéis acompañarme.

—No podemos —murmuró Hernán con disgusto, dándole la espalda para calentarse las manos junto al fuego—. Mis hermanos han sido llamados a presencia del rey Ordoño en breve. Si yo partiera, el señorío de Laciana quedaría desprotegido. Pondré a un grupo de mis mejores guerreros a tus órdenes. Dadas las circunstancias, es lo máximo que puedo hacer.

Lo máximo y lo mejor. Martín comprendió el desasosiego de Hernán porque él mismo lo había experimentado no hacía mucho. Era una lástima, pero ni siquiera el fogoso encuentro con Jimena había logrado borrar de su memoria el rostro altivo y cruel de Odón de Montoya, mientras le era entregada aquella maldita carta y, con ella, una absurda misión.

—Tú serás el encargado de traerme a mi prometida sana y salva —le había dicho.

Si alguien tenía razones para negarse a aquella orden, era él. Años de buenas e irrefutables razones. Pero no lo hizo, porque aquella condena podía tornarse en recompensa. Eso no le impidió maldecir hasta que se quedó sin palabras. Incluso se empeñó en viajar con la única compañía de Ansur, para evitar llamar la atención de maleantes y dejar el grueso de las huestes en Castromoros, pero nada ayudó a mermar la sensación de que abandonaba sus dominios y a sus gentes por el capricho de un noble con otros fines más oscuros.

—Hernán no entregará a Jimena al primer guerrero que la reclame. Ni yo tampoco. —El tercero de los hermanos le saludó. El único parecido con los otros dos residía en su corpulencia y altura. Por lo demás, lucía una espléndida melena negra y unos vivarachos ojos oscuros que parecieron sonreír un momento antes de que él lo hiciera—. Me llamo Nuño de Medina. Y si planeas hacer algún daño a mi hermana, tendrás que vértelas conmigo.

—La niña no podría estar en mejores manos —afirmó Martín, señalando a Ansur—. No te fíes de su aspecto sucio y desaliñado, con esa barba descuidada y ese pelo enmarañado. Ni de los andares de oso o sus modales de... —Detuvo la animada disertación en cuanto Ansur le lanzó una breve mirada de advertencia—. Yo le confiaría mi vida entera.

—Ese hombre no debería estar presente en una conversación como esta. —Con gesto vehemente, Hernán señaló la puerta—. En mi fortaleza hay un lugar para los guerreros. Ve con ellos.

—Ansur es mi capitán. Irá donde yo vaya, estará donde yo esté y escuchará las conversaciones que yo crea oportunas. Puedes ser el señor de estas tierras, pero yo lo soy de mis hombres.

Un inesperado silencio siguió a las palabras de Martín. Sabía que había tentado al destino desafiando al Lobo Gris, pero no tenía nada que perder.

Y sí mucho que ganar.

Después de lo que pareció una eternidad sin que nadie abriera la boca, una sierva entró en la sala portando una jarra de vino y un vaso. Sus curvas pronunciadas, la piel aceitunada y las facciones marcadas de su rostro atrajeron de inmediato la atención de Ansur. Con una mirada golosa este observó al detalle cada movimiento de la mujer mientras esta llenaba el vaso.

—Sabina, mi hermana se retrasa. Ve a por ella —ordenó Hernán.

Perfectamente consciente del examen al que estaba siendo sometida, la sierva dedicó a Ansur una mirada llena de curiosidad a través de sus tupidas pestañas y desapareció.

—Tu capitán se comporta como si tuviera menos edad de la que aparenta, espadero —murmuró Nuño con un largo silbido.

—Y con más experiencia también, mi señor —recalcó Ansur con la vista clavada en la puerta—. El viaje no ha sido tan agotador como para ignorar los encantos de una buena hembra.

Todos los allí presentes, incluido Martín, estallaron en estruendosas carcajadas que rompieron de inmediato la tensión del momento.

—Si Sabina es tu elegida, vas a tenerlo fácil, Ansur —apreció Hernán, bebiendo del vaso para pasarlo luego a los demás—. Acompañará a mi hermana en el viaje.

—Humm... Quizá, después de todo, tenga mi oportunidad.

Todos rieron la broma.

—Bebed, pues —ofreció Hernán, con un semblante mucho menos adusto—. Estaréis deseosos de quitaros el polvo de vuestras gargantas antes de ir al tema que nos ocupa. Empiezo a pensar que ese maldito acuerdo con el conde de Trabada no es lo mejor para Jimena, si tengo que entregarla a su emisario en vez de a él en persona.

—Al parecer, su madrastra no goza de muy buena salud —le excusó Martín entre dientes—. Y yo no puedo ni debo contrariar las órdenes de un conde castellano.

—A ninguno nos conviene, cuando ha sido el rey quien ordenó el casamiento —apostilló Rodrigo—. Aunque entenderás que recelemos de un hombre que nos desafía en nuestra propia casa.

—Lo entiendo, pero no lo comparto.

—Lo compartirás cuando conozcas nuestras razones. —El joven Nuño apuró el vaso de vino—. Jimena es muy especial para nosotros.

—Algo lógico entre hermanos —afirmó Martín.

—No tanto. —Rodrigo buscó la aprobación de Hernán. Cuando la obtuvo, prosiguió—: Ella... ha olvidado lo ocurrido con mi padre.

—¿Cómo que lo ha olvidado?

—Desde su muerte, Jimena sufre de horribles pesadillas que no la dejan descansar por las noches. Apenas si tiene conciencia de su vida antes de ese día. No recuerda nada de aquel momento, ni tampoco de los inmediatamente posteriores. —Como si lo dicho siempre hubiera resultado un doloroso peso a sus espaldas, Hernán desvió la mirada con pena—. No hemos querido advertir a su prometido por miedo a que sea repudiada.

—Ese... —Una oportuna patada de Ansur por debajo de la mesa le libró de cometer un desliz. Martín carraspeó y volvió a intentarlo—: El conde no se atreverá a repudiarla después de haber firmado la carta de arras.

—Créeme, lo hará si reconoce en Jimena la más mínima señal de unas habladurías de las que estará enterado.

—Si ya está enterado...

—El conde es un hombre que cree en lo que ve —concluyó Hernán—. Debo comentártelo, ya que vas a ser el responsable de la seguridad de Jimena las próximas jornadas.

—No nos gustaría que volvieras asustado después de la primera noche —se mofó Nuño—. Ni

tampoco que reaccionaras de manera inapropiada.

Eso, de un modo muy educado, suponía una seria advertencia acerca de su futuro comportamiento. La extrañeza de Martín aumentó. Momentos antes no le había parecido que Jimena estuviera desequilibrada. Más bien la había tomado por una mujer de férreos principios y contundentes curvas. De boca sugerente y pasión a raudales. Además de...

Sacudió la cabeza y se obligó a retomar la conversación.

—En mi vida he visto cosas que minarían la fe de cualquiera —advirtió, cruzando los brazos sobre el pecho—. No me asusto fácilmente, mucho menos de un simple mal sueño. ¿Algo más que deba saber?

Los hermanos se miraron entre ellos, hasta que Nuño se encogió de hombros con un ruidoso carraspeo.

—La carreta en la que Sabina y Jimena viajarán —apuntó.

—¿Una carreta? —Martín resopló. Allí estaba el primero de los muchos inconvenientes que se le presentarían—. ¿Por qué no pueden viajar a caballo, como el resto? Una carreta es mucho más voluminosa y lenta. Tendremos serias dificultades en hacerla pasar por según qué caminos, ya no digamos en caso de huida.

—Una carreta con el techo cerrado, para evitar el frío —zanjó Hernán—. Te aseguro que tengo mis motivos.

Las posaderas de Jimena podían ser un buen motivo. A juicio de sus hermanos, demasiado delicadas como para someterlas a la tortura de un caballo. Tan tiernas que no habrían conocido las rojeces de unos buenos azotes cuando se los hubiera merecido. Y seguro que se los había merecido.

Martín ocultó su disgusto y apoyó los brazos sobre la mesa. No tendrían que viajar con una mujer y su sierva, no. Tendrían que hacerlo con una malcriada y su alcahueta, que sería bastante peor.

—Está bien —acabó cediendo—. Vuestra hermana nunca viajará en mejores manos, os lo aseguro.

De eso estaba plenamente convencido. Faltaba que ellos también lo creyeran, pero no pareció así cuando el enorme torso de Hernán se elevó por encima de la mesa hasta quedar a escasa distancia de Martín.

—Si te vas a llevar lo más hermoso de este valle, habrás de demostrar tu valía —dijo, con un matiz de desafío en la voz—. Veamos hasta dónde llega tu arrojo, espadero.

El frío de sus ojos grises se clavó en el rostro de Martín para asegurarse de que había captado su intención. Acto seguido, Hernán apoyó el codo sobre la mesa y abrió su manaza, esperando una respuesta.

—¡Apresuraos! ¡Vuestro hermano os requiere ya!

Jimena se levantó de un salto, con el peine enredado en su cabello suelto.

No se había dado cuenta de que había anochecido, ni de la presencia de su querida Sabina, haciendo aspavientos con las manos para meterle prisa.

¿Cómo iba a darse cuenta de nada, si solo podía pensar en lo sucedido en el adarve?

Desde hacía al menos una hora, no era la misma persona. Aquel beso impetuoso la había convertido en un ser lastimoso e inseguro, que temblaba de pies a cabeza y suspiraba sin remedio al recordar ciertos labios sobre los suyos, cierta boca tapando la de ella y cierta lengua...

Jimena abrió los ojos y cuadró los hombros. No estaba sola para dejarse llevar por aquellas fantasías. Aunque si las controlaba, una furia desconocida se apoderaba de ella.

Porque un demonio de ojos verdes, voz musical y probada experiencia la había engañado.

¡Ah, pero ya se encargaría ella de hacérselo pagar!

—¡Apuraos! —repitió Sabina, cogiendo el peine para acabar de acicalarla—. Los hombres enviados por vuestro prometido están esperando.

Jimena agradeció que Sabina estuviera inmersa en la tarea de colocarle una diadema plateada alrededor de la frente, a juego con los ribetes que su ajustada túnica de lana azul oscuro poseía en el escote cuadrado, las mangas y el bajo. De lo contrario habría advertido el rubor que le acaloraba las mejillas, comenzando así una serie de incómodas preguntas que no sabría cómo responder.

—¿No ha venido el conde en persona? —preguntó con su aire más inocente.

—A mí no me engañáis. —El corazón de Jimena dio un vuelco cuando el dedo índice de Sabina se sacudió justo delante de su pequeña nariz.

—Jamás osaría intentarlo. —¿La habría descubierto?—. Nunca lo conseguiría.

—Los habéis visto entrar. —Ah, se refería a eso...—. Sabéis que no era vuestro prometido.

Debería haberle distinguido. Así no se encontraría en aquella situación tan embarazosa.

—¿Quiénes son entonces? —preguntó Jimena, fingiendo sorpresa.

—El hombre que portaba el estandarte de Trabada es Martín Ruiz de Vega, espadero del rey y señor de Castromoros, nada menos. Y su capitán se llama Ansur —añadió Sabina, acercándose al oído de Jimena—. Vuestros hermanos les han permitido conservar sus armas.

Claro. Para desproveerle de su arsenal hubieran tenido que arrancarle los ojos, privándola del placer de hacerlo ella misma en cuanto se le presentara la ocasión.

Jimena se retorció las manos. Sería honesta, por mucho que conllevara consecuencias imprevisibles. Abrió la boca dispuesta a confesar su pecado...

Y desistió. Por primera vez en su vida. Ante Sabina, nada menos.

De origen árabe, Sabina fue un regalo del rey Alfonso a su padre como recompensa por la lealtad del señor demostrada tras la rebelión de su primogénito García. Poco después, don Tello redactó la carta de manumisión por la que ponía fin a su esclavitud, pero ella permaneció junto a Jimena, convirtiéndose en alguien a quien el cariño la uniría por encima de todas las cosas.

—Algún día me contarás cómo puedes enterarte de todo con tanta facilidad —comentó con una sonrisa—. Aunque veo que hablas de ese tal Ansur como si te agradara.

—¿Agradarme a mí? ¡Está sucio y tiene aspecto de jabalí!

—¡Sabina, qué cosas tienes! ¡Seguro que exageras!

—Yo nunca exagero, mi señora. Solo le ha faltado enseñarme los colmillos cuando me ha mirado. Además es tosco y rudo. No creo que sepa cómo tratar a una mujer. No me acercaría a él ni aunque fuera el último hombre del mundo. Sin embargo, su señor...

—Su señor... —Jimena contuvo la respiración para no mostrar el interés que el corazón le reclamaba.

—Él es alto, fuerte y gallardo —aclaró Sabina, estirando el pescuezo para imitar sus movimientos delante de ella—. Vuestros hermanos intentaron intimidarle para que Ansur abandonara la sala, pero acabó saliéndose con la suya.

Y no podría escupirle todo lo que pensaba de él. Jimena sintió que las mejillas le ardían nuevamente, pero de indignación, con solo pensar que tendrían que verse las caras delante de terceros. Esta vez al completo, con una buena iluminación que no permitiría errores.

—Ay, Sabina —se lamentó—. Tengo tanto miedo que no puedo moverme.

—Es lógico que temáis aquello que no conocéis. Pero yo os acompañaré en el viaje.

—¿Vendrás conmigo? —Sabina asintió—. ¿Y a qué esperabas para decírmelo?

—Acabo de enterarme, mi señora. ¿Cuándo queríais que os lo dijera? Ahora vámonos ya, o don Hernán me mandará azotar por desobediente.

Aunque sabía que eso era una exageración más de la sierva, Jimena la siguió sin titubeos, con una seguridad recuperada que murió cuando oyó las risotadas masculinas del otro lado de la puerta. Dudó entre atravesarla o emprender la huida, pero Sabina decidió por ella para dejarla en medio de la sala, sin poder creer lo que veía.

Sus hermanos, aquellos tres hombres serios, responsables y desconfiados a más no poder, se abalanzaban por turnos sobre la superficie de la mesa, lanzando alaridos de descontento cuando, uno tras otro, eran vencidos por la fuerza de los dos forasteros en...

4

—¿Un pulso?

Si daba crédito a sus ojos, y todo parecía indicar que así sería, el espadero y su capitán se lo estaban pasando en grande.

Rodrigo, que siempre mostraba más serenidad, gesticulaba con el capitán como si estuviera ebrio. Nuño, el más joven y risueño, esperaba su turno animando a Rodrigo. Y Hernán... ¡Hacía tiempo que no le veía reír de aquella manera tan espontánea, coreado por Martín!

Aprovechando el estruendo que estaban montando, Jimena pudo observar al espadero a su antojo.

Comprobó que era más alto y fornido que el conde de Trabada. También más joven. Mientras el cabello negro de su prometido se veía salpicado de vetas plateadas, el de Martín se asemejaba a una noche sin luna.

Le había confundido con Odón de Montoya, aunque comenzaba a preguntarse por qué. Era apuesto, de rasgos más suaves que los del conde. No parecía haber otra semejanza entre ellos que el verde de aquellos ojos, penetrantes y luminosos, que la habían mirado como si desearan desnudarla.

—¿Os divertís?

Martín giró la cabeza en cuanto la oyó, dejándose vencer por Hernán.

Entonces ella la vio.

Una profunda cicatriz nacía en la sien derecha del espadero, se internaba en su párpado impidiéndole abrirlo al completo y se perdía bajo la barba.

El efecto sobre el conjunto de su rostro resultaba extraño, pero en absoluto repulsivo. Al menos a Jimena no se lo pareció. Y eso que tuvo tiempo de sobra para advertirla, dado que Martín se había convertido una estatua de tan inmóvil como estaba.

Ni aun atravesándolo con una lanza varias veces, habría reaccionado en otro sentido que no fuera la contemplación de la adorable criatura que tenía delante.

Los brillantes cabellos rubios de Jimena campaban sueltos hasta más abajo de la cintura. Martín abrió la boca, absorto en los pechos que presionaban la ajustada y elegante túnica de lana y en la estrechez del talle que seguía.

No le hubiera extrañado notar un hilo de saliva corriéndole por la barbilla. El cuerpo se le quedó sin sangre en un segundo, para sentirla correr a un ritmo vertiginoso y en los lugares más inoportunos al segundo siguiente. Las caderas de Jimena sobresalían de un modo generoso. Martín comenzó a tener vértigo cuando intentó recorrer todas aquellas voluptuosas curvas en

sentido ascendente, posando la mirada en un lugar mucho más seguro para su integridad física.

O eso creyó. Al apreciar los labios llenos y sonrosados, tan sensualmente provocativos, el recuerdo de cierto beso le dejó la boca seca y el cuerpo sudoroso. Todos sus miembros reaccionaron al instante. Todos, sin excepción. El calor le hizo contener la respiración, intentando recomponerse.

¡Por favor! No era ningún imberbe para impresionarse así por aquella beldad que le lanzaba fuego indignado por los ojos celestes. Rasgados y vivarachos como los de un trago, el travieso duende doméstico que hacía de las suyas en los hogares leoneses.

Nuño se acercó a ella con los brazos abiertos y la obsequió con un sonoro beso de bienvenida.

—¡Aquí está la joya de la familia! —exclamó, lleno de entusiasmado orgullo.

Los demás la rodearon, alisándole el pelo y los pliegues de la túnica para pellizcarle la sonrosada mejilla con adoración. Martín se tragó un gruñido. ¡La trataban como si fuera una niña! ¿Es que no veían todas las curvas que acababan de nublarle el sentido?

No, por supuesto. Eran sus hermanos, no hombres a punto de caer rendidos a los pies de un ángel.

—Estábamos matando el tiempo con Martín y Ansur mientras llegabas —se excusó Hernán—. Jimena, este es...

—Uno de los espaderos del rey. Ya lo sé, Hernán. —Jimena alzó el mentón y pasó por su lado de la forma más desdeñosa posible para tomar asiento—. Me llevará con el conde.

—Las noticias corren deprisa —apuntó Nuño con sorna.

—¿Por qué no ha venido mi prometido en persona?

—¿Hubieras preferido encontrarte con él? —intervino Martín.

«¿Hubieras preferido besarle a él?».

Eso era lo que en realidad preguntaban los ojos verdes. Jimena tenía dos opciones. O esconder la cabeza o responder al desafío.

Y ella nunca había escondido la cabeza.

—Por supuesto que sí —masculló, arrastrando las palabras—. El conde siempre me inspirará más confianza.

Su primera provocación cayó en saco roto. Martín decidió no mostrarse ofendido por el desplante.

Jimena estaba tan turbada como él. Sería interesante averiguar cómo salía del apuro, pensó, ocupando un asiento al otro lado de la mesa, justo frente a ella.

—No te molestes por su comportamiento —la excusó Rodrigo—. Está nerviosa por el viaje, pero suele ser tímida y recatada.

—Salta a la vista. —Martín contuvo una carcajada cuando vio cómo las mejillas de Jimena enrojecían—. Aunque no le quedará otro remedio que vencer esa timidez si quiere viajar cómoda entre hombres.

—Conozco a esos hombres. Y mi fiel Sabina me acompañará.

—Seguimos siendo mayoría, niña.

—¿Mi estatura te ha llevado a engaño, espadero? —respondió ella, con un tono más cortante que el filo de una daga. El voseo reservado al conde había desaparecido—. Hace tiempo que dejé la niñez. Hay un prometido que espera.

Había tenido el gusto de ver cómo Martín se descomponía cuando había hecho su aparición en el salón, pero acto seguido volvió a dominar la situación, provocando que ahora ella mirara la carne que tenía sobre la rebanada de pan como si fuese su bien más preciado.

—He aclarado mis dudas acerca de tu madurez en cuanto te he visto.

—Buena respuesta, Martín —apoyó Hernán, reprendiéndola en silencio—. Si cierta doncella no aprende a contener la lengua, te auguro un viaje demasiado arriesgado.

—Nunca despreciaré una buena conversación que me entretenga, siempre que esta sea respetuosa.

Jimena se decidió a levantar los ojos, para ver la cordial sonrisa de Martín. ¡Estaba disfrutando, mientras que a ella las palabras se le atascaban en la garganta!

Muda. Así se mostraría hasta llegar a Trabada. Aunque no podría evitar mirarle. Como ahora. Se fijó en los labios generosos del espadero. Unos labios y una boca que ella ya había probado. Degustado. Disfrutado.

Jimena agarró la falda de su túnica con tanta fuerza que temió romperla. ¡No, no! ¿Por qué una memoria tan quebradiza como la suya se empeñaba en recordarle precisamente aquello que deseaba olvidar?

—Soy persona respetuosa —proclamó—. Y otorgo ese respeto a quien se lo merece.

—Espero merecérme lo pronto —sonrió Martín.

—Puedes seguir soñando —murmuró ella por lo bajo, segura de que nadie la entendería.

—Jimena, ¿te encuentras bien? —Nuño le puso una mano en la frente con gesto preocupado—. Parece que tengas calentura...

Calentura no. Estaba a punto de reventar de pura rabia ante la serenidad que mostraba Martín.

Segunda provocación, idéntico resultado.

—Quizá tenga hambre —apuntó el espadero—. Coge fuerzas, niña Jimena, pues el viaje que nos espera será largo y duro.

—Martín nos ha hablado con todo detalle de la ruta que emprenderéis —intervino Hernán con la boca llena.

—¿Ah, sí?

—No pareces muy entusiasmada —observó Rodrigo—. Por la mañana te mostrabas más dispuesta a reunirte con tu prometido.

—Hermana, te dejamos en manos del hombre más capaz de llevarte hasta él —añadió Nuño, creyendo que su gesto descompuesto se debía al miedo—. Aunque haya decidido hacerlo a través de las montañas.

—¿Las... montañas?

Ahora sí que Jimena palideció.

—Los territorios que estos hombres han recorrido hasta llegar aquí están prácticamente desiertos. Pese a que Ordoño los ha reconquistado para la causa cristiana, aún hay que repoblarlos —informó Rodrigo con pesar.

—En estos días, cualquier viaje es peligroso —intervino Martín—. Borearemos las montañas. Será más largo, pero más seguro.

—Te protegerán de las bestias que habitan en los bosques —añadió Hernán.

¡Protegerla de las bestias! ¡Ella viajaría con una!

Jimena se guardó la opinión bajo los pliegues de la túnica. ¿Hasta qué punto podía confiar en el espadero? Enseguida se respondió: no había punto de confianza entre ellos. No después del engaño sufrido.

—Más de un oso se habrá dado un festín con algún sarraceno desorientado —apuntó Martín, exhibiendo una atractiva sonrisa dirigida a ella—. Mi único afán es preservar tu inocencia.

¡Oh, aquello ya era demasiado!

Los dientes de Jimena rechinaron. Hasta que emprendieran el viaje tendría que comportarse, pero había muchas maneras de clavar una daga imaginaria en el pecho.

—¿Tardaremos en partir? —preguntó con dulzura.

—Lo necesario para ultimar los detalles —respondió Rodrigo—. Esperemos que mañana, a la hora tercia, esté todo preparado.

—En ese caso come, espadero. —Con toda la calma que pudo atesorar, se levantó y pasó por su lado. Allí se detuvo—. Pareces tener el apetito de un oso. Y hueles como ellos.

Tercera provocación que dio en la diana. Justo antes de abandonar la sala y correr por el pasillo para refugiarse en sus aposentos, Jimena tuvo el placer de ver cómo Martín se atragantaba. No miró atrás, a pesar de que supo, sin ningún margen de error, que alguien la seguiría.

Apenas le dio tiempo a lanzar a Sabina una angustiada mirada cuando la atronadora voz de Hernán sonó a su espalda:

—¡Fuera!

Sabina agachó la cabeza y desapareció.

—Puedo entender que estés nerviosa por emprender un viaje rodeada de desconocidos. Has de saber que no irás sola. A la compañía de Sabina pienso añadir la de Félix —comenzó Hernán, en un tono falsamente tranquilo—. También soy capaz de comprender que puedas sentir nostalgia ante la posibilidad de que no volvamos a vernos, o miedo por el casamiento. ¡Pero eso no justifica tu actitud con el señor de Castromoros!

—No me obligues, Hernán, te lo ruego. —Los ojos de Jimena compusieron su expresión más lastimera—. ¡Ese espadero es un salvaje!

—¡Si él quisiera, tendría que azotarte por tus insultos!

—No le he insultado. Le he dicho que olía mal, y no he faltado a la verdad.

«Al contrario que él», estuvo a punto de añadir. Hernán gruñó y se cruzó de brazos.

—Eres lo suficientemente instruida como para saber medir tus palabras —advirtió con dureza—. ¿No ves que has podido ofender gravemente a tu protector?

—¡Mi protector me llevará a través de las montañas como si yo fuera un saco de trigo!

—Martín es el emisario del conde de Trabada. Un hombre íntegro que velará por ti.

Jimena tuvo que contenerse para no revelar hasta dónde había llegado la integridad de Martín. Si su hermano llegaba a enterarse, condenaría su vida y la del espadero.

Y todavía no le odiaba hasta ese punto.

—No estoy preparada para soportar los rigores del frío en las montañas —gimoteó—. Seremos dos indefensas mujeres. ¡Si tú nos acompañaras con parte de tus huestes, estaría mucho más tranquila!

Hernán levantó una mano para hacerla enmudecer. Era evidente que también él había sopesado

la posibilidad.

—¡Irás con él, te guste o no! —tronó—. ¡Es tu obligación como mujer, Jimena!

—Conozco mis obligaciones. Ya sé que debo obedecerte...

—Exacto. Debes obedecerme —la interrumpió su hermano, señalando en dirección al salón—. ¡Mañana le pedirás disculpas delante de mí! No te librarás con uno de esos murmullos tuyos que nadie más logra entender.

Salió tan rápidamente como había entrado, dejando vía libre a Sabina.

Cuando Jimena vio la figura de la sierva a su lado, se derrumbó. Las dos mujeres se sentaron sobre el lecho y permanecieron abrazadas hasta que Jimena se quedó sin lágrimas. Incluso mucho después.

Sabina la consolaba como cuando era una criatura, pensando que su inexplicable comportamiento se debía al casamiento con el conde, y Jimena no la sacó de su error.

Ocultó a la perfección que un par de ojos verdes, una voz envolvente y el sabor dulce de una boca experta le habían robado toda serenidad. Lo encerró todo en el rincón más oscuro de su cabeza, allá donde otras muchas vivencias reposaban en el olvido desde hacía años, para poder obedecer a su hermano.

Y descubrió, para su sorpresa, que se sentía reconfortada.

5

Martín se había afeitado por ella. Jimena no tuvo ninguna duda cuando le vio.

«Tu barba es muy áspera».

Estaba imponente, con las calzas abrigando unos muslos del tamaño de troncos de árbol, el sobreveste cubriendo su enorme pecho, el yelmo y una gruesa capa. La mandíbula firme y la nariz recta le daban cierto aire regio. Ella ni siquiera reparó en el párpado medio cerrado y en la horrible cicatriz que ahora estaba al descubierto antes de que, con un ligero empujón, Hernán le recordara sus deberes.

Jimena lanzó una breve mirada a Félix, el fiel instructor que se encontraba junto a Celso y Canuto, dos de los guerreros más corpulentos de su hermano. No tardaron en unirse a ellos el joven Higinio, un muchacho de sonrisa fácil y complexión delgada pero de sorprendente fuerza, y Edistio, maestro en el manejo de la lanza pese a su corta estatura.

Aquella sería su escolta. Un grupo de hombres que no la ayudarían a pasar el mal trago de disculparse ante Martín.

—Te pido perdón por mi comportamiento de anoche —refunfuñó—. Estaba nerviosa y no supe hacer honor a mi rango.

—Sobreviví al trozo de carne atascada en mi garganta, por si te interesa saberlo.

En el momento presente, no le interesaba en absoluto. La tristeza la atacó como si fuera un ave de rapiña cuando vio la carreta que la aguardaba, tirada por dos mulas, con Sabina ya acomodada en ella. Un terrible nudo de congoja le atenazó la garganta. Intentó disimular, pero su aspecto debía de ser tan lastimoso que, cuando se volvió, todos sus hermanos la abrazaron al unísono.

Se encontró rodeada por tres pares de robustos brazos que la estrecharon hasta que el aire comenzó a faltarle. Ninguno dijo nada, pero todos hablaron cuando al fin la dejaron libre.

—¿Me permites, niña?

Martín extendió una mano, pero ella la rechazó.

—Creo que no —respondió con altanería—. Félix, ayúdame.

Cuando estuvo acomodada en la carreta, Martín sintió una suave palmada en la espalda.

—No te envidio —rio Rodrigo, antes de alejarse de ellos—. Espero que nos volvamos a ver.

Así sería, sin ninguna duda. La pequeña comitiva emprendió la marcha. Martín la dirigía, acompañado de Ansur. Félix conducía las mulas, con Celso y Canuto cabalgando a ambos lados de la carreta. Tras ella, Higinio y Edistio entablaron una animada conversación.

Como era de esperar, su tío apenas esperó a perder de vista la fortaleza para comenzar con su interrogatorio.

—Esa doncella parece odiarte profundamente —susurró, señalando la carreta—. ¿Qué ha sucedido?

—Nada.

—¿Nada? ¿Ella se atreve a insultarte delante de sus hermanos, por nada?

—Eso es.

—¿Y tú te quitas tu preciada barba, mostrando la cicatriz al completo, por nada?

Martín miró al cielo. Desde que Jimena había decidido ignorarle en favor de Félix, se encontraba de un extraño humor. No tenía paciencia para Ansur, así que decidió complacer su curiosidad con la verdad.

—La besé en el adarve —soltó, sin prestar atención al espanto de su tío—. Ella era la mujer que me acompañaba cuando tú me reclamaste.

—¡Cómo se te ocurre forzarla a...!

—Yo no he dicho eso. Estaba muy dispuesta.

—Ah, ahora comprendo. Una mujer despechada. O descontenta. O ambas cosas. —Cuando Ansur se dio cuenta de lo que acababa de decir, abrió los ojos hasta lo imposible—. ¡¿Has perdido la cabeza?!

—Puede. Me dijo que mi barba era áspera y me la afeitó.

—Suerte que no te dijo que quería verte volar —sugirió Ansur, torciendo la boca—. ¡Si el conde se entera, estará en su derecho de repudiarla!

—No se enterará. ¿Crees que soy tonto?

—No me pidas que te responda.

Con un golpe de talones en su montura, Ansur se alejó de él.

Martín no pudo por menos que sonreír. Le importaba, y mucho, lo que aquel hombre que le había salvado la vida siete años atrás pensara de él, pero sabía por experiencia que los enfados nunca le duraban demasiado.

Emplearía sus energías en lidiar con la indiferencia de Jimena. Armándose de paciencia, se inclinó sobre el caballo hasta que su cara asomó por el lateral de la carreta.

—¿Estáis cómodas? —preguntó, solícito.

—No os preocupéis —respondió Sabina, en vista de que Jimena se negaba a hablar—. Nos aclimataremos al ritmo que impongáis.

—Espero que hayas desayunado bien, niña. No pararemos hasta no haber abandonado el valle y esta molesta niebla al completo.

—Tú eres el molesto —murmuró Jimena, con la boca pegada al cuello de su capa de piel.

—¿Podrías hablar más claro?

Podía, pero no quería. Estaba decidida a obsequiarle con un empecinado silencio hasta donde fuera capaz de mantenerlo. Permaneció con la mirada clavada en los campos que dejaban atrás, y exhaló un tibio suspiro cuando escuchó que Ansur requería la presencia de Martín.

—Este año el tributo a Santiago y su arzobispado supondrá demasiado esfuerzo —comentó cuando no le sintió cerca.

—Donar las primeras cosechas y vendimias al santo siempre lo supone, mi señora. Pero todo será poco para preservar el favor de Santiago hacia los cristianos en las batallas contra los infieles.

—No hacia todos. —Una risotada de Martín captó su atención. El espadero festejaba alguna broma de los hombres. Y su sonido era agradable. Envolvente. Jimena frunció el ceño—. Yo pondría al gobernador de Castromoros en una pica.

—Salta a la vista que ese hombre es de vuestro agrado. No es necesario que le mostréis tanta hostilidad para ensalzar vuestra virtud, mi señora. Todos la conocemos.

¡Oh, qué equivocada estaba! Jimena se encogió en su asiento cuando un escalofrío la acometió. Ninguna prenda parecía abrigo para lo suficiente desde que aquel hombre se había cruzado en su camino. Ni la túnica de lana ni la capucha de su capa.

Ya había aceptado que no podía olvidarse del beso. Aunque tampoco se sentía culpable al recordarlo. Sin duda era víctima de un mal de ojo muy potente que le nublabla la razón.

Se recordó el motivo del viaje para alejar las lágrimas de pena que le llenaron los ojos. Iba camino de su nuevo hogar. Ilusionada ante la perspectiva de casarse con un conde castellano, nada menos. Pero durante un instante rememoró cada sensación despertada entre los brazos del espadero, surgiendo una impresión tan fastidiosa que volvió a murmurar.

Conforme se iban alejando del valle, el cielo clareó y el terreno comenzó a hacerse más escarpado con el ascenso. Martín divisó un arroyuelo que corría entre las piedras, bordeado por una pequeña explanada de verde hierba, y decidió que harían un alto en el camino. Dejó allí a Atila, su enorme caballo negro, para acercarse a Jimena, pero una vez más Félix se le adelantó.

Con un gruñido de disconformidad, Martín aguardó a que el resto de los hombres estuvieran asentados y rebuscó en el morral algo que llevarse a la boca.

Jimena tomó asiento en una pequeña elevación un poco apartada del resto para tranquilizarse. Aquella guerra con el espadero comenzaba a ser agotadora. No estaba acostumbrada a guardar silencio por tanto tiempo, menos si era en contra de su voluntad.

Para colmo de males, él no había perdido ocasión de mirarla. Jimena podía sentirlo en cada rincón del cuerpo por muy cubierto que este estuviera. El ya familiar cosquilleo regresó cuando le vio acercarse para apoyar la espalda en el tronco de un árbol y observarla con descaro.

—Sabina está ocupada —comenzó Martín, señalando a la sierva y a Ansur, que parecía pisarle los talones buscando su atención—. Podremos hablar tranquilamente.

Los ojos de Jimena centellearon. ¿Hablar? Sin duda el espadero se las prometía muy felices.

Hizo como si no hubiera oído nada y posó su mirada en un punto indeterminado del paisaje.

—Ese Félix... —insistió Martín con el ceño fruncido—. ¿Hasta qué punto puedo confiar en él? «Mucho más de lo que yo puedo confiar en ti», estuvo a punto de responderle ella, antes de recordar que debía mantenerse en silencio. Mirando al frente. Sin hacerle el menor caso.

—Tus hermanos me advirtieron acerca de tu verborrea, pero por el momento no la he padecido. —Jimena se mordió los labios. Más indiferencia. Ni una palabra, por mucho que le costara—. Comienzo a disfrutar de ese bendito silencio con el que me obsequias. ¿Vas a persistir en tu actitud?

Ahora sí que lo consiguió. Si la furia fuera agua, a Martín le habría caído un barril entero con la mirada que ella le lanzó.

—Haré aquello que más te moleste —respondió muy digna.

—¡Ajá! ¡Ya sabía yo que no podrías mantenerte callada por mucho tiempo! —se carcajeó él, evidentemente satisfecho—. Empezaba a pensar que mi horrible aspecto te tenía atemorizada.

—¡Tu aspecto no es horrible! —exclamó Jimena. Los ojos se le quedaron prendidos de aquellos labios que habían estado a punto de robarle la razón, con un apetito tan poco disimulado que estos se curvaron con orgullo.

—Sería interesante que me miraras un poco más arriba. Todos saldríamos ganando.

Y su dignidad, la primera. Jimena carraspeó, fijándose en otra parte menos peligrosa.

—Tu cicatriz —dijo, alargando una curiosa mano sin atreverse a tocarla—. ¿Te duele?

—Unas veces más, otras menos. Casi siempre cuando tengo que hacer frente a una situación tensa. Como ahora.

Martín se pasó la mano por ella en un gesto tan elocuente que Jimena enrojeció de puro bochorno.

—Deberías aplicarte algún bálsamo para suavizar la tirantez de la piel —se apresuró a aconsejar—. Así las molestias se aliviarían.

—El único remedio procede del hombre que me marcó. —La mirada de Martín se endureció, pero a continuación relajó los labios para formar una dulce sonrisa—. Aunque esta es una de las raras ocasiones en las que me alegro de tenerla.

—Siempre puedo volver al silencio para no soportar tu vanidad, espadero.

—Harás el viaje más aburrido, pero como gustes. Llevo toda la mañana preguntándome si alguien habría tenido a bien castigarte a tiempo para aplacar tu mal genio. Ya veo que no.

—Yo también me preguntaba si alguien te habría cortado la lengua. Así no la podrías utilizar para nada atrevido ni ofensivo.

Jimena alzó la vista al frente, pero Martín le puso un mendrugo de pan y un trozo de queso delante de la nariz antes de que pudiera disfrutar de su pequeña victoria.

—Come —le ordenó.

—No tengo apetito.

—Ansur te ha cedido parte de su ración para que no pases privaciones. Come.

—Atención que yo no he pedido.

—Y que él ha tenido. Le ofenderás gravemente si le rechazas. ¿Es eso lo que quieres?

Jimena se lo arrancó de las manos, pero no lo probó. Más tarde agradecería el gesto al capitán. Ahora estaba demasiado ocupada sintiéndose ofendida.

—Come —insistió Martín, cada vez más molesto—. Después me explicarás por qué he de soportar tus rabieta infantiles.

—¿De verdad tengo que explicártelo? —Él asintió. Pues perfecto. Así podría soltar la lengua a gusto—. Porque me mentiste.

—Jamás he hecho eso con una mujer, mucho menos contigo.

—Me dejaste creer que eras el conde de Trabada, que viene a ser lo mismo.

—Si hubieras preguntado mi nombre, te lo habría dado —explicó Martín, encogiéndose de hombros.

—Dijiste que ibas a pedir mi mano —replicó ella con ironía—. ¿Cómo llamas a eso?

—Cumplir las órdenes de tu prometido. ¿O creías que la iba a pedir para mí?

¡Claro que sí! ¡Hasta una muchacha ciega y muda lo habría creído! Es más, ¡se hubiera sentido

halagada solo con probar la intensidad que él había empleado!

Jimena ya no pudo contenerse más. Con las uñas clavadas en las palmas de las manos, se levantó furiosa.

—También aseguraste que comprobarías mi interés... —murmuró.

—Eso hice. ¿Ya no te acuerdas?

—Nunca olvidaré semejante afrenta.

—Yo no lo consideraría tal. Y apostaría mi mano derecha a que tú tampoco.

—¡Dijiste que nada ni nadie nos separaría! —le acusó llena de rabia—. ¡Pero no estoy interesada en ti!

—Lo estás. De lo contrario me hubieras delatado.

¿Conque esas tenía? Pues bien, ella se daría el gusto de hacer desaparecer semejante arrogancia.

—Si no te delaté fue para no perjudicarme a mí misma. —Eso no era del todo cierto, pero cumpliría su función.

—¿Y si hubieras salido airosa? —Martín se inclinó hacia ella con tanto aplomo que la hizo retroceder—. Yo responderé por ti, niña: tampoco lo habrías hecho.

Aplastante verdad que consiguió dejarla sin argumentos. Sí, estaba tan interesada como complacida, pero dejaría que le infligieran martirio antes que reconocerlo. Tuvo que echar mano de un último recurso para poder defenderse.

—¡Afirmaste que era tuya! —le reprochó—. No veo mentira más grande que esa.

—Lo proclamé, más bien. Es lo único en lo que falté a la verdad. Pero eso no quiere decir que no termine por suceder, ¿cierto? —No esperó respuesta. Con una firme presión sobre sus hombros, la obligó a sentarse de nuevo—. ¡Ahora deja de hablar y come! ¡No lo repetiré!

Derrotada, Jimena masticó la comida de mala gana en cuanto él comenzó a alejarse.

¡Bendito Dios! Aquella mujer conseguía ponerle nervioso en un tiempo insignificante. Tan desorientado estaba que no se dio cuenta de que Sabina había abandonado la compañía de Ansur para acercarse a su señora en cuanto presencié parte de la escena.

Iba tan ensimismado que estuvo a punto de sacar su espada cuando se la encontró de frente.

—¡No la tratéis así! —le increpó la sierva, en un arranque de coraje que bien le hubiera valido unos buenos golpes—. ¡Mi señora ha sufrido mucho!

—Lo sé.

—¿Lo... sabéis?

—Pero eso no le da derecho a despreciar las atenciones sinceras, vengan de quien vengan —continuó Martín con expresión dura—. Cuando ella se corrija, los demás también lo haremos.

Se alejó de las dos mujeres y se sentó junto al fuego, ajeno a las conversaciones de los guerreros. Cada vez más disgustado con Jimena, pero sobre todo con él mismo, por actuar como un infante que deseaba un imposible.

Arrojó una rama a la hoguera. Jimena era para el conde. Lo contrario supondría una dulce venganza, pero también un peligroso desafío hacia el rey Ordoño.

Aunque ella le había besado a él, no al ser sin alma que la esperaba. Y ese detalle, que debería parecerle insignificante, dadas las circunstancias, le llenaba de una angustia difícil de explicar.

Malhumorado, ordenó proseguir la marcha. No se detuvieron hasta que, al atardecer, divisaron

una antigua mina donde pasar la noche.

Esta vez no intentó ayudar a Jimena a salir de la carreta. Observó en silencio cómo ellas se sentaban con el resto en torno a la hoguera, y decidió disfrutar de su cena en solitario.

—¿De dónde eres? Tienes unos rasgos muy exóticos. Por no hablar de ese movimiento de caderas cuando caminas.

La atención de los hombres se centró en el comentario de Ansur. En contra de lo que Sabina esperaba, los rostros habitualmente amenazadores de Celso y Canuto se relajaron al oírlo. Los ojillos sagaces de Edistio se fijaron en ella esperando una respuesta, e Higinio se limitó a sonreír.

El mensaje era claro: estaban más que dispuestos a divertirse a su costa.

—No te importa —bufó, molesta.

—Demasiado mayor para ser virgen y demasiado joven para...

—... para nada que te interese —atajó Sabina, arrancando un coro de admirativos e interesados silbidos a su alrededor—. ¡Qué insolente! ¿Le habéis oído, mi señora?

—Alto y claro —respondió Jimena, conteniendo la risa—. Ansur, he de agradecerte que me cedieras parte de tu ración esta tarde. No era necesario.

—Oh, sí que lo era. —Evidentemente satisfecho, el hombre señaló a una impresionada Sabina que le miraba con la boca abierta.

—¿De verdad hiciste eso?

—Soy así de generoso, mujer —declaró Ansur muy ufano—. No debes fiarte de las apariencias.

—Me fío de lo que veo.

—¡No hace falta encender velas para ver según qué cosas, Sabina! —exclamó Celso con su vozarrón, uniéndose a la broma.

—¡Son otra clase de mechas las que este capitán está dispuesto a dejarse prender! —apoyó Canuto.

Varios y sonoros eructos le secundaron, obligando a Sabina a esconder la cara.

—Vamos, no te enfades con ellos. Solo me están apoyando —murmuró Ansur, acercándose con ademán conciliador—. Ahora dime: ¿eres el ama de cría de tu señora?

—¡Necio guerrero! ¿Acaso parezco tan vieja?

Ansur terminó por encogerse de hombros. Le miró los pechos llenos y se lamió los labios con expresión hambrienta.

—No estaba pensando en la edad, precisamente —apuntó—. Me voy a dormir, porque de repente siento unas ganas irrefrenables de beber... leche.

—¡Eso, vete! De lo contrario, amanecerás con un apéndice menos en el cuerpo.

Pese al estallido de furia de Sabina, Ansur le dedicó una sonriente reverencia y se alejó del resto, para preparar un lecho con hojas y envolverse en la manta.

No habían pasado ni dos cortos suspiros, cuando pudieron oírse claramente sus ronquidos.

—¡Se ha reído de mí delante de todos! —murmuró Sabina con los ojos entrecerrados—. Necesita un buen escarmiento.

—¿Tú se lo vas a dar?

—Ya veréis, mi señora... Ya veréis —advirtió, poniéndose en pie con una escalofriante sonrisa—. No tardaré. Entretanto dormid. Os hará bien.

«Sí —pensó Jimena, ahogando un bostezo—. Pero ¿dónde?». Desechó la idea de compartir espacio con los demás, por mucho que estos estuvieran al lado del fuego. El relincho del caballo de Martín le hizo dar un respingo de terror. Tendría que estar borracha para buscar el calor de cualquiera de esos animales.

Al final, decidió imitar a Ansur y proveerse de un lecho más o menos confortable no muy lejos de Félix, pero cuando lo tuvo, fue incapaz de utilizarlo. No podría dormir. Sus pesadillas terminarían despertando la compasión de Martín.

Y lo que menos deseaba era despertar su compasión.

—Tal vez te cueste dormir porque las visiones de tu pasado te atormentan.

Jimena dio un salto al comprobar lo cerca que estaba Martín. Hablaba con tanta certeza que no se atrevió a preguntar. La mirada del espadero consiguió llenarla de inquietud. Era tan penetrante que podría ahondar en su alma.

—¿Eres un guerrero que lee el pensamiento? —preguntó con suavidad.

—No. Soy un guerrero que observa —respondió él, ofreciéndole una manta y señalando el lecho—. Mañana no seas tan impaciente. Yo te lo prepararé.

Se marchó para realizar el primer turno de vigilancia, pero ni siquiera así su inquietud disminuyó.

Los dedos le hormigueaban cada vez que ella estaba cerca, y la mente se le nublaba hasta el punto de no poder pensar. Por eso las horas se le hicieron días. Por eso, cuando Félix llegó para sustituirle, acompañado de Higinio y Edistio, se apresuró a volver para arrodillarse junto a Jimena.

Estaba acostada de lado, con Sabina cerca. Tranquila, a pesar de las incomodidades. Sin esa actitud de rechazo que tanto le molestaba.

Martín le acomodó mejor la capa sobre la manta y le retiró un mechón de pelo.

De nada servía negarlo. Se iba a meter en un lío tremendo con nombre propio y dorados cabellos. Y cuanto más se resistiera, con más profundidad se hundiría.

El mayor ataque a su fuerza de voluntad vendría de los pechos que se asomaban por el borde de la manta presionando contra la hermosa túnica, de la minúscula cintura y de las generosas caderas. Supo, para su consternación, que se perdería sin remedio en los dos lagos azules, a poco que los contemplara.

Iría gustoso al infierno solo con que aquella carita de ángel se lo insinuara.

—El pequeño Duende de ojos rasgados se ha convertido en una bella mujer —murmuró con admiración. Podía hacerlo sin miedo a ser escuchado. Y en el supuesto caso de que lo hubiera sido, Jimena no habría comprendido sus palabras. Su mente todavía permanecía cerrada a cal y canto. Y Martín no sabía si debía sentirse alegre o dolido por ello—. Duerme tranquila, mi reina, pues ahora que he vuelto, repararé todos mis errores.

Se acostó de cara a ella y cerró los ojos. El aroma a flores que despedía le hizo pensar en unos labios complacientes. En una risa fresca y en unos acogedores brazos que le llamaban. Pensó en llenar de luz lo que hasta entonces habían sido tinieblas.

Y pensó en aprovechar el tiempo para lograrlo.

—Nada ni nadie podrá separarnos —murmuró, antes de caer en un profundo sueño.

6

Cuando despertó, ella no estaba.

Martín echó un rápido vistazo al campamento, para comprobar que tampoco Sabina se hallaba en él. No dejó que la zozobra le dominara y corrió hacia donde estaba Félix.

—Tú fuiste el último en hacer la guardia anoche —le espetó—. ¿Y tu señora?

—Supongo que con su sierva.

—¿Supones? ¡Debías cuidarla! —Martín soltó una maldición y agarró al guerrero por los hombros—. Como le haya pasado algo, te...

—¿Qué ocurre? —preguntó Ansur con el ceño fruncido.

—Jimena no está en el campamento. Por su culpa —respondió, señalando a Félix.

—¿Cómo va a ser por su culpa, hombre? ¡Ella necesita sus momentos, ya me entiendes! —Ansur puso los ojos en blanco al ver que Martín no comprendía en absoluto—. Está en la orilla del río, con Sabina. Esa mujer me trastorna. ¿Sabes que esta mañana me ha servido el desayuno antes de hacerse cargo de su señora? Es...

Martín no se paró a escuchar lo que Sabina era. Abandonó el campamento a grandes zancadas, pero se quedó clavado en la hierba llena de rocío cuando escuchó el sonido fresco de una melodía. Avanzó unos pasos más con cautela, apartando las ramas de unos arbustos para poder regalarse la vista tal y como lo hacía con el oído.

Jimena cantaba, recostada sobre una roca, con el rostro elevado hacia el sol de la mañana mientras Sabina la peinaba.

Tan solo su camisa la cubría.

Martín estuvo a punto de caer al suelo por la impresión. Ni un batallón entero hubiera logrado que apartara los ojos de aquel rostro sonriente. Era hermosa, apabullante, inocente. No. Su aspecto no decía lo que realmente era. La piel blanca brillaba en los lugares en los que el sol la acariciaba. Las caderas dibujaban su contorno a través de la camisa incluso a aquella distancia, y los voluminosos pechos apuntaron impúdicos al cielo cuando Jimena se estiró todavía más sobre la roca, abandonándose a los cuidados de Sabina.

Martín se permitió el lujo de respirar. ¡Cómo deseó ser él quien peinara aquella cascada rubia! ¡Quien se atreviera a acariciarla hasta sentirla arder de deseo, esperando a ser colmada!

Solo cuando se miró las palmas callosas, despertó.

Si no ponía cuidado, aquella muchachita aparentemente inofensiva le haría bailar al son que ella dictara. Había permitido a sus pensamientos hacerse con el control demasiado tiempo, y ahora tendría que pagar las consecuencias. La explosiva y dolorosa respuesta de su virilidad se

encargó de recordárselo. Condenación...

Aparentando un aplomo que estaba lejos de sentir, Martín avanzó hacia la orilla.

—¿Cómo puedes ser tan imprudente? —bramó, sin importarle los centelleos indignados que le lanzaba Jimena mientras se cubría con la túnica—. ¿Y si se hubiera presentado otro en mi lugar?

—Buen día también para ti, espadero —murmuró ella, torciendo la boca.

Con una significativa mirada, Martín logró que Sabina desapareciera. Tenía una expresión amenazadora en la cara y un ceño muy fruncido cuando señaló a Jimena con el dedo.

—Ya que tu alcahueta se ha ido, vamos a poner a cada uno en su sitio, desde ahora y en lo sucesivo —comenzó, con la voz todavía enronquecida por el deseo.

—¡No te atrevas a insultar a Sabina!

—Llamo a las cosas por su nombre, que es muy distinto. —Ante el mutismo de Jimena, decidió continuar—: No te alejarás del campamento sin que yo lo sepa. No te verás a solas con Félix ni con ningún otro sin que yo lo autorice...

—Félix es un hombre de mi total confianza.

—Pero no de la mía. Solo hay que ver cómo te mira, niña. —Martín omitió reconocer que aquel simple gesto le empujaba a ejecutarle y comenzó a pasearse delante de ella, con la vista clavada en el suelo para evitar clavarla en otras partes mucho más peligrosas—. Si quieres asearte, no podrás hacerlo sola y me pedirás permiso.

—¿Y si quiero aliviarme detrás de un arbusto? ¿También tendrás que estar al tanto?

—También.

Jimena se cruzó de brazos con gesto altanero.

—No estoy obligada a seguir tus órdenes, espadero.

—Ya lo creo que lo estás —siseó Martín, haciendo una exagerada reverencia para que pasase delante de él—. Las doncellas lenguaraces primero, por favor.

—No.

—¿Cómo que no?

—Como que no.

¿Qué clase de osadía era aquella? Si él ordenaba, ella obedecía. No era tan difícil de comprender. Martín se colocó a su espalda, decidido a darle una lección de humildad. Ella sintió el calor abrasador que desprendía aquel cuerpo enorme y amenazador. Envió una orden tajante a sus pies para que corrieran, pero estos no se movieron del sitio.

No podía estar allí más tiempo. Ni cerrar los ojos o entreabrir la boca al notar ese tibio aliento depositándose sobre la nuca.

¿Qué le sucedía con él? Una catarata de sensaciones la recorrieron desde aquel sensible punto hasta los dedos de los pies, deteniéndose en su bajo vientre. Sintió una desconocida presión quemándole las entrañas con tanta furia que temió caer de rodillas.

—Jimena, mi Jimena —le susurró Martín al oído, con una voz profunda e insinuante—. Esas medidas pueden salvar tu vida o la de cualquiera de nosotros. En consecuencia, ¡no aceptaré un solo capricho más!

Ella abrió los ojos de golpe y se apartó. Todavía temblaba. Y tenía la respiración tan agitada que temió reventar la túnica. Pero le hizo frente, con las manos en las caderas y una mirada encendida.

—¿Crees que soy caprichosa?

—Entre otras cosas, sí.

—¿Qué sabes tú de mí para juzgarme así? —murmuró, presa de una furia desmedida que no pudo controlar—. ¿Qué sabes de mi vida, o de mis padecimientos? ¿Quién te ha otorgado el derecho a comportarte como si fuera de tu propiedad?

Martín retrocedió sorprendido no tanto por el estallido de cólera, sino por las lágrimas que asomaban a aquellos angelicales ojos. Lágrimas que él había provocado.

Comenzó a sentir las en la carne como si fueran latigazos y extendió una mano, arrepentido.

—Jimena...

—¡No te acerques! Piensas que estás en posesión de la verdad absoluta, cuando en realidad no sabes nada. ¡Nada! —repitió ella, apartándolo—. Conozco las medidas de seguridad que debo tomar. No necesito que ningún asno me las recuerde.

Para cuando Martín pudo reaccionar, Jimena ya había vuelto al campamento, envuelta en aquel contoneo de caderas que permanecía grabado en su retina a fuego lento. Ahora era Ansur quien le observaba, entre extrañado e intrigado.

—¿Me ha llamado asno? —murmuró, señalando hacia donde Jimena había desaparecido.

—No exageres. Te han llamado cosas peores.

—Sí, pero nunca una mujer. Y mucho menos una de noble cuna.

—¿Vas a castigarla por el atrevimiento? —rio Ansur.

—Ese es trabajo de su futuro esposo. Y visto lo visto, tendrá que emplearse a fondo para domesticarla.

—No es necesario que te comportes con ella como si fueras su padre —insistió su tío—. Todos la vigilamos por igual.

Esos eran sus dos principales problemas, rumió Martín, enfadado. Estaba lejos de comportarse como un padre. Y había demasiados ojos encima de ella. La mayoría sobraban.

—Temo las aceifas —se excusó.

—Los saqueos musulmanes suelen producirse en el verano y en las aldeas, donde pueden conseguir sustanciosos botines, tanto en provisiones como en esclavos. Mientras permanezcamos en las montañas, estaremos a salvo.

—En ese caso, ¿puedo temer el frío de la noche? —siguió aventurando Martín, cada vez más furioso—. ¿Los lobos, los mercenarios que se venden al mejor postor? ¿Los apetitos carnales de los hombres que no tienen una hembra con quien desfogarse?

—O los tuyos. —Ansur detuvo su imperante caminar agarrándole del brazo—. No te molestes en negarlo. Os he visto.

—No me digas. ¿Y qué se supone que has visto?

—Cómo la miras. Cómo te contienes. Cómo le hablas al oído para asegurarte de que no se separe de ti. —Martín iba a replicar, pero Ansur no le dejó—. Esos son los mayores peligros para la doncella. Protégela de ellos.

Era una insensatez ignorar la sabiduría de aquellas palabras, pero en cuanto Martín puso un pie en el campamento, tuvo que comprobar que Jimena permanecía allí.

Si no la veía, la buscaba. Y cuando la encontraba, tenía que acercarse a ella como si estuviera poseído por algún tipo de ente malvado.

Menos en aquel momento. En aquel mismísimo momento, una simple mirada de Jimena le hizo desistir de cualquier acercamiento. Sabina le había recogido el pelo en una cómoda trenza que ocultó bajo la capucha de su capa, antes de verter toda su silenciosa ira sobre él.

Martín montó en Atila y ordenó la marcha. ¡Condenación! Él solo se había preocupado por el bienestar de la joven, concentrándose mucho en advertirla acerca de los peligros que podían acecharla. No se merecía aquel torrente de indignación que terminó por hacerle sentir culpable.

¿Sería culpable? Aceptó que sí. Aunque Jimena le provocaba, ¡y de qué manera! Tendría que enfundarla en varios sacos para ignorar aquellas curvas que le tentaban constantemente. Y vendarle los ojos para que no le llamaran, fuera cual fuese la clase de mirada que le dedicaban.

En resumidas cuentas, sería tan complicado no ceder a esa atracción como que terminara por adorar a Alá, concluyó Martín con un bufido de disgusto, antes de reanudar el camino.

—Hace demasiado frío.

—Estamos entre montañas. Es normal que haga frío. —Martín se percató del aspecto de su tío. Estaba pálido, con pequeñas gotas de sudor cayéndole por la frente—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, es solo que... —Ansur se encogió con un quejido, descendió del caballo con prisa y corrió tras unos matorrales, mientras gritaba—: ¡No te preocupes por mí y ve a comprobar cómo están las mujeres!

Martín detuvo la carreta y se asomó. Como era de esperar, Jimena apartó la cara en cuanto le vio.

—Sabina, ¿tu señora tiene frío? —preguntó.

—Pues no sabría...

—Sabina, dile que no soy tan frágil como para no poder soportarlo —respondió Jimena, adelantándose a la sierva.

—Sabina, explica a tu señora que no he preguntado por la rapidez de su lengua, sino por el estado de su persona —apostilló Martín, tendiéndole su capa—. Toma, dásela.

—Sabina, aclárale que me moriría antes de aceptarla —musitó Jimena, dirigiendo a la prenda una mirada mucho más intrigada que furiosa.

—Sabina, informa a tu señora de que sentiría un gran placer en ponerla sobre mis rodillas para enseñarle la conveniencia de que acepte ciertos gestos, vengan de quien vengan.

Aquella última afirmación fue tan íntima e insinuante que Jimena lanzó un grito escandalizada, aunque terminó cogiendo la capa de Martín para cubrirse con ella.

—Gracias —rezongó.

—Eso está mucho mejor. —Martín les brindó una de sus extraordinarias sonrisas. Jimena le respondió frunciendo el ceño—. Voy a ver qué le sucede a Ansur.

—¿Se encuentra mal? —preguntó Sabina.

—Hemos tenido que parar por ciertas urgencias. Esperemos que no vaya a más.

Pero fue a más. Pronto los fuertes retortijones y los incipientes vómitos de Ansur los obligaron a detenerse. En cuanto eso sucedió, Jimena corrió a auxiliarle.

—Estás enfermo, Ansur —dijo, tocándole la frente empapada de sudor—. Muy enfermo.

No dudó en cubrir la tiritona del hombre con la capa que momentos antes Martín le había

prestado y le ayudó a tumbarse bajo un árbol. Después miró el cielo nublado con preocupación.

—Si llueve, tendremos que buscar un lugar donde resguardarte.

—Yo me ocuparé.

Sintió una reconfortante mano en el hombro antes de ver cómo Martín asentía, visiblemente impresionado por su reacción. Tenía una expresión tan serena en la cara, que buena parte del enfado de Jimena fue sustituido por una oleada de calidez. Los dos estuvieron mirándose largo rato, cada uno inmerso en los ojos del otro, sin más contacto que aquella mano abrigando su hombro, hasta que la voz de Sabina rompió el encanto:

—No os inquietéis. Se le pasará pronto.

¿Fue por el gesto de triunfo de la sierva que comenzó a desconfiar? ¿O por su tono despreocupado? Una creciente sospecha empujó a Jimena a apartarla de Martín, aunque no de Ansur.

—Tú no tendrás nada que ver con esto... —aventuró, señalando al enfermo.

—Ya os dije que necesitaba un escarmiento —explicó Sabina, encogiéndose de hombros—. Solo es un pequeño susto, no os apuréis.

—¿Qué le has hecho?

—Cierta día, hace años, la esposa del herrero me pidió ayuda para su esposo. Sabía de mi conocimiento de ciertas plantas, y pensaba que podría ayudarle a... Bueno, tenían problemas maritales que no voy a explicaros. El caso es que yo me equivoqué de planta y provoqué que el hombre estuviera indispuerto en vez de dispuesto. Anoche vi esa planta cerca del camino y tomé un poco de resina. La «sabina rastrera» es única para producir vómitos y diarrea. —Ante el rictus espantado de Jimena, la sierva se apresuró a aclarar el asunto—. Pero fue muy poquito, mezclada con el desayuno. Mañana estará bien.

—Así que «sabina rastrera»... ¡Un nombre muy apropiado, sin duda! —Ansur quiso abalanzarse sobre Sabina, pero un ruido proveniente de su estómago le obligó a doblarse en dos y caer de rodillas por el dolor—. Eso es lo que tú eres. ¡Rastrera, harpía, serpiente venenosa! ¡Te daré tu merecido!

—¿De qué está hablando Ansur? —preguntó Martín con extrañeza.

«Aquí tienes una oportunidad de demostrar tu valentía al espadero», cuchicheó la conciencia de Jimena.

—¡Oh, cállate! —le respondió ella en un murmullo disimulado. Al final sería necesaria una conversación con él. Jimena tiró de su brazo y se cubrió mejor con la capa. De repente sentía el frío clavado en los huesos.

—Es Sabina —informó, cuando estuvieron lo suficientemente alejados—. El estado de Ansur ha sido provocado por ella.

—¿Cómo has dicho?

—Anoche tuvieron una pequeña discusión. Ella tomó resina de una planta y se la dio en el desayuno. —Inspiró con fuerza un par de veces y estiró el cuello al máximo para ver la expresión pétrea del hombre—. Puedes enfadarte todo lo que quieras conmigo.

—No estoy enfadado contigo... todavía.

¿Ah, no? Pues razones no le faltaban. Jimena apretó los puños y le miró con una frialdad capaz de congelar el agua del río. Si él ya había olvidado su disputa, ella no.

«¿Ni siquiera por la pequeña travesura de Sabina?».

—Llamarlo así es ser benevolente —respondió con un ínfimo murmullo.

«Lámalo como quieras, pero ahora mismo está a un paso de sufrir un castigo gracias a esa lengua tan larga que tienes».

Jimena apretó los labios. Los ojos verdes de Martín estaban clavados en ella. Duros, brillantes. Demasiado distantes como para pensar en ganárselo con facilidad.

—Antes hemos discutido —apreció, inclinando la cabeza en dirección a la carreta.

—No. Yo he ordenado y tú has obedecido. Después te has preocupado por Ansur como lo hubiera hecho yo mismo, para terminar contándome una historia que no sé si creerme.

—¡Es cierto! ¿Por qué te mentaría en algo así?

—Dímelo tú.

La rabia de Jimena se quedó donde debía, por una vez, cuando ella se cruzó de brazos con terquedad.

—¿Piensas que la acuso para librarme yo? —Era demasiado enrevesado, pero su silencio le respondió. ¿Sería posible que pensara eso de ella? ¡Oh, oh!—. Sabina conoce las plantas.

—Ese no es un buen argumento, niña.

—No le habrá hecho más daño del necesario.

—Del necesario, dice. —Así que no había mentado, ni siquiera un poco. Martín terminó revolviéndose el pelo, completamente atónito y mucho más pálido—. ¿Mi capitán está a punto de morir por una disputa con tu sierva?

—¡No está a punto de morir! Solo permanecerá indispuerto, eso es todo.

—¿Que eso es todo? ¡Tendremos que detenernos por su culpa! —exclamó, paseándose de un lado a otro. Solo así podría evitar retorcerle su hermoso cuello—. Válgame el cielo...

—Ya sé que se merece un castigo.

—Por supuesto que se lo merece. Yo mismo se lo daré.

—¡No! —Jimena no dudó a la hora de sujetarle por el brazo para evitar que dirigiera sus pasos hacia Sabina—. No, por favor —suplicó, con una voz mucho más dulce y envolvente. No le hubiera importado besar el suelo que él pisaba si con ello conseguía enmendar el entuerto—. Sabina es lo más parecido a una madre que he conocido.

—Una madre muy imprudente que ha puesto en peligro la integridad física de un hombre.

—Nadie más está al tanto de lo ocurrido —insistió ella.

—No me digas que lo que acabo de oír es una excusa —gruñó Martín, dándole la espalda para alejarse—. Te supongo más inteligente.

—¡Ansur se lo ganó!

Él se detuvo y la miró. La expresión endurecida de su cara pareció suavizarse un tanto cuando arrugó la frente con interés. Jimena dejó escapar el aire poco a poco.

Iba por buen camino.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Martín.

—Él se metió con... Bueno, ya sabes.

—No, no sé. Estoy esperando a que tú me lo expliques.

—Con sus... —Haciendo un verdadero esfuerzo, Jimena se señaló el busto y repitió—: ¡Ya sabes!

—¡Ah! ¿Con sus pechos? —Cada vez más azorada, ella asintió—. Eso no la exime de culpa.

—¡Por favor! —Parecía a un paso de arrodillarse ante él. ¡Qué bonita estaba con aquel rubor en las mejillas, el brillo humilde en los ojos y el pequeño temblor de su barbilla!—. Por favor.

—Lo consideraría a cambio de otras cosas. —Martín se acarició el mentón y la miró de reojo. No estaría mal comportarse de un modo perverso, solo para sacar provecho de la situación—. Si estás dispuesta a mostrarte más dócil...

—Estoy dispuesta a hacerte entrar en razón. No disculparé a mi sierva si tú no lo haces con Ansur —concedió Jimena, envarada y nerviosa a pesar de la diversión que él demostraba.

—¿Quieres negociar conmigo? —Los ojos masculinos lanzaron chispas llenas de ternura—. Mi Duende, esa fechoría no puede quedar impune. Lo entiendes, ¿verdad?

Duende. Escuchar aquella palabra le produjo un suave cosquilleo en el estómago. Y consiguió que toda tirantez desapareciera.

—Lo entiendo, pero no puedo consentirlo —proclamó con valentía—. ¡Yo recibiré su castigo!

—¿Qué?

—Si pensabas azotarla, azótame a mí —comenzó Jimena, sin advertir la disimulada y maliciosa sonrisa de Martín—. Si pretendes dejarla sin su ración de comida, yo lo soportaré por ella. Y si tu plan es hacer que cuide de Ansur, yo la sustituiré. Haré lo que quieras, pero, por favor, ¡no la castigues!

Martín se quedó sin palabras ante el coraje y la capacidad de sacrificio demostrados por la muchacha para proteger a una simple sierva. Fingió pensar profundamente y entornó los ojos.

—Está bien —concedió, con una dureza que ya no sentía—. Dejaremos los azotes para otro momento más íntimo.

—¿Es que piensas golpearla en la intimidad?

—¡Ni en años! —¡Por los clavos de Cristo! ¡Era tan inocente!—. Cederás parte de tu ración a Ansur cuando este pueda comer. Serás la encargada de cuidarle, tanto de día como de noche. Por culpa de tu sierva hoy habrá un hombre menos para hacer las guardias. Justo es que tú permanezcas despierta por él, como él lo hubiera hecho por ti.

Se fue en busca de su tío antes de sucumbir a la sonrisa de agradecimiento que mostró Jimena, y se inclinó para comprobar su temperatura.

—Martín, ella me las pagará...

—Sí, Ansur, sí. Pero antes las estás pagando tú. ¿Es cierto que te metiste con Sabina?

—Me hubiera gustado meterme más con ella, ya me entiendes —susurró el capitán, con una maliciosa sonrisa a pesar de su estado—. Solo hice un comentario acerca de su busto y de su condición.

—Muy desagradable debió de ser, porque la ofendiste gravemente.

—¿Esto es por lo que dije? —Martín asintió—. Bueno, quizá me sobrepasara un poco.

—En ese caso, sufre tu penitencia sin rechistar. Esta noche un ángel cuidará de ti. La niña Jimena se ha ofrecido a cumplir el castigo impuesto a su sierva —añadió Martín con cierta nostalgia—. Ah, Ansur... ¡Quién estuviera en tu lugar...!

El hombre le observó alejarse para organizar el campamento, totalmente perplejo.

—Si desea estar agonizando solo para disfrutar de sus atenciones, es que esto es peor de lo que me imaginaba —masculló, antes de cerrar los ojos para buscar un pequeño alivio en el sueño.

7

Ansur fue atendido con mimo y delicadeza. Al día siguiente, una arrepentida Sabina se unió a los cuidados del enfermo, no sin antes ofrecerle una disculpa por orden de Jimena.

—Lo siento mucho, capitán —había murmurado—. Lo hice como escarmiento por tu comportamiento conmigo.

—¿Y cómo quieres que me comporte, mujer? ¡Cuando te miro, no puedo pensar en otra cosa que no sea...!

No pudo terminar por culpa de las náuseas, pero cuando estas se fueron, la mirada enfurecida de Ansur se había convertido en dócil y complacida. Y la de Sabina, en muy insinuante.

Mientras Martín se entretenía en poner a punto el arco, limpiar la daga y afilar la espada, pudo ver cómo el capitán era objeto de todo tipo de cuidados por parte de las dos mujeres.

Se sintió celoso y bastante desamparado. Él quería escuchar la voz cantarina de Jimena dedicándole alabanzas, mientras le miraba con adoración. Ver cómo los labios carnosos se curvaban en una sonrisa solo para él. Comprobar que era capaz de mostrarle un mínimo del afecto que ahora dispensaba a su tío. ¿Por qué Jimena no empleaba con él toda esa dulzura para conversar como dos seres civilizados, en vez de lanzarse pullas del tamaño de catapultas?

Por aquel beso que aún le escocía en los labios. Un tremendo error que ya no podría deshacer, por mucho que Jimena insistiera en permanecer altanera y fría. Estaba cansada, pero soportaba los rigores del tiempo y las incomodidades del viaje sin quejarse. Con un sueño plácido, sin las pesadillas que se suponía que debían aparecer.

Tan adorable e insinuante como la mejor de las fantasías.

Pero ella era para el conde. ¡Estaba destinada a él! Aquella mañana, con Ansur recuperado definitivamente, Martín tuvo que recordárselo de nuevo para ahuyentar las tentadoras imágenes que de un tiempo a esta parte siempre le acompañaban. Se centró en el viaje y aminoró la marcha, a sabiendas de que la dichosa carreta les traería problemas en el angosto camino que comenzaba a ascender por el desfiladero.

En algunos trechos aún podía verse la nieve tardía coronando los picos desnudos, o pendiendo de las ramas de los árboles. En otros, el deshielo hacía que el agua se mezclara con la tierra del camino, provocando que los cascos de los caballos resbalaran en el barro.

El relincho de Atila le obligó a darle unas palmaditas en el cuello para tranquilizarlo.

—Todavía no entiendo ese empeño en eludir los caminos anchos y seguros —se quejó Ansur—. Las mujeres no están acostumbradas a dormir a la intemperie.

—No parece que ninguna se haya quejado.

—Los animales están asustados —insistió su tío.

—No solo los animales, por lo que veo —le pinchó Martín con una sonrisa—. Piensa que la mitad de la ración de Jimena irá a parar a tu estómago en cuanto podamos asentarnos.

—Has sido demasiado duro con ella. Es Sabina quien debería darme de comer.

—Según tengo entendido, también lo hace.

—Cada vez que me mira con esos ojazos, me siento repleto. —Ansur rio ante el doble sentido de sus palabras—. No será Odón de Montoya quien te obliga a tomar esta ruta, ¿verdad?

Al oír aquel nombre, la sonrisa de Martín se borró.

—Sabes tan bien como yo que esta misión es una artimaña para alejarme de Castromoros —respondió, con la mandíbula endurecida—. La guerra entre nosotros no ha hecho más que...

Un fuerte chasquido a su espalda, seguido del grito desgarrador de Jimena, le heló la sangre. Ansur y él retrocedieron para ver que la rueda derecha delantera de la carreta se había roto, provocando que un lateral del vehículo acabara suspendido en el vacío.

Mientras Félix, Celso y Canuto tiraban de las mulas y el resto tranquilizaba a los asustados caballos, Martín corrió hacia la carreta. Jimena se aferraba al lado contrario. Tras ella, Sabina gimoteaba aterrorizada.

—Toma mi mano —ordenó con suavidad. Ella sacudió la cabeza—. Vamos, yo te sostendré. Confía en mí.

«Confía en mí...». Las palabras de Martín se infiltraron en la mente de Jimena como hilos firmes que abrieron una brecha en su memoria.

La visión llegó sin avisar. El sol se ocultó de repente. Aunque Jimena intentó ver más allá, solo pudo distinguir la nieve que cubría sus pies helados y mojaba su túnica. El rostro de Martín se difuminó entre sombras. Centró la vista en aquella mano que se le ofrecía. Intentó aferrarse a la realidad, pero sintió que caía y caía...

Llamas de fuego la hacen arder de miedo. Se cubre para evitar los cascos del caballo, pero de repente escucha un quejido ahogado. Se atreve a mirar, para ver al tenebroso jinete en el suelo, intentando recuperarse de su caída.

Jimena no se para a ver qué ha ocurrido. Se arrastra sobre la nieve huyendo del enorme caballo. Intenta ponerse en pie, una silueta oscura avanza hacia ella. Es un espectro.

¡No! Quiere gritar, sin conseguirlo. Gime y sacude la cabeza, pero el espectro no tiene ninguna dificultad en alcanzarla. Es grande, amenazador. Avanza levitando sobre la nieve, envuelto en una larga capa que le cubre por completo. Le arranca un alarido de terror descarnado. Jimena sacude los brazos al verle inclinarse hacia ella. Quiere zafarse de las garras que parecen estar a punto de rodearla. Patatea desesperada cuando ve cómo alarga una mano huesuda en su dirección y retrocede...

—Jimena, toma mi mano —insistió Martín en un susurro. El movimiento de las mulas hizo que la carreta se balanceara hacia el precipicio—. ¡Si no lo haces, Sabina morirá!

Esperaba que aquella amenaza la hiciera reaccionar. ¿Qué le sucedía? Jimena tenía el rostro desencajado y los ojos fijos en algún lugar a su espalda. Temblaba de pies a cabeza, incapaz de moverse. No parecía verle, ni oírle.

—Tienes que salir de ahí —suplicó Martín, estirándose más—. El paso es demasiado estrecho. No podemos entrar para sacarlos sin que la carreta caiga al vacío.

En ese momento ella salió despedida hacia atrás como si hubiera recibido un puñetazo en el vientre.

—¡No! ¡Jimena!

Martín se lanzó hacia delante y logró alcanzarla, tirando de su capa para arrancarla de la carreta con tanto ímpetu que los dos cayeron al suelo. Tras él, Ansur se apresuró a hacer lo mismo con Sabina, un segundo antes de que las aterrorizadas mulas escaparan al control de los hombres y se precipitaran al vacío.

Martín encerró a Jimena entre los brazos sin importarle nada más. La tenía allí con él, ocultando los sollozos en su hombro y aferrándose con desesperación a su fuerte torso.

Le acarició el cabello rubio con los labios. No podía hablar, ni respirar con normalidad, pero tuvo que hacerlo para poder ponerse en pie sin que el temblor de piernas le avergonzara. Apartó la cara de Jimena y tomó las mejillas con suave insistencia, buscando su mirada.

La encontró confusa, como si acabara de despertar de una pesadilla.

—¿Estás bien?

—Sí, pero ahora tendremos que desplazarnos a pie —musitó ella, todavía sobrecogida por lo que acababa de suceder—. Eso por no hablar de las provisiones que se han ido con la carreta.

—No deberías preocuparte por las provisiones. Tu ración era de Ansur, ¿recuerdas? —bromeó Martín, arrancándole una débil sonrisa—. Además, ¿quién ha dicho que tengas que ir a pie?

Cuando Jimena vio el semental negro, el terror volvió a paralizarla. Se agarró a la capa de Martín y comenzó a retroceder.

—Los caballos me dan pánico —murmuró, sacudiendo la cabeza con energía.

—¿Y eso por qué?

—No lo sé.

—¿Tienes miedo a los caballos y no sabes por qué?

—No lo recuerdo —mintió, con los pies clavados al suelo—. Desde la muerte de mi padre he sido incapaz de montar en uno.

—Pues ahora lo harás. La mejor manera de vencer el miedo es enfrentándose a él. Yo estaré aquí. No temas. —Martín montó en Atila y extendió la mano, pero ella seguía sin moverse, haciéndole fruncir el ceño. ¿Su palabra no era suficiente garantía?—. Jimena, ¿vas a obligarme a suplicarte?

El sarcasmo pareció hacerla reaccionar. De repente fue consciente de la debilidad que mostraba ante todos y levantó la frente con orgullo.

—Sí —murmuró entre dientes—. Eso sería interesante, espadero.

—Ya he soportado demasiado. Se acabó.

Soltando una maldición que hirió todos los oídos, Martín se apeó y arrastró a Jimena con él.

—¡Ni se te ocurra! —rugió, cuando vio que Sabina se apresuraba a seguirlos—. ¡Ansur, controla a tu mujer o tendré que hacerlo yo!

—¿Tu mujer? —Sabina se quedó inmóvil viendo cómo desaparecían—. ¿Por qué habrá dicho eso?

—A lo mejor porque lo eres. —Sin que mediaran más aclaraciones y delante de todos, Ansur la besó. No le dejó otra alternativa más que corresponderle, pero cuando eso sucedió, se apartó—. Esto lo confirma, a falta de pruebas mayores.

—¡Serás...!

—Calla —murmuró Ansur, sujetando la mano que iba a abofetearle y besándola de nuevo para asegurarse de que le obedecía—. Te mereces unos buenos azotes por lo que hiciste, y, sin embargo, te ganas mis mejores atenciones. ¿Qué más quieres?

Las atronadoras carcajadas de los hombres apenas llegaron a oídos de Martín. No soltó a Jimena hasta que no estuvieron libres de miradas. Aun entonces le costó no hacerle comprender con hechos lo que expresaría con palabras y se paseó frente a ella, aplacando la enorme furia que le dominaba.

—¡Te has atrevido a traerme hasta aquí! —exclamó Jimena sin resuello.

—Me atrevería a mucho más, así que no me tientes. No es conveniente para ninguno de los dos, niña.

—¡Deja de llamarme así!

—¿Por qué? —Jimena intentó escapar, pero él volvió a agarrarla del brazo. Antes de que pudiera darse cuenta, tenía la boca de Martín pegada al oído, y su aliento deshaciéndole la piel—. Murmurar constantemente en la creencia de que nadie te oye no parece de adultos.

Los ojos azules se abrieron más allá de lo posible cuando los clavó en él.

—¿Me has entendido desde el principio? —Él asintió con satisfacción—. ¿Todo lo que he dicho acerca de ti? —Otro movimiento de cabeza que le provocó ardor en las mejillas—. ¿Y no te muestras ofendido?

—No. Pero tú estás enfadada. Piensas que atenté contra tu virtud al besarte en el adarve de aquella forma.

—Me gustaría recibir una explicación por tu parte.

—De momento, no voy a dártela. Te besé sin más.

—No te pavonees tanto. —Jimena estiró el cuello hasta que casi se le partió—. ¿A qué llamas beso? ¡Me metiste la lengua!

—Y tú la aceptaste.

Con mucho gusto, estuvo a punto de reconocer. Pero ya había llegado demasiado lejos hablando como una porqueriza.

—Te aprovechaste de mi ignorancia —siseó, acercándose a él con los brazos en jarras y un pronunciado balanceo de caderas—. Tú sabías quién era yo...

—La antorcha que tenía a mi espalda te iluminaba a la perfección.

—... pero yo no sabía quién eras tú —continuó ella. Le vio fruncir el ceño cuando se detuvo a la distancia de un suspiro. Así que su cercanía le perturbaba. Guiada por algún desconocido instinto, Jimena se mordió el labio inferior. Los ojos verdes centellearon—. No fue el beso lo que me molestó, espadero.

La última palabra se deslizó por su boca como una caricia. Estaba coqueteando como había visto hacer a las siervas, solo para conseguir que Martín reconociera ciertas cosas. Se ruborizó,

pero no se retractó cuando vio cómo él hacía verdaderos esfuerzos para mantenerse impasible.

—Te hiciste pasar por mi prometido para conseguir tus propósitos —susurró, atreviéndose a decírselo al oído. ¡Buen Dios, si Sabina la viera!—. ¿Por qué?

—Soy un hombre. O, si lo prefieres, un guerrero con debilidades. —Martín la apartó a una distancia mucho más prudente, conteniendo un jadeo. Tenía la impresión de que comenzaba a perder el control de la situación.

—¿Tienes debilidades? —volvió a susurrar Jimena, al parecer divertida por lo que estaba consiguiendo.

—No sabes cuántas. —Con una sonrisa malévola, él hizo que sus labios se rozaran apenas—. Quise besarte en cuanto te vi. Algo de lo que no pienso arrepentirme. Nunca lo haré. Aunque me comprometí a entregarte tan virgen como partiste, y así te desposarás.

—No vuelvas a hacerlo...

—Te besé y me correspondiste —insistió Martín sin soltarla—. No fue algo impuro, sino maravilloso, pero quedará entre los dos. Me encargaré de que tu esposo jamás te lo eche en cara, ¿me oyes? ¡Jamás!

Jimena se adentró en la inmensidad de los ojos verdes que parecían acariciarla, y dejó escapar un suspiro cuando los dedos de Martín repasaron su boca. Eran ásperos, pero despertaron en ella un cúmulo de sensaciones que no supo cómo parar.

—Sé por qué te comportas como lo haces —murmuró, dejándose llevar—. Sé por qué gruñes cuando me miras la boca o por qué no puedes evitar tocarme.

Martín dudaba que ella supiera una mínima parte de lo que despertaba en él, por mucho que intentara provocarle a base de hechos y palabras que le hubieran condenado al inframundo, pero arrugó la frente y ladeó la cabeza.

—¿Ah, sí? —preguntó.

—Me consideras bonita —asintió ella con expresión triunfal.

—Bonita, no. Apta.

—¿Apta? ¿Para qué?

Para calmar la furia lujuriosa que le invadía cada vez que la tenía tan cerca. Para colmar su deseo. Para hacerla vibrar entre sus brazos, sobre su cuerpo y en su interior. Pero se cuidó mucho de expresarlo en voz alta.

—Para tener hijos y criarlos llenos de salud —respondió en cambio—. Le darás una amplia descendencia a tu esposo si logra cerrarte la boca a tiempo de intentarlo.

«Y consigue abrirte las piernas», añadió su parte más obscena. Esa que últimamente causaba verdaderos estragos en su honorable comportamiento.

—Ahora que todo está aclarado, volvamos con los demás —gruñó, llevándola con él—. Ya hemos perdido demasiado tiempo.

—No me obligarás a montar en semejante bestia...

—¿Quién ha hablado de obligaciones? Atila y yo te llevaremos gentilmente, que no es lo mismo.

Jimena clavó los talones en el suelo, pero no le sirvió de nada. Martín la subió al caballo con facilidad. Un rápido vistazo le sirvió para ver que Sabina montaba con Ansur, y Félix con Higino. No tenía otra salida a no ser que decidiera seguir a pie, pero permaneció rígida sobre el

lomo del animal. Empezó a temblar. Su respiración se aceleró, y sus ojos desorbitados se clavaron en el suelo como si una gran distancia la separara de él. Martín pudo ver cómo su frente se humedecía de sudor y los nudillos se quedaban blancos al aferrarse a las crines de Atila. Escuchó el comienzo de un grito de terror que se quedó congelado en la garganta cuando él se apresuró a cubrir las manos temblorosas de Jimena con las suyas. No dijo nada. Solo acarició los dedos rígidos hasta que ella le lanzó una mirada de auxilio.

—No puedo —gimoteó.

Quiso descender, pero Martín montó tras ella y le pegó los muslos a los flancos del caballo.

—Sí puedes —afirmó con ternura—. Eres fuerte y valiente.

—Te... odio...

—Es un comienzo. Yo espero sentir orgullo por tus progresos.

¡Como si aquellos progresos fueran tan sencillos de alcanzar! Jimena enderezó la espalda en cuanto sintió la mano de Martín sobre el vientre para sujetarla. ¡Aquel infame no le permitiría marcharse! Cerró los ojos y rezó una plegaria en el momento en que el animal se movió. No supo cuánto tiempo estuvo conteniendo las náuseas para no vomitar sobre los muslos que la cercaban. Quizá fueron unas horas, quizá más de la mitad del día. Solo abrió los ojos cuando los párpados le escocieron por la fuerza empleada en mantenerlos cerrados, y los músculos se resintieron por la tensión.

Pero comprobó que no se había producido ninguna catástrofe. No se había deshecho en sudor por el terror experimentado ni se había despeñado por el barranco. Tampoco había sido pisoteada por los cascos del animal.

Solo proseguían su camino como si tal cosa. Y semejante descubrimiento le produjo un escalofrío de satisfacción al que Martín respondió abriéndole los brazos para hacerle un hueco en su capa.

—Ya voy abrigada —afirmó Jimena, sacudiéndose para librarse.

—Si continúas moviéndote así provocarás que tanto Atila como yo nos pongamos nerviosos. Y no te gustará el resultado.

—¿Intentas meterme el miedo en el cuerpo?

—Intento que te tranquilices y lo domines. Mírame. —Martín tiró de las riendas y la giró hacia él para asegurarse de que cumplía la orden—. Llevamos media mañana cabalgando y aún continúas aquí. No voy a soltarte, Jimena. No permitiré que caigas. Conmigo siempre estarás a salvo.

Una extraña corriente de afinidad brotó de algún lugar de su mente cuando le escuchó, para hacerle creer que era verdad. Que siempre la protegería. Que junto a él nunca correría peligro.

Se dejó envolver por la capa adicional y por el calor de Martín hasta que la tirantez desapareció. La calidez de su pecho la hizo vibrar para ser consciente de todas y cada una de las reacciones que él le provocaba. Debería alejarse, pero solo podía acercarse. Sus manos se deslizaron bajo la capa hasta encontrar la dureza de los muslos de Martín, que la protegían.

Cerró los ojos y los presionó ligeramente. Solo pretendía agradecerle su disposición, pero la caricia se convirtió en tormento. Para ambos. Él rodeó su cintura con un brazo y la acopló mejor entre sus piernas. Con la palma de la mano le abarcó el vientre al completo y soltó el aire con fuerza sobre el cabello dorado. No fueron necesarias las palabras. Jimena sintió el calor de

aquella mano extendiéndose más abajo, y se acurrucó en el cobijo que Martín le ofrecía bajo su barbilla. Era algo más que puro interés o curiosidad lo que la empujaba a él. Mucho más que el ardor de un beso, por muy peligroso que este fuese.

Pero no se atrevía a descifrarlo, de modo que se conformó con disfrutarlo. Estuvo un tiempo en silencio, escuchando los potentes latidos del corazón de Martín y percibiendo el olor intenso y masculino que brotaba de él. Y cuando fue capaz de hacerlo, disfrutó del paisaje inigualable que los rodeaba.

Las peñas afiladas se alzaban a ambos lados, mostrando todo su poder. Como gigantes dispuestos a cobijarlos. Llenas de diversos coloridos que iban desde el gris de las rocas, al verde primaveral de los arbustos y los brotes de los robles que comenzaban a atravesar. Jimena percibió el olor del agua fresca que colmaría el cauce de algún río cercano gracias al deshielo, y se apretó más contra el cuerpo de Martín.

—¡Mira! —exclamó, señalando hacia un bulto que parecía correr entre la arboleda a su paso—. ¡Allí!

—Shhhh...

Martín le tapó la boca e indicó a los demás que se replegaran, mientras él guiaba a Atila tras unas rocas. Se inclinó sobre ella para inmovilizarla. Jimena le vio dar órdenes por medio de silenciosas señas. Escuchó el sonido de la espada al ser desenvainada, pero respiró tranquila cuando, al cabo de una eternidad, Félix se acercó a ellos.

—No hemos visto a nadie, mi señor —informó—. El rebeco parecía huir de nosotros.

—¿Era un rebeco?

—Afortunadamente para todos —señaló Martín, reanudando la marcha—. La próxima vez no seas tan escandalosa. Podrías espantar nuestra comida.

—¿Es que piensas salir a cazar?

El entusiasmo de Jimena rozó distraídamente los muslos de Martín. Él contuvo la respiración.

Era otro tipo de caza la que le hubiera gustado emprender.

—No parece que la idea te horrorice —apreció con una sonrisa resignada.

—En una ocasión, cuando era niña, participé en una cacería.

—¿Con el consentimiento de tu padre?

—En realidad me disfracé de muchacho y cabalgué con mi hermano Nuño, que fue mi cómplice en todo momento.

—Así que cabalgaste. Vaya, menuda sorpresa. ¿Y te gustó?

—Me encantó, pero soy mujer.

—En el momento presente te resultaría bastante difícil hacerte pasar por un muchacho —comentó Martín con suavidad—. Supongo que tu padre te castigaría.

—Conseguí librarme, aunque dudo que Nuño lo olvide fácilmente. Le dejó las posaderas inservibles una buena temporada.

En cuanto terminó de hablar, fue consciente de lo que acababa de decir.

«¿Has visto? Acabas de recordar un pasaje de tu infancia con total naturalidad. Él espera, así que ¡sigue hablando!».

—Mi padre siempre estaba dispuesto a agradarme. Como tú —añadió Jimena, pese a su intención de guardar silencio—. Sé que te quitaste la barba por mí.

Martín resopló y miró al frente.

—Bonita y humilde deducción —rezongó con sarcasmo—. Comienzo a echar de menos tu mutismo, niña. ¿Podremos proseguir tranquilos?

Una exclamación airada le respondió, antes de que Jimena volviera a apoyarse en él. Poco después dormía, despreocupada y feliz.

La conciencia de Odón de Montoya pronto comenzó a revolverse.

Y eso que siempre había presumido de no tenerla.

Aquella noche infernal se había sentado frente al fuego al menos una docena de veces, y otras tantas había vuelto a levantarse, presa de unos escrúpulos que nunca habían hecho acto de presencia.

Odón contaba con una trayectoria larga e intachable como guerrero implacable. Había torturado, matado y mutilado en nombre de la justicia regia o de la propia, pero lo que había puesto en marcha la noche de su regreso de Laciana era demasiado truculento.

Porque una doncella, destinada a ser su esposa, estaba implicada en ello.

Y él no tenía garantías de que todo saliera según lo planeado.

Era posible que el mercenario decidiera tomarse libertades que no estaban apalabradas ni pactadas, suponiendo que interceptara a Martín Ruiz de Vega, Jimena y el resto de hombres que seguro los acompañarían, dentro del plazo convenido y deseable.

También era posible que el emisario que acababa de partir rumbo a la corte con una misiva para el rey no llegara a tiempo, o que simplemente no llegara. Y en el supuesto caso de que nada de eso sucediera, tendría que esperar a que la duda germinara en la sagaz mente de Ordoño hasta concluir que el gobernador de Castromoros era un traidor.

Nada de eso desanimó a Odón. No importaba. Ninguna posibilidad, por oscura que pareciera, iba a detenerle.

Sin quererlo, evocó la mirada sanguinaria en los ojos del espadero mientras recibía los honores de Ordoño en Castromoros. Y una furia muy conocida ya en él, se hizo con su cuerpo y con su mente. Era el grito de la ambición insatisfecha, del honor herido.

Soltó miles de maldiciones ignorando la presencia de la sierva que aguardaba sus órdenes y estrelló la copa de vino contra la pared. Después, agarró a la pobre muchacha por el pelo y prácticamente la arrastró a sus aposentos.

De momento, ella serviría para ahogar su cólera. Recibiría toda la fuerza de su odio, y también todo el ímpetu de sus dudas.

Sería un buen blanco hasta que el mercenario cumpliera con su trabajo. Hasta que Martín Ruiz de Vega pagase sus supuestos crímenes contra Ordoño y hasta que pudiera disponer de Jimena como realmente quería. Como realmente se merecía.

Le arrancó la túnica a la sierva y contempló con desprecio su tembloroso cuerpo. Cuando ella intentó cubrirse, Odón le apartó las manos y la arrojó sobre el lecho.

—Estás demasiado delgada —farfulló, cerniéndose sobre ella para evitar pensar en las curvas voluptuosas de Jimena—. Pero yo, tu amo y señor, voy a disponer de ti. A partir de ahora, sabrás lo que es un hombre de verdad.

8

Jimena despertó sola en el campamento cuando el sol ya despuntaba en lo alto del cielo. Aunque no tardó en distinguir la figura de Sabina, no lejos de ella.

¿Qué era lo que miraba la sierva con tanto interés, escondida tras un árbol?

Unas carcajadas masculinas la hicieron acercarse para a continuación taparse la boca, aunque no los ojos. No. Esos se abrieron del todo, antes de entrecerrarse con interés.

La visión que se le presentaba era demasiado indecorosa e imprudente. Y muy, pero que muy sensual.

Todos los hombres disfrutaban de un baño en el río entre bromas y risas. Con los cabellos chorreantes, los torsos desnudos y brillantes por el agua y sus...

Calzas. Jimena respiró aliviada al apreciarlo, pero las manos comenzaron a sudarle cuando apreció con detalle de quién era el pecho más perfecto de todos. Hasta las marcas de heridas recibidas en batallas pasadas le resultaron atractivas. Aquellos músculos parecían moldeados por la mano experta de un artesano. Moreno, atrayente, peligroso. Una tentación viviente. La combinación perfecta de belleza y fuerza, en una proporción exacta que comenzó a levantarle ampollas en la piel.

Podría repararlos con los dedos, recoger las gotas de agua y llevárselas a la boca. Solo para calmar su curiosidad, por supuesto. Aunque tampoco le hubiera importado enredarlos en el vello oscuro que descendía en una fina línea hasta desaparecer bajo las calzas, allí donde un notable bulto se apreciaba con total claridad.

Sin duda, el mayor de todos los presentes.

Los cinco sentidos de Jimena comenzaron a moverse al son que dictaba la risa grave de Martín, comportándose con el resto como si fuera uno más. Cercano, amable, risueño. Con una sensualidad salvaje que la alcanzó con la certeza de una flecha.

Y todo se le presentó como una revelación.

No sabía cómo había sucedido, ni cuándo, pero deseaba a Martín. Con toda la fuerza que su cuerpo podía resistir, y con mucha más pasión de la que su mente podía contener. Ansiaba que volviera a besarla. Que la acariciara con su profunda mirada para hacerla sentir única con una sola de sus sonrisas.

—El agua estará helada —murmuró, para ahuyentar unos pensamientos que solo le acarrearían desgracias.

—Son guerreros, mi señora. Inmunes al frío. Solo hay que ver esos cuerpos...

Jimena despertó de su ensueño cuando se dio de bruces con Sabina. La había olvidado por

completo.

—¡Sabina! —exclamó, fingiendo horror—. ¿Cómo puedes hablar así delante de mí?

—¡Mi señora! —respondió la sierva, igual de escandalizada—. ¡No deberíais estar aquí!

—No, pero es demasiado tarde para regresar al campamento como si tal cosa.

—Vuestro prometido no opinaría lo mismo si os viera ahora.

—Pero no me ha visto.

Sabina entrecerró los ojos con una sombra de sospecha en ellos.

—¿Lo habéis dicho con osadía? —Jimena ocultó la cara. Había sido demasiado evidente—. Mi señora, no me digáis que dudáis del conde o que le teméis...

—Tú también le temerías si hubieras oído lo mismo que yo. Las siervas hablan.

—Y siempre hay alguien que escucha. —Sabina le acarició la mejilla, pensando que su zozobra solo se debía a Odón de Montoya—. A veces se habla demasiado. Y aunque fuera cierto, no sería el primer hombre que cambia en cuanto toma esposa.

—Él no cambiará —afirmó, frotándose los brazos para disimular un inesperado escalofrío.

—¿Cómo estáis tan segura? No le conocéis, ni él a vos. Seguro que vuestra inocencia le agrada y hará que termine por veneraros.

Jimena no se atrevió a responderle que no quería ser venerada por el conde, sino por otro. Decidió no seguir por los derroteros de esa conversación y, remangándose la falda, descendió hasta la orilla del río.

Prefirió mantener la actitud humilde en todo momento cuando se plantó frente a un perplejo Martín.

Las risas masculinas cesaron de inmediato.

—Buen día, espadero —saludó.

—«Mi señor espadero» para ti. —Martín frunció el ceño con severidad. ¿Qué hacía ella allí, contemplando a siete hombres medio desnudos? ¿Escuchando sus bromas soeces y sus exabruptos? Porque seguro que los había escuchado. Por mucho que intentara disimularlo—. Creo que voy mereciendo ese trato.

—Ese trato podría quedarte grande si pienso en lo que he oído.

—Nadie te obligó —replicó él entre dientes—. Tú eres la intrusa.

—Solo he cometido el error de despertarme en mal momento. Sois demasiado escandalosos.

—¿Has mirado bien? Porque va a ser la última vez que lo hagas.

—Martín abarcó a los hombres con un gesto de la mano y la mandíbula apretada. No sabía qué le molestaba más, si la naturalidad de Jimena a pesar del rubor de sus mejillas o el hecho de que los hubiera descubierto a todos en general, y no a él en particular—. Me encargaré de que vuelvas por donde has venido.

—Pero...

—¡A callar!

Dirigió al resto una mirada concluyente y la llevó del brazo hasta la parcial intimidad que le ofrecía el grueso y lejano tronco de un árbol.

—La próxima vez que quieras ver a hombres medio desnudos, no tienes más que pedirlo —susurró con una expresión fiera en la cara—. Estaré encantado de resolver todas tus dudas.

—¿Tan apuesto te crees?

—No se me ocurre otra razón por la que te hayas atrevido a importunar nuestro aseo. ¿Qué haces aquí?

—¿Y tú?

—Acabo de decírtelo. —Jimena no pudo evitar fijarse en el pecho masculino que subía y bajaba agitado por el enfado, aún húmedo. ¡Era tan hermoso! Podría contemplarlo sin pestañear hasta que los ojos se le cayeran. Martín cruzó los musculosos brazos, provocándole un suspiro. Cuando ella se atrevió a levantar la vista, comprobó que él sonreía con orgullo. ¡Por el cielo! ¡Se había dado cuenta!—. Recuerdo que en cierta ocasión me dijiste que olía como un oso. No esperaba que cambiases tan pronto de opinión.

—¡Oh!

Jimena quiso que la tierra se la tragase. Lamentablemente, aquello no sería posible.

—Vamos, Duende, no te avergüences —siguió Martín en un tono mucho más íntimo—. La mirada que acabas de dedicarme no ha sido irrespetuosa, sino halagadora. Digna de ser recordada.

Le levantó el mentón hasta que Jimena pudo interpretar el fulgor verde de sus ojos. Era extraño. De la contención a una pasión arrolladora. Sintió el pulgar acariciándola, y dio un paso atrás.

—No deberías tocarme así —musitó sin fuerzas.

—Ni tú deberías estar aquí. —Martín acercó la boca. ¡Era tan apetitosa, tan exquisita!—. Ay, niña. Cuando te enfadas de este modo, no respondo de mis actos.

Pero debía responder y respondió. Jimena vio cómo apretaba el puño de la mano libre, cómo fruncía los labios y cómo cerraba los párpados, antes de dejar caer un beso en su frente.

Después le dio la espalda con los hombros caídos. Lleno de una frustración tan real que ella pudo sentirla entre los huesos y sobre la piel.

Había estado a punto de tomar su boca. Y Jimena comenzó a lamentar que no lo hubiera hecho.

—¡Espadero! —exclamó, sin ocultar su decepción—. ¿Qué crees que acabas de hacer?

—Cumplir una promesa —le respondió Martín sin volverse.

—Esta no es la manera de llevar a una mujer con su esposo. Indecisa. Insatisfecha. Anhelante de no sabía qué. Se adelantó dispuesta a averiguarlo, pero la expresión de Martín la hizo retroceder. Poseía la ferocidad de un animal salvaje acechando a su presa.

—Es la mejor manera —le respondió con una peligrosa y enigmática sonrisa—. Ya lo verás.

Se vistió antes de que Jimena pudiera apreciar su contundente respuesta a aquel simple roce y se marchó. Necesitaba calmarse, porque sentía que estaba a punto de precipitarse al abismo.

Aceleró el paso en la esperanza de que el cansancio físico mermara los ardores sexuales no consumados, para terminar dando vueltas sobre sí mismo.

¿Y si cedía a la tentación y la hacía suya sin más miramientos? Porque había estado a punto de suceder. De hecho, hubiera sucedido de haber estado totalmente solos, y sabía que ella no se habría resistido. Todavía tenía aquella mirada ávida clavada en el corazón.

Un arraigado sentido del deber le impidió volver para consumir todas sus fantasías. En su lugar, Martín lanzó una piedra con rabia y pateó el suelo. Se frotó la cara con tanta insistencia que la cicatriz le dolió. ¡Que Dios le ayudara! Sabía que aquel viaje estaría plagado de oportunidades para condenarse y condenarla a la desgracia más absoluta. Y lo peor de todo era que no le importaba.

¡Por el mismísimo diablo que deseaba llenarse las manos con aquellos dos pechos que parecían hechos a medida! O frotarse contra la suavidad del vientre femenino. O perderse en el interior de su cuerpo hasta ahogarse en él.

¡Señor de los cielos, eso era lo que quería! Lo que había empezado a quitarle el sueño por las noches y lo que avivaba el calor que comenzaba a asfixiarle.

Al parecer, no habría nada que calmara su calentura, así que se resignó a emplearla en algo mucho más productivo.

Horas después, Martín regresaba al campamento aún más malhumorado de lo que se había marchado, pero con dos liebres muertas que arrojó a los pies de Félix.

—Límpialas —le ordenó con aspereza.

—Yo lo haré.

Martín dejó aquello tan importante que estuviera haciendo en su morral para girarse hacia Jimena.

—¿He oído bien? —preguntó muy despacio.

—A la perfección. —Jimena se acercó y le quitó el cuchillo—. Sé hacerlo.

—¿Que tú...? ¿Que sabes...? —Martín alzó las cejas. No pudo evitar una sonrisa burlona cuando se apartó para dejarle espacio—. Contigo no salgo de mi asombro, niña. Veamos si eres capaz de desollar una liebre, o sufres de vómitos y desvanecimientos en cuanto le veas las tripas.

Jimena no respondió a la provocación. Llevaba horas preguntándose dónde estaría Martín. Qué habría hecho o dicho para provocar su huida de aquel modo. Deseando que volviera. Pero cuando lo hizo, se esmeró en ignorarla.

Por eso se ofreció a limpiar los animales que él había cazado. Estaba segura de que podía hacerlo, aunque desconocía de dónde procedía aquella seguridad. Pero fue tan resolutiva que nadie abrió la boca hasta que no terminó y devolvió el cuchillo a Martín.

Entonces vio la sangre, y se tambaleó.

Apenas fue consciente del grito que lanzó, antes de correr despavorida hacia el río sin atender a la llamada de Sabina. Lejos de todos.

Se arrodilló en la orilla y se frotó las manos hasta dejarlas impolutas. Después le tocó el turno a la túnica. Se la quitó y la sumergió. Comenzó a verter agua sobre su pecho, los brazos e incluso la cabeza. No paró hasta que dos fuertes manos la obligaron a levantarse.

Era Martín, y no Sabina, quien la sujetaba.

—¡Jimena! ¿Qué te ha pasado?

—¡Nada! ¡Déjame!

—Ni lo sueñes.

Ella intentó soltarse sin conseguirlo.

—¡Es Sabina quien debería estar aquí! —siseó, temerosa de que alguien más los escuchara.

—Le ordené que se quedara en el campamento. Yo arreglaré aquello que te haya alterado tanto —insistió él—. Dime qué es.

¿Cómo iba a arreglarlo quien lo había estropeado? Al final consiguió zafarse de Martín y le dio la espalda para seguir frotando la túnica, hasta que sus hombros comenzaron a sacudirse por el

llanto.

—¡No comprendo lo que ocurre! —murmuró, sorbiendo por la nariz—. Primero te enfadas porque te vi en el río...

—Me enfadé porque viste al resto.

—Lo mismo da, para el caso —se lamentó, arrojando la prenda a un lado para enfrentarle con rabia—. Después te enfureces conmigo, como si yo fuera la culpable de no sé qué.

—Tú no tienes culpa de nada.

—Y ahora esto. ¿Qué explicación tienes?

Ninguna. Ni siquiera para sí mismo. Martín elevó los ojos al cielo en una muda súplica, para después regresar a ella. Pese a que no podía explicarle por qué comenzaba a llenarse de una frustrante rabia a la que no debía dar salida en ese momento, no tuvo miedo de que Jimena supiera leer en sus ojos.

«¡Vamos, sigue recordando! —quiso exigirle—. ¡Recuerda, niña!».

Pero nada de eso salió de su boca. Y cuando extendió una mano, fue rechazado.

—No eres mi esposo para que yo acepte tus humillaciones —continuó Jimena, roja de ira.

—¿Quién querría humillarte? ¡Nunca imaginé que supieras hacer lo que has hecho! ¡Nadie lo esperaba! —Martín le limpió las lágrimas con toda la ternura que pudo atesorar, fascinado por la suavidad de su piel—. ¿Por qué lloras? Deberías estar orgullosa, no triste.

—Lloro porque... porque... —No podía confiarse a él hasta ese punto. Pero el contacto era tan reconfortante, y su mirada tan limpia, que decidió hacerlo sin miedo a parecer ridícula—. Porque no recuerdo dónde aprendí a desollar un animal. De algún modo siento que debería recordarlo, que eso me haría más feliz. Pero siempre he sido olvidadiza. ¡Y tengo las manos llenas de sangre!

—También la cara. Deja que te ayude.

Comenzó por limpiarle las mejillas y siguió por el cuello. Pero los buenos propósitos desaparecieron con los últimos restos de sangre cuando Martín se dio cuenta del espectáculo que la camisa empapada de Jimena le ofrecía.

La tela se había vuelto transparente por el agua, perfilando a la perfección el volumen exacto de sus pechos, el color oscuro de las aureolas y el tamaño de los pezones erectos. No tenía que esforzarse mucho para distinguir la suave depresión del ombligo, ni para adivinar lo que vendría después.

—Jimena, te aseguro que lo he intentado, pero es más fuerte que yo. Solo puedo pensar en besarte. Y eso es lo que voy a hacer.

Esperaba que aquellas palabras sirvieran de disculpa, porque no pensaba darle otra. La devoró con la mirada antes de hacerlo con la boca. Ella se retorció intentando resistirse, pero él la aplastó contra el pecho a base de fuerza bruta.

—¡Suéltame! —siseó Jimena, en la esperanza de que lo hiciera antes de que fuera demasiado tarde—. ¡Cómo te atreves!

Martín no le hizo el menor caso. Lastimó sus labios en un nuevo ataque. Forcejeó con ella, hasta que sintió una progresiva rendición y pudo penetrar en su boca.

No fue algo delicado, sino visceral. Tan trascendental que irrumpió en la voluntad de Jimena arrasando con todo lo demás. Terminó colgada del cuello de Martín lanzando un gemido de placer. Se dejó vencer por aquella oleada abrasadora que se instalaba entre sus muslos, e incluso

adelantó las caderas cuando sintió cierta y desconocida dureza presionándole el vientre. Se apretó contra el pecho musculoso hasta que el pulso le reventó en el cuello cuando notó cómo Martín apesaba con ansia sus nalgas para pegarla más a él.

Jimena sufrió la presión que necesitaba ser colmada. La humedad mojándole la piel. El suelo tambaleándose bajo sus pies cuando él le subió la camisa y pasó a acariciar directamente la carne tierna de los muslos.

Pero la conciencia hizo su trabajo para obligarla a apartarse.

—Debes detener esto —susurró contra su boca, en medio de fuertes jadeos.

La razón pareció penetrar en la abotagada mente de Martín. Ella sintió cómo se ponía rígido cuando la mantuvo sujeta por la cintura.

—Ni yo puedo ni tú quieres —respondió con un susurro encendido—. Una palabra, Jimena. Solo una palabra, y me olvidaré de todo.

«Sí». Esa era la palabra que esperaba. Y la que ella estuvo a punto de dar.

Aunque no fue eso lo que dijo.

—Esponsales —afirmó. Razón suficiente para que él le diera la espalda.

Supo que Martín intentaba recomponerse con desesperación porque le vio pegar los puños a los muslos. Imaginó que la insatisfacción que le dominaba era la misma que ella padecía. Escuchó su respiración fuerte y profunda, cada vez más calmada.

Cuando se giró hacia ella, no había ni rastro del tormento que parecía haber pasado, pero Jimena lo sentía en el pecho.

—No he querido herirte —le murmuró, arrepentida.

—No me has herido. Solo me has abierto los ojos.

Sin más, Martín se echó la túnica mojada al hombro y la tomó en brazos.

—¿Qué haces?

—Apartarte del peligro —dijo, señalando un pequeño matorral por el que Jimena atinó a ver la cola de una serpiente—. En esta época del año suelen abundar.

Esta vez no replicó. Se agarró a él y escondió el rostro en su pecho. No se movió hasta que Martín no la depositó en el suelo, en medio de la mirada atónita de todos los presentes.

Parecía agotado cuando la cubrió con su capa. Como si hubiera recorrido el camino hasta tierras vasconas a pie. Y decepcionado, cuando le arrojó la túnica a Sabina para que la pusiera a secar.

—Serpientes... de agua —explicó a la boquiabierta sierva.

¡Así que de agua! Nada de víboras venenosas dispuestas a morderla. Jimena frunció el ceño al comprender la treta de Martín, pero el enfado no le duró mucho. Ladeando la cabeza para que solo ella lo viera, él le guiñó un ojo cómplice y se dispuso a asar las liebres en el fuego.

—Tú te sientas conmigo, bruja. Después de ver cómo te las gastas, prefiero tenerte a mano.

—Si fuera una bruja, haría que te salieran orejas de cerdo, pezuñas y rabo.

Los hombres rieron la aguda respuesta de Sabina al comentario de Ansur, al tiempo que la sierva recibía con un ligero parpadeo su torpe intento de cortejo. Quedaba claro que no era un hombre de modos suaves, pero tenía contundencia a raudales.

Jimena también sonrió, ignorando el gesto huraño de Martín, que, sentado al otro extremo de la hoguera, compartía con el resto las exquisiteces de las liebres al calor de un buen fuego.

—Las dos primeras no las necesito, dulzura —comentó Ansur, hincándole el diente a su porción—. Y de la tercera voy bien servido, como pronto tendrás oportunidad de comprobar.

Un coro de palmas y pitos le secundó. Cada vez más intrigada, Jimena recorrió con la vista el cuerpo del capitán, en busca de aquello que decía tener.

—Tú no tienes orejas de cerdo —concluyó—. Ni pezuñas. Y no te veo el rabo por ningún sitio.

El capitán se atragantó con el vino, Martín soltó una maldición, Sabina ahogó un grito y Félix contuvo una risotada. Cuando Jimena buscó explicación en el resto de los hombres, se encontró con que parecían muy entretenidos en sus respectivas tajadas.

—Roguemos para que nunca tengáis que vérselo, mi señora —atinó a decir Sabina al cabo de un rato.

—Así que lo tiene. —Los ojos azules volvieron a inspeccionar al atribulado Ansur—. ¿Tan desagradable es?

—¡Basta ya! —Martín se levantó de un salto, haciendo enmudecer a todos—. ¡Se acabó la broma! Y tú —añadió, señalando a Jimena—. Mientras viajes conmigo, y puedo asegurarte que así seguirá siendo, el único rabo que verás será el que Atila sacude para espantar a las moscas, ¿entendido?

—Si es una broma, no entiendo por qué te has enfadado —asintió ella, cada vez más confundida—. Solo nos divertimos.

—Vuestro esposo os instruirá en esas diversiones cuando llegue el momento, mi señora.

A Félix apenas le dio tiempo a posar la mano en el regazo de Jimena, cuando sintió el filo de una espada presionando su barbilla.

Un silencio tan pesado como una piedra los envolvió. Cuando Félix levantó la vista, vio un par de furiosas rendijas verdes, junto a unos labios que se separaron lo justo para enseñar los dientes.

—No creo que sea lo más apropiado delante de la doncella, mi señor...

Martín no escuchó al joven Higinio, el único que se había atrevido a censurarle en voz alta. En otras circunstancias le hubiera dado su merecido, pero ahora no. Ahora solo parecía ser consciente de aquellos dedos sobre Jimena. Sobre la mujer que él había besado.

—Has de saber que he cortado manos por bastante menos que esto —susurró en una oscura advertencia.

Félix agachó la cabeza y se apartó.

Solo entonces Martín se dio cuenta de lo que había provocado. Pero lo hecho hecho estaba. Envainó la espada y se alejó malhumorado, hasta que escuchó la voz de Ansur.

—¿Va todo bien?

—Razonablemente —le respondió sin detenerse—. ¿A qué viene esa pregunta?

—A que nos conocemos, Martín. Lo que acabo de presenciar no es propio de ti. Siempre has sido un hombre jovial, despreocupado. No una bestia peleando por algo que no es de tu propiedad.

¡Si se refería a Jimena, había hecho un gran descubrimiento, sin duda! ¡Ya sabía que no le pertenecía! No podía dejarse llevar por los celos, solo porque ella le hubiera correspondido en

dos besos capaces de incendiar el bosque en el que se encontraban. Sin embargo, así se sentía. Dispuesto a descuartizar a cualquier hombre que se acercara a ella, que la tocara o que se atreviera a mirarla.

Furioso porque Jimena le atraía y le rechazaba por igual. Porque tendría que canalizar aquellos impulsos animales cuando llegara el momento de entregarla al conde, y porque Ansur había leído en su cara como si esta fuera un libro abierto.

—¿Qué sabes tú lo que es propio o no de mí cuando se trata de mujeres? —explotó.

—¡Entonces es eso! ¿Llevas mucho tiempo sin estar con una?

Martín abrió la boca dispuesto a revelar el tiempo que hacía para que le dejara en paz, pero la inesperada presencia de Félix le interrumpió.

—Me siento en la obligación de aclarar lo ocurrido —comenzó el guerrero, manteniendo una actitud sumisa en todo momento—. Solo pretendía reconfortar a mi señora al amparo de la conversación que estábamos llevando, sin segundas intenciones. Si mis pensamientos fueran otros, vuestra espada no sería necesaria. Yo mismo me cortaré las manos.

—Ella es intocable. Harías bien en no olvidarlo. —El gesto de Martín no reveló ninguna emoción cuando apoyó un dedo en el pecho de Félix—. Todos haríais bien.

A continuación se alejó con pasos apresurados, bajo la desconcertada mirada de los dos hombres.

—¿Siempre se comporta así?

—¿Cómo? ¿Como un ciervo en celo o como un lobo furioso? —bromeó Ansur, apretando el hombro de Félix.

—Ambas cosas.

—No siempre. Solo cuando alguien es importante para él.

—¿Y mi señora lo es?

Los oscuros ojos adquirieron una expresión mitad risueña, mitad resignada, cuando siguieron la senda que acababa de tomar Martín.

—Por mucho que lo niegue, es lo más importante —afirmó sin dudar.

Para Martín, aquella fue la tarde más larga en años.

Jimena viajaba con él, envarada y sospechosamente silenciosa. Aunque no hacía falta ser muy listo para saber lo que le sucedía, ni un solo reproche había salido por su boca. Ni siquiera en forma de aquellos murmullos tan conocidos ya por él.

Algo preocupante, si no supiera que ella esperaba una disculpa que no conseguiría, por supuesto. ¿Cómo iba a disculparse por haberla librado del inoportuno contacto de Félix? ¡Un guerrero jamás debería acercarse a su señora con esa familiaridad! Sobre todo si esa señora le había rendido los labios y el resto del cuerpo a él momentos antes.

Jimena debería entenderlo sin necesidad de explicaciones ni de disculpas, pero parecía empeñada en lo contrario cuando acamparon al anochecer.

Pues bien, él no tenía inconveniente en proseguir el camino de aquella guisa. Desde que la carreta se había despeñado por el precipicio, el contacto directo con Jimena le tenía completamente aturdido. No pensaba en otra cosa que no fuera su cuerpo rozando el de él. El

aroma de mujer adueñándose de su mente. Y aquella risa cristalina que nunca era para él.

Martín se levantó de la roca que le había servido de asiento durante su guardia nocturna y estiró las piernas.

Lo sucedido junto al río no debía repetirse. Nunca.

Comenzó a hacerse la solemne promesa de no volver a besarla, cuando su grito desgarrador rompió la paz del campamento y le encogió el corazón.

Corrió como si una horda de demonios le persiguiera. Cuando llegó, Sabina abrazaba a Jimena y todos los demás las rodeaban, desconcertados al comprobar que no eran objeto de ningún ataque.

Martín se arrodilló junto a ella. Los ojos azules se clavaron en él desorbitados, un instante antes de que Jimena se arrojara en sus brazos.

Acababa de presenciar el resultado de una de sus pesadillas. Se había mostrado ante él con todas sus debilidades, pero en esos momentos no temía las consecuencias. Temblaba como una débil hoja. Tenía la frente sudorosa y la respiración acelerada, pero se aferró a él y a la seguridad de su abrazo como si representara la única tabla de salvación.

—Es un mal sueño, mi señor —explicó Sabina—. Si me permitís...

—Yo me encargo, Sabina.

Martín la llevó hasta un viejo tronco derribado y se recostaron cerca del fuego. Cuando el resto del campamento recuperó el silencio, la arropó. Le acarició el cabello con una mano y la espalda con la otra, describiendo lentos círculos, hasta que los temblores de Jimena cesaron y la respiración recuperó su ritmo normal.

No hablaron. Martín no supo cuánto tiempo estuvo en aquella situación tan placentera, pero consideró que debía detener el curso de las caricias y de sus pensamientos cuando comenzó a reaccionar al estímulo.

Jimena ya debía de estar dormida. Y si no, daba igual. No podía tocarla y mantener el tipo al mismo tiempo.

Intentó apartarse con cuidado, pero Jimena alzó la cabeza totalmente despejada. Martín tuvo que enfrentarse a una mirada de agradecimiento tan resolutiva que se vio en la obligación de tragar saliva. Varias veces.

Intuía que sería testigo de ciertas confesiones, y no pensaba interrumpirla por nada del mundo.

—Las pesadillas me atormentan desde que mi padre murió. Sé que tienen un significado, aunque todavía no he logrado averiguarlo —comenzó la muchacha con la voz quebrada por la angustia. ¿Se arriesgaría a proseguir? La calidez que vio en los ojos verdes le proporcionó la respuesta y la fuerza—. La del caballo que está a punto de pisotearme es la más frecuente, pero siempre me despierto antes de que lo consiga. A veces, los sueños pasan al mundo real. Siento el dolor, el frío, el miedo, como si estuviera viviéndolo. Eso fue lo que me sucedió el otro día, en la carreta. O esta mañana, al desollar las liebres. No me repugna la sangre. Me vi con ella en otras circunstancias. Y huí. Ahora ya puedes acusarme de bruja si quieres. Me ejecutarán, y tus problemas terminarán.

—Confieso que he pensado en ti como una bruja más de una vez, pero mis motivos han sido otros. Ni me resultas un problema, ni quiero tu ejecución. —Martín le sujetó el mentón con dos dedos y le sonrió. Parecía admirado por su coraje—. No temas. Sería la última persona en

acusarte de algo así.

No se espantaba, ni ponía en tela de juicio sus palabras. Jimena comprendió que solo pretendía reconfortarla, aunque vio tristeza en sus ojos. Cierta grado de melancolía y mucho de desolación. Como si realmente se sintiera responsable de su situación y deseara hacer algo para aliviarla, sin saber el qué. Como si...

No, se estaba equivocando. Esas impresiones eran producto de la escasa luz procurada por las llamas de la hoguera, nada más. Martín solo sentía hacia ella el instinto de protección propio de un guerrero al que le asignan la virtud de una doncella por un largo tiempo. Solo eso.

—Siento mucho haberme comportado como una niña. A partir de hoy, las cosas cambiarán. — Jimena se incorporó con una preciosa sonrisa, pero el aullido de un lobo le hizo volver junto a él —. ¿Podría quedarme contigo? Prometo no ser un estorbo.

Martín frunció el ceño. No era un estorbo; era un veneno letal. Aquella mirada suplicante. Aquel mohín encantador. El aspecto desvalido...

—No es correcto, Jimena —murmuró sin convicción alguna—. Ni conveniente.

—¿Y si solo apoyo la cabeza en tu regazo?

—Ah, eso sí.

Infinitamente más tranquilo, enredó los dedos en los mechones rubios mientras elevaba la mirada al cielo estrellado. Esperaba que ella no se diera cuenta del estado en el que se encontraba, porque tendría que resignarse a dormir en aquella postura el resto de la noche.

Aunque cualquier cosa sería preferible a verla gritar y temblar de terror. Cualquier cosa con tal de protegerla del mundo, ya fuera real o producto de un sueño.

—Martín.

Él abrió los ojos de golpe. ¿Había pronunciado su nombre? No. Más bien lo había arrullado. Sintió un calor en el pecho tan acogedor que le costó retomar la conversación.

—¿Mmm?

—Es esa palabra. Duende.

—Si te molesta no la volveré a utilizar.

—No. Me gusta. Eso es lo extraño.

—¿El qué?

—Me hace sentir bien. Como si estuviera en casa. No dejes de utilizarla.

¡Si ella supiera cómo le reconfortaba oírlo! Martín se inclinó y dejó un fugaz beso en el cabello dorado.

—Como deseas, Duende —murmuró.

Esta vez Martín mantuvo la guardia hasta que escuchó su respiración profunda, a pesar de tener las piernas entumecidas y la espalda dolorida. Con el mayor de los cuidados apartó la cabeza de Jimena para poder recostarse, pero ella abrió los ojos, levantó el rostro y le estampó un sonoro beso en la boca antes de regresar a su posición.

—No volverás a marcharte, ¿verdad? —murmuró.

Solo la seguridad absoluta de que actuaba inmersa en el sueño impidió a Martín continuar con el beso. Cerró la boca y se recordó que tenía que seguir respirando. ¿Cómo iba a marcharse después de aquello? Tendrían que emplear unas tenazas al rojo vivo para arrancarla de su lado, y ni así lo conseguirían.

Con un suspiro de resignación, acabó tumbado junto a la espalda de Jimena. Y cuando esta se sacudió, víctima de un escalofrío, él la envolvió en sus brazos para evitar que se apartara.

Comenzaba a confiar en él. Había iniciado el camino.

—Ahora que estoy aquí, no me iré —proclamó contra su pelo—. Nunca.

9

Jimena no recordaba haberse sentido nunca tan protegida y feliz.

No quería que aquel viaje terminase porque cada vez estaba menos segura de poder aceptar el destino que otros habían firmado por ella. Era algo que no debía cuestionar, pero lo hacía. ¿Por qué debía entregarse a un desconocido del que solo había escuchado insidias? ¿Dónde había quedado la abierta aceptación del compromiso?

Lo mirara por donde lo mirase, la respuesta siempre tenía el mismo nombre: con Martín y sus ojos. Con Martín y sus atenciones. Con Martín y su sonrisa. Con Martín y sus besos... Sobre todo con sus besos.

En cuanto encontrara valor suficiente, tendría que hablar con él al respecto. No eran necesarias esas atenciones para hacer que se sintiera segura. Pero le resultaban indispensables; suaves y contundentes a un tiempo, portadoras de un torbellino de sensaciones de las que Jimena no quería desprenderse. Al recordarlas, la cara le llameó pese a frotársela con disimulo. No, no y no. Por ahí sus pensamientos iban muy mal.

—Celso y Canuto suelen ser demasiado adustos como para reírse con nadie. Higinio, por el contrario, siempre está presto a bromear. Edistio es desconfiado por naturaleza. Pero todos te han aceptado —observó, haciendo un supremo esfuerzo por parecer interesada en el tema—. Solo hay que ver cómo Félix bromea con Ansur. En cuanto a Sabina, diría que nunca le han dispensado tantas atenciones juntas.

—Son hombres de guerra, como nosotros. Y viajamos con un fin común.

—Mi hermano te ha ofrecido lo mejor de sus huestes. Los conozco desde que tengo uso de razón. —Aunque más que un recuerdo, era un conjunto de sensaciones las que conformaban aquella impresión—. Cuando era un niño, Félix sobrevivió a una aceifa sarracena escondido en un pozo. Toda su familia fue masacrada. Mi padre le encontró días después, pero se quedó tan impresionado por su resistencia que decidió tomarle bajo su protección. Con el tiempo, la disciplina y el trabajo duro, consiguió llegar a instructor de las tropas de mi hermano Hernán. Ha sufrido mucho.

Jimena esperaba que aquel pequeño relato cambiara la opinión que Martín tenía de Félix, aunque no se atrevió a averiguar si lo había conseguido.

—Como todos. —No. No parecía que le hubiera afectado, a juzgar por la frialdad de la respuesta—. Su historia es muy parecida a la de mi tío Ansur.

—¿Ansur es tu tío? —preguntó ella, completamente pasmada.

—Hermano pequeño de mi madre. Y le hubiera dispensado las atenciones de un padre, si no

fuera porque se encuentra cómodo entre guerreros. —Martín se encogió de hombros y sonrió—. Cuando Ordoño se casó con su esposa Elvira y fue nombrado gobernador de Galicia, se rodeó de los mejores notables con el beneplácito del rey Alfonso, que le convirtió en su favorito en detrimento de su hermano García. Y no era de extrañar. La formación de Ordoño desde niño, junto a la familia Banu Qasi en Zaragoza, fue excelente. Dicen que desde entonces la envidia de García afectó a sus relaciones con Ordoño.

Ahora Jimena le miraba con la boca abierta y los ojos desprovistos de cualquier pestaño.

—¿Cómo sabes tanto acerca del rey?

—Porque Ansur era escudero de uno de sus notables —respondió, con un extraño orgullo al ver la expresión admirada de la muchacha—. Entró a su servicio siendo niño, pero su señor terminó confiando tanto en él que incluso le enseñó a leer y a escribir. Gracias a eso, mi tío me enseñó a mí.

—¿Sabes leer y escribir? —Jimena se giró hasta que la capa dejó al descubierto el nacimiento de sus jóvenes pechos. Un reclamo que los ojos de Martín no pudieron ignorar—. No dejas de sorprenderme, espadero.

—Esto es solo el principio, niña. Espera a conocer el resto.

—¿Hay más?

—Mucho más. Mujeres acusadas de delitos tan horribles como falsos, rufianes que intentan acabar con la vida de inocentes sin conseguirlo, héroes que se presentan cuando más se los necesita...

Antes de que ella siguiera con sus incómodas preguntas, la colocó en su posición original para apretarla con más fuerza contra el pecho. Jimena ya no pudo pensar en nada que no fuera el contacto firme de aquella mano en su vientre. En el calor que le provocaba y en los temblores que sacudían su más íntimo interior. Hubiera jurado que Martín lo presionaba con algún tipo de malévolo fin que, conscientemente o no, consiguió.

Jimena aspiró varias veces, preparándose para pronunciar el único nombre capaz de enfriar lo que comenzaba a calentarse.

—Entonces no habrás tenido dificultades en leer el contenido de la carta que Odón de Montoya le envió a mi hermano a través de ti —soltó.

Como esperaba, Martín se quedó rígido.

—No hubo necesidad —respondió, con el mismo apasionamiento de un muerto—. Yo estaba presente cuando el conde la escribió.

—Ah... ¿Y es tan malvado como aseguran?

—No debes hacer caso de las habladurías. Todos somos despiadados en el campo de batalla. Nos va la vida en ello.

¿Pero le sonreiría como él hacía a menudo? Cuando tuviera una pesadilla, ¿la consolaría del mismo modo o provocaría su desgracia? Y lo más importante de todo: ¿la besaría con aquella mezcla de pasión desmedida y tierna dulzura?

—¿Crees que me tratará bien? —preguntó en cambio.

—Te dije que conmigo estarías siempre a salvo, y así será. —Martín detuvo a Atila y apresó su cara con los dedos para impedir que se fijara en otra cosa que no fuera su expresión dura. Aquella conversación comenzaba a molestarle. No estaba dispuesto a seguir ocultando las

tropelías del conde solo para satisfacer la curiosidad de la que iba a ser su mujer. *Su mujer*. Se lo recordó infinitas veces antes de continuar hablando—: Puedo asegurarte que tu esposo te honrará y amará todos los días de tu vida, Jimena. Tienes mi palabra.

Palabra que solo podría cumplir si... Jimena sacudió la cabeza. No, nuevamente se equivocaba. Por mucho que aquellas dos antorchas verdes parecieran insinuarlo, era imposible.

O más bien impensable desde cualquier punto de vista. Aunque el latido desaforado de su corazón se empeñaba en contradecirle. Tanto como las palpitaciones que le repiqueteaban en el cuello, o el temblor que la obligaba a mantener las piernas pegadas a los costados de Atila.

Porque en algún rincón de su confundida mente, una vocecilla le susurraba que Martín Ruiz de Vega podría ser el hombre que la desposara.

—¿Qué ocurre?

Ansur conocía bien aquella expresión en Martín. Olfateaba el aire como un animal acorralado. Con el ceño fruncido y la cabeza alzada, concentrado en recibir las señales del exterior.

Habían acampado en un claro cerca del río pero lejos de los caminos, como venía siendo costumbre. La temperatura comenzaba a ser más cálida, y la meseta más visible. Pronto lo serían también las aldeas.

Pero Martín se mostraba preocupado. Esquivo. Callado hasta la ofensa.

—Nos siguen —sentenció al cabo de un rato.

—No puedes saberlo solo por el viento, Martín. Además, ¿quién haría tal cosa?

—No me obligues a pronunciar su nombre.

Ansur suspiró haciendo acopio de paciencia, y apretó el hombro de su sobrino para intentar tranquilizarle.

—Somos un grupo lo suficientemente numeroso como para que se nos respete —comentó, señalando al resto con la cabeza—. Odón de Montoya es demasiado cobarde para aventurarse por estos lares, sabiendo que tú conoces las montañas mucho mejor que él.

—En eso te doy la razón. —Pero seguía igual de inquieto cuando oteó los barrancos que los rodeaban—. Me voy a inspeccionar la zona. Entretanto, ordena a los hombres que rodeen el campamento para reforzar la vigilancia.

La de todos en general y la de Jimena en particular. No hizo falta que lo dijera para que Ansur interpretara sus intenciones a la perfección.

Martín estaba tentando a la suerte. ¡Si lo sabría él, que se había hecho cargo del muchacho cuando apenas había comenzado a salirle la barba y estaba solo en el mundo!

Le conocía como si fuera su hijo. Y le quería de igual modo. Tendría unas palabras con él.

—Ansur.

El capitán se volvió para ver el rostro inocente de Jimena.

—Mi señora... —saludó, inclinando la cabeza.

—Me gustaría saber adónde ha ido tu señor.

—A mí también —respondió con un encogimiento de hombros, antes de alejarse.

Jimena no se dio por vencida. Siguió los pasos de Martín a través del terreno pedregoso, hasta penetrar en una arboleda cercana, por un sendero que pronto desapareció. Como el sol. Las

copas de aquellos árboles eran tan altas y frondosas que los rayos de luz tenían serias dificultades en penetrar a través de ellos. Jimena miró a su alrededor y frunció el ceño.

Martín no daba señales de vida. ¿Dónde se habría metido?

Si la intención del espadero era buscar un lugar lo suficientemente aislado del resto para estar solo, no se lo permitiría. Ella le debía una explicación. No. Le debía cientos, y se las daría todas de golpe.

Atravesó la arboleda hacia un claro que desembocaba en uno de los muchos barrancos que salpicaban la zona, y se encaramó a una roca para poder ver mejor. Aquel hombre escurridizo no podría estar muy lejos.

Se disponía a llamarle cuando un rugido ensordecedor la paralizó por completo. Jimena se giró con lentitud para encontrarse con el enorme cuerpo de un oso pardo elevado sobre sus patas traseras, tan cerca de ella que pudo olerle el aliento cuando abrió las fauces en un nuevo alarido.

El espeso pelaje marrón pareció encrespársele cuando sacudió su enorme cabeza, dispuesto a cobrarse su presa.

Estaban en primavera. La época en la que los osos despertaban de su hibernación, descansados y hambrientos. Aquellos colmillos del tamaño de su antebrazo que se movían hacia ella eran una buena muestra.

Comenzó a retroceder sin perderle de vista, pero tropezó y cayó de espaldas. No pudo gritar pidiendo auxilio, ni levantarse con la suficiente rapidez. El pánico solo la dejó arrastrarse al tiempo que una sombra oscura emergía de la nada y se plantaba entre ella y el animal.

El oso se centró en Martín. Su enorme cabeza se movió de un lado a otro en un nuevo gruñido, pero él desenvainó la espada y lanzó una estocada que no dio en el blanco.

—¡Corre! —le gritó sin mirarla.

La respuesta de Jimena fue inmediata. Se fue sin saber a dónde se dirigía, y hasta que su propio sentido del deber la detuvo en seco.

¿Qué estaba haciendo? ¡La vida de Martín peligraba por su culpa! Jadeante, se volvió para ver cómo él retrocedía hacia el barranco ante el ataque del oso. Y decidió regresar.

—¡Martín!

Lo último que vio de él fue parte de su cabellera negra envuelta en el abrazo del oso, un instante antes de que ambos cayeran al vacío.

—¡Nooooooo!

Su pecho pareció partirse en dos hasta impedirle respirar. Supo que no podría sobrevivir a la pérdida de Martín cuando el corazón se le paralizó. Se lanzó sin pensarlo al borde del precipicio...

Y comenzó a llorar de pura felicidad al comprobar que el cuerpo maltrecho del espadero había caído en el bendito saliente de una roca.

Intentó mantenerse fría, pero le fue imposible. Toda ella temblaba, clamando por estar junto a él. Se asomó tanto que tuvo que agarrarse al borde para no terminar cayendo. La vista se le nubló, pero aún pudo ver cómo Martín miraba hacia ella y le sonreía en medio de una mueca de dolor.

—Estás ahí abajo —murmuró Jimena, con la voz comprimida por el alivio y el miedo.

—Y tú no deberías estar ahí arriba. —Martín se puso en pie a duras penas, mostrando una

enorme mancha de sangre en el brazo derecho—. Podrías caerte.

—Él tiene razón, mi señora. Apartaos.

Celso y Canuto la hicieron a un lado sin contemplaciones para calibrar la situación. Jimena miró a su alrededor. Al parecer, sus gritos habían congregado allí a todos, incluida Sabina.

—Se encuentra consciente —murmuró Canuto con su habitual expresión ceñuda—. Pero no podrá salir de ahí por sus propios medios.

—¡Higinio, trae una cuerda! —ordenó Celso.

Cuando Higinio le entregó el encargo, Celso volvió a asomarse, pero terminó sacudiendo la cabeza con desánimo.

—Está herido —anunció—. Y el hueco es demasiado pequeño para cualquiera de nosotros.

—Para cualquiera, no. Yo lo haré.

Jimena le arrebató la cuerda. Ante varios pares de sorprendidos y atónitos ojos, se ató un extremo a la cintura y les tendió el otro.

—¿A qué esperáis? —gritó, con una voz tan fuerte y áspera que todos supieron de inmediato quién acababa de tomar el mando de la situación—. ¡Rodead aquel tronco con ella y sujetad el otro extremo! Cuando yo os dé la señal, ¡subidnos!

Utilizó su recién descubierto coraje y una desconocida pericia para descender por la escarpada pendiente sin lastimarse, hasta tocar el suelo. El espacio del saliente era tan estrecho que un solo paso en falso podría hacerla resbalar y quedar colgada de la cuerda.

La otra opción era abrazarse a Martín. Algo que desechó de inmediato.

—¿Se puede saber de dónde has salido? —le preguntó, intentando ignorar su aspecto calamitoso.

—Del mismo sitio que tú, aunque mejor preparado. ¿Qué hacías aquí sola? ¿No te das cuenta de que esta zona está plagada de animales como el que yace ahí abajo, hambrientos después del largo invierno? —Jimena aceptó la reprimenda. Claro que se había dado cuenta. Demasiado tarde, pero se había dado cuenta— ¡Si no estuviéramos en esta situación, te pondría las posaderas tan rojas como tus mejillas!

—Te buscaba. Creo que tenemos que hablar.

—Largo y tendido. Pero antes daré su merecido a esos de ahí arriba por haber permitido que bajes hasta aquí.

—Yo los he convencido. Mi tamaño era el único adecuado para ti.

—No sabes hasta qué punto.

Martín alzó una insinuante ceja y Jimena refunfuñó; nuevamente la lengua le jugaba una mala pasada. Desvió los ojos hacia el fondo del barranco, pero sintió los efectos del vértigo y su estabilidad comenzó a correr peligro. Los talones quedaron suspendidos en el vacío y el estómago empezó a girarle a una velocidad creciente. Habría caído si Martín no la hubiera sujetado por la cintura con el brazo sano.

—Jimena, mírame. No dejes de hacerlo mientras hablamos. —Él no la soltó hasta que no estuvo seguro de que le obedecía—. Eres muy rápida corriendo.

—Huyendo, querrás decir. Cuando me di la vuelta para ayudarte ya era tarde.

—¿De verdad estabas dispuesta a enfrentarte al oso por mí? Madre mía, niña. Conseguirás hacerme sonrojar.

—Más despacio, espadero —protestó ella con el ceño fruncido—. Podrías atragantarte con tu propia vanidad.

Pero había conseguido su objetivo: distraerla. Eso incluía bromas, fanfarronadas y cualquier cosa que ocultara la gravedad de las heridas.

—Te he dicho que no dejes de mirarme —le recordó con voz acariciante cuando Jimena se giró hacia el vacío—. Ya veo que eres la única valiente de ese atajo de gruñones que nos acompañan.

—No te preocupes. Seguirán mis órdenes a rajatabla.

Martín observó el extremo de la cuerda en la mano de Jimena con un nudo en la boca del estómago. Esperaba sus indicaciones.

—Átala a mi cintura y pásala entre mis piernas —señaló. Ella ahogó una exclamación de sorpresa. Los ojos, muy abiertos, se le fueron hacia la zona señalada por Martín—. No te preocupes, no me dolerá. Llevo protecciones de cuero.

No era eso lo que le intrigaba, sino el contenido de esas protecciones. ¿Sería duro o blando? ¿Frío o caliente? ¿Áspero o suave?

¡Basta! Nada de temblores, titubeos o miradas furtivas que la delataran. Jimena se armó de valor e hizo lo que Martín le indicó con asombrosa rapidez y eficacia. Después rasgó un trozo de su túnica y se lo ató con fuerza medio palmo por encima de la herida abierta. Cuando terminó, volvió a centrarse en aquel rostro sucio y lleno de arañazos con tal grado de preocupación que Martín terminó gruñendo.

—Estoy bien —le aseguró, apretando los dientes para contener el dolor—. Pero si me miras a los ojos no tendrás que ver la herida.

—He vivido rodeada de hombres. Las he curado peores. —Y eso que aquella daba pavor—. Solo trato de evitar que te desangres.

—Entonces démonos prisa. Agárrate a mi cuello y yo lo haré a tu cintura. No temas —añadió con ironía cuando advirtió que ella dudaba—. Aunque tengo gran apetito, todavía no he probado a comerme a nadie.

—No. Haces algo mucho peor.

Sembrar de dudas su voluntad. Hacerle desear su presencia para esquivarla a continuación. Pese a todo, Jimena obedeció y dio un tirón a la cuerda para indicar a los hombres que comenzaran el ascenso.

—Ignoraba que fuera tan peligroso para ti —le susurró Martín al oído—. Ya me explicarás eso con más calma. Ahora lo principal es salir de aquí.

Fue el ascenso más delicioso de su vida. Pero duró tan poco que, cuando llegaron arriba y Jimena le dejó en manos de Ansur y Félix, Martín estuvo a punto de suplicar que no se alejara de él.

—Sabina, llena un cuenco con agua y tráemelo. Celso, Canuto, necesito que le sujetéis mientras le limpio la herida. Higinio, préstame tu puñal. Debemos rasgar la tela ensangrentada para que no estorbe —ordenó la muchacha, en medio del pasmo general—. Los demás, preparad una hoguera. Puede que la necesitemos.

Martín contempló estupefacto cómo todo el mundo se ponía en movimiento ante aquellas firmes palabras. ¡Qué gran general se estaba perdiendo Ordoño!

—Recuerda, Duende —susurró, cuando tomó asiento y Jimena comenzó su labor—. Tenemos

una conversación pendiente.

—Si después de cerrarte esta herida tienes ganas de hablar, te prometo que lo haremos.

—¿Vas a cosérmela tú?

—No va a cosértela nadie —afirmó Ansur—. No contamos con los instrumentos necesarios, así que finalmente tendremos que internarnos en alguna aldea.

El resto de explicaciones sobró. Había que detener la hemorragia. Martín vio a su tío hundir la hoja de un puñal en las alegres llamas de la hoguera, y se preparó. Después de echar varios tragos de vino, buscó los ojos de Jimena. Quiso decirle que no se apartara, que siguiera tocándole aunque no pudiera mitigar el dolor, pero ella comprendió sin necesidad de palabras.

Se arrodilló a sus pies y le tomó ambas manos. Ninguno despegó los ojos del otro mientras Ansur le aplicaba el hierro candente para cauterizar la herida.

El olor a carne quemada inundó el ambiente. Martín clavó los dedos en las suaves manos de Jimena. Apretó la mandíbula y estiró los labios sellados. Ni un solo sonido evidenció el sufrimiento, pero su cara tomó un preocupante tono ceniciento cuando, terminada la tarea, Ansur y Félix le acomodaron en el suelo.

—Quédate conmigo —suplicó en un susurro apenas audible.

Jimena asintió sin dudar.

No se apartaría del hombre que había arriesgado su vida por ella. Calmaría su dolor y su sueño inquieto, si con eso conseguía aplacar aquella opresiva sensación de culpa.

Durante la tarde fue testigo de la progresiva debilidad de Martín. No dejó de acariciarle el cabello y refrescarle la frente, recostada a su lado. Tampoco habló. Solo rogó a Dios para que la calentura no apareciera.

Aquella noche Jimena le proporcionó el calor que necesitaba cuando comenzó a temblar, sin preocuparse por el método utilizado. A hurtadillas, se deslizó bajo la manta y se aferró al cuerpo de Martín con un ansia muy distinta de la pasión. Era un cosquilleo inquieto pero creciente, que se apropió de su corazón y que solo se calmó cuando realmente se dio cuenta de que él seguía respirando y no sufría. De que no la abandonaría, al menos hasta que Odón de Montoya hiciera valer sus derechos.

Su señora se había acostado junto al gobernador en la creencia de que nadie se había dado cuenta.

Pero Sabina sí. Ella siempre se daba cuenta de todo lo relativo a Jimena, como, por ejemplo, el hecho de que el terror inicial ante su inminente casamiento con el conde había pasado a convertirse en simple miedo o, si hacía caso de su intuición, en un desinterés a favor del espadero.

No podía culparla. Ni tampoco ir a por ella para sacarla de entre las mantas del hombre. En cuanto se incorporó en su improvisado lecho con todo el sigilo del mundo, vio con satisfacción que la única intención de Jimena era la de acompañar a Martín, sin morir de frío en el intento.

—Tu señora se ha buscado buena compañía.

Sabina dio un respingo en cuanto sintió a Ansur a su espalda, pero decidió no echarle ni tampoco huir despavorida. Era demasiado curiosa para lo primero, y demasiado mayor para lo

segundo.

—¡No te atrevas a dudar del honor y la pureza de mi señora! —exclamó, volviéndose hacia él con el ceño fruncido.

—Si no dudo. Martín estará mucho mejor con ella.

—Y tú estarás mucho mejor en tu sitio y no aquí.

Le empujó levemente, pero Ansur no se movió del sitio. Incluso tuvo la desvergüenza de acercarla a él hasta que sus pechos chocaron con el torso desnudo.

—Este es mi sitio —le susurró al oído, en medio de una risilla ronca que le erizó la piel. Y eso que ya la tenía curtida en cuestión de hombres—. Cada vez que estoy cerca de ti me echo a temblar, mujer.

—No soy yo, sino tu pecho descubierto la razón por la que tiembles.

—Sabes que no, bruja.

Demasiado bien. Él no había dejado de enviarle señales desde que la había conocido en Laciana. Y no desistiría de su empeño en tenerla, por muchas veces que ella le rechazara. Sabina era muy consciente de eso. Casi tanto como del vello que cubría el pecho de Ansur y en el que ella enredó los dedos. O de las manos que habían descendido de su cintura hasta abarcar sus caderas.

O del beso firme y tempestuoso, casi cruel, con el que Ansur pretendía pulverizar todas sus protestas.

Sabina cerró los ojos y jadeó. Sintió la aspereza de la barba en su mejilla. Los dientes en su clavícula. Los dedos que apartaban su túnica para poder acceder mejor a la cumbre de sus pechos.

—¿Qué buscas?

—Desquitarme. Has intentado envenenarme, me provocas con tus contoneos y luego pretendes que yo permanezca impávido. —Con mirada fiera, Ansur la colocó boca arriba y sujetó sus muñecas cuando ella intentó defenderse—. Estoy deseando cobrarme mi recompensa.

—¡Gritaré!

—De placer.

Sabina rio por lo bajo.

—Hace falta mucho más que unos cuantos besos para proporcionarme placer, capitán —se jactó.

Ansur se apartó con un gruñido de ofensa. Luego echó hacia atrás la cabeza de Sabina sujetándola por el cabello.

—Te daré lo que necesites. Tengo de sobra, mujer.

No dejó que lo pensara siquiera y atacó con voracidad el pecho con el que acababa de llenarse la mano. Sabina no se lo impidió. Solo Dios sabía cuánta razón tenía. Le sujetó la cabeza contra ese lugar en concreto y elevó las caderas al sentir la creciente excitación de Ansur clavada en su vientre. Pero un murmullo la obligó a detenerle.

—Pueden descubrirnos —susurró con la respiración entrecortada.

—Seremos cuidadosos. —La luz de la fogata ya no le permitía verle, pero Sabina estaba casi segura de que Ansur sonreía—. Y silenciosos.

—Mi señora se dará cuenta.

—Ella duerme. Como Martín. —En un movimiento repentino y lleno de fuerza, Ansur se colocó encima—. Sabina, dime que no has estado buscando esto desde que nos vimos. Dime que no lo deseas tanto como yo...

Si lo hacía, mentiría. No era ninguna doncella, y al capitán le encantaba. Una urgencia que nada tenía que ver con la inexperiencia le consumía. Sabina lo supo en cuanto deslizó una mano entre los dos y alcanzó la dureza de su excitación en toda su plenitud.

—Voy a tomarme eso como un sí —le murmuró él contra su cuello.

Se alzó lo justo para poder levantar la túnica de Sabina hasta la cintura. Apenas veía, pero sí podía palpar la suavidad del vello que habitaba entre aquellas piernas que comenzaron a abrirse para él. Y podía oler el flujo que le empapó los dedos cuando comenzó a acariciarla.

También podía escuchar sus jadeos apasionados, y sentir sus manos alrededor de su cuello instándole a terminar cuanto antes aquello que había comenzado.

Eso hizo. Se bajó las calzas lo necesario para liberar su erección y se acopló entre sus piernas con asombrosa facilidad. Sabina le rodeó con ellas y le empujó hacia adelante.

Y Ansur no se hizo rogar.

La embistió con ganas. Con brío. Con toda la pasión reprimida y con toda la necesidad de liberarla. Gruñó cuando se vio enfundado en su interior y comenzó a moverse bajo la manta.

No supo ser delicado, ni tierno, pero la respuesta de Sabina le llevó a la perdición en mucho menos tiempo del esperado. La mujer le acogió con premura y con un calor que comenzó a deshacerle en pedazos. No se quejó de su brusquedad, sino que le acompañó en ella. El vaivén de sus caderas se hizo tan pasional que Ansur terminó pugnando sin comedimiento, llenándola por completo, hasta que el clímax los acometió a un tiempo.

Vertieron sus gritos de placer en la boca del otro en un beso de goce infinito, y cayeron agotados momentos después.

Sabina no se atrevió a moverse. Ni a respirar. No podía recordar la última vez que había gozado tanto con un hombre, pero se negó a reconocérselo.

Era demasiado íntimo.

—Esto cambia las cosas, Sabina.

Ella volvió la cabeza con incredulidad. Todavía podía sentir el aliento de Ansur caldeándole la mejilla.

—Esto no cambia nada, Ansur —aclaró.

—Te he marcado como mía. Nadie más podrá tocarte.

No parecía que nada fuera a hacerle cambiar de opinión, así que Sabina no lo intentó. Ni hizo nada para detenerle cuando, tan sigilosamente como había aparecido, se marchó.

Solo entonces sonrió con la sabiduría de la hembra bien dispuesta.

Ansur no lo sabía, pero acababa de entregarle el corazón.

10

Ansur tomó el mando bajo la complacencia de Martín.

Los densos bosques de las montañas dieron lugar a las extensas mesetas castellanas, salpicadas por alguna que otra cabaña de labriegos que fue ignorada por Ansur. Buscaba la intimidad de una aldea lo suficientemente grande como para darles refugio con garantías, y tan pequeña como para que su presencia no fuera una noticia. Por eso pasaron de largo cuando divisaron la fortaleza del condado de Saldaña, y no se detuvieron hasta que los acordes de una alegre música les llenaron los oídos y el delicioso olor de un asado asaltó sus fosas nasales.

Un grupo de cabañas parecían cobijar las enormes ollas colocadas en diversos fuegos y la carne ensartada en sendas varas para asar. Los campesinos bailaban al son de la música mientras las viandas eran colocadas en largas mesas cuya superficie se apoyaba en gruesos troncos, pero las risas cesaron en cuanto se percataron de la presencia de los guerreros. Los hombres se alejaron con disimulo para acudir armados con sus aperos de labranza, y las mujeres protegieron a los niños. Incluso la música dejó de sonar.

Ansur se apeó del caballo y levantó las manos en señal de paz. Los demás hicieron lo mismo.

—¡Representamos a Odón de Montoya, conde de Trabada! — exclamó, mostrando el estandarte—. ¡Él es Martín Ruiz de Vega, señor de Castromoros! ¡Nada habéis de temer de nosotros!

Un murmullo siguió a sus palabras. Los hombres no bajaron la guardia cuando Ansur se acercó a una moza que portaba un cántaro.

—¿Celebráis algo? —preguntó en tono cordial.

—Un casamiento, mi señor —respondió la joven—. ¿Qué buscáis?

—Ayuda para un herido.

—La madre de la novia os atenderá con gusto en cuanto hayáis dejado vuestras armas a buen recaudo.

Era un mal menor, comparado con lo que conseguirían a cambio. Ansur y el resto no dudaron en seguir a varios hombres hasta un humilde cobertizo. Instantes después, Martín y Jimena se hallaban en la cabaña de la mujer, que examinaba la herida producida por el oso con el ceño hundido.

—La quemadura ha parado la hemorragia, pero hay que cerrarla —dictaminó, apretando la carne hasta que volvió a sangrar—. ¿Hace mucho de esto?

—Tres días.

La mujer alzó las cejas sorprendida.

—¿Y no habéis tenido calentura?

—He recibido los mejores cuidados. —Los ojos empañados de Martín parecieron acariciar a Jimena con tanto mimo que la mujer acabó sonriendo.

—La sangre sale limpia —afirmó—. La herida todavía tardará en cicatrizar, pero si seguís mis instrucciones, esta noche estaréis en condiciones de disfrutar de la fiesta junto a vuestra esposa. Ella podría coseros mientras yo preparo lo demás.

Su esposa. ¡Qué bien había sonado! Sobre todo cuando vio que Jimena no la corregía y tomaba la aguja con determinación para dispensarle las puntadas. Cuando terminó, la aldeana cubrió la herida con un emplasto maloliente y un vendaje limpio. Después, le dio a beber un brebaje aún peor.

—Esto hará que no aparezca la calentura —dictaminó, señalando un sucio jergón que Martín no dudó en ocupar—. Tenéis el día completo para descansar. Al anochecer estaréis mejor, ya lo veréis. Vos venid conmigo, mi señora. Se os ve hambrienta.

A Jimena le costó dejarle y unirse a los demás, pero aceptó el caldo humeante que la mujer le ofreció sin rechistar. Pensaba en llevarle otro cuenco a Martín, cuando comprobó que una muchacha de curvas generosas y juventud a raudales se encargaba de ello.

Intentó no imaginarse la escena. No suponer que la campesina coquetearía de todas las formas posibles y que Martín respondería. Solo cuidaría de él, se dijo para conservar la calma.

«¿Solo? ¡La muchacha posee suficiente atractivo como para tentar los fogosos apetitos del espadero por muy débil que esté! ¿Vas a permitirlo?».

—Debo permitirlo, así que déjame en paz —refunfuñó con tristeza a su conciencia.

No podía reprocharle nada. Al contrario que él, ella tenía una obligación que cumplir. Se llamaba Odón de Montoya, le gustara o no. Le atrajera o no. Le hiciera soñar o no.

Aquella aplastante verdad la dejó tan triste que solo pudo contemplar el baile sentada, hasta que el sol comenzó a ocultarse. Para entonces, un restablecido Martín salió de la cabaña y estiró los poderosos músculos sin pudor alguno.

Jimena avanzó con la intención de comprobar su estado, pero cambió de opinión cuando la muchacha que le había cuidado se le adelantó y le tomó del brazo sano para cuchichearle al oído.

No era tan inocente como para ignorar lo que buscaba. Incluso desde aquella distancia, pudo escuchar la risa complaciente del espadero. Parecía más que encantado cuando se llevó a la campesina lejos del mundanal ruido.

La contención de Jimena estalló en ese momento. ¡Ojalá se le cayeran todos los dientes al intentar besarla! ¿Cómo se atrevía a comportarse como si ella no existiera? Permaneció rígida, con los ojos entrecerrados para evitar las lágrimas de impotencia. Y hubiera seguido así de no ser porque Sabina pareció apiadarse de ella.

—Son hombres, mi señora —explicó, dando a entender que conocía sus pesares—. Recordad a quién estáis destinada.

—Es una coqueta —masculló, intentando que los dientes no le castañetearan al hacerlo—. Y él no tiene excusa.

—La misma que los demás. —Para su sorpresa, Jimena comprobó que el resto de los guerreros parecía haberse desvanecido en el aire—. Cuando os desposéis, comprobaréis que hay ciertas costumbres de vuestro esposo que incluso agradeceréis.

—¿Por eso consientes que Ansur se marche? ¡Yo creía que ese hombre era de tu agrado!

—Lo es. Pero yo me he puesto un alto precio.

—¿Te ha besado? —se atrevió a preguntar sin melindres.

—Oh, ya lo creo —asintió Sabina con un brillo pícaro en los ojos.

—¿Le amas?

—Comienzo a amarle. Aunque tiene un aspecto feroz, es demasiado tosco y bastante torpe, posee buen corazón. Uno muy grande y apasionado.

—¡Entonces no entiendo por qué le dejas ir tras las faldas de otra cuando debería estar contigo!

—Puede retozar con todas las campesinas que quiera, mi señora, que él ya es mío.

Jimena observó la sonrisa segura de Sabina sin poder evitar un escalofrío.

—A veces me das miedo —concluyó, poniéndose en pie—. Mucho, mucho miedo.

Se alejó de la sierva y del jolgorio cuando la noche ya era cerrada. Necesitaba poner sus ideas en orden, antes de que el conde de Trabada quedara en el olvido.

Aunque la traición de Martín la ayudó a recordarlo.

«Sí, traición. Porque él te ha besado. Dos veces, para ser exactos. Si eso no puede significar nada para ti, sí debería ser importante para él, ¿verdad?».

—¡Le odio! —respondió a la voz de su interior—. ¡Le aborrezco!

«Mentira. Nunca lo has hecho».

—Porque no tenía motivos suficientes.

«¡Ja! ¿No le odias por llevarte a un casamiento no deseado? Ahí tienes un buen motivo».

—Y yo estoy sufriendo un enorme ataque de celos —reconoció con tristeza.

Nada podría calmarla, salvo arrancar los cabellos de aquella campesina uno a uno. Así se sentiría...

Jimena no pudo pensar más. Escuchó el sonido de una rama rota al ser pisoteada muy cerca de ella, pero cuando advirtió lo lejos que se hallaba de la fiesta, ya fue demasiado tarde. Atinó a ver una sombra fantasmagórica que se cernía sobre ella antes de que alguien le echara un saco sobre la cabeza. Jimena intentó gritar, pero la tela se le metió en la boca hasta casi asfixiarla. Cuando quiso emprender la huida, un segundo asaltante le sujetó las manos a la espalda y se las ató sin miramientos. Pese a patalear y resistirse, fue izada a algún apestoso hombro como si fuera un saco de centeno.

—¡Date prisa! —escuchó decir al hombre que la portaba—. Nos están esperando para marcharnos. La aldea está demasiado cerca. Si el señor de Castromoros nos descubre, no tendremos escapatoria.

—¡No te quejes tanto! Después de todo, ella nos ha facilitado el trabajo. —Una carcajada revolvió las tripas de Jimena en el acto—. Hemos podido apresarla sin mezclarnos con los campesinos. Nuestro plan sigue en marcha.

¿De qué plan estaban hablando? No pudo averiguarlo. El brazo de su captor le inmovilizó las piernas, y pronto sus quejidos cesaron de puro agotamiento.

Avanzaban a pie. De ahí que los movimientos fueran cada vez más bruscos y dolorosos para Jimena. Comenzaba a faltarle el aire cuando, después de una eternidad, fue arrojada al suelo. Desprendida de aquella odiosa capucha, se encontró con media docena de sucias y feroces caras tan cerca de ella que se arrastró hasta que su espalda pegó con el grueso tronco de un árbol.

—Si llego a saber que eres tan bonita, hubiera cumplido el encargo mucho antes —se burló uno

de ellos, que exhibía una nariz torcida y unos dientes negruzcos—. ¿Creéis que el notable se enfadará si nos divertimos un poco con ella?

—El notable no lo sé, pero el señor de Castromoros nos los arrancará de cuajo si descubre su ausencia antes de que nos hayamos ido —replicó otro, llevándose la mano al centro de sus calzas por si había alguna duda de lo que quería decir—. Debemos partir ya.

—Yo creo que hay tiempo para todo —añadió un tercero, alargando una mano para tocar la mejilla de Jimena.

—Tener a dos señores furiosos tras nuestros pasos no es muy prudente, que digamos.

—¡Callad de una vez! —ordenó el hombre de la nariz torcida—. Respecto al primero, no nos importa que descubra el estado de la doncella. Para cuando lo haga, estaremos lejos y seremos más ricos gracias a la jugosa recompensa que recibiremos por haber llevado a cabo su encargo. Y en cuanto al segundo... Posiblemente se esté divirtiendo tal y como pensamos hacerlo nosotros. Puede que incluso ya lo haya hecho con ella.

Las risotadas helaron el grito de auxilio que Jimena pensaba lanzar. Miró a su alrededor. Una arboleda protegía el claro, iluminado por una pequeña fogata. Las siluetas de unos caballos reflejadas con la luz de las llamas eran la única señal de civilización.

Inspiró para tranquilizarse. Estaba lo suficientemente lejos de cualquier parte, a solas con un montón de salvajes que babeaban al mirarla, sin otra defensa que su ingenio. No le serviría de mucho dada la inferioridad numérica, pero debía intentarlo al menos.

Recordó la actitud de la campesina con Martín para imitarla, cuando el cabecilla clavó los dedos en su dolorida mandíbula. Ella se tragó el grito, las lágrimas y el terror que aquel hombre le infundía. A cambio, compuso una insinuante mirada e intentó sonreír.

—¿Puedo decir algo al respecto, mi bravo guerrero? —preguntó con voz melosa. El indeseable asintió con súbito interés—. ¿Me has raptado para divertirme conmigo?

—No entraba en mis planes, pero los he variado.

—Si te hubieras presentado desde un principio, nada de esto habría sido necesario. —Un lento batir de pestañas y una pequeña muestra de la punta de su lengua asomando por los labios terminaron de captar la atención del maleante—. En realidad ya me he cansado del señor de Castromoros. Vosotros sois mucho más fuertes y apuestos.

Los hombres se miraron entre ellos. No sabían si desconfiar de ella o lanzarse a su cuello como bestias salvajes. Fue el cabecilla quien decidió:

—Alabado sea el Señor por bendecirnos con semejante hembra, entonces. ¡Muchachos, preparaos, porque aquí parece haber para todos! —Acto seguido, comenzó a rebuscar bajo la túnica de Jimena y a mordisquearle el cuello—. Pensaba que tendría que volver a golpearte para ahogar tus gritos, pero así será mucho más fácil.

Jimena se dejó avasallar. Le hizo creer que su respiración apresurada se debía al deseo, y reprimió una arcada.

—Ahora voy a tomarte. —El hombre le abrió las piernas con una mano al tiempo que comenzaba a bajarse las calzas con la otra—. Después, me seguirá el resto.

Jimena intentó concentrarse y esperó a que él se inclinara sobre ella para saciar sus apetitos carnales. Se vio empotrada contra el tronco del árbol con un conjunto de jadeos repulsivos taponándole los oídos y la oreja de aquel miserable muy cerca de su boca.

No lo dudó. Le hincó los dientes con tanta fuerza y rabia que el desdichado tuvo que pedir ayuda para poder separarla de sí, entre bramidos de dolor.

Cuando consiguió ponerse en pie sin tambalearse, contempló atónito la mano llena de sangre. Sus ojos fueron a la expresión fiera de Jimena. Ahí se quedaron, antes de propinarle la primera bofetada.

—Perra —gruñó—. Ahora sí que nos servirás de diversión.

Fue lo último que dijo antes de abalanzarse sobre ella.

—¿Ya has terminado con tu dama?

Ansur sonrió a la pregunta de Martín y le ofreció un trozo de queso previamente cortado con el cuchillo que solía llevar escondido en la bota.

—Nunca he comenzado —respondió, invitándole a tomar asiento a su lado—. Desde que conozco a Sabina, ninguna más me interesa. ¿Y la tuya? ¿Ha resultado tan fogosa como parecía?

—Incluso más. Tenemos provisiones suficientes para llegar a nuestro destino, además de esto. —Con una sonrisa deslumbrante, Martín le mostró una delicada túnica femenina—. Espero que sea del agrado de Jimena, porque me he empleado a fondo para conseguirla.

La expresión de Ansur cambió de forma radical. Que Martín hubiera calmado sus ímpetus carnales a cambio de una prenda de vestir no mejoraba las cosas. Tramaba algo, y no pasaría mucho tiempo hasta que averiguara el qué.

—El conde le regalará lo que necesite —apreció con aspereza.

—Ella rompió la suya para atajar la sangre de mi herida. Justo es que la recompense con otra. Así llegará a Castromoros presentable.

Al instante se arrepintió de lo dicho. ¡Por las barbas de Lucifer, ya había hablado de más! Ahora Ansur parecía a un paso de abalanzarse sobre él.

—¡Últimamente no consigo imaginar lo que tendrás en esa cabeza tuya, si es que realmente piensas con ella! —le gritó—. ¿Esos son tus planes? ¿Quedarte con la muchacha?

—No soy tan estúpido —resopló Martín, decidido a guardar las apariencias.

—El primer fin de todo buen notable es cumplir la palabra dada según es de justicia.

—Y el segundo, perpetuar su estirpe.

—Me parece bien que lo hagas —apuntó Ansur, señalando con la cabeza hacia la aldea—. Pero no con ella.

—¿Por qué no? —Por un montón de motivos que solo le ayudaron a enfurecerse, concluyó Martín mientras se ponía en pie—: ¿Acaso es de justicia entregarla a Odón de Montoya?

—El concepto de justicia no suele ser el mismo para todos —contestó Ansur, después de masticar un trozo de pan negro. Martín volvió a sentarse—. Tú y yo ya hemos vivido varios ejemplos. ¿Recuerdas los días posteriores a la herida de tu cara? Pocas personas nos prestaron ayuda.

—No haces más que darme la razón. Jimena es demasiado impulsiva para el conde. Él no se lo consentirá.

—¿Y qué sabes tú de ella? ¿Acaso la has tratado en la intimidad? —El silencio pareció responderle—. Martín, no habrás...

—No es asunto tuyo.

Aunque sí de ella. Martín regresó a la aldea con la intención de explicárselo en persona, pero se extrañó de no encontrarla con Sabina. Cuando la sierva no supo darle su paradero, su infalible sexto sentido comenzó a advertirle. Y decidió hacerle caso.

—Reúne a los hombres y seguidme sin levantar sospechas —ordenó a Ansur mientras él montaba en Atila—. No quiero alertar a estas gentes a no ser que sea absolutamente necesario.

No se volvió para ver el resultado, ni perdió el tiempo en recuperar su espada. Arrebató a Ansur el cuchillo con el que había cortado el pan y lo empuñó como única defensa. Iba a buscarla, pero no sabía por dónde empezar. Cabalgó durante un tiempo indeterminado, hasta que se detuvo en medio de ninguna parte. La noche estaba clara, demasiado serena.

Él pugnaba por no gritar su nombre con desesperación.

—Está en peligro —afirmó angustiado, mirando en todas direcciones—. ¿Por dónde seguir?

Como si la Providencia decidiera echarle una mano, escuchó un grito femenino, seguido de un alarido masculino que le encogió el corazón y el alma.

—Jimena —murmuró sobrecogido.

—Es por allí.

Sintió la mano de su tío en el hombro a la vez que escuchó un nuevo grito. Todos los hombres le siguieron como una exhalación, debidamente armados. Y lo agradeció, porque la imagen que se presentó ante él poco después, en un claro iluminado por una fogata tras unos arbustos, le encendió la sangre y le privó de todo sentido común.

No se molestó en ser sigiloso. Dejó a Atila y corrió. Un grupo de hombres jaleaban a otro, que golpeaba el maltrecho cuerpo de Jimena. Estaban tan entretenidos que no se dieron cuenta de su presencia hasta que los guerreros no se les echaron encima.

Cegado por la ira, Martín clavó el cuchillo en el vientre de uno de ellos. A su alrededor, Celso y Canuto se debatieron contra dos oponentes más, saliendo victoriosos. Ansur se desprendió de otro con ayuda de Edistio, y cuando el único superviviente quiso huir, fue abatido por la certera lanza de Higinio.

Como una fiera descontrolada, Martín se abalanzó sobre el atacante de Jimena y le arrastró lejos para colocarse encima. Quería arrancarle los ojos, sacarle las entrañas y colgarle de ellas en lo alto de un árbol. Arrojarle a las llamas de la fogata para quemarle vivo.

Todo le parecía poco si pensaba en su dulce Duende mancillada por aquel indeseable.

—¡Tened piedad, por lo que más queráis! —le escuchó suplicar.

—Ella es lo que quiero.

—¡No osaría quitárosla! ¡Me ha arrancado un trozo de oreja de un mordisco!

Martín apreció el detalle sorprendido y mostró el cuchillo con el que iba a rebanarle el cuello.

—Entonces remataré lo que ella empezó —siseó, presionando la curtida piel del maleante.

—No lo hagas —aconsejó Ansur con calma—. Todos los demás están muertos. Él nos servirá.

—¿Para qué si no puedo darme el gusto de matarle?

—Piensa en lo que te digo y no en la venganza, Martín.

Las palabras de Ansur tardaron en penetrar en su aturdida mente, pero Martín terminó levantándole a empujones para inspeccionar su aspecto.

—Ningún salteador de caminos viaja con semejante cantidad de oro —apreció, arrancándole la

bolsa que le colgaba del cinturón—. Luego me dirás para quién era el encargo.

Le arrastró por el pelo para obligarle a arrodillarse frente a Jimena y volvió a amenazar su garganta.

—¿La ves? —El mercenario asintió—. Bien, porque vas a pedirle perdón por lo que has hecho.

—P-perdón, mi señora...

—Vaya, no te has hecho mucho de rogar. Esperemos que sigas tan dispuesto a colaborar.

Con un furioso empujón, le alejó de ella y sacudió la bolsa.

—¿Quién?

Fue una simple pregunta para la que el hombre de la nariz torcida tuvo una pronta respuesta.

—El conde de Trabada —murmuró—. Quería que raptara a su prometida...

—¿Por qué?

Se encogió de hombros, pero Martín no se dejó engañar. Ordenó a Celso y Canuto que le sujetaran y agarró su mano derecha con fuerza, colocando el filo del cuchillo sobre el dedo índice.

—¿Por qué? —repitió—. Piensa la respuesta. Podrías quedarte sin dedos antes que yo sin paciencia.

—Creo que...

—¿Crees?

—¡No! —chilló, cuando sintió el acero cortando la carne—. ¡El conde quería haceros caer en desgracia ante el rey, pero desconozco los motivos! ¡Lo juro!

Él sí los conocía. Había ambicionado el gobierno de Castromoros desde que el rey se lo había otorgado a él. No le ajusticiaba, pero pretendía que Ordoño lo hiciera.

—Me servirás vivo —sentenció, cruzando una mirada de entendimiento con Ansur—. Serás la mejor prueba.

Se olvidó de él con rapidez y se arrodilló junto a Jimena. Ardía por consolarla como era debido, pero no la tocó. Solo contempló la sangre que manchaba las comisuras de sus labios.

—¿He de suponer que pertenece a una despreciable oreja? —. Ella asintió. Salvo los golpes y el miedo, no parecía sufrir daños mayores.

—Me alejé demasiado —balbuceó.

—Hemos llegado a tiempo. Eso es lo importante.

—Estaba paseando cuando me asaltaron —siguió sollozando con los ojos bajos—. Ese hombre...

No fue capaz de proseguir. Ahora solo intentaba superar el terror que todavía la hacía temblar y la extraña actitud de Martín. No la regañaba por haberse marchado sola. No cubría los jirones de su túnica, ni le limpiaba la sangre de la cara. Tampoco parecía interesado en los golpes. En realidad ni siquiera la miraba.

Supuso las razones, pero no le importaron en absoluto. Él estaba allí por ella. La había salvado de un destino peor que la muerte. ¿Qué más daba si estaban rodeados de guerreros que no dejaban de observarlos? Le abrazó, pero él la apartó con delicadeza.

—No deberías lanzarte así al cuello de un hombre que no sea tu esposo. —Sobre todo si ese hombre estaba decidido a mantener las distancias, conteniéndose para no estrecharla entre los brazos y sofocar la rabia que sentía al pensar en lo que podía haber ocurrido—. Ni siquiera al de

él, si estás en público. ¿Es que no te lo han explicado?

—Solo quería expresarte mi agradecimiento. ¿Cómo estás?

Martín parpadeó con asombro. ¿Ella era quien le consolaba?

—Todo lo bien que se puede estar después de haber sido atacado por un oso, despeñado por un barranco y casi abatido por unos mercenarios —respondió de mala gana, haciendo una mueca de dolor cuando ella le tocó el brazo herido.

—¿Eran mercenarios?

—Eso parece. Actuaban por encargo de alguien.

Se alejó antes de apreciar mejor sus lesiones, porque era muy capaz de llevársela para consolarla en la más estricta intimidad. Maniató al mercenario y le llevó a rastras. Por el rabillo del ojo pudo ver que Jimena viajaba con Ansur siguiendo sus instrucciones.

Él asintió satisfecho, pero ella le respondió con el ceño fruncido y un mohín de disgusto.

Martín suspiró con resignación. Comprendía su contrariedad, porque era la misma que convivía con él desde que la había tocado por primera vez, en el adarve del señorío de Laciana.

Pero no se molestaría en hacerla desaparecer.

11

En la aldea, todos se volcaron con ella. La curandera alivió el dolor de los golpes y Sabina no se apartó de su lado el resto de la noche.

Pero Jimena necesitaba a Martín. El espadero había desaparecido, incentivando de nuevo sus celos. Ahora todo estaba claro. Lo ocurrido no había sido más que un pequeño paréntesis en su diversión con la campesina, aunque a la mañana siguiente tenía una expresión tan oscura como el cielo que los recibió cuando decidieron proseguir la marcha.

Resignada, Jimena se acercó a Atila, pero Celso la detuvo:

—A partir de ahora viajaréis conmigo, mi señora.

Así que esa era su manera de afrontar la situación. Pues bien, si quería distancia, distancia tendría.

Aunque con el paso de los días, las cosas empeoraron. Pese a que los demás hicieron lo imposible para que Jimena olvidara lo sucedido y se repusiera, Martín la ignoraba por completo.

Eso dolía mucho más que las heridas que cicatrizaban, porque no encontraba explicación posible. Que ella le molestaba, alterándole hasta volverle insufrible con todo el mundo, parecía fuera de toda duda. Martín no se preocupaba por su bienestar, ni por el de nadie. Pronto impuso una marcha implacable que no aminoró ni siquiera cuando las nubes comenzaron a descargar una lluvia fuerte que los empapó.

Jimena quiso gritar. Quejarse del dolor corporal y del que le asediaba el corazón. Del agotamiento y de su simple presencia, pero no dijo nada hasta que se detuvieron junto a una cavidad natural en la que poder guarecerse. Al parecer, sus anteriores moradores habían tenido a bien dejar una cantidad de leña seca en su interior. Martín ordenó que los hombres prepararan una hoguera para dejar el refugio a las mujeres y desapareció con Ansur.

—Mi señora, por favor... Compadecemos de mí... Tengo hambre...

Había dejado de llover cuando escuchó las palabras del prisionero. Su enfado con Martín era tan grande que ni siquiera había reparado en él hasta el momento. Aunque estaba atado al tronco de un árbol, Jimena miró a su alrededor. Sabina se hallaba con el resto, que preparaba el campamento lo suficientemente lejos de la cueva como para permitirles intimidad sin descuidar la vigilancia.

Se acercó con cautela al hombre. Todavía recordaba la expresión salvaje y lujuriosa de aquellos ojos que ahora la miraban suplicantes. Pero tenía un aspecto tan calamitoso que terminó por alargarle un trozo de pan.

Fue entonces cuando un severo tirón la obligó a alejarse. Martín la observaba desde su altura,

con el gesto amenazante esculpido en piedra y los ojos esmeralda refulgiendo de ira.

—Entra —le dijo, señalando la cueva.

—¡Pero no podemos matarle de hambre! ¡Es inhumano!

—Ya me has oído. Entra.

Eran las primeras palabras que le dirigía en días, y fueron tan ásperas que le entraron ganas de abofetearle, aunque no se atrevió a contradecirle y obedeció.

—¡Te estás comportando como un ser sin conciencia! —le espetó en cuanto estuvieron solos—. ¡Con crueldad!

—¡No quieras saber lo cruel que puedo llegar a ser cuando se trata de ti! —gritó Martín. Tenía un aspecto tan fiero que Jimena intentó ver por encima de sus anchos hombros a alguien que pudiera socorrerla.

—¿Y Sabina?

—Con Ansur. —Él dio un paso en su dirección. El mismo que ella retrocedió—. No la necesitas, a no ser que tengas miedo de mí.

—¿Por qué voy a temerte? Estoy rodeada de guerreros fieles a mí. Tendrías las de perder, espadero.

—En otro momento te explicaré algo acerca de las fidelidades entre guerreros —aclaró él, cruzándose de brazos y alzando las cejas—. Ahora están lo suficientemente alejados así que, ¡desnúdate!

Jimena abrió mucho los ojos. Casi tanto como la boca.

—¿Cómo has dicho?

—Que te desnudes.

—¡No pienso hacer tal cosa, mucho menos delante de ti!

Martín no le dio tregua. La apresó con un brazo y rasgó la empapada túnica hasta dejarla cubierta solo con la camisa.

—¿Qué crees que estás haciendo? —chilló Jimena, intentando liberarse.

—Darte una lección. Aquí yo soy tu único salvoconducto, niña —susurró muy cerca de su boca—. Harías bien en no desafiarme de este modo.

Sumisa. Obediente. Buena esposa. Eran atributos que no estaban destinados a Martín Ruiz de Vega, por mucho que él los reclamara. Con un tirón, Jimena consiguió apartarse de sus garras, pero no del poder abrasador de aquellos ojos que repasaron cada centímetro de su cuerpo.

—¡No soy ninguna niña! —gritó, cruzando los brazos sobre el pecho para intentar cubrirse.

—Deberías demostrármelo para que me lo creyera.

—Eso te gustaría, ¿verdad? Pues siento decepcionarte, espadero. Será mi esposo quien haga semejante descubrimiento.

Martín se limitó a lanzarle una última mirada antes de salir de la cueva. Regresó enseguida, con una prenda que prácticamente le arrojó a la cara.

—¿Qué es esto?

—Una túnica. ¿No lo ves? Si no te quitas esa humedad, te pondrás enferma.

Así que todo se reducía a una casta preocupación por su salud. Jimena examinó la túnica, intentando no sentirse demasiado culpable.

—¿De dónde la has sacado? —preguntó.

—Del mismo sitio del que proviene el pan que llena nuestras alforjas. Una campesina me la ha cedido. ¿Qué pasa? ¿No es del agrado de la doncella?

—No es la túnica lo que me desagrada, sino la manera de conseguirla. —Ya sabía a qué campesina se refería. E imaginaba cómo la había conseguido. Posiblemente se arrepentiría de decir lo que estaba a punto de decir, pero aun así lo dijo—: ¿Qué te ha pedido a cambio? ¿Tus besos, tus caricias?

—¿Pasaría algo si fuera así? —¡Estaba celosa! Y él demasiado furioso como para mostrarse entusiasmado—. Soy un hombre. Puedo prodigar mis atenciones a quien me venga en gana.

—Eso está claro. Pero pones demasiado empeño.

—¿Me estás reprochando algo?

¡Por supuesto! Deseaba restregarle en la cara que un acto tan íntimo como el compartido con ella en el adarve, o en el río, se convirtiera en un regalo presto a ser disfrutado por cualquier hembra.

—Solo tengo curiosidad —replicó, con las manos en las caderas—. Necesito comprender tanta generosidad.

—Pudiera ser que la muchacha se compadeciera de tu aspecto en cuanto te vio —aventuró Martín, con la mandíbula tan apretada que ella pudo ver sus tendones sobresaliendo de su cuello—. No creas que eres la única que siente piedad por el prójimo.

—Ella no se movió por piedad, sino por su provecho.

—No debería importarte. La complací en la intimidad, lejos de tu casta mirada.

—¿La complaciste? —Apenas podía contenerse, mientras que él parecía cada vez más satisfecho. ¡Lo que hubiera disfrutado despellejándole como lo hizo con aquellas liebres!—. ¿Y de qué forma, si puede saberse?

—Ignoraba que estuvieras tan interesada en mis devaneos, pero te lo mostraré para que salgas de dudas.

Había más fuego en los ojos de Martín que en las profundidades del Averno cuando se abalanzó sobre Jimena sin ninguna consideración. La empotró contra la fría pared de piedra y redujo sus intentos de defensa apresándole las muñecas a ambos lados de su cabeza.

Se adueñó de su boca con una fuerza brutalmente posesiva, pero no le importó. Deseaba dar salida al suplicio padecido en todas aquellas jornadas por no poder expresar su preocupación. Fueron demasiadas las veces que se había reprochado no haber impedido su rapto para ahorrarle el sufrimiento. Hubiera llenado de besos cada moratón, pero solo pudo observar en la distancia. ¡Maldito fuera el diablo! Había procurado por todos los medios mantenerse alejado, y ahora ella hacía añicos su autocontrol mostrando el alcance de su deseo por él.

El propósito de Martín era conseguir que le odiara con toda el alma. Esperaba que le mordiera, que le pateara. Que se debatiera con furia. Que luchara. Solo así podría parar lo que había comenzado. Pero Jimena relajó los brazos bajo sus manos y abandonó la tensión bajo el calor de su piel. Abrió la boca para incitarle con la lengua y provocarle con los labios. Para exhalar un gemido desesperado que le hizo abandonar los restos de buen juicio que le quedaban. Liberó las muñecas para engancharse a su cuello con desesperación y adelantó las caderas.

En ese punto exacto, el mundo entero desapareció. Martín decidió que nada más importaba, salvo el contacto salvaje con Jimena. La sujetó de la nuca con una mano sin abandonar su boca,

mientras con la otra rebuscaba bajo la camisa empapada la piel fría y húmeda de uno de sus pechos. Era esponjoso y tierno hasta lo impensable. La sintió temblar por el contacto. Oyó un jadeo entrecortado cuando la aspereza de las yemas consiguió endurecer aquel delicioso pezón.

Y su sentido común regresó.

Si seguía, terminaría tomándola allí mismo, sobre el suelo duro de una cueva. Intentando saciar una necesidad que nunca se vería colmada, por una mujer que no debía ser para él.

Apoyó la frente en la de ella, con la respiración totalmente descontrolada y un fuego verde en los ojos que la dejó pegada a la pared, tan insatisfecha y excitada como él. Con los labios irritados por los besos, los pechos agitados por la pasión y las mejillas sonrosadas por la lujuria.

—Eres peligrosa para un hombre —murmuró, sin poder moverse del sitio.

—Yo no presiento ese peligro, espadero.

¡Mentía! Estaba convencido de que experimentaba un dolor en el vientre similar al que él padecía, provocando que el corazón le aporreara el pecho. Martín rugió como un animal malherido, sin importarle que el resto le escuchara, antes de coger la mano de Jimena y llevarla a su endurecido miembro.

—¿Y ahora? —siseó, asegurándose de que abarcaba el tamaño de la erección al completo—. ¿Lo presientes?

—¡¡Martín!! ¿Qué crees que estás haciendo?

No pensaba responder al grito atronador de Ansur. Solo soltó a Jimena cuando sintió a su espalda el jadeo espantado de Sabina, que corrió hacia su señora para cubrirla con la túnica nueva. Se odió a sí mismo por lo que había estado a punto de suceder, pero vertió aquella furia en la muchacha que tenía frente a él temblorosa de excitación, observando la mano que le había tocado como si aún acogiera sus partes más íntimas.

—¡Tú me has embrujado! —gritó a Jimena, luchando contra Ansur, que ahora le sujetaba—. ¡Me has embrujado!

—¡Ya he escuchado suficiente!

Su tío le estampó el puño en la cara con tanta fuerza que le derribó. Con un rugido animal, Martín se puso en pie para arrojarse contra él y ambos salieron de la cueva rodando, enzarzados en lo que parecía una violenta pelea.

Jimena tardó en reaccionar. Estaba sumida en tal estado de apasionada agitación que le extrañaba no verse el corazón fuera del pecho.

—¡Parad! —gritó, dispuesta a correr tras ellos. Pero la tranquila mano de Sabina se lo impidió.

—Dejadlos, mi señora —advirtió, muy serena—. Es lo mejor.

—¿Cómo que lo mejor? ¡Van a molerse a golpes!

—Sobrevivirán. El gobernador necesita desahogar toda la tensión que acumula desde que salimos del valle de Laciana —aclaró la sierva—. Y Ansur le está ayudando.

¿Qué decía aquella insensata? Jimena volvió a intentarlo, y Sabina volvió a impedirselo.

—¡El capitán saldrá malparado! —exclamó. Aunque lo que de verdad le importaba era el estado en el que podía quedar Martín.

—Es un hombre corpulento y fuerte. Con una edad no demasiado alejada de la de su señor —apreció Sabina, dando la espalda a la pelea—. Cuando este sea capaz de entrar en razón, se sentarán a hablar las cosas como buenos cristianos, con un pellejo de vino y la cara llena de

moratones, mi señora.

Así sucedió. Al parecer, era tan normal que nadie intervino. Dejaron que se agotaran mutuamente, hasta que Ansur tendió la mano a Martín y este la aceptó para levantarse del suelo.

Después, ambos hombres desaparecieron en la oscuridad como si nada hubiera pasado.

—Cualquier piedra del camino tiene más inteligencia que tú.

—Y también más dureza.

Sobre todo si esta tenía que ver con Jimena. Martín echó un trago de vino para aligerar el peso de la confesión y miró al frente, intentando recuperar el resuello. La pelea había calmado sus ánimos lascivos, pero todavía no era capaz de afrontar la franqueza de su tío con garantías de éxito.

—No me digas que te has enamorado...

—No. —Había respondido demasiado rápido, solo para aplacar la inquietud de su tío. Por lo demás, era una afirmación que ni siquiera él creía—. Pero tampoco puedo mantenerme al margen. Es algo que me supera.

—No conviertas a la mujer de otro en tu ambición. Martín... —Ansur le dio un golpe en el pecho para sacarle de aquel oscuro ensimismamiento en el que parecía inmerso—. ¡Martín!

Al fin consiguió un poco de atención. Pero su semblante enrojecido por los golpes parecía tan lúgubre que Ansur sintió pena por él.

—Ella es para el conde —añadió con dureza—. Procura no olvidarlo.

—Ni se me ocurriría, después de la paliza recibida.

—Te la merecías. ¡Has estado a punto de forzarla! Martín le miró como si hubiera perdido la razón.

—¿Qué dices? —siseó—. ¡Sería capaz de cortármela yo mismo antes de forzarla!

—¡Entonces explícame lo que acabo de presenciar ahí dentro! —rugió Ansur—. ¡Estás seduciéndola!

—Sé lo que hago.

—No, no lo sabes. Si insistes, provocarás una respuesta catastrófica por parte del conde.

—Soy responsable de mis propios actos. —Otro trago, esperando que el vino se llevara el sabor amargo de sus pensamientos—. Aceptaré las consecuencias.

—¿Y ella? ¡La arrastrarás al desastre!

—Ella... —«Me aceptará. Clamará por mi presencia. No concebirá la vida sin mí. Me amará». Martín sacudió la cabeza. Debía disciplinar sus caóticas emociones por muy inútiles que resultaran sus intentos—. Ella comprenderá —concluyó, antes de volver a la cueva.

Él la haría comprender. Encontraría las palabras acertadas para expresar su arrepentimiento, pero pronto comprobó que no le harían falta. Tanto Jimena como Sabina dormían plácidamente, arrebujadas en sus mantas.

«No conviertas a la mujer de otro en tu ambición».

¿Ambición? Martín siempre se había conformado con sacar provecho a todo lo bueno que se le presentaba, sin desear nada más. Tenía la suficiente intuición como para reconocer ciertas virtudes en los individuos de bien, incluido él, entre las que no estaba codiciar posesiones

ajenas. Hasta que Jimena apareció.

Era como una estrella que iluminaba su vida. Debía seguirla. Retenerla con él hasta el fin de los tiempos. Eso era ambición. Tan desmedida que, junto a ella, Martín se convertía en un ser sin corazón. Aunque ahora volviera tan manso como un corderito al redil.

Tenía que agarrarse a su propia confusión para no cometer un error de proporciones gigantescas. No debía acercarse a ella de ese modo, pero tampoco podía evitarlo. Daba un paso hacia delante y dos hacia atrás porque temía por ella. Sus emociones caóticas formaban parte de un plan diseñado por el destino mucho antes de que se encontraran hasta conseguir que lo que desde un principio había aparecido asombrosamente claro en su mente comenzara a desvanecerse.

Si imaginaba a Jimena en brazos del conde, una ira ciega le consumía. Si pensaba en la manera de conseguir que ella aceptara de él algo más que sus incomprensibles asaltos, un terror descarnado le obligaba a desdecirse.

Pero tarde o temprano, el corazón de Jimena se rendiría. Y cuando el momento llegara, no habría nada más importante para él.

—Mía —había susurrado, besando su frente antes de abandonar la cueva.

Apenas quedaban un par de jornadas para llegar a su destino. Para Martín serían las más largas y penosas del viaje.

El trueno estalló en el cielo. Su estruendo pareció partir el techo de la humilde cabaña en dos, justo antes de que la lluvia torrencial empapara la tierra.

Sentada en el jergón, con los ojos muy abiertos y las manos extendidas hacia delante, Teodomira gritó. No estaba despierta, pero movía los dedos como si quisiera tocar algo.

O a alguien. Alguien que estaba en peligro. Alguien que no se dejaba alcanzar.

Su viejo cuerpo tembló, pese a que solo las llamas de la agonía la rodeaban. Largas y amenazantes lenguas de fuego que la hicieron bañarse en un sudor frío.

Era el sudor del miedo.

Teodomira apartó el fuego con las manos. Sentía cómo esas lenguas se quemaban, hasta casi carbonizarse. Capas de piel, tejido, músculos y huesos fueron desmembrándose ante sus ojos, hasta distinguir aquello que la visión quería mostrarle.

No conocía aquella fortaleza. Tampoco el patio de armas, plagado de guerreros pertenecientes a varios bandos. En un extremo, el rey Ordoño presidía lo que parecía un importante acontecimiento, acompañado por varios notables que permanecían en silencio mientras él hablaba.

La destinataria de sus palabras coléricas era una muchacha joven situada de espaldas a Teodomira. Tenía largos cabellos rubios, y fuertes lamentos sacudían sus hombros.

No necesitó ver su cara para reconocerla.

—Jimena —llamó entre brumas.

Poco a poco, los sollozos fueron aumentando el volumen hasta enterrar la voz potente de Ordoño. Y cuando se volvió, Teodomira gritó aterrada.

La miraba a ella directamente. Sus angelicales ojos azules estaban inundados en lágrimas, pero

le pedían ayuda como si la viera. Y no la pedía para ella.

El dedo tembloroso de Jimena señaló un punto en concreto que Teodomira no acertó a ver. Nuevamente las llamas cubrieron el escenario, pero ella pudo percibir el olor a sangre y muerte. La súplica implícita en el gesto de la doncella. La única y desesperada palabra que brotó de sus labios:

—Martín.

Las imágenes parecieron confundirse con la pared de la cabaña. Teodomira dejó que la visión se fuera. Ya había comprendido.

Ellos se acercaban, sin saber las desgracias que traían a sus espaldas.

Pero Teodomira sí lo sabía. Lloró su pena y su impotencia, y cuando se quedó sin lágrimas, se levantó para salir al exterior.

La tormenta se había ido para dejar paso a una noche estrellada. Teodomira se dirigió al pequeño corral anexo a la cabaña y cogió una de sus escuálidas gallinas. Le cortó el cuello y, colocándose en el centro, formó un círculo con su sangre.

Después cayó de rodillas en él y se puso a orar.

La madre Luna la guiaría. Solo había una forma de evitar el baño de sangre que conllevaría tanta insidia, y tendría que darse prisa.

De lo contrario, Martín moriría.

12

Un cosquilleo de zozobra sacudió a Jimena por dentro a medida que cruzaban aquel puente imponente sobre el río. Los campos sembrados de trigo se extendían más allá, dando paso a densas arboledas. Las cabañas de piedra aparecían sin un orden establecido. A su paso, los campesinos inclinaban la cabeza en señal de respeto mientras la mirada henchida de orgullo de Martín permanecía al frente.

Semejante reacción en el espadero solo podría significar una cosa: no estaban en Trabada, sino en Castromoros. Las sospechas de Jimena se confirmaron cuando la comitiva se detuvo al comienzo del sendero que ascendía el cerro en cuya cima se hallaba la fortaleza. En algunos lugares de la muralla se levantaban andamios de madera desde los cuales algunos guerreros recomponían las partes que todavía mostraban las consecuencias del ataque sarraceno. Jimena no se atrevió a preguntar sobre la extraña forma alargada de la fortaleza, ni tampoco acerca del inusual arco de herradura de la entrada principal, más propia de moros que de cristianos.

Sabía de antemano que no recibiría respuesta alguna.

—No os asustéis por el aparente desorden —susurró Ansur, inclinándose hacia ella—. El lugar es pequeño y se acondicionará enseguida. En cuanto a la comida, seguro que llevarán tiempo preparando algo. En menos de lo que pensáis estará todo listo para recibirnos como merecéis.

—¡Albricias! ¡Has encontrado por fin esposa!

El autor de tales afirmaciones era un orondo y envejecido fraile que avanzaba hacia ellos con las manos en alto y unos ojillos oscuros que no se apartaron de Jimena, pese a que Martín se apeó para saludarle.

—Menudo recibimiento el vuestro —le respondió con una carcajada—. No tengáis tanta prisa por casarme.

—Ella muestra el mismo interés que yo. —Jimena abrió mucho los ojos, espantada ante la franqueza del religioso—. ¿Quién es?

Como si no le hubiera escuchado, Martín esperó a que los mozos se hicieran cargo de sus monturas y señaló al prisionero.

—Ansur, enciérrale —ordenó—. Los demás podéis descansar en las dependencias destinadas a los guerreros.

—Siempre lo he dicho —refunfuñó el viejo fraile, acercándose a Sabina y a Jimena con un andar renqueante debido a su voluminosa barriga—. Lo tuyo no son los buenos modos, muchacho.

—Está bien, está bien. No tengo fuerzas para responder a vuestro descaró como sin duda os merecéis. Es Jimena de Medina, la prometida del conde de Trabada. —Martín se hizo a un lado

para permitir el saludo—. El hermano Bermudo es un monje itinerante, aunque ya se había establecido aquí cuando Ordoño conquistó la plaza de Castromoros.

—¡Fui yo quién colgó la cabeza de Abi-Abda junto a la del jabalí justo allí arriba! —se jactó el fraile—. Me encargo de los cristianos del lugar desde mucho antes de que el actual señor aprendiera a caminar.

Era una fanfarronada. Al menos la primera parte. Jimena no tuvo más que ver el gesto condescendiente de Martín justo antes de que un chillido infantil los interrumpiera. Una niña de edad indefinida atravesó el patio de armas veloz como el rayo y se lanzó a las piernas del espadero.

—¡Mi señor! —exclamó, alzando los brazos hasta que él la levantó en el aire y le estampó un sonoro beso en la mejilla—. ¡Habéis regresado!

—¡Rosaura, ven aquí! —Unos pasos más atrás, una de las jóvenes más hermosas que Jimena hubiera visto nunca avanzaba hacia ellos, lanzando miradas llenas de admiración a Martín. No se le escapó la sonrisa con la que él le correspondió, aunque ¿cómo no iba a hacerlo? Hasta ella podía ver la punta de sus pies a través de aquel desvergonzado escote. Era una sierva, pero parecía la sensualidad andante—. No debes hacer esto. Ya lo hemos hablado muchas veces.

—Pero madre, yo también quería darle la bienvenida... —gimoteó la niña.

—Tú puedes hacerlo más que nadie, porque eres muy especial para mí —intervino Martín—. ¿Lo sabías?

—No dejas de recordárselo. A este paso, se creará lo que no puede ser —refunfuñó Bermudo.

—Sol, no seas tan severa con ella —añadió Martín, haciendo oídos sordos a las palabras del fraile—. Recuerda que hay muchas cosas que nos unen.

El alma de Jimena se le cayó a los pies. Sin quererlo, empezó a encontrar semejanzas entre la niña y Martín. El mismo tono de piel, los ojos de un verde un poco más oscuro pero igual de despiertos...

Desconocía el motivo, pero él la había llevado con los suyos. A Castromoros.

Se sintió fuera de lugar. Una tonta que se había dejado embaucar, tan muda como un muerto a pesar de que miles de preguntas zumbaban en su cabeza, pero con unas enormes ganas de arrancarle los ojos a aquella bonita sierva.

—Sol, esta doncella es Jimena de Medina. Durante su estancia con nosotros deberá ser tratada con la mayor de las deferencias por todo el que habita la fortaleza, ¿entendido?

—Sí, mi señor.

Sol le dedicó una fría mirada que Jimena sostuvo con igual desafío. ¿Cómo se atrevía? Seguro que había gozado de los favores de Martín por un tiempo que no se atrevió a calcular. Seguro que pretendía seguir haciéndolo, pero era evidente que la consideraba una rival.

Y ella no pensaba sacarla de su error.

—¿Estáis herido?

Sol alargó una mano con la intención de tocar el brazo de Martín, pero él se apartó de inmediato, reprendiéndola en silencio. La sierva retrocedió y bajó la mirada. Esperaba dar la imagen de una humildad que no sentía ni por asomo, pero Sabina se dio cuenta de inmediato.

—Mi señora se encontrará más a gusto conmigo, Sol —apuntó, acercándose a Jimena con ademán protector—. Te llamaré si te necesito.

La aludida siguió al resto hasta que penetraron en un salón de reducidas dimensiones pero aspecto acogedor, con una mesa rectangular presidiéndola y paredes desnudas que contenían varios soportes con antorchas encendidas. Una vez allí Sol pareció esfumarse, como si solo hubiera sido un mal augurio.

—Nuestro regreso ha sido bastante inesperado —informó Martín, con las manos abiertas sobre las llamas del hogar y la vista clavada en el suelo. ¿Por qué no la miraba? Jimena hubiera preferido mil veces aquellos ojos abrasándole el alma antes que la dichosa indiferencia que le dispensaba—. La pequeña Rosaura te llevará en un momento a tus aposentos para que puedas tomar un baño. Entretanto, Sol me atenderá.

Ella no quiso pensar cómo. Se limitó a observar durante largo rato el ir y venir de los siervos que acarreaban el agua para el baño prometido, tan absorta en la fila que se movía que, cuando apartó la vista, Martín ya se había ido.

Sol solo se ocuparía de cambiar el vendaje de la herida, se repitió hasta la saciedad. Aunque para hacerlo en condiciones óptimas, primero tendría que desnudarle de cintura para arriba. Y si iba a tomar un baño, también tendría que hacerlo de cintura para abajo...

—Mi señora, vuestra cara tiene un rojo muy vivo. ¿Os encontráis bien?

—Me encontraré mejor cuando pueda disfrutar de ese baño —respondió a Sabina, controlándose para no echarse a llorar—. Creo que nunca he estado tan sucia.

—Esa muchacha tiene su lugar junto a él. No debéis preguntaros lo que harán. Cuando llegue el momento, yo os instruiré.

Jimena la miró aterrorizada. ¡No! Lo último que necesitaba era que ese momento llegara.

Agradeció la repentina presencia de Rosaura en cuanto esta se produjo, y no dudó en seguirla. La chiquilla las llevó hasta un cuarto con una enorme y humeante tina en su centro y sonrió con satisfacción al ver el ceño fruncido de Jimena.

—Sé lo que estáis pensando —presumió.

—¿Y qué estoy pensando, según tú?

—Que mi señor es mi padre. —La sangre dejó de correr por las venas de Jimena. Cruzó una mirada de reconocimiento con Sabina y volvió a la niña—. No os sintáis mal por ello. No sois la primera que lo cree así.

Su estupefacción alcanzó límites insospechados. ¿De verdad estaba manteniendo aquella conversación con una chiquilla que probablemente fuera hija de Martín?

«¡Sí! ¡No desaproveches la ocasión!».

—¿Lo es? —se atrevió a preguntar.

—No lo sé. — Rosaura se limitó a encogerse de hombros—. Madre nunca me habla de padre. Dice que podrían ser varios. Desde uno de los sarracenos que construyeron este lugar hasta el anterior gobernador.

¡Vaya respuesta! Estaba claro que los caldeos que habían sentado las bases de la fortaleza de Castromoros no estaban entre los candidatos. Rosaura era demasiado pequeña y Sol demasiado joven. En cuanto al resto, cabía cualquier posibilidad, aunque ¿qué le importaban los bastardos que Martín Ruiz de Vega dejara a su paso o los que aún pudiera engendrar?

Más de lo que estaba dispuesta a reconocer, incluso ante sí misma.

Jimena se inclinó y acarició uno de los mofletes de la niña. Su desparpajo le agradaba.

—¿Te gustaría que así fuera? —siguió tentando a la suerte.

—Me encantaría, pero madre dice que las cosas nunca son como uno quiere para los hijos de los siervos.

—Él parece quererte mucho.

—Me curó la pierna cuando un perro me mordió, más allá del puente. —La niña le mostró una cicatriz en la rodilla derecha—. Creo que sois de su agrado. Los ojos le brillan cuando os mira, aunque no me extraña. Sois muy hermosa. Casi tanto como madre.

Dicho esto, se marchó aún más satisfecha que antes, dejando a las dos mujeres en el más absoluto desconcierto.

—Una chiquilla despierta —observó Sabina—. Presiento que aquí no nos aburriremos, mi señora.

Jimena se hundió en el agua caliente, esperando no salir de ella hasta no tener los dedos arrugados. Deseaba que, por una vez, Sabina se equivocara.

—Espero que los aposentos hayan sido de tu agrado.

—Del mío y del de Sabina. Las dos los compartiremos.

Después de haber dormido al raso durante tantos días, a Jimena cualquier jergón le parecía un lujo, pero no pudo decírselo a Martín, porque, cuando le vio, fue como si una de sus visiones la golpeará en plena cara.

Nunca hasta el momento había apreciado lo guapo que era, con cicatriz incluida y sin rastro de barba. Se le veía cansado, pero con una planta intimidante bajo aquella túnica marrón ajustada a la cintura que le llegaba hasta medio muslo, dejando que el resto de sus robustas piernas luciera bajo unas gruesas calzas.

El trabajo de Sol merecía un halago.

«¡No puedes hacer eso!».

—¿Por qué no? —preguntó con disimulo a su conciencia.

«¿Quieres quedar por debajo de esa odiosa sierva?».

—Por favor, toma asiento. Tendrás hambre.

Jimena aceptó el ofrecimiento de Martín y se sentó frente a él, entre Ansur y el hermano Bermudo. Diversos tipos de carne adornada con hortalizas y verduras llenaban varias fuentes con un aspecto tan apetitoso que, en otras circunstancias, no hubiera tenido reparos en llenar el estómago hasta reventar. Pero las circunstancias eran las que eran, y su alteración también.

—No parece que puedas permitirte muchos derroches —comentó cabizbaja.

—Todo es poco para la prometida del conde de Trabada. Incluso disponer de una tina rebosante de agua solo para ti.

Sí, ya se había dado cuenta del exceso. Y lo había agradecido.

—He visto la muralla —apreció, como si el comentario irónico de Martín no hubiera tenido lugar.

—Después de la última batalla todavía quedan puntos por arreglar —intervino Ansur.

—Los campesinos deben hacerse cargo de las tierras, y no podemos emplear a todos los guerreros en esas tareas —añadió Bermudo entre bocado y bocado—. De lo contrario, la marca

quedaría desprotegida.

—Lo dice el representante de la iglesia en Castromoros. Un maestro en la materia —rio Martín—. Si arrimarais el hombro en los trabajos, vuestra agilidad aumentaría al mismo ritmo que menguaría vuestra barriga.

—Claro, claro. Para ti es fácil decirlo. Tienes juventud, inteligencia, nobleza y un físico portentoso por el que cierta sierva lleva suspirando desde que te fuiste.

—Pues esa sierva ya está advertida.

El semblante de Martín se oscureció tanto que el fraile se echó atrás, temeroso de un estallido de furia que no se produjo. Jimena se mordió los labios. Sabía a quién se referían. No indagaría acerca de la relación que existía entre él y Sol, aunque tampoco se mantendría callada.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Puedes hacer las preguntas que gustes —concedió Martín, cada vez más incómodo—. Otra cosa será que yo te las responda.

—¿Por qué estamos aquí y no en el condado de Trabada?

—Suscribo las dudas de la doncella —intervino de nuevo el fraile, después de chuparse los dedos con fruición.

—A mí no me miréis —se excusó Ansur cuando Bermudo buscó explicación en él—. Tampoco se me informó del cambio de planes antes de poder evitarlos.

Martín carraspeó. Si no tenía bastante con luchar contra los impulsos provocados por el vaporoso cabello rubio de Jimena o su aroma a limpio, ahora debía afrontar el resentimiento de su tío y los ataques sin reparos de Bermudo.

—Lo sabréis a su debido tiempo —reconoció entre dientes.

—¿Eso incluye al prisionero? —insistió Bermudo, antes de volver a llenarse la boca—. Desconozco el delito cometido, pero supongo que recibirá su castigo.

—El castigo del prisionero bien podría aplicarse al señor, en este caso. La estupidez de algunos es infinita.

—Cuidado. Me estáis importunando. —Ninguno se dio por aludido. Varios pares de ojos esperaron una respuesta que él terminó por dar—: Mañana me ausentaré de Castromoros varias jornadas, junto con el prisionero.

—¿No soy necesario?

—Con una persona impertinente tengo bastante, Ansur. —Martín pasó a frotarse la cara con resignación—. Yo solo me basto y me sobro para custodiarle hasta su destino.

—Pueden presentarse problemas —insistió su tío, después de arrebatarle el vaso a Bermudo para tomar un largo trago de vino—. Y tu herida no está curada del todo.

—Sé cuidar de mí mismo.

—Nos hacemos viejos. —El fraile dispensó una palmadita amistosa al capitán y siguió engullendo comida—. Dejemos paso a la soberbia de la juventud.

—Hermano, tampoco estoy de humor para vuestros sarcasmos —resopló Martín. ¿Qué era aquello? ¿Una ofensiva conjunta?—. Cuando vuelva tendrás todas las explicaciones que desees, Jimena.

—¿Puedo preguntar a dónde vas?

—Ya te dije que puedes preguntar lo que te venga en gana. —¿Por todos los Santos! ¿Tendría

que cortarle la lengua para que dejara de molestarle? Cada palabra suya parecía un dardo envenenado directo al corazón y al...

Martín refunfuñó algo ininteligible.

—Te agradecería que lo repitieras —sugirió Jimena, mostrando su gesto más inocente—. No te he entendido bien, mi señor.

¡«Mi señor»! ¿Cuándo le había llamado así? ¡Nunca! La boca se le abrió tanto que la barbilla estuvo a punto de rozar el suelo. Ella le había comprendido, por mucho que fingiera lo contrario.

—Decía que ciertas malas costumbres suelen ser más pegadizas de lo deseable —masculló, en clara alusión a los habituales murmullos de Jimena—. Te llevaré con tu prometido en cuanto arregle ciertos asuntos.

—¿Quiere eso decir que debo esperar tu regreso? —insistió Jimena.

—Eso quiere decir que espero encontrarte aquí a mi vuelta.

—Ya veo que tendremos que fiarnos de tu perspicacia e inteligencia —intervino Ansur con sorna. Bermudo iba a añadir algo más, pero Martín levantó una mano.

Comenzaba a estar realmente harto de aquellos tres.

—Tanto como yo tendré que fiarme de que cuidáis de ella como es debido —replicó con sequedad—. ¡Mejor haríais todos en llenaros la boca con algo más sustancioso que vuestras preguntas! La comida os aprovechará más y os perjudicará menos.

La conversación había concluido. Ante tal advertencia, Ansur masculló una imprecación, Bermudo siguió comiendo con glotonería y Jimena calló, pero Martín pudo respirar tranquilo. Al fin disfrutaría de su merecido descanso. Lo único que quería era perderse en un sueño reparador para olvidar los reproches de su tío, los sarcasmos desvergonzados del fraile, los intentos de seducción de Sol y sus propias emociones con respecto a Jimena.

El cuerpo le dolía por la tenacidad empleada en ignorarla. Estaba cansado de fingir interés en el paisaje del camino, en los hombres y sus bromas, en la escasa comida e incluso en Sabina y Ansur. Durante sus guardias había permanecido tan fresco que parecía dispuesto a redoblarlas. Todo para evitar pensar en ella. En los labios jugosos y en la creciente necesidad de volver a saborearlos.

No era suficiente con mostrarse como un indeseable para arrancársela del pecho. Debía poner tierra de por medio, al menos para poder llevar a cabo sus planes con una mínima garantía de éxito.

13

—Hoy estáis radiante, mi señora. —Sabina sonrió, satisfecha por su trabajo—. Hace un día precioso. Apenas sopla el viento, pero deberíais cubriros con vuestra capa, no vayáis a enfriaros. Al conde no le agrada recibir enferma.

¿Y qué más daba lo que le agradara al conde? Jimena echaba de menos a Martín. A la mañana siguiente de su llegada, el espadero se marchó con el prisionero. Jimena ni siquiera había tenido la oportunidad de despedirse de él, pero la espera resultó ser menos llevadera de lo que en un principio supuso.

Si los tres días en aquella fortaleza extraña se le habían hecho largos, las noches eran, sencillamente, interminables. Por mucho que lo intentaba, solo podía recordar las palabras tiernas y susurrantes de Martín, no sus desplantes. Los besos y las caricias. El reconfortante olor de su presencia.

Ningún hombre se había comportado así con ella, y presentía que ninguno más lo haría.

Estaba perdida.

—Sabina, soy de constitución fuerte —aseguró con aspereza, tomando la capa a pesar de todo.

—Sí, pero estas tierras aún conservan el frío del invierno. Rosaura me ha dicho que quiere llevaros no sé a dónde para enseñaros no sé qué...

La mención de la niña arrancó una sonrisa en Jimena. Se había convertido en su compañera más fiel después de Sabina. Y Sol, en la más amenazante. La sierva se había crecido tras la ausencia de Martín, pero ella la pondría en su sitio a la menor oportunidad.

—El señor encargó a una campesina la confección de varias túnicas para vos, mi señora —siguió Sabina, una vez cruzaron el patio de armas—. Ansur va a llevarme hasta ella, para ver cómo van los trabajos. Si no me necesitáis...

—Ansur. Ya. —Jimena sonrió al imaginar la clase de trabajos que aquellos dos supervisarían, pero su buen humor se evaporó cuando sus ojos se encontraron con los de Sol—. Ve con él, Sabina.

Se acercó a Sol dispuesta a comenzar la ofensiva. Cuando estuvo a su altura, la agarró del brazo.

—Buen día, mi señora —saludó la joven, bajando la cabeza.

—Buen día. ¿A dónde te diriges?

—Voy a por agua al aljibe, mi señora. Este cántaro es demasiado grande para que lo haga Rosaura.

—Tienes una hija muy amable —apuntó Jimena con despreocupación, siguiendo sus pasos—.

Se comporta conmigo como si me conociera de siempre... Al igual que con tu señor.

—Mi señor tiene una relación muy especial con ella. —Sol llegó a su destino y llenó el cántaro de agua sin inmutarse—. Cualquiera diría que los une algún lazo de sangre.

A veces las maldades se vuelven contra el que las profiere, sobre todo si la persona en cuestión no está acostumbrada a prodigarlas. Jimena recordó aquella enseñanza de Sabina mientras intentaba no estampar en la cabeza de Sol el dichoso cántaro.

—Tu señor es un hombre atento y gentil, incluso con los hijos de otros —aventuró con sutileza—. Ha ordenado confeccionar un par de túnicas especialmente para mí. ¿Qué opinas?

—Opino que un hombre siempre mostrará más interés en lo que esa túnica esconde. Y lo que esconde la vuestra no es para mi señor.

—Tampoco lo eres tú. Te convendría no olvidarlo.

Sol mostró una sonrisilla malévolamente ante el arranque celoso de Jimena. Parecía que disfrutaba cuando se apoyó el cántaro en la cadera y se alejó unos pasos.

—Él sabe dónde buscar lo que necesita —aseguró—. Y sabe que lo encontrará.

Eso le pasaba por hacer preguntas incisivas a siervas descaradas. Se lo había buscado, pero no por ello escocía menos. Tenía razón, por mucho que lo lamentara y por muy intenso que fuera el calor que la asediaba.

—Buen día, Jimena. Te veo un poco desorientada. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Me gustaría cabalgar —respondió Jimena a la faz sonriente del hermano Bermudo.

Sería una buena manera de apagar hogueras, pensó. Su confianza en los caballos había aumentado gracias a Martín. No tendría problemas en hacerse con un animal más pequeño que Atila. Y cuando él lo supiera, estaría orgulloso de sus progresos.

—Te acompañaré a los establos —se ofreció Bermudo—. ¿A dónde piensas dirigirte?

—A dar un paseo.

—Debes tener cuidado. Al otro lado del puente apenas hay signos de civilización hasta llegar al señorío de Gormaz —advirtió el fraile con un ligero fruncimiento de cejas—. Será mejor que te acompañen.

—Me gustaría ir sola. No me alejaré demasiado —añadió Jimena cuando vio cómo Bermudo fruncía los labios—. Solo tengo que seguir el curso del río.

—El Duero lleva más agua en esta época del año. Y Martín ordenó que te vigiláramos.

—Vaya. —Jimena puso los ojos en blanco y los brazos en jarras. Comenzaba a impacientarse—. Cuánta preocupación por alguien que no significa nada para él.

¡Oh! ¿Qué acababa de decir? Bermudo se cruzó de brazos y alzó las pobladas cejas.

—¿Algo que deba escuchar en confesión? —preguntó con gesto severo.

—¡Claro que no! ¿Qué insinuáis?

—Yo no insinúo, hija mía. Digo las cosas a las claras —afirmó Bermudo, moviendo la cabeza como si en realidad hubiera visto cada uno de los besos que Martín le había prodigado—. Ahora mismo me atrevería a afirmar que eres la mujer más importante para él, pero inaccesible para sus apetitos masculinos.

—Eso ya lo he oído antes —murmuró Jimena para sí—. ¡Si tanto le agobian esos apetitos, encontrará a Sol más que dispuesta a satisfacerlos!

Aunque tarde, se tapó la boca. ¡No podía mantener ese tipo de conversación con un fraile!

—Sí —rio Bermudo, señalando hacia donde momentos antes ella conversaba con la sierva—. Seguro que Sol te acaba de poner al día.

—¿Es su mujer?

—Es la mujer que le ha calentado el lecho cuando lo ha precisado.

El color desapareció de las mejillas de Jimena. ¿Por qué le apesadumbraba tanto aquel hecho? No debía seguir indagando. En realidad, tampoco le interesaba lo que...

—Y Rosaura es su hija —siguió, a pesar de los pesares.

—Tendría que haberla engendrado muy joven, ¿no crees? —Claro.

¿Cómo no lo había pensado antes?—. Solo se muestra solícito con ella.

—Por lo tanto, ahora no tiene mujer —insistió Jimena cuando pisaron las caballerizas, en medio de una dicha tan grande que le costó no ponerse a dar saltos de alegría.

—Dios Nuestro Señor proveerá, hija mía. Martín sabrá elegir llegado el caso.

—Gracias, hermano.

Bermudo la tomó de las manos un instante antes de que ella montara en una mansa y pequeña yegua. Después ordenó que abrieran la puerta y la dejó marchar. Subió hasta el adarve para verla desaparecer a través de los campos sembrados y las cabañas, en dirección al tupido y lejano bosque que los separaba del señorío de Gormaz.

—¿Y mi señora?

Bermudo apenas si prestó atención a la urgente pregunta de Félix. Señaló con el dedo y acentuó su sonrisa.

—Ha salido a cabalgar.

—¿Sola? —El fraile asintió—. Iré tras ella.

—No será necesario.

Félix miró extrañado la mano que le agarraba el brazo con autoridad.

—Si el gobernador se entera, rodarán cabezas —replicó, dándose por vencido.

—En ese caso, yo le ofreceré la mía —respondió Bermudo, antes de volver a sus quehaceres.

Martín alzó el estandarte de Trabada con la intención de que los guardias de la fortaleza le permitieran el paso hasta el patio de armas.

Un desagradable olor a estiércol le hizo tirar con más fuerza de la cuerda que mantenía atado al prisionero. En respuesta escuchó una especie de gemido, amortiguado por la mordaza.

No tenía paciencia para eso. Le había robado tantas horas al sueño para vigilar al mercenario que estaba agotado. Para colmo de males, el número de soldados era demasiado numeroso.

¿No podría quedarse a solas con el conde?

Una inesperada imagen le respondió. Al otro lado del patio y de espaldas a él, una joven morena, de noble linaje a juzgar por su elegancia y la calidad de sus ropas, paseaba con un guerrero a poca distancia, vigilando sus pasos.

¿Podría ser la hermanastra del conde? Sabía que tenía una. Los ojos sagaces de Martín se elevaron hasta la ventana más alta de la torre del homenaje, calculando la distancia que habría entre esta y la doncella. Desde allí arriba pocas cosas se distinguirían como debieran.

Si tenía suerte y Odón de Montoya se encontraba allí...

Entrecerró los párpados y sonrió. Sí. Era una posibilidad. De hecho, la única.

Dejó que un siervo le anunciara. Al poco tiempo, recibió la respuesta.

—El conde os espera.

Martín le siguió a través de la estrecha escalera de caracol hacia una de las estancias de la torre del homenaje. Cuando el siervo desapareció, Martín arrojó al prisionero al interior y cerró la puerta, colocando el tranco para evitar intromisiones. A continuación, desenvainó la espada y avanzó hacia Odón.

—Desarmaos —ordenó.

El conde fue pillado por sorpresa. Demasiado estupefacto como para resistirse, solo fue capaz de retroceder hacia la ventana mientras se desprendía de sus armas.

—¡Esto es una afrenta! —gritó, al verse empujado por la estrecha abertura con tanta fuerza que tuvo que sujetarse al borde para no caer.

—Tenéis miedo, ¿verdad? Creéis que voy a arrojaros al vacío... Pero no lo haré. No sería lo más conveniente para mí. ¿Veis a aquella doncella de allí y al hombre que la custodia? —Por mucho que intentó disimular, Odón tembló al reconocerla. Era Munia—. Él espera mis órdenes. Si avisáis a la guardia o mostráis resistencia, ella morirá.

—No sé qué pretendes —murmuró sin resuello—, pero has de saber que no saldrás vivo de aquí.

Martín le empujó hacia una silla y señaló al prisionero. A esas alturas, apenas se movía. No suponía amenaza alguna para sus planes.

—¿Podéis imaginaros lo que esa doncella de ahí fuera sentiría al ser atacada en plena noche por una horda de salvajes dispuestos a profanar su cuerpo? —insistió—. Eso fue lo que estuvo a punto de suceder con Jimena. Aquí tenéis al culpable.

—No sé de qué me hablas...

Una pesada bolsa cayó sobre el regazo del conde y consiguió enmudecerle.

—Ya veo que la reconocéis. ¿Todavía no sabéis de qué os hablo?

—Intuyo que ese hombre intentó abusar de mi prometida, en cuyo caso te agradezco infinitamente que le hayas traído hasta aquí —aventuró Odón, sin apartar su vista del cuchillo que bailaba muy cerca de su pecho—. Recibirá el castigo que merece.

—No lo creo... A menos que deseéis castigar la traición al delataros. Él afirma que actuó por vuestro encargo.

—¡Es falso! ¡No conozco de nada a este malhechor! ¿Dónde está mi prometida? ¡Tenías que regresar con ella!

—No volveréis a verla —respondió Martín—. Nunca.

Odón se encontró inmerso en la más absoluta de las sorpresas. Pero apenas un segundo después, se irguió muy lentamente, sonriendo de puro gusto.

—Tengo la carta de arras. Hernán de Medina cuenta con una misiva escrita por mí en la que expreso mi deseo de que su hermana Jimena sea escoltada por ti hasta aquí —recitó—. Dime que vas a contrariar al mismísimo Ordoño, espadero. Dime que me lo pondrás así de fácil.

—Voy a manteneros alejado de Jimena aunque sea lo último que haga.

Martín le arrastró hasta la ventana con la amenaza del cuchillo. Munia proseguía su paseo como si tal cosa, ajena al peligro. El conde abrió la boca con intención de alertarla, pero comprendió

que tendría la garganta abierta antes de conseguirlo.

—Pareces muy convencido de que renunciaré a mis derechos —farfulló.

—Si estimáis en algo vuestra vida y la suya, renunciaréis —le susurró Martín al oído, señalando a Munia—. Redactaréis una carta en la que manifestaréis vuestra renuncia a Jimena.

¡Esa doncella era para él! El orgullo herido de Odón se rebeló. Se giró dispuesto a defenderse, pero Martín le derribó de un solo puñetazo, para acto seguido llevarle hacia la mesa.

Clavó el cuchillo en la superficie, lejos del conde, y apoyó el trasero en el borde.

—¡Escribid! —exclamó, tendiéndole la pluma—. Y poned mucho cuidado en hacerlo correctamente.

Odón tardó en obedecer. Se frotó la mandíbula dolorida, decidido a comprobar hasta qué punto las amenazas eran ciertas.

—Soy un conde castellano —murmuró—. No estoy al servicio de intenciones execrables.

—Os creía más inteligente, pero como gustéis. —Con un encogimiento de hombros, Martín cogió el cuchillo y fue hacia la ventana. No hubo dado dos pasos seguidos cuando escuchó un bramido de rabia que le hizo volverse lentamente—. ¿Habéis recapacitado?

—¡El rey sabrá de esto!

—Eso espero. Que lo sepa cuanto antes.

—Estas letras no te servirán de nada. —Cuando Odón quiso levantarse, la punta del cuchillo en su garganta le provocó un hilillo de sangre—. No solo tendrás que enfrentarte a mí, sino también a él. Eres hombre muerto, espadero.

Martín hizo oídos sordos. Guardó la carta cuando estuvo redactada y se encaminó con Odón hacia la puerta cerrada.

—Los dos saldremos de aquí en dirección al patio de armas —señaló—. Ordenaréis que preparen un caballo para vos y nos marcharemos sin levantar sospechas. Si veo algo diferente de la naturalidad en vuestro comportamiento, la doncella morirá, ¿entendido?

El conde no tuvo más remedio que hacer lo que le ordenaban. Estuvo a punto de explotar de impotencia cuando vio la cantidad de guerreros que los rodeaban. A una señal suya, Martín sería pasto de los carroñeros.

Pero Munia también.

De nada le serviría un alarde de honor en ese momento. Ni a él ni a su hermana.

Salieron como buenos amigos, y no se detuvieron hasta internarse en un espeso bosque lejos de la fortaleza. Allí, Martín cogió una cuerda y le arrancó de su montura para llevarle hasta un árbol. Aprovechando un descuido mientras daba un golpe en la grupa del animal para que se alejara, Odón le agarró del sobreveste dispuesto a derribarle, pero una vez más el espadero hizo gala de su mayor fuerza propinándole un fuerte golpe en las costillas que le dejó fuera de combate.

—Llegará el día en que vuestro título no os protegerá de mí —advirtió Martín mientras le ataba al tronco. Acto seguido, sacudió la carta ante los coléricos ojos de Odón—. Mientras tanto... alargaré vuestro sufrimiento.

—¡Espera! —Martín solo hizo caso de su ruego cuando montó en Atila, dispuesto a marcharse—. ¿Qué pasará con la doncella?

—Nada. El hombre que la vigilaba pertenece a vuestra guardia —informó, con una sonrisa de

satisfacción—. Deberíais reconocer a vuestros guerreros. Ellos son los que os salvarán la vida en esta ocasión, aunque vuestro orgullo quedará maltrecho.

¡Todo había sido una sucia argucia para conseguir aquella renuncia que ahora el maldito se llevaba con él tan alegremente! ¿Cómo había podido dejarse engañar de ese modo? El conde profirió una maldición que hubiera asustado al peor de los infieles cuando comenzó a forcejear con las cuerdas.

—¡Pagarás caro haberme amenazado con la seguridad de Munia! —rugió fuera de sí—. ¡Ella es mi vida!

—Jimena es la mía —respondió Martín con una simpleza apabullante, antes de emprender la huida.

Aquellas palabras permanecieron en la mente de Odón mucho tiempo después de que el espadero desapareciera de su vista. Alimentaron su odio y su sed de venganza hasta que sus hombres le encontraron, ya entrado el atardecer. Y creció hasta hacerse descomunal cuando, lleno de polvo y suciedad, Odón hizo acto de presencia en el salón de la fortaleza, humillado. Vencido. Pero rabioso como un animal moribundo que se revuelve contra todo ser viviente.

Ignoró deliberadamente la presencia insidiosa de Urrica y trató de no darse cuenta de la mirada lastimera de Munia cuando tomó asiento y comenzó a devorar las viandas que la sierva le ponía delante con temor.

—Ya estamos al tanto de lo ocurrido —comenzó su madrastra con gesto sereno—. Un simple espadero ha burlado la inteligencia

de un conde para terminar por llevárselo. Si estás vivo, es gracias a su compasión.

—Madre, mide tus palabras.

—Cuando tú midas tus actos. —Urrica se acercó a él sin ningún miedo—. ¡Has cometido errores que pudieron ser fatales para ti! Dejaste en esta sala a un prisionero...

—¿Dónde está?

—En las mazmorras, aguardando tu sentencia, por muy errática que esta sea.

Odón gritó de furia y vació de un manotazo el contenido de la mesa, pero apretó los puños para evitar abalanzarse sobre Urrica. La cólera no le dejó pensar en lo que haría con el mercenario. Incluso podría serle de utilidad antes de que pagara por su ineptitud como debía, pero no era el momento de decidirlo. Sintió una mano recorrer la distancia que había entre sus hombros con lentitud, con persuasión, y una macabra idea se instaló en su mente enfermiza.

Cuando levantó la mirada hacia Urrica, creyó descubrir algo en aquellos ojos oscuros. Algo que nada tenía que ver con la ambición desmedida, ni con el instinto de protección de toda madre hacia sus hijos. Era mucho más oscuro. Más retorcido. Más poderoso. Y le llenó de una repugnancia tal que se levantó de un salto para sujetar la mano de Urrica con decisión. Lejos de cualquier parte de su cuerpo.

—¿Qué pretendes, madre? —preguntó con el ceño fruncido, deseando estar equivocado.

—Reconfortarte, hijo.

Pero sus palabras insinuaban más, igual que su sonrisa o su insistencia a la hora de seguir tocándole.

—Yo no soy tu hijo.

—Ni yo tu madre.

Odón reaccionó. Con una mirada de desprecio en sus ojos verdes, abrió la puerta de golpe y arrastró a Urrica hacia ella.

—¡Vete de aquí! —bramó, arrojándola fuera.

Casi al mismo tiempo que cerraba la puerta, Munia le abrazó con ansia. Sin importarle que estuviera sucio o que oliera mal. Sin tener en cuenta el modo en que Odón respondió al abrazo.

—Hermano, he sufrido tanto por tu ausencia... —le murmuró en el oído.

—Yo también he sufrido por ti, Munia. Yo también.

Y todavía sufría. Sintió los pechos de su hermana pegados a su piel, como si la tela no existiera. Su mirada complaciente, comprensiva...

No debía mirarle así. Le hacía sentir único para ella. Imprescindible. Deseable. Como un hombre.

Esa mirada debería pertenecer a Jimena. La conseguiría de ella. Lo demás estaba prohibido.

Pero su cuerpo y su mente extraviados necesitaban una salida.

Y allí estaba Munia, tan suave, tan dulce, tan inocente, acariciándole el cuello como si no comprendiera el efecto que eso le causaba.

¿Lo sabría? ¿Aceptaría las consecuencias?

Estaban solos. Con la única compañía de una sierva que guardaría silencio si en algo estimaba su vida. Odón decidió que nada perdía con intentarlo y la apartó un instante para escrutar su mirada con atención. No parecía haber en ella ni rastro de la aberrante maldad de Urrica.

Le recorrió la mejilla con los labios hasta depositarlos en el cuello. Aspiró su aroma. Cerró los ojos y dejó que su mano vagara por el contorno de uno de aquellos pechos complacientes. Un poco más y podría amasarlo. Un poco más...

Munia se apartó de inmediato. En sus ojos ya no había confianza ciega, sino cierto chispazo de incompreensión, incluso de dolor.

—Odón, ¿qué haces?

Seducirla. Para otros podría ser repulsivo. Para él, estaba a punto de convertirse en absolutamente necesario.

Pero no quería forzarla. Prefirió darle la espalda para que no viera su falta absoluta de arrepentimiento.

—Vete, Munia —casi suplicó—. Déjame solo.

Solo mucho después se atrevió a sentarse junto al fuego encendido para calmar sus ánimos. Y fue entonces cuando vio a quien se los calmaría.

Una sola señal con el dedo bastó para que la sierva se acercara. Odón sonrió al pensar que su caminar renqueante era el resultado de los juegos de días atrás.

Nada que le impidiera atender sus nuevos requerimientos.

—Arrodíllate —ordenó, abriendo las piernas para que la muchacha pudiera acoplarse entre ellas.

Así lo hizo, con el cabello desgreñado tapándole la cara para que él no pudiera ver ni una mirada de desprecio.

Odón sintió su respiración agitada por el miedo y se apresuró a bajarse las calzas hasta las rodillas. A continuación la agarró por la nuca con una mano y la acercó a él, mientras con la otra posaba el filo de una daga en su cuello. Ella se resistió levemente, pero él la empujó con más

fuerza hacia su objetivo.

—Si intentas morderme, te degüello —amenazó.

No disminuyó su presión ni siquiera cuando sintió la lengua de la sierva caldeándolo, ni cuando se vio succionado por ella una y otra vez.

Solo cerró los ojos y pensó en Jimena para que Munia desapareciera de su mente. No escuchó los lamentos de la muchacha, aunque tampoco le importaban. La apretó contra su entrepierna con más ahínco. Se abandonó al placer, hasta que la imagen de su futura esposa, una doncella de alta estirpe haciéndole aquello mismo, sustituyó a la de la sierva para acicatear aún más su deseo.

Entonces se dejó ir, en medio de unos espasmos tan fuertes que la daga terminó en el suelo, junto a sus pies.

«Jimena de Medina, cuán lerda puedes llegar a ser. ¿Cómo has podido perderte?».

—Si estoy pendiente de la yegua no puedo estarlo del camino —respondió. Afortunadamente nadie presenciaba aquella conversación consigo misma—. ¡Son demasiadas cosas a la vez!

«Desde luego. Sobre todo si una de esas cosas es Martín. Al completo o por partes. Me pregunto qué opinaría él de tu supuesta inteligencia si te viera ahora».

—Yo también.

Jimena lanzó una exclamación exasperada. Descendió de la montura con dificultad y caminó con las riendas en la mano. ¡Buen Dios, todo le parecía igual! Esquivó las ramas traicioneras y levantó los pies para no tropezar con las raíces que asomaban sobre el camino, hasta que el angosto paso que dejaban los árboles desembocó en un claro, con una cabaña de piedra, circular y con el techo de paja, presidiendo su centro.

Un ligero olorcillo a comida le recordó que llevaba caminando demasiado tiempo. Recorrió con la vista el terreno despejado, hasta toparse con una mujer que intentaba cargar con una cantidad de leña que doblaba su tamaño.

Como si intuyera su presencia, la mujer se volvió. Tenía los cabellos negros, y toda la sabiduría del mundo en unos ojos preñados de una arraigada tristeza que desapareció en cuanto la vio. Parecía a punto de envolverla en un abrazo. Como si se alegrara de verla.

Alguien así no supondría amenaza alguna y podría orientarla en el camino correcto, pensó Jimena, avanzando unos pasos.

—Buen día, mujer.

—Buen día, niña Jimena. Al fin aparecéis.

Los pasos se detuvieron en el acto y el entusiasmo se esfumó.

—¿Nos conocemos?

—Llegaremos a conocernos —añadió Teodomira, respondiendo a su confusión con una sonrisa—. ¿Os habéis perdido?

—S-sí. He salido a dar un paseo y...

—Deberíais ser más prudente. El señor de Castromoros se enfadará cuando lo sepa.

—¿Conoces al señor de Castromoros?

—¿Quién no? —replicó la mujer, señalando a su derecha—. Aquel es el camino correcto, pero tened cuidado con el agua. Puede ser vuestra perdición.

Teodomira entró en la cabaña cargando con la leña, a sabiendas de que la muchacha la seguiría por muy confundida que sus indicaciones la hubieran dejado. Apenas podía contener su alegría. ¡Por los dioses! Había ido a ella. Allí la tenía, ignorante de las calamidades que la aguardaban. No podía mostrárselas a las claras, pero sí advertirla acerca de ellas.

—Se os ve muy pálida —comentó, acercándole un cuenco con un humeante caldo—. Debéis reponeros.

—Te lo agradezco, pero he de proseguir mi camino.

—Un camino lleno de espinas antes de alcanzar la anhelada rosa. —Tenía una voz suave, envolvente. Que invitaba a la confianza—. ¿Seríais tan amable de acompañarme mientras descansáis?

Jimena seguía sin salir de su absoluto desconcierto cuando se sentó. Desconocía por qué se sentía cómoda en compañía de aquella mujer, pero no debía llevarse a engaño.

¿Y si era una bruja? ¿Una ondina salida de las aguas bajo la apariencia de una campesina que solo quería deshacerse de ella para seducir a Martín?

Procuró abandonar tan absurdos pensamientos, pero miró el cuenco con recelo.

—¿Puedes decirme tu nombre? —preguntó.

—No sería lo mejor, ni para vos ni para mí.

En cuanto Jimena echó un vistazo a su alrededor, supo por qué. Reconoció la mezcla de olores silvestres, los tarros colocados de forma desordenada. La olla renegrida suspendida sobre el fuego.

El recuerdo le llegó como un fogonazo que la hizo temblar.

No era la primera vez que visitaba una cabaña como aquella.

—Eres una curandera... —afirmó extasiada.

Teodomira le respondió con su sonrisa más cordial. Incluso se atrevió a pasar una huesuda mano por los cabellos dorados.

—Veo que tu mente se abre. —Jimena reprimió un respingo. Comenzaba a asustarse—. Creo que el señor de Castromoros tiene una molesta cicatriz en la cara, a la que se añadirá la de la herida producida por el ataque de un oso, ¿verdad?

Y de la buena. El cuenco resbaló de las manos de Jimena cuando ella se levantó de un salto.

—¿Cómo lo... sabes? —terminó preguntando con un hilo de voz.

—Este unguento, hecho a base de miel, hidratará la piel de las cicatrices y hará que disminuyan las molestias. Cogedlo. —Teodomira tomó sus manos heladas y depositó en ellas un pequeño frasco de barro—. No busco vuestra desgracia, pero debéis advertir a Martín. El mal todavía no os ha abandonado.

Jimena observó el frasco como si fuera el mayor de los venenos, y después a Teodomira. Parecía sincera, pero ella retrocedió hasta pegar la espalda a la pared. La mujer volvió a apresar sus manos con inusitada fuerza, obligándola a aceptar el frasco. Su mirada transmitía tal resolución que Jimena acabó guardandoselo entre los pechos. Ya decidiría después lo que hacer con él.

—Abrid bien los ojos —insistió Teodomira, sabiendo que no podría retenerla por más tiempo—. De lo contrario, la maldad vencerá.

Jimena no supo cómo salió de allí. Ni siquiera fue consciente de haberlo hecho. Solo siguió un

desconocido instinto que la empujaba a huir a la mayor velocidad. Se encaramó a lomos de la yegua y le clavó los talones, sin importarle que el galope repentino la llevara en dirección contraria a la señalada por la curandera.

El animal estaba tan asustado que cuando Jimena quiso tomar el control, no pudo. Se inclinó sobre el cuello de la yegua para evitar que varias ramas le impactaran en la cara y cerró los ojos. Gritó para que se detuviera. Apretó los muslos en los flancos como había visto hacer a Martín, pero nada de eso funcionó. La yegua se dirigía hacia el río. Probó a enderezarse y tiró de las riendas con todas sus fuerzas, pero el animal se introdujo en las frías aguas y allí se detuvo de golpe, haciendo que Jimena cayera al río.

La profundidad era tal que no consiguió tocar el fondo con los pies. La corriente la arrastró. Gritó pidiendo auxilio, pero estaba tan lejos de cualquier parte que ni siquiera aquella misteriosa curandera la hubiera podido oír. Braceó con desesperación intentando salir a la superficie, pero el peso de su capa mojada la impulsaba hacia el fondo. Pronto sus pulmones se llenaron de agua impidiéndole respirar. Los movimientos se hicieron más lentos porque el frío comenzó a aletargarla. Tiempo después, su cuerpo dejó de luchar contra lo inevitable y se rindió a la evidencia.

«Tened cuidado con el agua. Puede ser vuestra perdición». Iba a morir ahogada.

14

—Al parecer, tendremos que conformarnos con esto, amigo mío.

«Esto» era una cabaña destartalada, refugio improvisado de más de un pastor ante las inclemencias del tiempo, situada en lo alto de un pequeño cerro y protegida de la simple vista por abundante vegetación. Atila pareció comprender sus palabras y sacudió la cabeza, como agradecido de que al fin se detuvieran. Estaba tan cansado como él por el ritmo implacable que había impuesto desde su salida de Trabada.

Faltaba una jornada para llegar a casa. Un solo día para encontrarse de nuevo con Jimena. Bien fuera furiosa al conocer sus planes, agradecida por haberla librado de un ser abyecto como Odón de Montoya o triste por el mismo motivo, pero con él.

Y el simple pensamiento le empujaba a no descansar. A acortar la distancia que le separaba de ella cuanto antes.

Pero no sería lógico, ni prudente. Ni para él ni para Atila. El pobre animal parecía mirarle implorando un descanso, convencido de que no podía dar un paso más.

Martín reprimió un gesto de repugnancia ante el hedor a podredumbre que destilaba el interior de la cabaña. En el centro y entre las piedras renegridas, se hallaban los restos de una fogata. Junto a ellos, un cuenco de barro y un vaso. Elevó la mirada hacia la abertura del techo que permitía salir el humo y luego dio unos cuantos pasos en dirección al jergón sucio y maloliente. Siempre era mejor que dormir a la intemperie, pensó, mientras guiaba a Atila hacia el remanso que había oteado desde arriba. Allí el caballo podría beber agua y pastar tranquilamente mientras él reunía leña para preparar el fuego.

Dejó a Atila atado a la rama de un árbol y comenzó con su labor, no sin antes asegurarse de que estaba solo. Sus ojos repasaron a conciencia el lugar mientras recogía las ramas, hasta que se posaron en un bulto sobre una roca, a la orilla del remanso. Parecía un animal al que el río había arrastrado.

Martín desenvainó la espada, pero conforme se acercaba se negó a sí mismo lo que la vista le confirmaba.

Primero reconoció la capa que aparecía cubriendo el cuerpo. Luego, varios mechones de cabello rubio tapándole la cara. Finalmente corrió, arrojando la espada con el corazón completamente detenido en el pecho.

No debía estar allí, sino bajo la protección de Ansur y Bermudo. Tras las gruesas murallas de la fortaleza. Esperando su regreso con ansia. O con temor. O con furia, pero con vida.

A lo largo del tiempo Martín había experimentado muchas clases de miedo: el que derivaba del

abandono prematuro, el que se sentía al tomar una decisión de consecuencias desconocidas, e incluso el que flotaba en el campo de batalla.

Ninguno se pareció al terror que le dominó ante la posibilidad de perder a Jimena.

Porque el cuerpo que se hallaba sobre aquella roca era el de ella.

Si se dejaba vencer por la desesperación, no podría sacarla de allí. Se repitió aquel buen consejo hasta la saciedad, pero nada logró calmar el temblor de sus piernas cuando la tuvo entre los brazos y la depositó sobre la hierba. Le apartó varios mechones de pelo y contempló el color blanquecino de su cara, en vivo contraste con el azulado de los labios.

Estaba empapada, fría. Inerte.

—No. No... ¡¡No!!

Martín cayó de rodillas y se cubrió la cara con las manos para ahogar los lamentos. Tuvo dificultades para respirar; las lágrimas se le agolparon en los ojos cuando le arrancó la capa y acercó la cara a su boca, buscando un pequeño hálito de vida que no encontró.

La pena se tornó en rabia. En una cólera que se apropió hasta del último rincón de su cuerpo, impulsándole hacia ella. ¡No iba a consentir semejante abandono! Se la arrancaría a la misma muerte. Iría a buscarla al más allá, si fuera necesario.

—Vive... —susurró, abofeteándola—. ¡¡Vive!!

No era un ruego, sino una orden. Si estaba muerta, ¡jamás se lo perdonaría! Con un alarido desesperado, Martín empezó a golpearle el pecho con los puños. Una y otra vez, vertiendo todo su dolor, hasta que se quedó exhausto.

Pero obró el milagro.

Ella reaccionó con un espasmo que le hizo vomitar toda el agua que encharcaba sus pulmones para sustituirla por una bocanada de aire, en medio de un violento acceso de tos.

—Jimena, mi vida... —murmuró Martín, incorporándola en el acto.

No abrió los ojos, pero al menos comenzó a respirar. Más que suficiente para él. La tomó en brazos y corrió hasta la cabaña. Allí la dejó en el suelo. Con movimientos diestros la despojó de la túnica y las calzas. Cuando iba a hacer lo propio con la camisa, un pequeño frasco surgió de algún lugar y acabó en el suelo.

Martín lo apartó de un manotazo. Si tenía suerte, sería la propia Jimena quien le dijera lo que contenía.

Cuando la tuvo completamente desnuda ante él, se revolvió el pelo con desesperación. Tenía que calentarla de algún modo, pero no podía perder tiempo en preparar una hoguera.

Le frotó los hombros y los brazos con energía. Sin miedo a dañarla, pero con tanta persuasión que el deseo comenzó a inflamarse cuando desplazó las manos hacia los pechos fríos de Jimena.

Incluso así eran suaves y tiernos. Del color del alabastro, como el resto del cuerpo. Martín dejó allí sus manos y cerró los ojos. Se imaginó acariciándolos para despertar la pasión en ella. Saboreando aquellas deliciosas puntas rosadas hasta sentir los gemidos de éxtasis.

Se le escapó un gemido. Era preciosa. Y sus pensamientos, muy inoportunos. Martín intentó concentrarse en las enérgicas friegas, pero cuando los ojos se fueron hacia el triángulo dorado que coronaba los muslos de Jimena, lanzó una maldición entre dientes.

La tarea estaba resultando más tortuosa de lo que pensaba. Parecía un hierro al rojo vivo. Sufría tal grado de excitación que, para consolarse, tuvo que prometerse a sí mismo volver a

disfrutar de aquellos masajes. Cuando ella estuviera consciente y con su absoluta complacencia.

La colocó boca abajo y siguió frotándole la espalda y los glúteos sin desfallecer. Bajo las palmas de sus manos, el cuerpo comenzó a recuperar parte de su calidez, pero los labios conservaban aquel color mortecino, sin hacer ningún movimiento.

Martín redobló sus esfuerzos, al tiempo que rezaba una plegaria. Le pedía a Dios que no se la arrebatara. No, ahora que el destino había vuelto a unirlos. No, después de comprobar que ella podría llegar a aceptarle. No, cuando vislumbraba una pequeña posibilidad de conseguirla.

Un leve murmullo llamó su atención. Jadeante y sudoroso, Martín elevó la cabeza de nuevo. Las mejillas de Jimena comenzaban a recuperar su acostumbrado tono rosado, al igual que los labios, pero aquellos ojos de duende seguían cerrados.

La depositó en el jergón para cubrirla con su capa; le pareció poca ropa de abrigo, así que se despojó del resto y se lo echó por encima. Cubierto tan solo con las calzas, Martín salió de nuevo para recopilar la mayor cantidad de leña posible y llenar el cuenco con agua del río. No tuvo dificultad en encender una enorme hoguera con la que calentar el reducido espacio. Con Jimena aún inconsciente pero respirando, arrastró el jergón para acercarlo lo máximo posible a las llamas y se acostó a su lado, pegándola a él todo lo que pudo.

Su cuerpo y el fuego le darían el calor que necesitaba.

Pudiera ser que Jimena despertara y le echara de su lado al encontrarse de aquel modo tan comprometedor y sensual junto a él. O pudiera ser que terminara por rendirse cuando lo hiciera.

No le importaba. Lo único cierto era que terminaría por despertar.

Viviría.

El aire parece enrarecido. Se solidifica a su alrededor. O tal vez solo es el frío del miedo, de la muerte. La estela que deja la mano del espectro cuando se aleja de ella. Jimena piensa que ese es el mejor momento para escapar. Intenta ponerse de pie, pero sus pies se hunden en la nieve hasta las rodillas, impidiéndole cualquier

clase de avance.

Siente el aliento del espectro en su nuca. Sabe que no puede seguir huyendo y hace acopio de valor. Se acabó el correr como un animalillo asustado. Se acabó el gritar como una niña desvalida. Ha llegado la hora de luchar por su vida.

Se limpia las lágrimas antes de girarse, pero lo que ve la deja petrificada. El espectro enarbola un enorme bastón en su dirección. Ella intenta distinguir algún rasgo de su cara, pero la capucha solo cubre un hueco oscuro y tenebroso. Como el sonido grave que parece salido de una caverna.

El sonido de la muerte.

—¡Aléjate de mí! —chilló.

—Tranquilízate. Solo es una pesadilla.

Jimena agitó los brazos para defenderse del ataque. Tardó en aclararse la vista hasta comprender que se hallaba sobre un jergón sucio, en un lugar desconocido y con un estupefacto Martín sujetándola por los hombros. Los ojos verdes se veían empañados por el cansancio. Una descuidada barba poblaba su atractivo rostro, y el pelo negro se veía más enmarañado que de

costumbre. A su lado, descansaba una gruesa rama.

Una rama, no un bastón presto a ser usado contra ella.

Martín gruñó al comprobar que la atención de Jimena no se apartaba del objeto. Ahora que al fin la tenía con él, su mente parecía estar en otro lugar.

Pero había sobrevivido.

Lo cual quería decir que podía enfurecerse con ella como era de ley. Ya había pasado lo peor; las ganas de darle la bienvenida al mundo con un beso inolvidable luchaban encarnizadamente con las de ponerla sobre las rodillas para dejarle el trasero en carne viva. Y no sabía por cuál decidirse.

—Eso... —barbotó ella, señalando la rama en medio de violentos temblores.

—¿Te intimida el palo con el que estoy atizando el fuego? Un arma muy peligrosa, sin duda.

Jimena no hizo caso del sarcasmo. Poco a poco su respiración se calmó para ser consciente de su situación.

Estaba bajo la ropa de Martín. Con todo el cuerpo dolorido y débil como un pajarillo. A solas con él en una cabaña maloliente cuando era noche cerrada. Vestida con una camisa que no era suya.

Solo tuvo que mirar el torso desnudo que tenía enfrente para saber a quién pertenecía.

—¿Cómo estás? —Pese a la dureza de su gesto, Martín pareció todo ternura cuando se arrodilló a su lado para acariciarle la mejilla con preocupación—. Me has dado un buen susto.

—Me caí al río.

—Y yo te saqué de él. Eso sucedió ayer, niña. Ya pensaba que nunca despertarías.

Pero había despertado, en una situación cuanto menos complicada.

—¿No me han encontrado? —aventuró Jimena sin mucha convicción.

—Me temo que tendrás que coger fuerzas para regresar por tu propio pie.

Eso haría. En cuanto pudiera desprenderse del olor masculino que impregnaba la prenda con la que salvaguardaba el poco honor que a esas alturas podría quedarle.

—Estoy vestida con tu camisa —apuntó, azorada.

—No iba a dejar que murieras de frío cuando había conseguido lo más complicado.

Hacerla regresar a la vida sin reparar en medios, pese a su temerario paseo. Buen Dios.

Jimena se incorporó con dificultad y se abrazó las rodillas, cabizbaja y avergonzada.

—Vas a castigarme por mi desobediencia, ¿verdad? —gimoteó, señalando la rama.

—Me estoy conteniendo. Prefiero esperar a escucharte antes de darte tu merecido.

—¿Quién me ha cuidado?

—Yo. ¿Quién si no? —Ella miró de reojo el cuenco lleno de agua a un lado del jergón, con un trapo húmedo colgando del borde. Martín sonrió. Con esa actitud tan humilde le resultaba muy difícil mantener un mínimo de indignación—. Es demasiado tarde para según qué remilgos, Duende. Te he visto desnuda. Y no creas que un hombre puede permanecer impasible ante semejante regalo.

Aunque él lo había hecho. Al menos a simple vista. Jimena estuvo a punto de esconder la cabeza bajo el montón de ropa para comprobarlo.

«Caíste al agua. Casi te ahogas. Tuvo que quitarte la ropa mojada y cubrirte con parte de la suya».

—¡Pero me ha visto desnuda! —murmuró a su conciencia.

«¿Y qué querías? ¿Que te cuidara a ciegas?».

—Tus hombres estarán rastreando la zona —insistió, dirigiéndose a Martín—. ¿Qué hacemos aquí?

—Yo, salvarte la vida y asar pescado. Tú, reponerte antes de darme explicaciones —replicó él, inclinándose hacia ella para examinarla con más detalle—. Te dejé en Castromoros. A salvo. Y días después estás a punto de morir ahogada. Creo que tengo mucho que escuchar.

Sí. Entre otras cosas, arrepentimiento.

—Gracias por tus atenciones —musitó Jimena, en la esperanza de aplacarlo—. Aunque no quieras saber nada de mí.

—Si no quisiera saber de ti, te habría abandonado en el remanso donde te encontré.

—No puedo considerar otra cosa cuando recuerdo cómo te apartabas de mi lado.

—Tuve mis razones. —Martín escarbó a conciencia entre las brasas con expresión ceñuda. No tenía intención alguna de explicarle esas razones—. Deja de pensar insensateces.

—Pero me besaste.

—Algo de lo que comienzo a arrepentirme —gruñó él.

—Entonces es que no te resulto... Que no te parezco...

—Me resultas y me pareces. Pero eres demasiado inocente para aceptar ciertas cosas.

¿Qué cosas? Jimena se atrevió a levantar la cabeza para poder observarle mejor. La luz de la fogata remarcaba la tensión de los músculos de la espalda de Martín, hasta adivinar la forma de sus nalgas bajo la tela de las calzas.

La cara volvió a arderle, pero venció la tentación de esconderse y levantó el mentón. Por mucho que le resultara espinoso, debía afrontar el tema con valentía.

—Ya —dijo con desilusión—. Por eso te fuiste con esa campesina primero, y con Sol después.

—¡No hice nada deshonesto con la campesina!

—Yo no he dicho lo contrario. —Ni era quién para desmentirlo. Pero sí podía darse el gusto de sentir alegría ante la noticia—. Lo comprendo.

—¡No comprendes! Quería regalarte una túnica que sustituyera a la que habías roto por mí, y ella me la cambió por una pequeña daga sin ningún valor. En cuanto a Sol... —Martín enmudeció. A ese respecto, no había nada que decir—. Ella sabe cuál será su lugar a partir de ahora. Aunque no soy yo quien debe explicarse. ¿Qué hacías tan lejos de Castromoros?

—Pasear y disfrutar del día —afirmó Jimena, sin faltar a la verdad.

Martín se había levantado. Ahora la miraba duramente, con las piernas abiertas y el frasco de la curandera en la mano.

—Y supongo que te encontraste esto por el camino.

«¿Qué vas a decirle? ¿Que te lo dio una mujer, aislada en medio de un bosque, después de adivinar el origen de cada una de sus heridas?».

—¡No!

—¿Cómo? —preguntó Martín. Jimena carraspeó y arqueó las cejas.

—Quiero decir... Es un remedio para tu cicatriz. Rosaura me habló de una aldeana que fabricaba este tipo de ungüentos y allí me dirigí —mintió, mordiéndose el labio inferior de un modo muy elocuente—. Lamentablemente, me perdí a la vuelta, y la corriente arrastró la yegua

que montaba.

—¿Montabas una yegua?

—Te pido perdón por la pérdida del animal. En cuanto me reúna con mi prometido, él te pagará con otro. —Los dientes de Martín rechinaron. ¿Qué le importaba a él la pérdida de una yegua en comparación a la posibilidad de perderla a ella?—. Después de nuestro viaje pensé que podía hacerlo. Que te agradaría.

Lo había hecho pensando en él. Condenación. Martín abrió y cerró los puños varias veces. Continuaba serio, pero el repentino brillo de sus ojos le delató. Estaba tan orgulloso de ella como enfadado.

—Así que mi cicatriz... —repitió, repasándose la cara con los dedos—. No sabía que te preocuparas tanto por mí.

—Pues así es. ¿Cómo te la hiciste? Parece que fue una herida muy grave.

Lo suficiente como para no olvidarlo nunca. Él regresó junto a la hoguera, muy callado. Con los hombros caídos pero en actitud pensativa.

Sopesaba la posibilidad de confiarse a ella. Jimena lo sabía, aunque no pudiera verlo. Martín retiró el pescado del fuego y se sentó a su lado, juntando los tobillos. Cortó un trozo y se lo ofreció, pero ella se apartó.

—Jimena, déjate cuidar. —Sus ojos no se desviaron de los de él mientras decidía engullir la comida casi sin masticar—. Si no comes más despacio, te hará daño —advirtió Martín con ternura, acercándole un vaso que ella miró con desconfianza—. Lo he encontrado aquí, pero el vino es mío. Bebe un poco. Te vendrá bien.

Ella no se hizo rogar. Lo apuró hasta el fondo y dejó que él siguiera alimentándola hasta que se vio saciada. Después fue Martín quien se llenó el estómago con parsimonia, como si temiera el momento en el que ya no tuviera nada que llevarse a la boca.

Pero ese momento llegó.

—¿Y bien? —insistió Jimena.

—Soy un guerrero —comenzó, sin mirarla—. Tengo muchas cicatrices en el cuerpo.

—Siento curiosidad por esa, aunque entenderé que no quieras hablar de ello. Martín...

De nuevo utilizaba su nombre. Zalamera, segura de que así conseguiría sus propósitos.

Con un ruidoso suspiro, Martín dejó caer los hombros. No tenía salida, ni podía esperar que Jimena aceptara la totalidad de sus planes sin más.

Debía confesar. Pero antes...

15

—¿Estás dispuesta a desposarte con el conde de Trabada? —preguntó.

—Mi opinión al respecto no importa.

—A mí, sí. —Incapaz de seguir a su lado, Martín le dio la espalda para avivar la hoguera—. ¿Quieres desposarte con él?

—Un casamiento provechoso es lo que siempre se ha esperado de mí. ¿Ha sucedido algo que haga variar los planes?

Había sucedido un mundo entero, pero él se limitó a encogerse de hombros.

—Eso deberás juzgarlo por ti misma —murmuró, aún en cuclillas—. Fue el conde quien me hirió en la cara, aunque su intención era acabar conmigo.

A su espalda oyó un grito ahogado. Estuvo a punto de volverse para comprobar el efecto que sus palabras habían causado en Jimena, pero supo que, si lo hacía, no podría continuar con su relato.

—Sucedió un amanecer frío de hace siete años —afirmó cabizbajo—. Yo vivía con mi madre en una cabaña apartada de la fortaleza del señor. Estábamos los dos solos, así que desde niño tuve que colaborar en nuestra subsistencia, saliendo al bosque cada día para recoger las plantas que mi madre utilizaba con fines medicinales.

—¿Era curandera?

—Bastante demandada, pese a que las visitas que recibía casi siempre eran clandestinas —respondió Martín—. Por aquel entonces yo contaba dieciséis años y trabajaba con el herrero. Pero en una noche, todo se truncó. El rey Alfonso acababa de ser enterrado, y el conde de Trabada regresaba a su tierra después de asistir a los funerales. Aunque por el camino debía realizar un encargo.

—¿Cuál?

Martín se volvió lo justo para mirarla, con un brillo acerado de odio en los ojos verdes que le provocó a Jimena un escalofrío de espanto.

—Mi madre —escupió, acariciándose la cicatriz—. El conde se presentó acompañado de dos guerreros, la maniató e incendió nuestra cabaña. Cuando quise defenderla, el conde en persona me propinó este tajo en la cara que casi me deja tuerto, antes de informarme de que mi madre había sido acusada de brujería y que se la llevaba a sus tierras para ser juzgada y ejecutada por orden expresa de García, el nuevo rey de León. A continuación me golpeó hasta que se cansó, solo por diversión.

—Tú no pudiste hacer nada...

—¿Qué iba a hacer, dime? Estaba solo contra tres hombres armados. Malherido. De no ser por la aparición de mi tío Ansur al día siguiente, hubiera muerto desangrado. Él también había acudido a los funerales del rey Alfonso acompañando a su señor, pero consiguió un pequeño permiso para visitarnos, dado que no vivíamos muy lejos. —Hizo una pequeña pausa para controlar las lágrimas y no quedar en evidencia—. Cuando supo lo ocurrido, renunció a la protección de su señor para curarme. Me llevó con él y me enseñó todo lo que sé y todo lo que soy. Consiguió sustituir el dolor por el sentido del honor y la responsabilidad. Formó mi cuerpo y mi mente y, cuando estuve listo, ambos pasamos a engordar las huestes de Ordoño.

—¿Qué sucedió con tu madre?

Martín murmuró un exabrupto lleno de tensión. Jimena se levantó dispuesta a aliviarle, pero luego volvió al sitio.

Sus intentos no serían bien recibidos. Ahora mismo, Martín revivía cada desgracia de su pasado como si estuviera ocurriendo delante de él.

—Fue ajusticiada —murmuró entre dientes—. Años más tarde, un golpe de suerte hizo que Ordoño me concediera la plaza de Castromoros. Ahora poseo un grupo de guerreros que Ansur entrena con disciplina, pero aún aguardo el momento en que pueda limpiar el nombre de mi madre. Nunca supe quién la calumnió, ni con qué fines, ¡pero fue ejecutada siendo inocente! Aunque nada me la devolverá, vengaré su muerte.

—Tu nueva posición te ha facilitado las cosas. —Martín la miró con los ojos entrecerrados, sin comprender el repentino cambio de Jimena—. Aceptaste el encargo del conde, sabiendo que podrías hacerle daño a través de mí. Por eso me llevaste a Castromoros. ¡Solo soy un instrumento de venganza!

—¡Jamás te utilizaría de ese modo! ¡Siempre te he protegido! ¡Fue el conde quien envió a los hombres que te raptaron! Su intención no era otra que encargarme tu custodia para después mancillarte, haciéndome parecer un bellaco a ojos del rey.

¿Aquel era el «encargo» del que había oído hablar al mercenario? ¿Odón de Montoya era «el notable» que había comprado sus servicios? Un temblor la sacudió por dentro.

—Lo dices para asegurarte de que tomo partido por ti y no por el conde —aventuró.

—Te he besado tres veces, niña. Y en las tres me has correspondido. Ya me has otorgado ventaja sobre el conde.

La sonrisa turbia de Martín enrojeció sus mejillas. Tenía tanta razón que Jimena se vio incapaz de replicar. Sería mucho más prudente tomar otro camino.

—Si mi hermano Hernán hubiera sospechado algo, habría suspendido el viaje —continuó, satisfecha al encontrar otra brecha en las acusaciones del espadero.

—Contrariando al rey. ¿No te dijeron que fue Ordoño quien ordenó tus esponsales con el conde, en pago por la batalla de Castromoros?

Jimena se hundió en el jergón, tapándose hasta la barbilla.

—¿Y el mercenario? —preguntó—. Sé que le llevaste contigo.

¿Acaso has acabado con él?

—No, ¡aunque vive Dios que era lo único que deseaba cuando le vi encima de ti! —Martín se frotó la cara con energía. La tirantez de la cicatriz comenzaba a hacer de las suyas—. Se lo entregué al mismísimo conde para descubrir su juego. Y para decirle que tú estás conmigo. —

¿Qué significaba eso exactamente? Jimena se tapó hasta la nariz—. Ese es el hombre al que estás destinada. Alguien que no dudó en utilizarte para conseguir la posición que yo ostento. Si querías saber cuán cruel podía ser, he terminado con todas tus dudas.

Después de saber a lo que debería enfrentarse, cualquier mujer proclamaría a los cuatro vientos que deseaba quedarse donde estaba. No tenía más que pedirlo, y él se lo otorgaría.

Claro que Jimena no era cualquier mujer. Esperó, pero ella solo le observaba con los ojos muy abiertos. Martín comenzó a exasperarse. ¿No iba a decir nada? ¿Ni siquiera le acribillaría con sus incómodas preguntas?

Con un gruñido ininteligible, terminó apartándose para azucar las llamas de la hoguera.

No vio cómo ella se sentía desfallecer por las dudas. Si el prisionero ya obraba en poder del conde y Martín le había acusado de las peores vilezas en su propia fortaleza, ¿cómo había conseguido regresar ileso? ¿Es que acaso el conde iría a buscarla a Castromoros? Y, de ser así, ¿Martín sería capaz de entregarla, o la guardaría como su joya más valiosa?

La posibilidad le resultó aterradora y excitante a partes iguales. Sobre todo si tenía en cuenta que comenzaba a darle crédito por muy abominable que resultara y aunque no tuviera más prueba que su relato.

Cuando Martín se acercó, la respiración de Jimena se detuvo. No le pidió ni una sola explicación más, porque sus ojos hablaron. Reflejaron tormentos inimaginables a sabiendas de que ella los comprendería.

Por eso sintió el deseo de mecerle entre los brazos. De llenarle de besos tranquilizadores. De repartir lentas caricias que sustituyeran la angustia por la pasión.

Llegados a ese punto, Jimena controló un súbito grito de sorpresa. ¿Era compasión aquello que la abrumaba? Tal vez. ¿Amor? Ni siquiera se atrevió a pensarlo.

—¿Por qué no me lo has contado antes? —preguntó, posando una mano en la áspera mejilla para poder tocar la porción descubierta de cicatriz—. ¿Confiabas en mí lo suficiente como para besarme, pero no lo bastante como para advertirme?

—Temía por ti. Aún sigo haciéndolo. Más que nunca.

—¿El conde sabe que me besaste? —Martín negó con la cabeza, sujetándole la mano para evitar que aquel inesperado contacto acabara antes de tiempo—. Todavía no sé por qué lo hiciste.

Tomaba partido por él de forma tácita. Visiblemente más calmado, Martín se sentó a su lado, apresurándose en rodearla con un brazo cuando Jimena apoyó la cabeza en su pecho.

—Entiendo que nunca antes que yo te habían besado —comenzó con orgullo.

—Entiendes bien.

—Yo podría guiarte en ese asunto. —Después de una pausa, añadió—: ¿Podría?

La sintió ponerse rígida y maldijo en voz baja su imprudencia, pero Jimena se apartó lo justo para afrontar la decidida mirada de Martín y asintió, sin pensar que él no había respondido a su pregunta.

Acababa de hacerle la primera concesión. Y Martín estaba dispuesto a aprovecharla.

—Existen los besos de familia —comenzó, besándola en la frente—. Se dan entre hermanos, o entre una madre y sus hijos. También se dispensan a un animal, si este es muy querido para ti.

—No conocí a mi madre —confesó Jimena, riendo la ocurrencia—. Y mis hermanos son

aguerridos varones que no suelen demostrar sus emociones.

—Eso no significa que no te quieran.

—Sé que me protegerán con su vida sin dudarlo.

—Como yo.

—Como tú.

Los ojos celestes se elevaron hacia él, impulsándole a acariciar la sonrosada piel de aquella mejilla mientras pensaba que...

No debía pensar nada. No todavía.

—Luego están los besos de amigo —continuó Martín, dejando caer la mano—. No recuerdo haber recibido ninguno, pero creo que es algo así.

Besó la mejilla que antes había acariciado, activando un extraño resorte en la memoria de Jimena.

Ella había recibido varios. En otras circunstancias. Mientras la leve brisa de la primavera movía sus cabellos rubios como parte de un juego inocente e infantil.

—Así es —respondió, antes de poder averiguar la razón—. Yo sí los he disfrutado.

—Por último están los besos del amante; del esposo. Del hombre. —Martín elevó su barbilla hasta que sus miradas estuvieron a la misma altura—. Son los más peligrosos, porque si se dan a la persona adecuada y de la mejor manera, pueden acabar incluso con tu honor.

—¿Soy la persona adecuada? —preguntó Jimena en un susurro.

—Solo hay una manera de saberlo.

Y ella se lo permitiría. Lo supo cuando él rozó sus labios en un beso suave y envolvente, sin más pretensiones que obtener una respuesta.

—Ahora, dime: ¿qué quieres que sea para ti? —preguntó—. ¿Hermano, amigo o amante?

Jimena enredó los dedos en el cabello crespo y se pegó más a él. Olvidó las confesiones atormentadas, las acusaciones resentidas y las venganzas. Todo quedó borrado de su mente, excepto aquellos labios que habían prendido el fuego en sus entrañas.

—Quiero que lo seas todo —susurró, antes de atacar su boca con voracidad.

16

—¿Estás segura?

Jimena protestó cuando Martín se separó. No estaba segura de nada, salvo de una cosa: quería calmar el ardor que la corroía por dentro, cebándose con saña en aquel punto tan íntimo que ahora comenzaba a palpar.

—Cuando me apartas de tu lado, me duele —confesó, llevándose una mano al pecho—. Pero todo se va cuando me besas. Solo sé que quiero que sigas haciéndolo.

—¿Por encima de compromisos? ¿Sin temor a las consecuencias?

Jimena se tomó su tiempo en responder. Mientras la cabeza le advertía de las desgracias que aquella debilidad le traería, el cuerpo clamaba por acortar distancias con el pecho que tenía tan cerca cuando apreció la sonrisa aviesa de Martín.

—¿Merecerá la pena? —murmuró.

—Ya la merece, Duende.

—¿Mantendrás intacta mi virtud?

Martín endureció la mandíbula. La sangre le hervía y el calor le asfixiaba, pero cumpliría.

—Ni se me ocurriría lo contrario —explicó entre apremiantes bocanadas de aire—. Si tú quisieras...

—Yo quiero. Pero a lo mejor no sé.

A él le servía con eso. La obligó a tumbarse sobre el jergón y le devoró la boca con ansia. No pensó que quizá pudiera lastimarla cuando se recostó a su lado y sintió las inexpertas manos de Jimena recorrer su cuello desnudo.

—Lección número uno superada. Ya sabes besar. —¡Y cómo! Martín temblaba cuando dejó un húmedo riachuelo por el cuello de Jimena hasta mordisquearle la clavícula—. Para el resto, seguro que no necesitarás instrucción.

Solo la confianza suficiente. Y él se la procuraría. Volvió a su boca con un gemido de agonía, apretándola contra el pecho para poder profundizar en las caricias que comenzó a dedicarle por debajo de la camisa.

Sus dedos registraron la suavidad infinita de la piel. Los escalofríos contenidos al remarcar con lentitud la forma de las costillas, hasta que Martín se detuvo en el comienzo de los opulentos pechos. Atónito por lo que estaba sucediéndole.

Comenzaba a olvidar sus propósitos de instruirla sin aterrorizarla. Un poco más, y los arrojaría al frío de la noche junto con el control de su propio cuerpo.

—No temas —le susurró al oído cuando sintió que ella contenía el aliento—. Iremos todo lo

despacio que precisas. Nos detendremos cuando tú quieras.

—¿Qué pasará si no... si no quiero detenerme?

Martín se apartó para poder ver al completo la expresión de Jimena. Necesitaba convencerse de que su atrevimiento era real. Ella tenía los ojos cerrados y los labios abiertos. Parecía frágil, pero demostraba ser más fuerte que él.

—Mis manos te adorarán, Jimena —prometió, repasando con lentitud cada palmo de su espalda, como si así pudiera memorizar todo lo que tocaba—. Te deseo tanto que me duele. Nada he conseguido con provocar tu rechazo.

—Es que no lo has provocado, espadero. Yo nunca te he rechazado.

—¿Lo harás si prosigo? —Jimena sonrió y sacudió la cabeza, provocando un calambre en cierta y vulnerable zona que ya estaba suficientemente hinchada—. Aun así, sigo padeciendo. No es algo físico, sino un dulce castigo que me azota el corazón desde que te conozco.

—Pero apenas me conoces.

—Te conozco —afirmó él con rotundidad—. Por eso te reclamo.

Tendido de costado, se aseguró de que ningún tramo de su pecho quedaba libre del contacto con ella y deslizó las yemas de los dedos por la curva de su columna hasta llegar a la base de sus nalgas, ignorando los apremios sexuales que comenzaban a torturarle.

No podía permitir que la ingenuidad de aquella muchacha diera al traste con toda una experiencia adquirida. Ni podía sentirse tan vulnerable cuando la tocaba. Debía contenerse, debía...

Cuando sus ojos capturaron la imagen de los pezones erectos de Jimena dibujándose contra la tela de la camisa, Martín emitió un auténtico quejido de lujuria. ¿Cómo iba a contenerse cuando tenía la tentación a medio palmo de su boca, y el aroma a hembra complaciente comenzaba a aturdirle?

Quería arrancarle aquella dichosa camisa. Contemplar su desnudez y disfrutar de ella antes de hacerla suya de una vez y para siempre, pero se conformó con atrapar con la boca uno de aquellos pezones sobre la tela, mientras se llenaba la mano con el otro pecho y lo presionaba con firmeza.

Las intenciones imperiosas de Martín comenzaron a asfixiarle. Aquella parte estaba caliente al tacto. Viva y anhelante de atenciones. Martín se preguntó si más abajo se encontraría algo parecido.

El simple pensamiento le obligó a lanzar sus caderas hacia ella de un modo obsceno. ¡Si la desnudaba ahora, no habría marcha atrás! Las ideas que se le ocurrían eran tan lascivas que tuvo que representarlas de algún modo para no demostrárselas a Jimena. Arrasó su boca en un beso impetuoso hasta llenarla con la voracidad de su lengua, antes de jugar con el otro pezón.

Jimena no se asustó por la brusquedad de Martín. Echó la cabeza atrás y contuvo un grito. Los pechos se le endurecieron, el escozor se acrecentó y agudas punzadas comenzaron a atormentarla.

¡Señor! ¡Algo tan placentero no podía ser pecaminoso!

De pronto no supo cómo conducirse. Deseaba tocarle el pecho. Los músculos de los brazos y la espalda. El vientre plano, el ombligo y lo que hubiera más abajo.

¡Pero no debería hacerlo! ¿O sí? Esta vez no contuvo un sonoro jadeo. Si no ponía freno a todos sus instintos enardecidos, se condenaría para siempre en los fuegos del infierno. Lo sabía. Lo

temía, y aun así terminó arqueándose contra la ávida boca de Martín. Incluso le presionó con más fuerza para acentuar la fricción de la tela, humedecida con la experta lengua que no dejaba de moverse.

No podía pensar con frialdad. Ya habría tiempo para eso después de...

Ignoraba lo que vendría después, pero supo que él también sufría el mismo e intolerable grado de excitación que ella cuando escuchó su respiración pesada y sintió los dientes clavándose en el pezón.

Ahí sí. Ahí Jimena gritó sin contenerse. Sin pensar que el borde de la camisa había ascendido hasta la cintura, dejándola totalmente desprotegida. No habría podido hablar aunque la hubieran amenazado con la muerte, pero protestó cuando Martín volvió a apartarse.

—¿Confías en mí? —Ella no dudó en la respuesta. Entrelazó los dedos en el cabello negro y asintió—. Entonces deja que te muestre el camino hacia el goce extremo. Ábrete a mí.

La colocó boca arriba y desplazó los dedos hasta su vientre, presionándolo con suavidad. Luego descendieron a lo largo de los muslos, describiendo figuras indeterminadas que acrecentaron el persistente cosquilleo entre las piernas de Jimena. Muy poco a poco, hasta que el tacto prendió su deseo y los besos extinguieron su agarrotamiento. Fueron incontables, infinitos. Cayeron sobre las mejillas, los párpados, la frente y, al fin, los labios.

Martín volvió a tomar posesión de ellos, pero con mucha más dulzura. Sucedió al mismo tiempo que avanzaba con la mano hasta detenerse en el lugar que le había quitado el sueño y la tranquilidad desde que lo había visto. Desde que lo había olido y a continuación de saber que tardaría en poder saborearlo.

Dejó que su palma disfrutara de la suavidad de los rizos dorados, buscando en ella un rechazo que no encontró. Jimena solo le miraba fijamente, esperando.

—¿Vas a hacerme daño?

—Voy a darte un placer que no has conocido jamás.

Con un nuevo jadeo, Jimena relajó las piernas, dejándole vía libre para que siguiera provocándole lava en las entrañas. Estaba tan mojada y resbaladiza en aquella zona llena de pliegues palpitantes que los dedos de Martín se recrearon en ella. La recorrieron muy lentamente, de arriba abajo, empapándose con su excitación y arrancándole de cuajo la poca resistencia que aún pudiera guardar. Exploraron a placer hasta que las fuerzas abandonaron a Jimena, y después se centraron en su punto más íntimo.

Martín trató de no imaginárselo, pero no pudo evitarlo. Lo tanteó con las yemas del índice y el pulgar, y recibió la descarga de un rayo.

Era el mejor reclamo para un animal en celo. Estaría hinchado. Enrojecido y a punto de explotar.

Exactamente como él.

—Estás tan dispuesta para mí que no sé si podré detenerme...

Ella tampoco le empujó a hacerlo. Las largas piernas se relajaron todavía más ante su insinuación. ¡Que el cielo le amparase! Si se apartaba ahora, moriría. Pero si no lo hacía, se perdería para siempre.

Martín cerró los ojos y siguió el curso de sus instintos. Apretó con decisión el botón que aprisionaba con los dedos hasta arrancar de Jimena la respuesta desmedida que buscaba.

Sus gemidos se volvieron primitivos. ¿Qué era aquella presión que le endurecía el vientre pugnando por explotarle dentro? No lo sabía, pero se abandonó a ella por completo.

Elevó las caderas y se aferró al jergón como si temiera caer al vacío. Se retorció con furia, llena de una dolorosa frustración a la que no sabía cómo dar salida, antes de cerrar las piernas con la empapada mano de Martín entre ellas.

—¡No puedes seguir! —gritó de pronto—. ¡Si lo haces, me moriré!

Él solo sonrió con condescendencia y mordisqueó sus labios.

—Verás el cielo. Te lo prometo.

Le creyó. Tanto, que no dudó en abrirse a él de nuevo. Martín vio el brillo húmedo de su excitación mojar aquellos adorables muslos con toda claridad y se inclinó para lamérselo con la lengua.

—¡Martín! ¿Qué haces?

Él no respondió. Tenía los ojos fijos en la carne rosada y la boca entreabierta, completamente paralizado, a un palmo de lo que más ansiaba degustar.

¿Que qué hacía? Contenerse para no abalanzarse sobre ella hasta darse un festín, fuera cual fuese su opinión al respecto. Clavó los dedos en los muslos de Jimena y se apartó lo justo para recuperar el mando. Faltó poco para que se bajara las calzas y atendiera sus propias demandas.

Elevó su mirada, vidriosa por el deseo, esperando verla asustada, pero Jimena tenía la cabeza medio alzada, observándole completamente aturdida por la pasión y mucho más intrigada.

No había temor. Martín sonrió y siguió sujetándola. ¿Qué importancia podrían tener ahora unas simples palabras cuando la tenía de ese modo, completamente rendida ante él?

Quizá no importaran en ese momento, pero sí después. Cuando el fuego de la lascivia se hubiera extinguido y Jimena se lo reprochara.

Debía mantener su palabra, y eso fue lo que hizo. La penetró con un dedo, tímidamente al principio. Notando cómo los músculos de Jimena se retraían por la sorpresa, para dejarle paso a continuación.

Sabía que aquello haría pedazos su control. Que alimentaría el deseo voraz que sentía por ella, pero ¡condenación! Era tan suave y sedosa... Tan complaciente... Martín gimió y se contuvo para no restregarse contra ella y terminar con todo. La besó a conciencia, mientras el dedo comenzaba a resbalar por su interior, entrando y saliendo lentamente. Con persuasión y abrasadora dedicación. Quería elevarla a las alturas. Mostrarle un placer tan indispensable para ella que consiguiera encadenarla a él, y a un tiempo no demostrar que ella era su mayor debilidad.

Estaba a un paso de desintegrarse. De estallar en lánguidos gemidos. De empapar sus calzas o embestirla con brío. Volvió a besarla con furia, esperando que tal vez entonces Jimena le detuviera, pero no sucedió así.

La suavidad de su boca le acogió hasta rendirle al placer, y al primer dedo le siguió un segundo. Pronto imitó sus movimientos con la lengua, cada vez más rápidos y profundos, hasta que todas las posibles objeciones de Jimena se perdieron en la noche.

Sin saber por qué, ella se encontró moviendo las caderas al mismo ritmo que aquellos dedos que invadían su intimidad más sagrada, hasta que no pudo más y gritó una y otra vez su nombre en medio de fuertes sacudidas que le deshicieron el cuerpo y el corazón.

Solo después de una eternidad Martín retiró su instrumento de tortura poco a poco, dejándole la

boca seca, la entrepierna chorreante y una complaciente palma abarcando la carne que no dejaba de estremecerse.

Él le había prometido el cielo y lo había cumplido; a juzgar por la sensación volátil que comenzaba a aletargarla, Jimena aún seguía en él.

—Gracias —dijo sin saber muy bien por qué, con los ojos cerrados y una sonrisa bobalicona que fue inmediatamente cubierta por la boca masculina.

—Jamás me des las gracias por algo así, niña —le escuchó pronunciar con voz ronca—. Recibes tanto como das.

Un quejido apagado la obligó a volver a la realidad. Cuando Jimena se atrevió a abrir los ojos, vio a Martín tumbado junto a ella, con los labios estirados y las manos enlazadas entre sus piernas.

Incluso tenía la frente perlada en sudor. Estaba sufriendo, mientras que ella aún paladeaba el goce extremo. Se incorporó cuanto pudo y le acarició la mejilla.

—¿Estás enfermo? —preguntó con extrañeza.

—No. Se me pasará. Solo déjame un momento...

Intentó darse la vuelta, pero Jimena le apartó las manos antes de que lo consiguiera.

—¿Qué... es? —atinó a preguntar cuando vio el descomunal bulto. ¡Santa Madre de Dios! ¡No era de extrañar que sufriera! ¡Debía de dolerle mucho!

—El padecimiento más absoluto de un hombre —respondió Martín, completamente vencido.

Aquello que le estuviera pasando le dejaba tan débil que ni siquiera era capaz de resistirse a sus intentos por averiguar la verdadera causa de ese padecimiento. Jimena se arrodilló y volvió a apartarle cuando él trató de cubrirse.

—Déjame ver. —Sin esperar respuesta, tiró de las calzas hacia abajo, pero apenas pudo contener una exclamación al contemplar el tamaño de lo que estas ocultaban—. ¡Por Dios Todopoderoso!

—No, Duende. Por ti.

—Pero no ha sido mi intención —barbotó, sin saber muy bien dónde colocar las manos hasta terminar posándolas en el regazo. ¡Si ella era la causante, tendría que hacer algo al respecto! Pero ¿qué? —. Soy una ignorante acerca de lo que sucede entre un hombre y una mujer. Ni siquiera sé lo que acaba de ocurrirme.

Dejó caer la cara entre los hombros en la esperanza de ocultar su azoramiento, pero Martín la tomó de la barbilla.

—No debes avergonzarte por haber sentido placer. Porque eso es lo que has sentido, ¿verdad? —Con una sonrisa tímida, Jimena asintió—. Lo que me sucede a mí es tan solo una consecuencia de ese placer.

Bueno, dicho así sonaba menos malo. Los maliciosos ojos se le fueron a la hinchazón que Martín no se había molestado en cubrir y se entrecerraron, llenos de curiosidad.

—¿Tiene siempre ese tamaño? —se atrevió a preguntar, señalándole con un dedo tembloroso.

—¡Claro que no! —Martín rio y tiró de ella para recompensarla con un contundente beso. No podía hacer más sin romperse en pedazos—. De lo contrario me resultaría imposible caminar. Y el dolor sería insoportable.

—¿Puedo terminar con ese sufrimiento?

Martín se frotó la cicatriz hasta casi sacarle brillo. ¿Que si podía? Sí, sin duda. Pero algo tan inesperado requería de una respuesta cabal. Necesitaba recuperar la razón antes de que la lujuria que había estado a punto de ocasionarle un daño irreparable hablara por él. Le urgía no prestar atención al desparpajo de Jimena, ni al cuerpo saciado de pasión que desprendía aquel calor tan peculiar y ansiado cerca de él.

—Lo sustituirías por un placer semejante al que acabas de experimentar. —Demasiado tarde. Su lengua había sido más rápida—. Pero esas artes son propias de hembras experimentadas, no de doncellas virtuosas.

—Ahora mismo solo soy una mujer deseosa de aprender. ¿Me enseñarás?

Jimena alargó una mano en busca de su objetivo, pero Martín la agarró de la muñeca con fuerza. Si permitía que le tocara, estaba perdido.

—No —dijo.

—¿Por qué?

—Porque... —¡Lo que daría por sentir el calor de aquella mano abrigándole! Sería una salida muy poco honrosa, pero más que deseada—. Porque no puedo.

¡Ay, qué flojo! Poco convincente. Ella se soltó y estudió su expresión.

—Es mentira —concluyó.

—No quiero que lo lamente —insistió Martín.

—¿Cómo estás tan seguro de que voy a lamentarlo?

—Jimena, no me lo pongas más difícil.

La mano ocupó su lugar con una rapidez tan asombrosa que Martín no encontró fuerzas suficientes para seguir resistiéndose. Cuando sintió el tibio contacto, sus caderas dieron un bote como si hubiera puesto sobre su virilidad un hierro candente, para terminar gimiendo derrotado.

—¿Ahora qué hago?

—Debes... —«¡Apartarte cuanto antes!». ¡Bendito Dios! Si no podía pensar, ¿cómo iba a razonar con ella?—. Tienes que...

Los dedos femeninos se movieron mínimamente para acogerle, y Martín se olvidó de hablar. El espasmo le atravesó como un latigazo cuando escuchó cómo ella contenía la respiración. Sus mejillas habían vuelto a incendiarse y los ojos le brillaban de lascivia.

Se excitaba tanto como él. Podría resultar impensable, pero era bien real.

Sintió una leve presión en la punta, y el placer arrebatador acabó de decidirlo. Martín estiró el cuello y cubrió la mano de Jimena con la suya. Si no ponía cuidado, todo terminaría antes de que pudiera aleccionarla al respecto.

Tomó un par de bocanadas de aire y movió su mano a través de la de él. Muy lentamente al principio, con suavidad. Estudiando con atención las reacciones de Jimena para detenerse ante la más mínima duda o temor.

—No es necesario —insistió entre dientes—. Todavía estamos a tiempo.

—Quiero hacerlo.

Su sorpresa fue mayúscula cuando ella le retiró la mano para proseguir sola.

Martín la dejó hacer. Después de todo, estaba demasiado excitado como para no saber apreciar las caricias inexpertas.

Se corrigió en cuanto volvió a notarla en la base y se abandonó por completo a la tensión que le

hacía mantenerse rígido de placer y contención. No era inexperta. Ya no. Ahora le hacía temblar. La presión de aquellos dedos virginales se hizo tan deliciosamente insoportable que le arrancó un gruñido animal. ¡Señor, la sentía por todas partes! Desde la cara interior de los muslos hasta la misma punta, demorándose precisamente ahí. Como si supiera cómo proceder para volverle un muchacho indefenso.

—El pelo que lo rodea es suave —apreció Jimena, prosiguiendo con su devastadora inspección—. Lo otro es duro y muy caliente.

—¡Así no! —suplicó. Ella retiró la mano de inmediato.

—¿Te hago daño?

—No. —Con un largo lamento, Martín se apresuró a colocarla de nuevo en el lugar deseado—. Pero todo terminará antes de tiempo si continúas diciendo esas cosas.

Apretó los dientes con tanta fuerza que estuvieron a punto de romperse en la boca. Parecía impensable, pero el placer que le estaba proporcionando superaba con creces el que obtendría con cualquier mujer experimentada. Ella se mordió el labio de un modo tan inocente que todo él coleó sin previo aviso.

—¿Así voy bien?

—Así vas... muy bien.

Martín tomó impulso con los pies y elevó las caderas. Le fue imposible no ceder a la opresión creciente que comenzó a palpar cuando Jimena aumentó el ritmo.

Se sentía ahogar. Como si aquellos benditos dedos le succionaran hasta el fondo. Estuvo a punto de patalear, y las manos crispadas se le hundieron en el jergón. ¡Por el Cielo! Jimena le apretaba cada vez más. Pronto el dolor se le hizo tan insoportable que tuvo que darle salida cuanto antes.

El pulso le martilleó en las sienes. La presión de la sangre amenazó con hacerle arder. Y ya no pudo resistirlo más. Gritó completamente vencido, y se perdió en los espasmos del placer. Todo su cuerpo se convulsionó como si hubiera sido víctima de un auténtico vendaval. Un sonido gutural de extremo alivio llenó la cabaña cuando su miembro se descargó, en medio de violentas sacudidas.

El clímax resultó tan violento que estuvo a punto de acabar con él. Pocas veces se había encontrado tan saciado, sin haber penetrado en el interior de mujer alguna. Y la explicación acudió a él enseguida: era Jimena y lo que le hacía sentir. No solo con los labios, o con las manos, o con el acuerdo tácito del resto de su cuerpo, sino también con el corazón. Con su comprensión, o el dulce atrevimiento que se mezclaba con la inocencia para crear el brebaje más peligroso que él había probado en su vida.

Una pócima que nunca podría dejar de saborear.

—Oh... ¡Oh! ¿Qué es esto?

—No me pidas que te responda ahora. —Martín trató de recuperarse lo antes posible, para ver cómo Jimena observaba el desastre completamente anonadada—. Entenderé que te repugne.

Era el resultado de la lujuria desmedida que aquellas suaves curvas le provocaban. Porque quería seguir tocándola, saborearla más, mucho más. En rincones que ella ni siquiera sería capaz de soñar, pero que a él le alborotaban el sueño, la sangre y la razón. Si recordaba su tacto, las imágenes que le venían a la cabeza harían sonrojar al mismísimo Belcebú.

Ah, pero no a él. A él... Martín sacudió la cabeza. ¿En qué estaba pensando? ¡Lo que a él le había encantado, a ella le repugnaría! ¡Por supuesto! ¡Su doncellez estaba por encima de aquellos actos tan impuros! Quiso arreglarlo, pero Jimena se alejó de él.

Ella contenía el llanto. Jamás le confesaría el desencanto que acababa de sufrir. Aunque el intenso clímax le había dejado exhausto, se apresuró a limpiar el resultado de su apasionamiento con el paño húmedo que colgaba del cuenco.

¡Nunca debió permitir que sucediera! Ahora ella se sentiría vejada. Se lavaría las manos hasta despellejárselas para borrar cualquier huella de él. ¡Y todo por su culpa!

Tendría que enmendar aquello que había estropeado. Se acercó y posó una mano en el hombro de Jimena con todo el temor del mundo. Después de lo ocurrido, no consentiría un nuevo alejamiento. Aunque para conseguirlo tuviera que mostrarle la carta firmada por Odón de Montoya.

Pero ella volvió a sorprenderle, mirándole con aquella decisión que le hacía sentirse casi insignificante.

—No me repugna —afirmó—. Solo quiero saber.

A Martín le embargó una alegría tan grande que la abrazó contra su corazón.

—Y sabrás, Duende —concedió, llevándola de nuevo al jergón—. Pregunta.

—¿He caído en desgracia por esto que hemos hecho?

—Tu pureza seguirá intacta hasta que las circunstancias cambien. No debes temer por eso.

—¿Cómo puede ser?

Martín volvió a abrazarla cuando ambos estuvieron recostados. Tenía miedo de que no comprendiera. De que se asustara cuando supiera. De que le rechazara.

—Jimena, me has proporcionado tanto placer como yo a ti —comenzó, acometiendo la inocencia de los ojos azules que no se apartaban de él—. Eso que has visto era mi simiente. Si me hubiera derramado en tu interior, habríamos podido concebir un hijo. Pero no ha sido así, y tu doncellez sigue intacta.

—¿Te he proporcionado placer?

—Es difícil explicar cuánto —sonrió Martín, rozándole los labios en un beso que pretendía reconfortarla—. Cuando las circunstancias nos sean favorables, te enseñaré que hay otras muchas formas de lograr lo que ambos hemos conseguido sin que yo tenga que penetrar en tu cuerpo.

—¿Es que hay más? —exclamó ella sorprendida. No parecía asustada, pese a que la experiencia vivida haría huir a más de una mujer madura.

—Todo lo que ambos queramos y sea consentido.

—¿Con dolor?

Ahora inclinaba la cabeza. Martín la tomó de la barbilla y la miró con ardor.

—Con goce y plena satisfacción —corrigió, controlando los latidos de un corazón que comenzaba a brincar alborozado—. La primera vez que te haga mía puede haber dolor, pero después prometo compensarlo.

—No sabía... —Jimena ladeó la cara en un intento por ocultar el repentino temor que aquellas palabras le provocaban—. No podía imaginar que...

—Sabrás. Y yo dejaré que pongas en práctica toda tu imaginación —añadió Martín cuando ella se apretó contra él dócil, dispuesta. Al parecer, satisfecha en cuerpo y alma. Cuando levantó la

cabeza, él atrapó su boca en un beso furioso. Gruñó de placer cuando, en aquella ocasión, la lengua de Jimena campó a sus anchas por su boca, pero decidió parar antes de perder el control—. ¿Te arrepientes de lo que me has hecho?

—Te he liberado de tu tortura. ¿Cómo voy a arrepentirme?

—Entonces ya somos dos. —Ambos cruzaron una mirada cómplice. ¡Qué adorable estaba con las mejillas arreboladas y los labios entreabiertos mientras se dejaba arropar por él!

—¿Qué pasará ahora? —preguntó Jimena al cabo de un rato.

Aquella era su última y peor duda.

—Los demás no comprenderán nuestra falta de arrepentimiento, Duende.

—Explícate mejor, te lo ruego.

Eso estaba deseando hacer Martín. Pero nuevamente tuvo miedo al rechazo, al desprecio. Al odio.

—Has pasado dos días fuera, con sus noches —comenzó, acariciándole el cabello hasta que logró que ella volviera a esconder aquellos ojos llenos de incertidumbre—. Volverás en compañía de un hombre.

—Tú no eres cualquier hombre.

—No. Soy el único que te ofrecerá una solución para esta difícil situación.

Jimena se acurrucó entre los brazos de Martín. Hasta el momento jamás la había defraudado. Él sabría remediar su pecado a base de nobleza, pero tampoco pasaría nada si antes conseguía una respuesta acorde con sus dudas.

—¿Cuál? —preguntó, medio adormilada por el calor que compartían—. ¿Cuál es esa solución?

—Mañana. Cuando llegemos a Castromoros, hablaremos.

La actitud tierna y cómplice de Martín desapareció en cuanto pusieron un pie en el patio de armas de la fortaleza de Castromoros, al atardecer.

Fue como si toda la actividad frenética que movía a sus habitantes de un lado a otro cesara de golpe. Sabina surgió de algún desconocido lugar y corrió a dar la bienvenida a su señora entre lágrimas de alegría, Ansur abandonó la compañía de los guerreros de Hernán para acercarse a Martín con cautela y el hermano Bermudo comenzó a cantar alabanzas al Señor por verla regresar sana y salva.

Martín descendió del caballo cual nubarrón amenazador para ayudar a Jimena. No dejó que nadie se acercara a ella. En medio de un silencio más pesado que la muralla al completo, la tomó de la mano y juntos entraron en el salón principal de la torre. No miró atrás. Sabía que le seguían, más temerosos que ansiosos, aguardando el estallido de su cólera. Sin soltar a Jimena, Martín desenvainó la espada y los señaló uno por uno.

—Veo que os he sorprendido —comenzó—. Seguro que os preguntáis cómo es posible que marchara con un prisionero y regrese con la doncella Jimena.

—Así es, mi señor —asintió Celso, aparentemente inmune a las cejas alzadas de Martín.

—Vosotros primero —les ofreció, con una sonrisa tan engañosa como su tono de voz—. Estoy dispuesto a escucharos.

Para ser sincero, a lo único que estaba verdaderamente dispuesto era a colgarlos por el cuello,

pero se guardó de demostrarlo y esperó la primera declaración.

—Llevamos dos días enteros removiendo cielo y tierra —comenzó Higinio con voz sombría—. Debéis perdonarnos si hemos descuidado todo lo demás.

—¿Algún imprevisto que yo deba conocer?

Todos los presentes se miraron entre ellos. Estaba claro que ninguno se decidiría a hablar a las primeras de cambio, por mucho que Martín aparentara ignorancia. Finalmente fue Edistio quien dio otro paso al frente.

—Temíamos por nuestra señora —aclaró, arropado por un suspiro generalizado—. Había desaparecido.

—Se alejó demasiado, mi señor —intervino Sabina sin atreverse a mirar a Jimena—. Los hombres encontraron el cuerpo de la yegua que montaba, pero no a ella.

—Ampliamos la búsqueda hasta donde nos fue posible —añadió Canuto con un gesto implorante—. Pero sabed que estábamos lejos de darnos por vencidos.

Martín borró la sonrisa de la cara y colocó a Jimena tras él con ademán posesivo. Le costaba mantener la compostura para no ordenar una ejecución en masa si pensaba en lo cerca que había estado de la muerte.

—¡Podéis dejar de buscar, pues ella ha regresado sana y salva! —proclamó con ironía—. ¡Sabed que, de no ser por los designios de la Providencia, a estas alturas estaría muerta! La encontré medio ahogada, en un remanso del río. ¡He pasado dos noches velando su sueño! ¡Dos días cuidándola, rezando para que Dios le permitiera vivir! ¡Y quiero saber quién es el culpable!

Esta vez las expresiones se tornaron más suspicaces y menos prudentes. Se miraron entre ellos, murmurando. ¡No temían por su suerte! Solo pensaban en lo que él podría haber hecho con Jimena, pero le traía sin cuidado. Ahora quería la cabeza del responsable. Después repararía faltas.

—Reconozco que descuidé su vigilancia para comprobar que tu encargo de las túnicas iba a buen ritmo —se culpó Ansur, dando un paso adelante junto con Sabina.

—Yo debí marchar tras ella al saber que había salido sola —apoyó Félix, imitando al capitán—. No lo hice, mi señor.

Las cejas de Martín se fruncieron hasta casi unirse. Solo dos personas permanecían sospechosamente silenciosas: Sol y el hermano Bermudo.

La primera demostró ser lo suficientemente cauta como para mantener la cabeza baja y la actitud humilde, pero el segundo se adelantó para señalarle a su vez.

—Has permanecido dos noches con ella —le acusó—. ¿También has yacido con ella?

—No os preocupéis por su virtud tanto como por vuestra suerte, hermano. —Martín apretó la mano de Jimena hasta estrujarle los dedos para advertirle que callara cuando la sintió inspirar con fuerza—. ¿Tenéis algo que ver en este despropósito?

—Fui yo quien le permitió marcharse. Ella me dijo que necesitaba pasear. Y por lo que he podido comprobar hasta ahora, ha regresado ilesa. Al menos en apariencia.

—Ilesa, y en plenas condiciones de convertirse en mi esposa.

Por una vez se había adelantado a las intenciones del fraile. Pudo ver el desconcierto más absoluto en su cara, aunque no fue el único. A través de su mano sintió la repentina rigidez de Jimena. Los disimulados intentos de soltarse sin lograrlo.

Martín le apretó los dedos con más fuerza en señal de advertencia.

—Pensáis que la he deshonrado. Y tenéis razón —aclaró a todos los presentes, rompiendo el repentino silencio que le rodeaba—. Por eso enmendaré mi falta desposándola mañana mismo.

Ante el murmullo generalizado, Ansur se adelantó y le apartó de Jimena.

—¿Dónde está el prisionero? —murmuró entre dientes.

—Con su señor.

—¿Por eso tienes tanta prisa en desposarte? ¡Acabas de desatar una guerra contra el conde, Hernán de Medina y el rey Ordoño juntos!

—El condado de Trabada está demasiado cerca para posponer el casamiento. —Martín se apartó antes de que Ansur pudiera ver sus dudas, y miró a todos con la soberbia que le otorgaba su rango—. ¡A partir de hoy quiero que las guardias se doblen! ¡Que los entrenamientos se alarguen y que los centinelas de la muralla aumenten su número y sean relevados más a menudo! ¡Necesitaremos refuerzos, así que habrá que reclutar a más hombres!

—Mi señor, ¿nos preparamos para una guerra?

—Los sarracenos no nos permitirán disfrutar de paz durante mucho tiempo —respondió a Félix. Aunque no eran los infieles el principal enemigo que batir.

—Los campesinos no son guerreros —intervino Ansur—. Ellos no conocen el manejo de las armas.

—Para eso estás tú. Y cuentas con la ayuda de Félix. —Un firme dedo señaló al instructor antes de continuar—: ¡Mi futura esposa estará constantemente vigilada! ¡No consentiré que nada ni nadie la ponga en peligro! Si un error como el que casi le cuesta la vida vuelve a repetirse, no seré tan clemente, os lo aseguro.

Se mostraba implacable, aunque temblaba por dentro. De furia y de miedo. Sabía que podía estar firmando su sentencia de muerte en lo que a Jimena se refería, pero no cambiaría de opinión.

—¿Quieres celebrar un casamiento mañana? ¿Has perdido el juicio, muchacho?

—Eso mismo, hermano. —Bermudo resopló cuando Martín se decidió a mirar a Jimena. Saltaba a la vista la soberbia de uno y la furia contenida de la otra—. No podéis negaros después de la confesión que acabo de hacer.

—Falta la correspondiente carta de arras, la conformidad del hermano de la doncella, la del rey...

—Asuntos demasiado terrenales para vos. Dejad que yo me ocupe de ellos. ¡Sol! Te encargarás de organizar la celebración. Sabina, ¿tenemos las túnicas de tu señora? —La aludida asintió sin terminar de creer lo que estaba escuchando—. Elegirás la más hermosa para mañana.

Se ocupó de que todos comprendieran que no estaba dispuesto a aceptar ni una negativa al respecto con una simple y contundente mirada. Si había más preguntas, nadie se atrevió a formularlas.

Por un fugaz momento Martín se sintió esperanzado, pero un simple vistazo a la puerta destruyó todas sus expectativas. Jimena desaparecía por ella, seguida de Sabina. Con la cabeza alta y la dignidad de una reina ofendida en su orgullo.

Estaba lejos de aceptarlo. Tendría que emplear sus recursos más bajos para conseguirlo, porque no sería tarea fácil.

—¿Estás seguro de que es eso lo que quieres? —Asintió cuando notó en el hombro la mano del hermano Bermudo—. ¿Es lo que ella quiere?

No era lo que ella quería, pero Martín haría que cambiara de opinión. Y empezaría ya mismo.

Jimena era la viva estampa de la desolación cuando Martín irrumpió en sus aposentos como un viento huracanado que echó literalmente a Sabina.

La joven permanecía sentada en el lecho, con la cabeza gacha y las manos sobre el regazo. Parecía apenada, pero estaba seguro de que se contenía para no abalanzarse sobre él y arrancarle los ojos.

—A mí no me engañas, Jimena. En el fondo, sabías que esto sucedería —comenzó, dando un precavido paso en su dirección—. ¿No vas a decirme nada?

—¿Serviría de algo?

—Serviría de mucho. Para empezar, podrías mirarme mientras me hablas. Así todo será más sencillo.

Y si no lo hacía por las buenas, lo haría por las malas. Jimena levantó la cabeza. No estaba triste, sino rabiosa. Mucho, a juzgar por los labios apretados y el color escarlata de sus mejillas.

—Ya está. ¿Qué más desea mi señor? —preguntó con desdén—. ¿Alabanzas por hacerme sentir como un ratón que ha caído en una trampa? ¿Como el cervatillo acorralado por el lobo hambriento?

—No sabía que te sintieras de ese modo.

—Tampoco te has molestado en averiguarlo antes de hacer el anuncio de nuestro casamiento —apreció con aspereza—. Parecías tener demasiada urgencia para fijarte en los detalles.

—Quedamos en que hablaríamos al llegar a Castromoros. Te debo esa conversación, niña.

—Me debes algo más, espadero.

¿Una disculpa? ¿Se refería a eso?

Martín irguió los hombros y soltó una imprecación muy masculina. ¡Nunca! ¡Él era un poderoso guerrero, no el objeto de un capricho femenino!

Además, sería más fácil enfrentarse solo a una docena de sarracenos furiosos que pedir perdón.

—Te entregaste a mí. Por lo tanto, me has otorgado poder de decisión —afirmó con contundencia—. Te ofrezco un casamiento a juras.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que será Hernán y no yo quien siga teniendo potestad sobre ti. Que no habrá negociaciones para los esponsales ni carta de arras, pero que el matrimonio será tan válido como el que pretendías contraer con el conde. Con un testigo como el hermano Bermudo bastará para corroborar nuestra conformidad.

—¿Qué conformidad? No voy a aceptar ese matrimonio, sean cuales sean las condiciones —

soltó Jimena, levantando la frente con altanería—. Eres demasiado ambicioso.

—Siempre que se trate de ti. —Martín dominó las ganas de arrancarle la complacencia a la fuerza. No sabía la razón, pero necesitaba convencerla—. Puedes odiarme cuanto quieras por la forma en la que he anunciado públicamente la solución a nuestro problema. Puedes permanecer encerrada en tu orgullo todo el tiempo que gustes y hasta que tu corazón admita lo inevitable, pero sabes tan bien como yo que no hay otra salida.

—El conde ignora lo ocurrido y yo permanezco intacta. Hay otra salida.

Martín dio un puñetazo a la pared de piedra con un oscuro gruñido que consiguió hacerla saltar. Ocultó la cara inclinando la cabeza y a continuación resopló, como si se rindiera a la evidencia.

—Esperaba no tener que llegar a esto, pero no me has dejado otro camino —dijo, ofreciéndole el pergamino firmado por Odón de Montoya.

Jimena lo miró sin intención alguna de cogerlo. Con los brazos pegados a los costados y el calor estrujándole el pecho como si fuera una tenaza cuando reconoció el emblema de Trabada en la cera que lo cerraba. ¿Era otra de sus tretas?

—Es la renuncia del conde a vuestros esponsales —explicó Martín, en vista de que ella no preguntaba—. Él te ha repudiado. Ahora solo falta la conformidad del rey.

Aquello tenía que ser una de sus visiones, sin duda. Jimena notó cómo la sangre abandonaba su cara. ¡Repudiada! ¿Ahora qué haría?

Los ojos volvieron a empañarsele, pero no por su situación, sino por la de él.

Martín tendría que luchar por su vida. Si no lo hacía contra su hermano Hernán, lo haría contra el rey o el conde de Trabada, daba igual. La simple posibilidad de verle derrotado la llenaba de tanta angustia que estuvo a punto de gritar, aunque solo apretó los párpados como si así pudiera espantar el desasosiego. Él no se merecía ese tipo de atenciones. No se merecía nada.

—Piensas entregársela al rey... —aventuró—. ¡Estás muy seguro de que Ordoño perdonará tu afrenta!

—Ordoño sabrá hasta qué punto aprecia la vida que preserva gracias a mí. No me importa, pues solo temo una cosa: defraudar a mis seres queridos.

Para él, ella era uno de esos seres queridos. La mirada profunda se lo confirmó sin ningún género de dudas. Era tan intensa que le dejó la garganta seca, pero no le impidió comprender.

—Me has mentido —musitó, esquivando la mano que él extendió.

—Jimena, deja que me explique. Que te explique.

—¿El qué? ¿Que habías planeado esto desde el momento en que me besaste en el adarve? ¿Que nunca tuviste intención de entregarme al conde? ¿Que me sedujiste aprovechándote de mi inocencia, para así asegurarte de que no tendría otra salida? —Iba seguir profiriendo verdades incuestionables, cuando una pequeña llama iluminó su turbado entendimiento—. ¿Cómo conseguiste esa carta?

—Utilizando mis dotes de persuasión, al igual que haré contigo —informó Martín, encogiéndose de hombros con satisfacción—. Sé que la noticia te ha ofendido, ¡pero vas a aceptarme como esposo y a dejarte de arrebatos infantiles!

—¿Eso crees, espadero?

—Eso harás, niña.

—Pues tendrás que emplear la fuerza para conseguirlo.

—¡Condenación! —Martín se rascó la cabeza, alejándose de ella como si fuera el demonio en persona, para a continuación volver sobre sus pasos—. ¡Lo que daría por que fueras un guerrero para poder cerrarte la boca a base de golpes!

—Pero no lo soy.

—No. —Lo pudo apreciar en cuanto clavó en ella sus fríos ojos. Jimena exhibía una extraña expresión de victoria. ¡Por san Pedro!—. Eres una hermosa mujer, y yo un hombre demasiado blando. Incapaz de ponerte la mano encima para otra cosa que no sea acariciarte, por mucho que te merezcas lo contrario.

Gruñó de furia, la agarró de los hombros y asaltó su boca con rotundidad. La marcó como suya cuanto quiso, sin hacer caso de sus gritos sofocados, hasta que decidió concederle un respiro y la soltó.

—Deja de... —Jimena se apartó a una distancia conveniente para recuperar el aliento y la dignidad perdidos—. ¡Deja de faltar a mi honor!

—No faltó a tu honor. Solo lo estoy salvaguardando. —Con una sonrisa torcida, Martín dejó el pergamino sobre la chimenea y se cruzó de brazos—. ¿Qué crees que diría el conde si supiera lo que ha ocurrido entre nosotros?

—No serás capaz.

—Ponme a prueba.

Jimena retrocedió al ver aquel magnífico cuerpo inclinarse hacia ella en actitud más que amenazante. Con los brazos tensos, la mirada fiera y la boca fruncida.

La furia causada por el rechazo le llevaría a hacerlo. Estaba segura. Nunca le había visto tan dispuesto a hacer valer su inconmensurable don de mando por encima de todas las cosas.

—Proclamas mentiras como si fueran verdades. ¡Mi opinión te resulta indiferente! —gimió con desesperación.

—Jimena, no hay nada en ti que me resulte indiferente, pero me gustaría tener una esposa deseosa de complacerme.

—No voy a aceptarte.

—Creo que todavía no lo has entendido. Después de lo sucedido, jamás te entregaré al conde. Él envenenaría el aire que respiras tan solo con su presencia.

—Eso ya lo has hecho tú. —La impotencia le impedía respirar. Los labios le temblaban y los ojos le escocían de pura desilusión. Si no podía escapar a ese nuevo destino, trataría de cambiarlo. Con pasos lentos y decididos, Jimena se acercó a él y puso los brazos en jarras—. Aún estoy por encima de ti, espadero.

—Encima o debajo, la postura me es indiferente para según qué cosas, niña.

El incendio en sus mejillas provocó que Jimena agachara la cabeza, pero fue un momento fugaz. El necesario para recomponerse y continuar con su ofensiva.

—Soy de alta estirpe, mientras que tú eres un simple guerrero al que la fortuna ha sonreído para convertirse en señor —alardeó, tratando de ignorar la sonrisa presuntuosa que bailaba en los labios del hombre—. Cuando mi hermano se entere, acabará contigo. Entonces aceptaré al conde. Él está a mi altura.

Había dejado correr todo el veneno de su lengua, pero Martín no se dejó impresionar. Si Jimena quería batalla, ¡por Dios que la tendría! Ambos se retaron en medio de un atronador

silencio, hasta que él dejó al descubierto una de sus muñecas, sobre la que colocó el filo de un cuchillo.

—¡Tu sangre y la mía son del mismo color! —bramó—. ¿Quieres que lo comprobemos?

Jimena se quedó blanca. No por la posibilidad de que se cortara las venas para demostrárselo, sino por la cicatriz que lucía en la base de la palma de su mano. Pequeña, pero profunda. Portadora de turbios recuerdos que terminaron ahogándose en las telarañas de su confundida mente:

Las brumas de la noche la abandonan paulatinamente, pero ella se siente segura. A pesar de que todo huele a triste despedida, Jimena ve la herida abierta, la sangre fresca manando mientras la mano que la porta se acerca a ella buscando algo.

Mira su propia mano, para descubrir perpleja que luce otra herida igual a la que contempla. Y ríe de felicidad ante lo que eso significa.

Jimena cerró los ojos. Su estómago comenzó a girar vertiginosamente. Las piernas le fallaron, pero antes de que cayera, se vio catapultada hacia un poderoso y ardiente pecho que le proporcionó el calor que parecía necesitar.

—Jimena, ¿te encuentras bien?

Martín la había recostado en el lecho, mirándola con tanta preocupación que ella estuvo a punto de ponerse a llorar. Sintió las yemas de los dedos deslizarse por su mejilla fría hasta tornarla cálida.

Se encontraría cada vez peor si no lograba apartarse a tiempo.

—Ha sido un pequeño desvanecimiento. —Intentó levantarse, pero él se lo impidió—. Nada más.

—No me ames si no quieres, Jimena. No me importa. Pero acéptame como esposo. Por favor. Solo deseo tu bien, Duende. Nuestro bien.

Tenía una voz tan profunda y grave... Tan melodiosa y convincente... ¡Otra mentira! Cuando Martín comenzó a inclinarse en pos de su boca, ella volvió la cabeza para rechazarle.

—Mi bien es aquel que otros han dispuesto para mí —murmuró con amargura.

—El conde no va a detenerme —siseó Martín con los labios apretados—. Tampoco tengo miedo al juicio real o a las represalias de tus hermanos. No necesito el permiso de nadie para tomar lo que es mío.

La consideraba suya. Jimena se puso en pie ya recuperada, con las manos aferradas a los pliegues de su túnica. Cuando se enfrentaba a él de ese modo, tenía la impresión de estar caminando sobre brasas ardientes.

Ahora estaba a punto de quemarse.

—En la cabaña, me dejé llevar por la situación —replicó sin ninguna convicción—. No era yo.

—Ya lo creo que lo eras. Como ahora, cuando te empeñas en negar la evidencia.

—Bebí vino —insistió—. Eso mermó mi resistencia.

—Sentiste pasión, anhelo. Deseo. Curiosidad cuando me hiciste todas aquellas preguntas. Y te gustó lo que recibiste a cambio. Deja de buscar excusas absurdas, Jimena.

—No necesito excusas para decirte que me resultas indiferente.

Martín la miró con una expresión extraña, antes de que una oleada de carcajadas le obligara a apoyar las manos en las rodillas para poder sostenerse en pie. Jimena observó la escena

abochornada. No la creía. ¡Y tenía un modo muy humillante de demostrárselo!

Pasó una eternidad antes de que él se incorporara, con toda su seriedad recuperada. Y todo su atractivo.

—Primero tuve que quebrar tu dichoso silencio; lo logré con facilidad. Después arrojé la frialdad con la que pretendías castigarme al rincón más íntimo de tu cuerpo, aunque eso me costó más. —Al recordar la forma en la que lo había hecho, una oleada de calor la inflamó. Él comenzó a avanzar, sin importarle que ella retrocediera hasta que su espalda chocó con la pared—. Ahora pelearé contra esa indiferencia que te empeñas en mostrar. Y venceré. No lo dudes.

Las manos de Martín se apoyaron a ambos lados de la cabeza de Jimena, sobre la fría piedra. Acercó su boca a la de ella, pero no la besó. Solo dejó que sintiera la fuerza de su aliento; el poder que rezumaba su enorme cuerpo. Se sostuvieron la mirada. Jimena sintió el fulgor verde musgo atravesándola, junto a una sonrisa llena de varonil orgullo. Suspiró al posar los ojos en aquella boca que obraba milagros, y la sonrisa masculina se acentuó.

—No tengo escapatoria —concedió a regañadientes—. Si quieres que lo reconozca, lo haré.

—Quiero que aceptes la situación.

—Acepto la situación —repitió ella, escurriéndose por debajo de su brazo para poner distancia de por medio—. Pero no a ti, espadero.

—Tampoco esperaba que lo hicieras. Estás tan convencida de que solo has sido parte de un plan para conseguir tus favores que me costará hacerte cambiar de opinión.

—¿Acaso estoy equivocada?

—Serás mi esposa, Jimena. En el extenso sentido de la palabra. —No veía el momento de volver a tenerla, de volver a sentirla o a olerla. Elevó una mano con intención de tocarla, pero luego la dejó caer a lo largo de su rubia cabellera con una expresión de tristeza. Ella no se lo permitiría. Y él no se lo impondría—. Tendré todo el tiempo del mundo para demostrarte lo equivocada que estás. Voy a conquistar tu fuerza de voluntad, tus pensamientos más insondables y todas tus desconfianzas hasta convertirlos en polvo.

—¡Conseguiré que renuncies!

—No hay renuncia posible —le murmuró, con una mirada tan decidida que la hizo temblar—. Te aseguro que en mi vida he tenido que solventar problemas mucho mayores que los derivados de una doncella díscola. Porque a pesar de lo sucedido entre nosotros, sigues siendo doncella.

—Aquello no debió pasar.

—Pero pasó. Sin arrepentimientos.

Eso le había confesado ella con total desvergüenza. Los remordimientos de conciencia la impulsaron a darle la espalda, aunque lo único que deseaba era aceptarlo.

—Lo que ambos compartimos no volverá a repetirse con mi consentimiento —sentenció Jimena, con cada palabra amargándole en la boca—. Puede que me hagas tu esposa, pero hasta que ese momento llegue, me gustaría no verte más.

Él podría obligarla a aceptar su presencia, pero solo escuchó un ligero murmullo, seguido de un chasquido de lengua.

—Como deseas.

Martín abandonó los aposentos con temblores en el corazón. Estaba lejos de ganarse el perdón y la confianza perdida. Había ido a buscar un imposible y lo sabía. Contar con la conformidad de

Jimena sería tanto como esperar que un caldeo adorara a Dios, pero tampoco le hacía falta.

—¿Qué ha sucedido ahí dentro?

Martín aguardó a encontrarse en mitad del patio de armas para responder a Ansur. Tenía que sustituir la congoja por aire limpio y puro.

—La desposaré —afirmó con rotundidad.

—Nos meterás en un gran problema —le recordó su tío.

—Ya me estoy ocupando de eso.

—¿Y ella?

—Me aceptará. No tiene alternativa.

Tampoco pensaba saciar la macabra curiosidad de Ansur, así que se apresuró a dejarle atrás para ir al encuentro de Sol.

La sierva no se sorprendió de verle tan alterado. Sabía que se había pasado la última hora del día encerrado en los aposentos de Jimena de Medina. Y a juzgar por la crispación de sus rasgos, no parecía muy contento con el resultado.

—Quiero advertirte de algo.

Sol se dejó llevar hasta un hueco oscuro entre la muralla y el aljibe y sonrió con seguridad. Ahora le diría que su casamiento no cambiaría las cosas. Que seguiría visitando su lecho como venía haciendo desde que había sido nombrado gobernador de Castromoros. Que...

—Se acabó, Sol. A partir de ahora, me debo a una esposa.

El estruendo de sus ilusiones al romperse fue tan grande que temió que Martín lo hubiera oído, pero Sol no cambió su gesto sereno. No era tan necia como para mostrarse ofendida. Tendría las de perder. Era mucho mejor confundir al enemigo.

—Mi señor, sois un amante experto y complaciente. Tendríais para las dos —se atrevió a insinuar, ocultando a la perfección el imprevisto ataque de pánico—. Yo estaré aquí para lo que ella no quiera o no sepa.

Martín la agarró del brazo con tanta fuerza que Sol ni siquiera se atrevió a respirar.

—Jimena es una mujer completa, en todos los sentidos. Quiere y sabe. Atenderás todas sus necesidades, porque se convertirá en tu señora —siseó en tono de advertencia—. No vuelvas a acercarte a mí para otra cosa que no sea servirme, y salvo que yo te lo ordene. Espero de corazón que no utilices mi rechazo como venganza, porque lamentaría mucho tener que deshacerme de ti.

Mientras veía cómo él se marchaba para atender sus ocupaciones militares, Sol sintió las mejillas empapadas por el desengaño. Martín había hablado de deshacerse de ella. Parecía dispuesto a todo.

¿Se habría enamorado?

No tenía ninguna importancia. Sol había visto a los hombres caer rendidos ante sus habilidades después de haber proclamado un amor incondicional por sus damas. Los había escuchado suplicar para consumir sus más recónditas fantasías mientras pronunciaban el nombre de otra.

Martín no sería diferente. Jimena podría haberlo probado en el lecho, pero todavía estaba por nacer la mujer que la superara en esas artes.

Y el hombre que no sucumbiera a ellas. No tuvo más que ver cómo Félix, uno de los guerreros que habían acompañado a Martín en su regreso, intentaba acercarse a ella. Otra vez.

—¿Necesitas ayuda, Sol?

Antes de responder, apreció los rasgos suaves del hombre. La sonrisa deslumbrante y sincera. En otro momento, Sol hubiera considerado la posibilidad de amancebarse con él. Parecía fuerte y fogoso. Su atractivo era indudable, así como un interés hacia ella que no se molestaba en disimular desde que había pisado Castromoros.

Pero no era Martín.

—No, gracias —dijo, inclinando la cabeza al pasar por su lado.

—Si la necesitas, ¿me la pedirás?

Sol le miró por encima del hombro. Desplegó todo su encanto a base de profundos pestañeos y sonrió insinuante.

—Por supuesto —aceptó, con su voz más dulce—. Solo a ti, guerrero.

18

El guerrero peleaba solo en el patio de entrenamiento; los demás realizaban una vigilancia exhaustiva de la fortaleza y sus alrededores. Blandía la espada con fuerza. Lanzaba estocadas al aire frío del amanecer desde que aún era noche cerrada, y seguiría haciéndolo hasta que el sol luciera en todo su esplendor.

Avanzaba y retrocedía con agilidad a pesar de su tamaño. Los ojos entrecerrados permanecían fijos al frente; luchaba contra un enemigo imaginario, aunque para él era bien real.

Tenía delante a los demonios de los remordimientos, el miedo y la ira.

Sería difícil vencerlos, pero no imposible. Nada para él lo era.

—Si sigues así, llegarás a la noche de bodas tan falto de energías que tu esposa se buscará a otro.

Martín realizó un giro violento cuando sintió una mano en su brazo. Lanzó un alarido de furia y dirigió el filo de la espada hacia Ansur. Afortunadamente, le reconoció antes de cortarle la cabeza.

—¿Nadie te dijo que no debes acercarte a la espalda de un guerrero con tanto sigilo? —preguntó, jadeante por el esfuerzo.

—Esa fue una de mis primeras enseñanzas. Me alegra ver que todavía la recuerdas.

—Y el día que la olvide, seré hombre muerto. —La actitud risueña de su tío acabó por arrancarle una sonrisa—. Tienes razón. Debo reservarme para la noche.

—No parece muy entusiasmado —afirmó Ansur, caminando con él hacia la torre—. Cualquiera diría que te ves forzado a este casamiento.

—Ninguno de los dos se ve forzado, pero estoy preocupado.

No quería confesar que había estado a punto de acudir a los aposentos de Jimena incontables veces aquella noche, solo para asegurarse de que ella permanecía dentro y no aprovechaba el silencio nocturno para escapar.

—No temas. Ella continúa aquí —le dijo Ansur, como si pudiera leerle el pensamiento—. Sol y Sabina están preparándola.

El mal humor que había nublado su expresión se evaporó para dar lugar a una sonrisa deslumbrante. Con energías renovadas, Martín ascendió los peldaños de dos en dos hasta alcanzar el objeto de todos sus desvelos nocturnos.

Se encontró la puerta entreabierta. Un descuido que aprovecharía. Solo tuvo que adelantar su barbuda cara para contemplar a Jimena de pie en el centro de la estancia, completamente desnuda.

Martín se mordió la lengua para no gritar y permaneció inmóvil para no saltar sobre ella. Su mano agarró la gruesa hoja de la puerta con tanta fuerza que a punto estuvo de clavar las uñas en la madera. Ella permanecía de espaldas, con los brazos caídos a ambos costados, esperando que las siervas realizaran su trabajo, aunque él comenzó a rezar para que se demoraran hasta el fin de los tiempos.

Así podría disfrutar de su perfección. De los hombros delicados que daban paso a una espalda que él ya había acariciado. Los ojos descendieron con dificultad para encontrarse con los glúteos firmes. Tan redondeados que las uñas de Martín terminaron por clavarse en la madera de la puerta.

Sudaba, pero nada tenía que ver con el ejercicio físico realizado durante horas.

Lo único que deseaba era quedarse a solas con ella.

¿Y si lo hacía? Jimena le rechazaría con las palabras, pero le acogería con el cuerpo. No sucedería nada más grave, puesto que en unas horas sería su esposo. Nadie más tendría por qué enterarse...

Abrió la puerta de golpe en el momento en que Sabina y Sol cubrían el cuerpo de Jimena con la camisa.

Y se sintió tan apenado por el desenlace del espectáculo como dichoso por lo que significaba.

Iba a tomar por esposa a la mujer de sus sueños. Era hermosa, con una belleza imprudente que le tentaba más allá de lo aconsejable.

Martín sonrió con la seguridad del cazador al que se le ofrece una presa. Ella aún no lo sabía, pero terminaría por no desear otra cosa que permanecer a su lado, en esa vida y en la otra. Sería su único anhelo, tan fuerte e imparable como el que él acababa de experimentar solo con verla.

—No habéis cerrado la puerta —advirtió, dirigiéndose claramente a las siervas—. Dad gracias a que todos están inmersos en los preparativos del banquete y he sido yo quien ha entrado.

—Mi señor, Sabina llegó con prisas.

—Si se vuelve a repetir, os azotaré. A las dos. —Martín permanecía plantado en medio de la estancia con las piernas abiertas, las manos anudadas en la espalda y una mirada que no disimulaba su hambre por la mujer con quien iba a desposarse—. Dejados solos.

Esta vez se aseguraron de cerrar convenientemente. Jimena le encaró con su habitual ceño fruncido y echó su larga melena hacia atrás. El empeño en permanecer distante resultó tan gracioso que Martín olvidó el incidente para brindarle una de sus mejores sonrisas.

—Buen día, niña —saludó con jovialidad.

—Buen día, espadero. ¿Qué haces aquí, además de intimidar a dos pobres siervas?

—Comprobar que te comportas como es debido. No me gustaría tener que imponerme por la fuerza antes de tiempo.

Los ojos azules se agrandaron espantados, hasta que comprendió que Martín bromeaba.

—Muy gracioso —barbotó Jimena, apartándose un paso que él se apresuró a acortar—. Pareces haber olvidado lo de ayer.

—Agradécelo. Si lo pienso, ahora estarías sobre mis rodillas.

—No veo castigo peor que ese.

Ni él, pero por diferentes motivos. Su imaginación voló hacia las posaderas desnudas que acababa de ver, dispuestas sobre su regazo. Se le ocurrieron tantas posibilidades que todo en él

se tensó.

—Tienes un aspecto muy saludable —apreció, repasándola con sus chispeantes ojos hasta hacerla sonrojar—. ¿Has descansado bien?

—Tu absurda propuesta no me ha quitado el sueño, si te refieres a eso. —Mentía. En realidad, se había pasado buena parte de la noche ideando algún plan para librarse del casamiento, hasta que el sueño la había vencido. Ahora le tenía allí, como si no hubiera pasado nada entre ellos. Tan atractivo, con el pelo revuelto y aquella luz en su mirada, que tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no contagiarse de su entusiasmo—. Sin embargo, tú pareces muy contento.

—Lo estoy. —Martín apoyó un brazo en el dintel de la chimenea y siguió con su descarada inspección—. Y dentro de poco lo estaré todavía más.

—Vas a conseguir lo que querías, ¿no es cierto? Alzarte con la victoria frente a tu enemigo. ¡Hacer lo que te venga en gana conmigo!

—Si fuera así, me cobraría ahora todos los besos que, a buen seguro, piensas negarme. —Besos. Boca. Jimena dirigió todas sus atenciones hacia allí con un inapreciable suspiro de anhelo. ¡Cuánto le había echado de menos! ¡Cuántas veces había estado tentada a correr hacia sus aposentos para consumir el casamiento! Solo la sombra del engaño le había impedido hacerlo—. Pero no estoy aquí para eso. De momento.

—¿Y entonces?

Martín le acarició la mejilla sin dejar de sonreír y le mostró la impecable túnica blanca elegida para la ceremonia.

—Voy a tener el placer de vestirte —canturreó, sentándose en el colchón para colocar a Jimena entre sus piernas, de cara a él—. Ya me ocuparé luego de desvestirte.

—Veo que te manejas con destreza.

—He practicado mucho.

—Si pretendes conquistarme alardeando de otras hazañas amorosas vas errado, espadero.

—¿Así que tengo posibilidades de conquistarte?

—Respóndete tú mismo —murmuró ella con sequedad, empujando los músculos de su pecho sin ningún resultado.

—Es bueno que yo presuma de mi experiencia —siguió él, inmune a sus cuchicheos—. Tanto como que tú presumas de lo contrario.

—Pero ya no puedo hacerlo. Por eso estamos aquí. —Martín levantó la vista para comprobar que la tristeza de Jimena era genuina. Se puso en pie, con una mano posada en la estrecha cintura—. ¿Desde cuándo tenías planeado esto?

—Desde siempre, Jimena. Y por el tiempo que Dios decida —confesó con rotundidad, abarcando con la palma de su mano la mejilla tersa para ofrecerle algún tipo de consuelo. ¡De nuevo condenación! Prefería mil veces verla terca y desafiante que con aquel aire de derrota que le rompía por dentro—. Les diré a Sabina y a Sol que terminen su tarea. El hermano Bermudo nos espera.

Ahí fue cuando vio cómo la alegría del hombre daba paso a una triste desolación, justo antes de desaparecer tan abruptamente como había aparecido.

Jimena no se alegró por haber salido aparentemente vencedora de aquel duelo de voluntades. Las siervas volvieron al instante para terminar de prepararla, pero ella apenas les prestó

atención. Solo una frase flotaba en el ambiente, llenándolo de oscuras reminiscencias:

«Desde siempre, Jimena. Y por el tiempo que Dios decida».

Cuando ella hizo su aparición, todos los presentes callaron.

Avanzaba con la cabeza cubierta por un velo blanco que se sujetaba con una corona de flores. Varios mechones dorados asomaban por la cintura, adornada por un amplio cinturón que marcaba sus sinuosas curvas cayendo hacia el centro de sus muslos.

Estaba impresionante. Martín la miró completamente arrobado, olvidándose de la impaciencia y la incertidumbre. La tomó de la mano cuando llegó a su altura e hizo un gesto al fraile para que comenzara el casamiento.

A través de las espesas pestañas, Jimena contempló el perfil orgulloso de Martín. Derrochaba felicidad. Sus dedos firmes abarcaban los de ella sin darle la posibilidad de apartarse, aunque tampoco pensaba hacerlo.

Se encontraba demasiado absorta en su contemplación como para intentarlo siquiera. El efecto de la túnica corta de color granate cubriendo su imponente planta, con las calzas gris oscuro enfundando sus fuertes piernas, quitaba la respiración. Era puro músculo y potencia, contenida bajo una enorme capa de ternura que no dejaba de prodigar a través del tacto de sus dedos.

No la miraba, pero la abrasaba como si lo hiciera.

—Prometo convertirme en tu esposo. Amarte, protegerte y honrarte hasta el fin de mis días.

Las solemnes palabras de Martín la arrancaron de su trance. Ahora sí la miraba, con aquel verdor de sus ojos similar al que cubría los campos del valle de Laciana en primavera. Le hacían añorar su hogar, y a un tiempo sentirse en él. Sí. Esos ojos evocaban el olor a leña quemada, a trigo recién cortado, a sangre y a libertad. Brillantes e inquisitivos, buscando la única respuesta posible.

—Prometo convertirme en tu esposa —recitó ella, sin poder resistirse al temblor que la sacudió por dentro—. Amarte y honrarte hasta el fin de mis días.

La deslumbrante sonrisa de Martín amenazó con desarmarla cuando se acercó a su oído.

—Recuerda que las promesas se cumplen, Duende —le susurró. Antes de que pudiera responderle, sintió la punta de una lengua recorriendo el lóbulo de su oreja con disimulo, y todo afán de resistencia desapareció.

Vibrando de anticipación, Jimena se dejó conducir por él hasta la mesa donde los esperaba un banquete a base de carne de ternera y diversas aves, hortalizas y pan blanco. No lo probó. Solo le contemplaba, inmersa en una nube de la que ni siquiera la melodiosa voz de un juglar, contando las hazañas del señor de Castromoros, consiguió sacarla.

La música comenzó a sonar en ese momento. El hermano Bermudo se apresuró a sentarse junto a los recién casados; Félix y el resto de guerreros ocuparon sus lugares, más alejados de los señores, y la servidumbre hizo lo propio. Comerían en la misma sala, pero no compartirían los succulentos platos.

Sabina observaba a su señora con un aire bastante más crítico. Suspiró y meneó la cabeza.

—Ya están unidos ante Dios —murmuró para sí misma, preguntándose qué lugar ocuparía Ansur—. Que disfruten, ellos que pueden.

—Poderse siempre se puede, mujer. Tanto si hay casamiento como si no.

¡Así que el capitán estaba allí, justo a su lado! Mirándola insinuante, a la espera de una respuesta.

Sabina arrugó la boca y puso los brazos en jarras. ¿Qué se creía aquel mentecato? ¿Que podía disponer de ella cuando se le antojara?

—No.

La simple palabra logró arrugar el poblado ceño de Ansur. Emitió un sonido parecido al gruñido de un oso y se rascó la barba.

—Es lo único que llevo escuchando desde aquella primera vez. ¿Por qué no?

—Eres demasiado viejo.

—La vida militar es dura. —Si se trataba de una cuestión de edad, el asunto podría arreglarse. Ansur hinchó el pecho como si fuera un joven macho a punto de batirse por su hembra—. Pero te aseguro que apenas he rebasado la treintena. Hora de sentar la cabeza.

Antes de darle la oportunidad de soltar su lengua viperina, la arrastró hasta Martín y Jimena, que los miraron asombrados.

—¿Se puede saber qué estás diciendo? —replicó Sabina entre dientes.

—Si no quieres volver a concederme tus favores antes de casarte, lo harás después. Mi señora —dijo, dirigiéndose a Jimena—, solicito permiso para desposar a vuestra sierva Sabina. Mi señor, deseo tomar a esta mujer como mi compañera hasta el fin de mis días.

Los ojos de Sabina se abrieron tanto que estuvieron a punto de salirse de sus órbitas.

—Ansur, ¿estás seguro de que eso es lo que quieres? —preguntó Martín.

—Nunca he estado tan seguro de algo.

—¿Y tú, Sabina? ¿Le aceptas? —añadió Jimena.

Sabina enrojeció cuando se dignó a mirar la cara barbuda que tenía al lado. ¿Casarse? ¿Con él? ¡¡Uuuffff!!

—Conmigo tendrás un buen porvenir, amor y una experiencia en el lecho de la que pocas pueden presumir —añadió Ansur, mostrando una sonrisa jactanciosa—. Aunque eso ya lo has comprobado.

Sabina resopló con cualquier cosa menos con vergüenza por el comentario. Era demasiado...

Brusco. Salvaje. Carente de toda delicadeza. Y perfecto. Fogoso, leal. Noble y bueno.

—Tendré que aceptarte, qué remedio —protestó, poniendo los ojos en blanco y adoptando una pose de suficiencia, que se desmoronó en cuanto Ansur lanzó un alarido de victoria y la besó delante de quien quisiera contemplarlo.

—De un casamiento suelen salir otros —murmuró Martín, alzando el vaso en su dirección—. ¡Que seáis tan felices como pienso serlo yo!

Una oleada de vítores le secundó. Ansur y Sabina desaparecieron, y Martín volvió a su principal entretenimiento: contemplar a su distante y gélida esposa, que hacía verdaderos esfuerzos por no descomponerse.

—Deberías mostrar más entusiasmo —le susurró, divertido al comprobar que ella se tensaba ante su simple cercanía—. Algo parecido a lo que me regalaste en la cabaña estaría bien.

—No me obligues a mentir, espadero.

—Es bueno que comprendas que ninguna de tus frases cortantes me apartará de mi objetivo,

niña —rio por lo bajo.

La noche de bodas. La intimidad y un goce que ya había empezado a conocer, de la mano del hombre al que deseaba con desesperación.

La angustia le hizo contener la respiración, mientras Martín continuaba bebiendo y comiendo. ¿Cómo habían llegado a ese distanciamiento después de los momentos compartidos?

Jimena prefirió dar esquinazo a la respuesta y le dirigió una mirada que hubiera congelado el vino que rebosaba el vaso.

La sonrisa devastadora de Martín se ensanchó, provocando que ella no pudiera probar bocado. El estómago se le había cerrado con la misma facilidad con la que su mente se abría ante la inminencia de lo que vendría a continuación. Tampoco participó de la fiesta. Las horas se le hicieron siglos y a un tiempo minutos. No pudo precisar cuándo decidió que había llegado el momento de aceptar su destino. Aprovechó que Martín parecía dejarla momentáneamente de lado y se deslizó como una sombra rumbo a sus aposentos, seguida de Sabina y Sol. Permitted que las siervas la arroparan, cubierta tan solo con su camisa, y comenzó a temblar cuando se quedó sola.

Él tardaría en acudir, seguro. Parecía encontrarse muy a gusto riendo y bebiendo con los suyos. A lo mejor ni siquiera se había dado cuenta de su ausencia. Podría dormirse antes de que apareciera. Si Martín la veía así, aplazaría la consumación del casamiento para otro día. O para otro año.

Como si fuera un sacrificio a algún dios pagano. Así se sentía cuando Martín irrumpió en los aposentos y cerró la puerta. Permaneció ante ella dominando su respiración agitada. Había corrido para llegar en el momento adecuado. Tenía el rostro congestionado. Los ojos desenfocados centelleaban por el deseo reprimido, pero algo no iba bien. Se acercaba tambaleándose, como si...

—¡Estás borracho! —protestó Jimena, arrugando la nariz cuando él se sentó en el borde del colchón.

—¿Creías que no me iba a dar cuenta de que te habías ido? —le reprochó Martín con voz pastosa—. Llevo mucho tiempo soñando con este momento... Pero ahora que ha llegado no sé qué pensar.

—Algo ha debido de pasarte para que cambies de opinión.

—¡Tú eres lo que me pasa! ¡La dulzura de tus ojos, el sonido de tu voz, el olor de tu piel y tu indiferencia! —gritó, frotándose la cara—. Tú eres mi mayor tormento, Jimena. Por eso he bebido. Esperaba perder el sentido antes de reclamar mis derechos a la fuerza.

—¿Pensabas obligarme, espadero?

—Pensaba que no haría falta, pero estaba equivocado. Ahora soy yo quien está por encima de ti, niña.

Martín cabeceó con tristeza y se mesó los cabellos, emitiendo un quejido de impotencia que la contagió. Luego acercó su rostro con la clara intención de besarla, para contenerse a medio camino.

Aguardaba su permiso.

—No recibirás nada voluntariamente —sentenció ella, con el corazón muerto y los ojos inundados en lágrimas que contuvo con firmeza.

—Esperaré.

—Te cansarás de esperar.

—La fortuna siempre sonrío a los audaces. Mi paciencia supera tu terquedad, Duende.

Sin que mediaran más palabras, Martín la tomó de los hombros y la obligó a abrir la boca, a recibir los envites de su lengua y a corresponder en la misma medida. Pero cuando eso sucedió, la abandonó jadeante. Con los ojos cerrados, la cabeza inclinada hacia atrás y la boca temblorosa.

Jimena se decidió a abrir los párpados para encontrárselo de pie, señalándola con un dedo acusador.

—Reconocerás lo que acabas de sentir —continuó—. Tal vez no esta noche, ni mañana. Pero lo harás.

—¿No vas a consumir el casamiento?

—No, salvo que tú lo quieras así.

—Me estás pidiendo...

—Eso mismo. Tu conformidad.

—¿Sin ánimo de venganza si la respuesta no es de tu agrado?

Martín rio muy quedamente, desplegando todo su encanto.

—No necesito vengarme para tenerte jadeando debajo de mí —susurró, moviendo los labios tan despacio que Jimena comenzó a desear tenerlos sobre su piel—. Adelante.

Ella desconfió. ¿Sería una trampa? ¡No! Le daba una oportunidad, y la aprovecharía.

—Entonces permaneceré fuera de tu alcance —decidió con toda la dignidad que le quedaba—. Aún estoy demasiado resentida.

—«Aún» no quiere decir «siempre». Respetaré tu decisión hasta que la cambies.

—¡P-pero me has besado! —exclamó Jimena, con la decepción escapándose por la boca antes de que pudiera contenerla.

«Muy bien. También puedes llorar. Es lo que te falta para que suene a súplica».

—Si deseas que siga haciéndolo, solo tienes que decirlo —insinuó Martín.

Se inclinó como si fuera un gato a punto de atrapar al ratón. Jimena retrocedió. No podía escapar a sus intenciones, ni al influjo de su atractivo, ni tampoco a su avasalladora presencia.

¿Le deseaba? ¡Sí! ¡No! Bueno, solo un poco. O mucho...

Dejó de lado las suposiciones en cuanto vio la tormenta que comenzó a desatarse en Martín. Se había apartado con una mezcla de culpa y desinterés. ¿Y si ya no le gustaba? ¿Y si solo se había casado con ella para martirizarla?

—¿Qué quieres de mí? —preguntó en un susurro.

—Poca cosa. Solo que reconozcas que mis manos y mis labios son capaces de llevarte al delirio —afirmó Martín, encogiéndose de hombros—. Que aceptes que soy tan importante para ti como el aire que respiras, como el sol de la mañana o como el agua del río. Ansío tu cuerpo, Jimena, pero aspiro a conseguir tu corazón, tu alma y tu vida entera. Esperaré hasta que seas capaz de entregármelos.

Acababa de desnudar su alma al completo, pero no se quedó a comprobar el resultado y se marchó antes de que su firme voluntad se quebrara. ¡Todo era culpa del vino! La había besado, y hubiera continuado haciéndolo hasta que el día sucediera a la noche. Mucho más allá, incluso.

¡Condenación, condenación y condenación! ¿Qué le había dado aquella mujer para no ser capaz

de tomar lo que ella debía otorgarle?

Sencillo. Si la forzaba, a la mañana siguiente comenzarían unos reproches que podrían durar toda una vida, pero tampoco quería ver cómo los ojos azules le llamaban en silencio pese a que sus palabras le rechazaban, ni oler su perfume de hembra bien dispuesta.

Necesitaba aire fresco.

Salió en busca de un espacio abierto con tanta urgencia que no se percató de que Sabina y Sol contemplaban su aparente espantada.

—Mi señora terminará siendo una pobre mujer llena de desdicha —comentó la primera, sacudiendo la cabeza con aire apesadumbrado.

—Me encantaría ser tan pobre como ella —respondió Sol—. Y también tan desdichada, si tengo a mi lado a un hombre así.

Sabina la miró con recelo. Los vuelos de aquella muchacha sobrepasaban alturas sagradas, pensó. Tendría que hablar con Jimena al respecto.

—De eso no me cabe duda —comentó con los ojos entrecerrados. Sol no dejaba de mirar las escaleras que Martín acababa de bajar—. Pero, por ahora, solo eres una sierva que sueña despierta.

—A veces los sueños se convierten en realidad.

—Ese hombre ya tiene dueña.

—Una dueña que no sabe o no quiere complacerle, como has podido comprobar.

—Eso no nos importa —insistió Sabina con un bufido—. Deberías buscarte a otro.

—¿Por ejemplo?

—Félix. No me preguntes por qué, pero parece interesarle hasta el punto de acceder a un conveniente casamiento. Piénsalo, Sol —añadió, antes de decidirse a darle la espalda—. Sería una buena manera de no codiciar lo ajeno.

¿Lo ajeno? ¡Jimena de Medina era la intrusa! Martín había sido suyo antes que de ella. Y, a tenor de los acontecimientos, no parecía que su señor estuviera muy dispuesto a seguir perteneciéndole.

Aquella era su oportunidad.

Canturreando la melodía que aún resonaba en el salón principal, Sol siguió los pasos de Martín.

19

«Si sigues así, le alejarás de tu lado».

—Mejor. Es un borrico.

«Es un guerrero que lucha por lo que quiere. Aunque no le va a hacer falta esforzarse demasiado. No haces más que suspirar por él».

Jimena se levantó y comenzó a pasearse por la estancia, totalmente fuera de sí. ¡Suspirar por él! Sería más fácil verla ordeñar una vaca que oírle reconocer semejante despropósito.

—No es verdad —afirmó, mirando al frente y golpeando el suelo con la punta del pie.

Sí que lo era. Cada uno de sus suspiros llevaba su nombre. Y cada uno de sus pensamientos, deseos e incluso desengaños.

«Estás más que satisfecha por el desenlace de las cosas. Solo te molesta la forma en la que se han llevado a cabo».

—Que ya es bastante.

«Podría haberte obligado a cumplir y no lo ha hecho. ¿Eso no te dice nada?».

—Sí. Que teme la reacción de Hernán si me pone un dedo encima. Me dijo que, a pesar del casamiento, él no tendría potestad sobre mi persona.

«Está esperando que tú des el primer paso, pero si no lo haces pronto, ¡otra lo dará en tu lugar!».

—¿Y qué? Es normal que un hombre retoce con las siervas, por mucho que tenga una esposa.

«Ya. Lo que no es tan normal es que esa esposa esté celosa. Y esa sierva conseguirá su objetivo a menos que te muevas...».

Jimena volvió a ponerse en pie con el corazón acelerado y la sangre revuelta. ¿Se atrevería a tomar a Sol por despecho?

«No sería despecho, sino pura necesidad. ¡La misma que te corroe a ti! ¡Pero eres tan orgullosa que no vas a rebajarte ni siquiera ante esa posibilidad!».

El mal ya estaba hecho con el casamiento. Lo que le rondaba en la cabeza, aquello por lo que cada fibra de su ser suspiraba, era una consecuencia inevitable y totalmente legítima, así que ¿por qué resistirse?

Iría a sus aposentos. Hablaría con él, y luego dejaría que la naturaleza siguiera su curso.

Jimena atravesó el espacio que separaba ambas estancias de puntillas, pese a que todo el mundo se hallaba todavía en plena celebración. Se coló en los aposentos de Martín, pero no le encontró allí.

Más nerviosa de lo aconsejable, se acercó al fuego que llenaba la chimenea para calentarse las

manos. A su alrededor todo era orden. Un escudo impoluto y un arco con un carcaj lleno de flechas se apoyaban en la pared de su derecha. Sobre la repisa de la chimenea, una pequeña caja de madera decorada con motivos florales llamó su atención.

Aunque no más que el arcón, a los pies del lecho, que guardaría la ropa de Martín. Su olor. Jimena se dirigía hacia él cuando le sorprendió el sonido de una sugerente risa femenina.

La sangre se le heló. Era Sol, sin duda. Susurraba algo ininteligible y era respondida por la voz grave de Martín mientras se acercaban a la puerta, dándole apenas tiempo a acurrucarse detrás del arcón.

—Oh, mi señor... Sois tan fogoso, tan complaciente... Os he echado tanto de menos...

El enorme cuerpo de su esposo se apoyaba casi al completo en Sol. Jimena se atrevió a asomar la nariz lo justo para comprobarlo y taparse la boca.

Ninguno parecía haberse dado cuenta de su presencia. Hubiera querido salir de su escondite para gritar su furia por lo que estaba viendo, pero la estupefacción la mantenía paralizada.

Un ruido sordo la obligó a mirar de nuevo. Martín había caído de espaldas sobre el colchón, y Sol estaba a horcajadas sobre él. Se quitó la túnica de sierva y, cuando estuvo completamente desnuda, comenzó a contonearse como si fuera una serpiente.

—Sol, Sol... ¿Qué haces?

—Daros placer, mi señor. Salta a la vista que lo necesitáis. Vuestra esposa no es tan ardiente como yo.

—Mi esposa... es...

—No padezcáis, mi señor. En mí tendréis lo que deseáis.

Martín murmuró algo que Jimena no pudo entender, por mucho que alargó el cuello arriesgándose a ser descubierta.

Pero no había peligro. Sol permanecía de espaldas a ella. El resplandor de las llamas le permitía ver la escena al completo. Los contoneos de la sierva eran cada vez más insistentes y profundos, y la respiración de Martín, más espesa.

Jimena sintió tal grado de repugnancia que temió vomitar allí mismo. ¿Por qué había tenido que ir, para confirmar lo que sabía que podría terminar sucediendo?

Sol echó la cabeza atrás con un largo gemido de gusto. Por un angustioso momento le pareció que sus miradas se encontraron. Que ella le restregaba su victoria en la cara antes de que Jimena volviera a su escondite.

Temblaba de celos. La ira la dominaba hasta impedirle respirar y las lágrimas le abrasaban los ojos, pero volvió a asomarse con cautela. Distinguió las manos de su esposo alrededor de las caderas de la sierva. Por lo que podía apreciar, ni siquiera se había quitado las calzas al completo. ¡El muy...!

Avanzó a gatas hasta la salida sin quitarles la vista de encima. Hubiera sido aún más humillante verse sorprendida en aquella postura, pero los amantes parecían completamente entregados a su cópula.

Cuando consiguió abandonar el cuarto, corrió hacia el suyo sin contener el violento llanto que la sacudía. Se dejó caer sobre el colchón y lo golpeó hasta que se quedó sin fuerzas para seguir.

Nunca imaginó que aquello pudiera dolerle tanto. Sentía un terrible vacío en el pecho y en el alma que no se fue ni siquiera bloqueando las imágenes que acababa de presenciar.

«Demasiado tarde. Podrías ser tú la que en estos momentos estuvieras gozando de él, pero tu terquedad solo te ha proporcionado esto».

Jimena gritó de rabia. Su mayor error había consistido en intentar sacarse de la cabeza lo que no podía arrancarse del corazón.

Porque aquel desalmado se había incrustado en él y no se iría con tanta facilidad. Añoró su calor, su presencia. El sonido envolvente de su voz. La profundidad de una simple mirada y el poder devastador de sus caricias y sus besos.

¡Y pensar que había estado a un paso de entregarse a él voluntariamente...!

Se dijo que aquellos escarceos eran normales. Que no debía considerarlo ni siquiera una afrenta porque ella estaba varios peldaños por encima de la sierva, pero aquello no disminuyó el escozor.

Tenía los ojos hinchados por las lágrimas cuando, tiempo después, se incorporó con una nueva determinación. Atrás quedaba la niña inocente. Ahora todos verían a la mujer. Martín sería el primero. Si ella sufría, él no lo haría menos.

Erigiría un muro a su alrededor tan infranqueable que ni siquiera el fuego de unos ojos verdes conseguiría derribar.

Después se ocuparía de Sol.

—Rosaura, ¿cómo puedes ser tan buena en esto? ¡Es imposible ganarte!

La niña elevó los brazos en señal de victoria cuando la chapa, un pequeño disco de metal, dio en el blanco y derribó la tanga, una pieza de madera cilíndrica colocada a cierta distancia para probar la puntería de los jugadores.

—Mi señora, ¿no os distraigo lo suficiente? —canturreó, volviendo a colocar el objeto en su posición original antes de correr hasta donde se hallaba Jimena—. Se os ve un poco triste. ¿Mi señor no os complace?

—¿Qué clase de pregunta es esa? ¡Venga, empecemos una nueva partida!

El entusiasmo de Rosaura la ayudó a salir de su asombro. ¿De verdad aquella niña tenía la edad que aparentaba? ¡Señor de los cielos! Si ya hablaba con ese desparpajo, ¿qué no haría cuando llegara a la madurez?

—¡Os toca, mi señora!

Jimena lanzó la chapa sin ningún resultado. El popular juego infantil no la entretenía lo suficiente. Tampoco la cháchara incesante de Rosaura. Algo que buscaba casi con desesperación en los últimos tiempos. Y todo porque su peor pesadilla se había convertido en realidad.

Dos semanas. Ese era el tiempo que la separaba de su infernal noche de bodas, y desde entonces apenas había visto a Martín. Se había cuidado mucho de no encontrárselo, aunque el férreo entrenamiento militar que le ocupaba durante el día ayudaba bastante.

Ella marcaba la distancia, pero él parecía aceptarla sin problema. La ignoraba. No tenía intención de castigar su desafío, ni suplicaba sus atenciones. Ni siquiera parecía interesado en proporcionárselas en contra de su voluntad.

Había llegado a la hiriente conclusión de que no le importaba su suerte. En absoluto.

Con Sol era otra cosa.

La sierva no temía las represalias; se sentía con la seguridad de la hembra que retiene al macho gracias a una experiencia de la que Jimena carecía.

Debía hacerla desaparecer de la vida de Martín, pero ¿cómo? Se había pasado la mitad de las noches sopesando posibilidades, y la mitad de los días desechándolas por absurdas o arriesgadas.

Una de las dos sobraba, y ella sabía quién era.

—¿Puedo llevarme a Rosaura, mi señora? La necesito.

Jimena salió de sus elucubraciones para darse de bruces con Sol y su gesto falsamente humilde.

—Ve con tu madre —concedió.

Rosaura obedeció a duras penas. En cuanto estuvieron a una distancia prudencial, Sol la agarró por el brazo para arrastrarla con ella a uno de los recovecos de la muralla, donde nadie pudiera verlas.

—No te conviene acercarte tanto a doña Jimena —advirtió con un odio tal que Rosaura comenzó a temblar—. Pronto perderá el favor del señor.

—Pero ella es buena conmigo, madre. Y también contigo. No entiendo.

—Esto te ayudará a entender. —A Sol no le tembló la mano con la primera bofetada, ni tampoco con el resto de golpes propinados a su hija, hasta que esta solo fue un bulto lloroso que se encogía en el suelo para evitar el resto del castigo—. Si no te apartas de ella, recibirás mucho más. No consentiré que nadie se interponga en mi camino. Y tú, menos que nadie.

Como si no hubiera sucedido nada, se alisó la túnica y miró a su alrededor para asegurarse de que Jimena no la había visto, antes de marcharse.

Pero Jimena no veía ni oía otra cosa que no fuera a Martín. Vislumbró una parte del cuerpo de su esposo ensayando un lento movimiento con la espada de la mano de Ansur, y el corazón le dio un vuelco.

No podía evitarlo. Reaccionaba así cada vez que le veía, cada vez que le llamaba en silencio y cada vez que él parecía corresponder a la llamada, como en aquel instante en el que se volvió para sonreírle.

¡Le sonreía! ¡Como si no hubiera un foso entero entre ellos! Después inclinó la cabeza respetuosamente y siguió con sus ocupaciones militares.

—Él os ama, mi señora.

Jimena se sobresaltó al escuchar tras ella la voz queda de Sabina.

—Él ama a otra —confesó sin tapujos.

—Deberíais diferenciar entre amor y enamoramiento.

—¿Tan distintos son?

Se dejó llevar hacia donde momentos antes habían desaparecido Sol y Rosaura. La niña ya no estaba, pero su madre parecía disfrutar de la compañía de Félix.

—Los hombres buscan el amor fuera del matrimonio —siguió Sabina, señalándolos como si fueran un ejemplo que seguir—. En cuanto al enamoramiento... Ese debería correr por vuestra cuenta.

—De nada me servirá si él visita el lecho de otras.

Sabina no respondió de palabra. La llevó hasta la pared de la torre, desde donde pudo contemplar cómo Félix cargaba con el cántaro de Sol. Cuando intentaba acercarse, ella se

alejaba, pero no se marchaba.

—Félix está enamorado de Sol —le dijo.

—Y ella coquetea con él. ¿Por qué le alienta para luego rechazarle?

—Porque está en su naturaleza. Félix le atrae por su físico, su bondad y sus atenciones, pero Sol apunta más alto. Necesita que alguien le haga ver la realidad.

Jimena sonrió con maldad. Ella era ese alguien. Acababa de comprender las enseñanzas ocultas de Sabina.

—Si no podéis impedir que vuestro esposo acuda a otro lecho, al menos aseguraos de que esté ocupado cuando lo haga —continuó la sierva, con una chispa maliciosa en sus ojos antes de alejarse—. Sois más bella que ella y mucho más inteligente, además de contar con ventajas de las que Sol jamás podrá disfrutar. Solo tenéis que sacar partido de ellas.

Jimena observó a Sol. Después a Félix.

El diablo le cuchicheó al oído. Y decidió hacerle caso.

20

Jimena tardó varias horas en pergeñar un plan que resultara mínimamente convincente, y casi medio día en reunir la valentía suficiente para poder plantarse delante de Martín sin que pareciera que se arrastraba mendigando sus favores.

Cuando se decidió le encontró solo en la sala, a punto de tomarse un cuenco de caldo que dejó inmediatamente sobre la mesa para ponerse en pie y recibirla con una radiante sonrisa.

Muy lejos de la reprimenda esperada por no querer compartir con él ni siquiera la comida. ¿Es que nunca iba a padecer tal y como ella hacía?

—Mi bonita y orgullosa esposa se ha dignado a hacerme una visita —canturreó—. ¿A qué debo el honor? ¿Vienes a decirme que soy bienvenido en tu lecho? ¿Que me echas de menos? ¿Que sueñas conmigo?

Sí a las tres cosas. Jimena tomó aire y levantó la frente hasta donde le fue posible.

—Déjate de juegos, espadero. Tenemos que hablar, pero no de nosotros.

—Juegos son los que tú practicas con Rosaura para distraer tu sentido de culpa, niña. Lo que ambos sentimos es serio.

—Desde nuestro casamiento no puedo dar dos pasos seguidos sin vigilancia —replicó Jimena, olvidando deliberadamente lo que acababa de escuchar—. Rosaura siempre está a mano para entretenerme.

—Cumple con su cometido, como el resto —se limitó a responder Martín.

—¿Tú también lo haces cuando sigues todos mis movimientos?

—Es simple observación y pura diversión —aclaró él sin abandonar su expresión risueña—. Pero ya ves; pese a no mereértelo, estoy dispuesto a escucharte.

Jimena dudó. Se retorció las manos y paseó su nerviosa mirada por cada rincón de la estancia, buscando la mejor manera de encarar el tema. Debía resultar convincente para que Martín accediera, sin sospechar de sus intenciones.

—He visto que a Félix le agrada Sol —soltó—. Y a ella no parece resultarle indiferente ese agrado.

—¿Ahora ejerces de casamentera, o son los celos los que te hacen marcar el territorio?

Si Jimena se hubiera envarado más, habría acabado partiéndose por la mitad.

—Simple observación y pura diversión —murmuró, repitiendo sus palabras.

—¿Por eso te has tragado el orgullo y has venido a mí? Muy importante debe de ser, cuando no te ha importado encontrarte con esa azotaina que tanto pareces necesitar desde hace días.

—¿Por qué voy a necesitar algo así?

—Porque tienes la osadía de negarme hasta la más mínima conversación —le reprochó él, arqueando las cejas—. Rehúyes mi presencia como si yo fuera el ser más dañino sobre la faz de la Tierra, sin temer que pueda comportarme como un esposo ultrajado.

—¿Tú eres el ultrajado?

—¿Acaso lo eres tú? —No había alzado la voz, pero la tensión era tan palpable que hubiera podido apartarla con la mano—. Dime, Jimena, ¿cuándo vas a terminar con esto?

Eso significaba que él no pensaba hacerlo. ¿Cómo debía tomárselo? Se sintió contenta y triste a un tiempo. Visto de ese modo, parecía la peor de las mujeres. Pero seguro que Martín no opinaría lo mismo si supiera que las visiones obscenas de su noche de bodas todavía la atormentaban.

—Ahora, de buenas a primeras, pretendes convencerme para seguir tus planes con un fin que comienzo a intuir —finalizó Martín, después de un sonoro suspiro—. Sí, no me mires así. Nunca has sabido disimular. Las emociones te dominan, Duende.

Eso debía de ser, porque Jimena tuvo que darse la vuelta para evitar su gesto burlón.

—Te equivocas —replicó con resquemor.

—¿Por eso hay tanta amargura en tu voz? Me hablas del interés de un hombre hacia una mujer como si te estuvieras refiriendo a sus funerales. —¡Oh, era imposible seguir aparentando indiferencia sin arrancarse las orejas para evitar oírle! Cuando Jimena se giró, una amplia sonrisa iluminaba la cara de Martín—. Pero nada es gratis.

¿Había escuchado bien?

—¿Buscas un pago por acceder al casamiento entre Félix y Sol? —preguntó ella, solo para asegurarse.

—Ah, que estábamos hablando de casamiento...

—¿De qué si no?

—De deseo, de atracción. De dar rienda suelta a las pasiones. Como tú y yo, ¿recuerdas? —Claro que lo recordaba. Su cara se puso tan roja que temió ver las llamas—. Si accedo a tu capricho...

—¡No es un capricho!

—¿Qué me darás a cambio? —continuó Martín como si tal cosa.

Un beso. Un dulce aliento. Todas las caricias que precisara.

Jimena dio un respingo, asustada por el rumbo de sus pensamientos. Él la estaba llevando a su terreno sin esfuerzo. Permanecía con los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión expectante que no disminuyó cuando vio cómo ella buscaba con desesperación la respuesta más conveniente.

—¿Qué pides? —le preguntó a su vez.

Martín le acarició la mejilla. Nada de aquello tenía sentido. Debería arrastrarla hasta sus aposentos para encerrarse allí durante días enteros y recuperar el tiempo perdido, pero su determinación era firme. No movería un solo dedo hasta que Jimena se lo pidiera.

—Por el momento me conformaría con una sonrisa —ronroneó increíblemente cerca de su boca.

Era tan poco lo que pedía, y lo había hecho de una manera tan dulce, que no fue ningún esfuerzo para ella complacerle. Había olvidado lo bien que se sentía a su lado, la seguridad que siempre la arropaba con un simple gesto.

Los labios se curvaron solos, con emoción...

Y volvieron a su posición original en cuanto él se apartó para dirigirse a la puerta.

—Así me gusta —afirmó, satisfecho de su logro—. Ahora mandaré llamar a Félix y a Sol. Afortunadamente, cuando ambos aparecieron, Jimena había recompuesto su fachada de dignidad.

—Mi esposa me ha advertido acerca de la mutua atracción que ambos sentís. ¿Es así?

A Félix se le iluminaron los ojos. Sin embargo, los de Sol parecieron querer fulminarla con la rapidez de un rayo.

—Pero, mi señor, después de su casamiento creí que...

—Precisamente —atajó Martín—. He visto que necesitas con urgencia a alguien que cuide de ti.

—Que te ame como tu señor me ama. —Jimena, que había permanecido un paso por detrás de su esposo, se adelantó. Él la miró ceñudo, pero no la reprendió—. Tú necesitas un esposo, y Rosaura un padre.

—¿Qué mejor candidato que un hombre que ha demostrado su interés por ti desde el principio?

Sol miró a uno y a otro alternativamente. Habían formado un frente común contra ella, pero no iba a quedarse de brazos cruzados. ¡Perra leonesa! Pronto sabría quién mandaba sobre él.

—Necesitas a alguien que te haga ver cuál es tu lugar —insistió Martín.

—Mi señor, nada me gustaría más que hacerla mi esposa —intervino Félix con entusiasmo.

—Entonces no se hable más. El casamiento se celebrará con el de Ansur y Sabina, dentro de tres días.

El rostro descompuesto de Sol fue lo último que Jimena tuvo el placer de ver antes de que ambos abandonaran la sala. Martín esperó para volver a acercársele. Quería estrecharla entre sus brazos y decirle que nada debía temer de Sol. Que su deseo solo había crecido con el paso del tiempo y que terminaría por destrozarle si no le ponía un pronto remedio.

—Has conseguido lo que querías —murmuró, llevándose la mano de su esposa a la boca.

Suficiente para que Jimena comenzara a enumerar los errores cometidos con Martín desde que había irrumpido en la sala: primero le había echado en cara todas y cada una de sus faltas. A continuación habló sin su permiso, además de...

—Te he gritado —concluyó en voz alta. La mandíbula de Martín se endureció, aunque por un motivo bien distinto del que ella suponía.

—¿Crees que voy a golpearte por eso, Jimena? —preguntó desilusionado—. ¿Cuándo he hecho algo semejante para que me temas de ese modo?

Nunca. Y debería conocerle lo suficiente como para saber que seguiría de igual manera. Jimena se atrevió a levantar el rostro sin abandonar su expresión cautelosa.

—Pero hace un momento te he interrumpido —añadió, señalando la puerta cerrada—. Algo que una esposa nunca debería hacer sin permiso.

—Eres inteligente, niña. Aprenderás antes de volver a errar.

—¿No vas a enfadarte?

—Estoy dispuesto a pasar por alto la osadía si me lo agradeces como es debido.

Solo entonces Jimena se dio cuenta de que su mano permanecía entre las de Martín. La retiró a duras penas. ¡Cómo deseaba agradecersele de la forma que él buscaba! Si el demonio de la

discordia dejara de recordarle los escauceos de Martín...

—Gracias —murmuró, antes de marcharse tan aprisa que le extrañó no tropezarse con la puerta.

En cuanto desapareció, Martín voló junto a la ventana más desolado que nunca. Sí, la espiaba, ¿y qué?, añadió con un gruñido. Resultaba cada vez más difícil mantener una imagen imperturbable cuando su interior rugía por ella.

Que Dios perdonara la forma en que la deseaba. Las largas noches en vela, controlándose para no forzarla a aceptar sus derechos como esposo.

Que Dios le perdonara aquel salvajismo contenido que le comía por dentro, porque si alguna vez se desataba, él no podría hacerlo.

Los gritos de Sol despertaron a Jimena al amanecer del día siguiente. Eran atronadores. Tan desgarradores que parecían inhumanos.

Tanto Martín como ella volaron hacia el patio de armas cuando los escucharon, para ver a la sierva en pleno centro con la melena negra alborotada, la túnica rasgada por varios sitios y la cara llena de golpes. Los brazos aparecían amoratados, y de entre sus piernas se escapaba un hilillo de sangre que desembocaba en el empedrado del patio. La muchacha caminaba sin rumbo; su mirada desquiciada no pareció reconocer a Martín cuando este la sujetó por los brazos para zarandearla con suavidad.

—¡Sol! —rugió—. ¿Qué ha pasado?

El escándalo había terminado por congregarse allí a todo el mundo. Jimena se agarró del brazo de Sabina con espanto, pero la sierva se limitó a sacudir la cabeza con expresión cansada cuando Sol siguió gritando y se dejó abrazar por el hermano Bermudo.

—Me... me ha atacado... —balbuceó, apoyándose en los gruesos hombros del fraile—. Yo no quería complacerle hasta después del casamiento, pero él me... ha forzado...

Jimena se tapó la boca. Todas las miradas se volvieron hacia Félix.

—¿Qué dices, mujer? —murmuró el instructor, dando un paso al frente—. ¡Yo no he hecho tal cosa! ¡Estás desvariando!

Sol gritó aterrada y se escudó en el enorme cuerpo de Bermudo.

—¡Aléjate de mí! ¡No te acerques! ¡Mi señor, os ruego que me protegáis de él! ¡No me obliguéis a desposarme! ¡No quiero!

—¡Dime quién ha sido para ajustar cuentas!

Félix alargó una mano hacia ella, pero Martín lo arregló con un soberbio puñetazo en la mandíbula que le quitó las intenciones.

—¡Prendedle y llevadle al salón! —ordenó—. ¡El juicio se celebrará de inmediato!

—¿Qué más juicio necesitas? —exclamó Bermudo, sosteniendo a Sol—. ¡No hay mejor prueba que su estado!

Martín no se dejó impresionar. Su instinto le advertía de que algo no andaba del todo como debería, por mucho que para el fraile fuera evidente. No sabía qué era, pero algún detalle se le escapaba.

—Lleváoslo —insistió, dispersando a todos los demás con un gesto de la mano—. Hermano, acompañad a la sierva. Tendremos que contar con su testimonio al igual que con el del

prisionero.

Félix no se resistió cuando Canuto y Celso le llevaron al salón, ante la atónita mirada de Jimena.

—¿Cómo ha podido hacerle eso? —murmuró a Sabina—. ¡No lo entiendo!

—¿Estáis segura de que ha sido él, mi señora?

Una bestia salvaje se había desahogado con Sol, sometiéndola a un brutal ataque. Por mucho que la odiara, no podía evitar compadecerse de ella. Nadie merecía ese trato. Pero le costaba tanto creer que Félix fuera esa bestia...

Tenía que confiar en Martín. Jimena dio dos pasos en dirección a la torre, cuando alguien tiró de su túnica.

—Mi señora.

Rosaura la miraba con terror, temblando de pies a cabeza. Posiblemente había presenciado todo.

¿Y si lo había presenciado todo?

—Pobre niña —se compadeció, inclinándose para secarle las mejillas—. Has tenido que sufrir mucho por lo que has visto.

—Mi señora, yo tengo la culpa —confesó ella, en medio de un llanto que parecía no tener fin.

—Ha sido un hombre quien ha forzado a tu madre, Rosaura, no tú.

—Ya lo sé. Yo lo he visto.

Y por la expresión con la que miraba la puerta de la torre con insistencia, no había visto a Félix.

Jimena frunció el ceño.

—Rosaura, ¿tú aprecias a Félix?

—Sí, mi señora. Él es bueno con madre y conmigo.

—¿Sabes lo que le harán si es declarado culpable?

La niña asintió. Sus ojos se oscurecieron por un temor que Jimena conocía bien.

—Soy la esposa de tu señor —proclamó, con toda la seguridad que pudo—. No pasará nada si me cuentas lo que has visto.

—Pero madre me castigará.

—No, si yo te protejo. —Después de lo que pareció una enconada deliberación consigo misma, Rosaura comenzó a sonreír—. ¿Nos lo contarás?

Dejó que Rosaura la alejara de la entrada de la torre y la llevara hasta el aljibe. La pequeña pareció pensárselo, pero finalmente sonrió.

—Lo haré por Félix, mi señora.

21

La sala estaba repleta y las puertas cerradas, pero ni Jimena ni Rosaura permanecían dentro.

¿Dónde se había metido su esposa? ¡Su deber era acompañarle, no enojarle hasta el punto de tener que contenerse para no salir en su busca!

Martín ocultó su furia y se centró en Sol, que permanecía en pie a duras penas, con la cabeza gacha y las manos enlazadas hacia delante.

—Comienza tu relato —la instó.

El silencio se hizo a su alrededor para acoger las temblorosas palabras de la sierva. Entre hipidos y sollozos, volvió a relatar con más detalle lo que había dejado entrever en el patio de armas. Solo cuando terminó su versión de los hechos, comenzó a aparecer un creciente murmullo de disconformidad que fue acallado por la mano elevada de Martín.

—¿Puedes decir algo en tu defensa, Félix? —preguntó sin moverse de su silla.

—¡Todo, mi señor! —exclamó el instructor, lanzando furtivas miradas de incredulidad a Sol—. ¡Soy inocente de todos los cargos! ¡Esta mañana ni siquiera he visto a Sol!

—¿Hay alguien que pueda confirmarlo?

Casi deseó que así fuera. Félix miró a los que habían sido sus compañeros en el viaje a Castromoros. Su camaradería hubiera bastado para que mintieran por él, pero era evidente que no quería ponerlos en esa tesitura.

Al fin levantó la cabeza.

—Estaba solo, mi señor —proclamó con dignidad—. Solo puedo apelar a mi palabra para esperar que me creáis.

Martín apretó los dientes y miró de reojo al hermano Bermudo, que ocupaba un lugar a su derecha. El viejo fraile asintió con pesar. Era su palabra contra la de Sol y el aspecto lamentable que mostraba. Y frente a él, un montón de rostros expectantes aguardaban a que hiciera justicia.

No le quedaba otro remedio que aplicar la ley con equidad.

—En ese caso, esta es mi sentencia —comenzó, haciendo un esfuerzo para que la voz no le temblara—: Siguiendo los usos y costumbres del lugar ante casos semejantes, ordeno que el acusado reciba cien latigazos. Después, le serán amputadas las manos con las que cometió el delito. El castigo se llevará a cabo delante de todos, a modo de escarnio y advertencia.

—¡No puedes hacer eso!

Todos los presentes se volvieron al ver a Jimena entrar en la sala con paso firme y Rosaura de la mano. Martín se levantó de su asiento, dispuesto a acallar las impertinencias de su esposa. Al parecer, nada había aprendido de su última conversación. ¿Cómo se atrevía a intentar imponerle

su absurda voluntad en público? Bastante duro le resultaba dictar sentencia contra alguien que había terminado por ganarse su confianza. No consentiría que una simple mujer le dejara en evidencia delante de medio Castromoros.

Pero la expresión grave de Jimena le hizo arrepentirse en el acto.

—Aún no has escuchado todos los testimonios —añadió ella en voz baja, una vez que estuvo a su altura. La mano que sostenía la de Rosaura la obligó a dar un paso al frente en dirección a Martín—. Ella lo ha visto todo. Tiene algo muy importante que decirte, pero tiene miedo.

Martín supo de inmediato el origen de los miedos de Rosaura y la apartó a un rincón, lejos de la influencia de su madre.

—¡No quiero que nadie más entre o salga de aquí hasta que esto no termine! —tronó, señalando la puerta. De inmediato los enormes cuerpos de Celso y Canuto bloquearon la salida—. Ahora ya podemos hablar, pequeña. Conmigo estarás completamente a salvo. —Martín se arrodilló para ponerse a su altura—. ¿Sabes lo que ha ocurrido realmente? —La niña asintió—. ¿Y Félix es el culpable?

Rosaura dedicó una fracción de segundo a mirar al descompuesto instructor. Cuadró sus delgados hombros, se echó atrás los despeinados rizos negros y se encaró con el grueso de los asistentes, agarrando la mano de Martín como si a través de ella fluyera el coraje que necesitaba.

—Madre está mintiendo —sentenció, sin mostrar temor alguno ante la fulminante mirada de Sol—. Félix no fue quien la atacó, sino Gatón, uno de los vigías de la entrada.

Ante aquella confesión, los murmullos acusadores se volvieron confusos. El aludido, que se encontraba entre los presentes, intentó escabullirse oportunamente, pero Ansur se lo impidió amenazándole con la espada.

—Rosaura, no sabes lo que dices —murmuró Sol—. Tú estabas dormida cuando...

—Estaba despierta, madre. Vi cómo hablabas con Gatón. Él te acompañó hasta el cuarto y os pusisteis a cuchichear, pero de repente, cuando quisiste que se fuera, te empujó sobre el colchón. Te golpeó gritando y...

No pudo continuar. Se agarró a la pierna de Martín y comenzó a llorar sin consuelo.

—Ya está, bonita. Ya está...

—¡Yo quiero a Félix! —Con los ojos enrojecidos, Rosaura miró a su madre, que a esas alturas estaba más descompuesta que ella—. ¡Es bueno y dice que te quiere! ¿Por qué le haces esto? ¡¿Por qué?!

Jimena asintió a los interrogantes y Martín se tragó una respuesta que conocía a la perfección. Con todo el peso de la responsabilidad sobre sus hombros, devolvió a la niña a Jimena y regresó a su lugar. A un simple gesto, dos guerreros más se unieron a Ansur para inmovilizar al tal Gatón, que comenzó a confesar sin pensarlo.

—¡Es una coqueta! ¡Me prometió sus favores, me provocó, y cuando quise cobrármelos por las buenas, me los negó! ¿Qué hubierais hecho vos, mi señor? ¡Decidme!

Martín no respondió. Solo parecía estar pendiente de Sol. No podía creer que fuera tan retorcida como para asegurarse su libertad de ese modo.

—A la luz de los nuevos acontecimientos, he de cambiar mi sentencia —comenzó—. Es tu propio atacante quien te acusa de mentir, sierva. ¿Te atreves a rebatirlo? —Los temblorosos labios de Sol se movieron, pero nada salió por ellos—. Así pues, tus lesiones fueron provocadas

por un hombre con el que, al parecer, coqueteaste para después rechazar.

Sol cayó de rodillas y se tapó la cara con las manos, asegurándose de que su llanto incontrolado era escuchado por todos. Todo su ardid había sido descubierto. No le quedaba otra salida que intentar despertar la compasión de Martín.

—¡Perdón, mi señor! —suplicó. Parecía a punto de desvanecerse. Sus temblores eran tan violentos que Martín pudo verlos sin necesidad de acercarse—. Solo quería evitar el casamiento. Se me ocurrió que si Félix me veía en compañía de otro hombre se desengañaría...

—Pero todo se te fue de las manos, ¿no es así? —Ante la falta total de palabras, Sol asintió, provocando un suspiro unánime—. ¡Mañana al amanecer se ejecutará la sentencia de Gatón! Contigo seré más benévolo. —Sol elevó los ojos esperanzada, pero enseguida los volvió a ocultar. La expresión de Martín distaba mucho de ser compasiva—. ¡He estado a punto de condenar a un inocente que solo aspiraba a convertirte en su esposa! Debo preguntarle si sigue manteniendo su intención después de lo sucedido.

Félix frunció el ceño considerando la nueva situación y se enderezó con toda su dignidad recuperada.

—Mi señor, me doy perfecta cuenta de que esta mujer está muy lejos de ser pura —comenzó con desprecio—. Pero Rosaura necesita un padre, y yo estoy dispuesto a serlo.

—En ese caso, esta es mi voluntad: te desposarás con Félix. Después de comprobar el empeño con el que has intentado eludir el compromiso, no habrá para ti castigo peor que ese. —Martín se levantó y recorrió con la vista a la silenciosa muchedumbre. Gatón ya se había resignado a su destino, y Jimena permanecía en un rincón, dedicándole tanta admiración a través de sus ojos azules que estuvo a punto de correr hacia ella y besarla hasta hartarse—. ¡Serás una esposa obediente, servicial y, sobre todo, fiel! Por otra parte, dada la bondad que ha demostrado tu futuro esposo, le otorgo un derecho absoluto sobre tu persona. Y cuando digo absoluto, quiero decir precisamente eso —añadió, bajando la voz cuando se acercó a Sol—. Si tu comportamiento no es el adecuado, él te impondrá el castigo que considere y tú lo acatarás, ¿entendido? Espero que esto te sirva de escarmiento. Los dos conocemos las razones que te han llevado a esto. Si vuelves a intentarlo, ordenaré tu ejecución sin que me tiemble la mano.

Gatón fue arrastrado a los calabozos, Félix desapareció con Rosaura y Sol fue auxiliada por el hermano Bermudo, pese a no merecérselo. Jimena permaneció en su rincón, observando cómo Martín se marchaba con pasos enérgicos.

Estaría dolido. Con los acontecimientos en general y con ella en particular. Esas fueron sus suposiciones mientras se apresuraba a seguirle. Pensaría que le había interrumpido con el simple propósito de avergonzarle delante de todos los asistentes al juicio. Sin duda estaría preparando un castigo también para ella.

¿Y si desaparecía tras las puertas de sus aposentos para evitarlo?

«Serías un cobarde. Y una mentirosa, porque lo que de verdad quieres es hablar con él. Ofrecerle un consuelo a su tormento y expresarle toda la admiración que has sentido al verle».

Sí a todo nuevamente. Jimena se arremangó la túnica y corrió tras él, aunque le resultó imposible seguir sus pasos. Cuanto más lo intentaba, con más rapidez caminaba Martín.

—¡Espadero! —gritó, pero solo obtuvo una mirada fulminante y unos pasos más largos.

La ignoraba porque estaba furioso con ella. Eso lo podía entender, pero ¿por qué tenía la

impresión de que pretendía humillarla delante de los guerreros que los observaban?

—¡Mi señor! —probó a llamar, con idéntico resultado—. ¡¡Martín!! —exclamó, en un último intento.

La transformación fue extraordinaria. Como si oír su nombre borrara lo ocurrido, él se volvió con una radiante sonrisa que no llegó a sus ojos.

—¿Me llamabas? —preguntó, ignorando las risas contenidas que comenzaron a escucharse a su alrededor.

—¡Acabas de ordenar que un hombre pierda sus dos manos! Eso si sobrevive a los latigazos. ¡He notado tu tensión! No es posible que ahora te muestres tan indiferente.

—Si buscas piedad, pierdes el tiempo. ¡Ya has oído la sentencia!

—Sin duda es merecida por ambas partes. No pretendo contradecirte, ni cambiarla.

Martín la miró perplejo. ¿No? Entonces, ¿para qué iba tras él, mordiéndose los labios como si quisiera convencerle de lo contrario?

—Te muestras demasiado humilde, niña —apreció, con los párpados entrecerrados—. ¿Qué buscas?

—Ofrecerte consuelo y apoyo por la decisión que acabas de tomar.

Jimena agachó la cabeza, pero los ásperos dedos de Martín la sujetaron por la barbilla para volverla a levantar.

—¿Es de verdad, o solo es una frase con doble sentido?

—¡Oh! ¡Por una vez, podrías pensar que soy sincera y admiro el modo en el que te has conducido, hasta el punto de alegrarme de...!

Antes de que el corazón se le inflamara de orgullo, Martín la arrastró hacia un hueco existente entre los dos arcos que conformaban la entrada principal a la fortaleza. Allí la acorraló con la potente presencia de su cuerpo para asegurarse de que nadie más podía oírlos.

—Ahora sí, Duende —murmuró—. Ahora puedes halagar mi vanidad cuanto gustes.

—¿Aquí? —Ella miró a su alrededor con desconfianza—. Es demasiado pequeño.

—Del tamaño justo para dos personas como nosotros.

—Cualquiera que pase por la puerta nos verá —replicó, cada vez más sofocada.

—Tendrían que asomarse demasiado para eso. En todo caso, descubrirían al señor de Castromoros seduciendo a su esposa. Nada de lo que tengamos que arrepentirnos a ojos de nadie.

—¿Susurras porque piensas seducirme?

—No me negarás que es excitante. —Martín le acarició el contorno de la cadera, provocando en Jimena un jadeo que se apresuró a contener—. Los susurros contribuyen a crear un ambiente más íntimo.

—Podríamos hablar en... —¿Dónde? No había lugar que la resguardara de las ardientes intenciones de su esposo—. En otro sitio más neutral.

—Tu sinceridad ha levantado demasiada curiosidad en las personas que nos rodeaban. En mí, has levantado otras cosas que no pueden esperar a ser ocultadas convenientemente. —Dejó caer una pequeña porción de aliento sobre su cara y se pegó más a ella, de modo que pudiera apreciar la verdad de sus palabras en toda su extensión—. Estoy aguardando, niña.

Jimena respiró hondo. Quería evitar verse afectada por la inesperada intimidad, pero solo consiguió que el olor característico de Martín le nublara la poca razón que le quedaba.

—He de decirte que no debí cuestionar tu autoridad de esa manera.

—No debiste, pero lo has hecho. Félix te lo agradecerá.

—Pero Gatón no. Y su esposa tampoco.

—Jimena, no sigas por ahí.

Ella le ignoró y buscó adrede su mirada. Martín comenzaba a dudar.

—¿Sabías que tiene una esposa, tres hijos y otro en camino? —insistió—. Sin manos, ¿cómo va a ganarse el sustento?

—Tenía que haberlo pensado antes de meterse en el lecho de Sol.

—Ella es una serpiente venenosa.

—Aun así.

Jimena compuso su gesto más lastimero y le acarició la mejilla.

—Fue débil, espadero —ronroneó—. ¿Acaso tú eres infalible?

No. Y con aquella súplica pintada en los ojos azules, menos.

—No voy a permitir que juegues conmigo, Jimena —susurró sin convicción alguna.

—No juego. Solo te expongo la situación para que puedas juzgar con más criterio.

—¿Me estás diciendo que no tengo criterio?

Jimena se mordió el labio inferior, y los ojos verdes relampaguearon. Tenía que escoger las palabras con cuidado.

—Te estoy diciendo que la grandeza de un señor radica en asumir sus errores con la majestuosidad de un rey —afirmó con humildad—. Si cambias la sentencia, no te mostrarás débil ante tus siervos, sino clemente.

Martín farfulló algo y apretó los dientes. No podía darle la razón, pese a que muy probablemente la tendría. Pero estaba tan hermosa suplicando... Tan serena mostrándole la verdad...

—De acuerdo —concedió a duras penas y antes de que el sentido común le obligara a retractarse—. Recibirá cien latigazos pero conservará las manos. ¿Satisfecha?

—Todavía no. —Otro vistazo al exiguo hueco le dio a Jimena una macabra idea—. ¿Es aquí donde traes a Sol para retozar con ella desde nuestra noche de bodas?

—Desde la ausencia de esta, querrás decir. —Martín alzó las cejas de un modo muy sugerente—. Aunque podremos retomar el asunto donde lo dejamos cuando tú quieras.

Estaba pisando un terreno farragoso. A un paso de confesarle lo que opinaba de sus líos amorosos. En cierto modo esperaba que negara las acusaciones antes de que se produjeran, pero él solo sonrió. Con mucha desvergüenza, pero con tanta dulzura que Jimena tuvo que apoyarse en el muro para evitar hacerlo sobre él.

—No voy a explicar a mi esposa la clase de urgencias que me han empujado a otras mujeres cuando ha sido necesario. —Con aire juguetón, Martín acarició su cuello con la punta de la nariz—. Si ella no las comprende, quizás es que no las ha disfrutado con la suficiente frecuencia.

—¿Y de quién es la culpa?

Se arrepintió de haber preguntado cuando vio el deseo oscurecer los ojos de Martín. Lo sintió en el calor que comenzó a desprender y en la firme presión que le asfixió ciertas y pudendas partes al recibir la contundencia de su excitación.

Él perfiló con los dedos las delicadas cejas, la pequeña nariz y la dulce barbilla. Resiguieron

la línea de los labios rosados hasta que estos se entreabrieron y los ojos azules se cerraron. Tenía la boca de Jimena a un palmo de la suya. La necesidad de besarla le devoraba el corazón, y ella esperaba ese beso. Por algo le temblaban los párpados y estiraba el cuello en su busca.

Pero si cedía, perdería, así que la apartó de golpe y le ofreció una sonrisa desmayada.

—Ignoro de quién es la culpa —respondió Martín, retomando la conversación y el control de la situación—. A lo mejor es de esa brizna que se te ha metido en los ojos. Por eso los cierras, ¿verdad?

—Una brizna... —¿De qué hablaba? Jimena parpadeó para terminar comprendiendo que se había mostrado débil ante los placeres de la carne, y él aprovechaba la situación para burlarse. Había vuelto sus pensamientos del revés de nuevo—. Así es, espadero —afirmó, poniéndose rígida y apartándole de un empujón—. Se ha levantado un viento molesto. Será mejor que regresemos.

No sin que antes oyera lo que debía decirle. Martín la agarró del brazo para obligarla a volverse hacia él. Ahora ya no sonreía. Parecía tan afectado como ella. Incluso más atormentado, si cabía.

—Escúchame bien, Jimena, porque solo lo diré una vez. Nunca he sido el juguete de mujer alguna; no voy a empezar ahora, por mucho que haya cedido a tus peticiones —afirmó—. Acabo de pasar uno de los peores tragos de mi vida al tener que condenar a un hombre por las intrigas de una sierva que merece lo peor. Me perteneces al igual que ella, pero serás tú quien exhale el primer suspiro de pasión. Quien me busque para conseguir aquello que te aplaque. —Nuevamente descendió hacia su rostro para susurrarle al oído—: Me desearás tanto como yo te deseo, pero solo obtendrás mis caricias y mis besos cuando seas capaz de admitirlo delante de mí. Pídemelo, Jimena. Es tan sencillo como eso.

Después se marchó tranquilo, como si nada hubiera sucedido.

Pero sí había sucedido, al menos para ella. Era cierto. Ella le pertenecía por derecho, pero él decidía no hacérselo notar. Cada vez pesaba más aquella pasión desenfrenada y menos la supuesta traición de Martín. Jimena estaba agotada de tanto negarse lo evidente, mientras que él se divertía; avanzaba dos pasos y retrocedía uno, esperando que ella diera el que quedaba.

Pues bien, lo daría. Aunque pudiera ser que ninguno terminara satisfecho con el resultado.

22

La sentencia a Gatón se hizo efectiva al amanecer del día siguiente. A partir de ahí, Rosaura pasó a la protección casi exclusiva de Jimena por miedo a las represalias. Dormía con Sabina, y dedicaba su tiempo a trabajar con ella.

Jimena solo veía a Martín a las horas de las comidas, y estas transcurrían en el más incómodo de los silencios. Ahora que ella trataba de reunir fuerzas para idear un plan que no pareciese una humillante rendición, era él quien la evitaba.

Hasta que llegó el día del doble casamiento. Ese día, Martín se veía apuesto y gallardo. Con su barba perfectamente arreglada, la cabeza alta... Y los ojos puestos en cualquier lugar menos en ella, que permaneció por detrás de él durante la ceremonia. Jimena tuvo que soportar su indiferencia al tiempo que los intentos de Sol por agradar a su señor a costa del pobre Félix, hasta que las celebraciones se trasladaron al exterior para disfrutar del buen tiempo reinante.

—¿Será descarada? —murmuró, apoyada en la muralla, al ver un nuevo batir de pestañas de Sol dirigido a su esposo. Afortunadamente para todos, él no pareció advertirlo—. Si Martín llega a darse cuenta, terminará mal.

—Él solo tiene ojos para vos, mi señora —señaló Sabina. Jimena no se sobresaltó al verla a su lado, y pensó en lo que acababa de escuchar. Eso era discutible. Dudaba que Martín se hubiera dado cuenta de su presencia. Ni siquiera parecía desearla. Quizá fuera demasiado tarde para redenciones.

—Tendrías que estar con tu esposo —reprochó a Sabina con el ceño fruncido.

—Y vos con el vuestro. Que no viera sangre en el lecho después de vuestro casamiento no quiere decir que debáis comportaros como si todavía fueseis doncella, mi señora. Conmigo no es necesario.

—¡Es que sigo siéndolo! No viste sangre porque no la ha habido, no porque no sea pura.

Sabina lanzó una exclamación de sorpresa y la arrastró hasta el extremo opuesto de la muralla.

—¿Que aún sois pura? —susurró, confundida.

—Eso he dicho. Mi esposo me mostró que se puede mantener intacto el honor de una doncella en el lecho.

—¿Que él...? —Sabina comenzó a agitar su dedo índice con intenciones admonitorias, y Jimena contuvo el aliento—. Decidme.

Bueno, había cosas peores que intentar aprender de la experiencia de Sabina, aunque eso supusiera una confesión en toda regla.

—Él me acarició.

—¿Y os gustó?

—Mucho. —Inmediatamente Jimena agachó la cabeza, pero luego volvió a levantarla—. Sabina, él habló de otras formas de dar y recibir placer sin llegar a...

—¡Santísimo Jesucristo! —recitó la sierva, persignándose repetidas veces. Pero el sofoco se le pasó muy rápido, a juzgar por cómo siguió mirándola—. ¿Os las mostró?

—No, pero me aseguró que, con lo que habíamos hecho, no perdería mi pureza.

—Eso es dudoso. —Sabina pareció hablar consigo misma, pero enseguida compuso un semblante severo—. ¡Vuestro esposo es un hombre muy paciente! ¡Tenéis el deber de complacerle! Todavía no entiendo cómo no os ha obligado a hacerlo, ¡pero si esperáis más, el inmenso interés que os profesa se irá por donde ha venido!

—Con Sol.

Sabina la devolvió a su lugar original y señaló a Martín. Él estaba apoyado en el grueso tronco de un árbol, ajeno a la inspección de las dos mujeres.

—Ahí está, mi señora. Muy tranquilo —apreció la sierva—. ¿Creéis que permanecería en ese estado si Sol le atrajera lo más mínimo?

—Supongo que no.

—¿Y le creéis tan traicionero como para adoraros como os adora, si pensara en los atributos de Sol en vez de en los vuestros?

—Supongo que... tampoco.

—¡Esa mujer solo ha querido poneros celosa y alejaros de vuestros derechos carnales como esposa!

—¡Sabina!

—Si es por inexperiencia, yo podría ayudaros...

—Sabina, ¿no deberías estar acompañando a Ansur? —la interrumpió Jimena con desesperación—. Mírale. Te está buscando.

—Ansur entenderá, mi señora. —La sierva sacudió la mano con despreocupación y volvió al tema que la ocupaba—: Tenéis a vuestro esposo completamente entregado, pero si no actuáis pronto, otra con menos escrúpulos os lo arrebatará.

—Él se reirá de mí.

—Eso no se lo cree nadie. Esperadme aquí. —Sin hacer caso de sus temblores e indecisiones, Sabina desapareció para aparecer acto seguido con un vaso repleto de vino—. Bebéoslo. Hasta el final. Siempre ayuda.

Jimena le arrebató el vaso y se lo bebió de un solo trago. A continuación se lo devolvió y prácticamente la arrojó a los brazos de su flamante esposo.

—¡Te ordeno que te vayas! —exclamó entre risas—. ¡No voy a poder estar pendiente de ti!

Tendría suficiente con estarlo de Martín. Los ojos se le fueron hacia la espalda masculina que ahora abandonaba el tronco del árbol para dirigirse hacia la torre del homenaje.

Comenzaba a oscurecer. Llevaban mucho tiempo alejados el uno del otro, pero no vio signos en él que indicaran que la buscaba. Sin embargo, Jimena le siguió hasta sus aposentos. Sabina tenía razón. Ya era hora de aceptar que sentir lo que sentía por Martín no era ningún pecado, fueran cuales fuesen las consecuencias.

Se pegó a la pared cuando él se detuvo frente a la puerta de sus aposentos. Casi esperó que Sol

apareciera de un momento a otro. No fue así. Martín entró solo.

Aquello era un buen comienzo.

Decidida a llevar a cabo su plan, Jimena apuró el paso antes de que Martín cerrara la puerta del todo, y la empujó con cautela. Se asomó llena de incertidumbres y miedos, que se evaporaron cuando le vio con las manos y la frente apoyadas en la pared contigua al hogar encendido.

Un pequeño empujón y se derrumbaría.

—¿Sujetando la pared? —bromeó sin éxito.

—Sujetándome yo. —Martín se dio la vuelta para mirarla, con un aspecto tan abatido que Jimena estuvo a punto de correr a consolarlo—. ¿Debo preocuparme por algo?

—No. Te he visto hace un rato y he pensado que...

—Jimena, llevamos viéndonos toda la tarde. No te he prestado atención porque otros asuntos me han reclamado, pero si has venido a decir algo, dilo ya.

Así de fácil debería ser. Pero a ella le resultaba tan difícil que decidió abordar el tema sin rodeos.

—De acuerdo —asintió, retorciéndose las manos—. Llevo mucho tiempo sintiendo odio.

—¿Hacia mí?

—¡No! Pero desde que te vi con Sol sobre este jergón...

—Espera, espera. —Martín entrecerró los ojos y se revolvió el pelo sin comprender la atropellada confesión—. ¿De qué hablas?

—De nuestra noche de bodas. De lo ocurrido desde entonces. De nosotros.

—Vaya. —Contra todo pronóstico, los ojos verdes se iluminaron—. ¿Puedo pensar que me has seguido con la intención de aclarar las cosas, o sería mucho aventurar?

—Te has dado cuenta de que te seguía.

—No eres muy discreta que digamos. —Martín se encogió de hombros—. Repetiré la pregunta: ¿tienes intención de aclarar las cosas?

—De una vez y para siempre —respondió Jimena. Demostraba tanta tirantez por fuera como pánico sentía por dentro. No la había echado ni rechazado. Podrían continuar conversando como si no hubieran pasado tres días sin dirigirse la palabra, pero ¿por dónde empezar?—. Yo estaba aquí cuando tú y Sol...

—¿Estabas aquí en nuestra noche de bodas? —Ante un nuevo asentimiento, Martín comenzó a pasearse de un lado a otro—. Pero te dejé en tus aposentos.

—Decidí venir después de reflexionar.

—¿Para qué?

«Para entregarte a él. ¡Vamos, dilo!».

—Para hablar contigo. Pero no llegaste solo, y tuve que marcharme sin ser descubierta mientras Sol y tú...

—Sol y yo, nada. —Martín gruñó con disgusto. Que sacara conclusiones precipitadas era aún más peligroso que saberla escondida en algún rincón aquella noche, suponiendo lo imposible—. Recuerdo vagamente que me acompañó hasta aquí. Estaba tan ebrio que no hubiera podido llegar solo. Pero después la eché de mi lado.

—No fue eso lo que yo vi. Ella gemía. Se retorció sobre ti y te animaba a... continuar.

Jimena se sentó sobre el lecho, llorando de rabia. No sabía en qué momento había comenzado,

pero esa era la triste realidad. Aunque dejó de parecerle tan triste cuando sintió las yemas de Martín recogándole las lágrimas, antes de tomarla de las manos para volver a ponerla en pie.

—Duende, aquella noche estaba muy lejos de poder complacer a una mujer —aclaró con dulzura—. ¿Te quedaste lo suficiente como para comprobar que todo era lo que parecía?

Ella retrocedió ante la seguridad de Martín y sacudió la cabeza.

—Me arrebató lo que hubiera debido ser mío —afirmó, intentando defenderse.

—Porque tú preferiste renunciar en vez de luchar.

—¿No debí hacerlo?

—No. Sobre todo cuando he salido tan mal parado como parece por algo que nunca ocurrió.

Ay, cuánta seguridad había en esas palabras. Tanta como dudas anidaban en la mente de Jimena.

—Estabas bebido —objetó—. Lejos de tu lucidez habitual.

—Demasiado bebido. —Martín rio por lo bajo y la miró con intensidad—. De cualquier modo, puedo llamarla para que confiese delante de ti.

—¡No! No quiero ser la causante de más desgracias.

Por mucho que Sol fuera culpable, que lo era, él desmentía el asunto y ella le creía. Jimena escondió su mirada, avergonzada. Ahora tocaba lo que tocaba.

—Lo siento —murmuró—. Parecía muy convincente.

—Ahora ya está todo aclarado. Puedes irte.

Así de tajante. Martín la soltó y se giró para evitar ver cómo se marchaba, pero, para su sorpresa, ella no se movió. ¡Condenación! No estaba de ánimos para juegos crueles.

—Jimena, ¿qué quieres?

—Despertar tu interés —aventuró, retorciéndose las manos y mirando las llamas de la chimenea.

—Eso ya lo conseguiste hace tiempo. Objetivo cumplido.

Martín dio un paso en su dirección con el corazón paralizado. ¿Podría ser que hubiera entrado en razón?

—Entonces, ¿por qué has despreciado mi compañía durante estos días?

Podría, podría. Otro paso.

—Nunca despreciaré tu compañía, por complicada que resulte. —El tercer paso lo pegó a ella. Cuando Jimena quiso responder, él colocó un dedo sobre sus labios—. No te preocupes, niña. Nadie ha de arrebatarte el lugar alcanzado en mi vida y en mi corazón.

—¿He alcanzado esos lugares? —Martín asintió sin apartar el dedo—. ¿Y qué me dices de tu lecho?

—Ese aún está vacío, esperando a que la persona adecuada tome posesión de él —respondió con la voz queda y una pícaro sonrisa—. ¿Es eso lo que vienes buscando?

—Vengo buscando al hombre que termine con mi zozobra. Al guerrero que ha sabido hacerme ver la magnitud de mis debilidades con la tenacidad de sus actos. —Conforme hablaba, Jimena comenzó a darse cuenta de la inconmensurable verdad que encerraban aquellas palabras. Temblaba de emoción cuando contempló cómo los ojos de Martín brillaban—. Busco a mi esposo, pero temo haber llegado demasiado tarde.

—Son temores infundados. Si me lo permites, te lo demostraré.

¿Se lo permitiría? ¡Sí, sí y mil veces sí!

Su mirada hambrienta recorrió el pecho cubierto de Martín con tanta intensidad que sus manos comenzaron a temblar antes de tocarlo. Él se mantenía inmóvil, a la espera. Con los puños apretados y los labios entreabiertos.

Jimena recordó lo que aquella boca era capaz de hacer. Y lo que comenzaba a hervirle en las venas la volvió tan osada que no dudó en echarle los brazos al cuello para devorarlo.

Martín la sujetó por la cintura para evitar caer ante un ataque tan violento, pero después correspondió con un hondo gemido que expresaba a las claras privaciones pasadas.

—No solo te lo permito —jadeó Jimena—. Te lo exijo, espadero.

—Tú y tu orgullo, niña...

Se desprendió de la parte superior de su vestimenta sin apartar los ojos de ella. Sonrió de medio lado y volvió a acercarse. Jimena se quedó sin respiración. Tenía todos los músculos de aquel espléndido pecho al alcance de la mano. Solo tenía que alargarla y tocarlo.

—Dilo. —Él rozó con los labios la sensible piel de su cuello con tanta persuasión que Jimena pensó que su cabeza terminaría rodando por el suelo—. Vamos, Duende. Confiesa.

—Te deseo —murmuró, totalmente vencida—. He venido buscándote porque no me importa que me rechaces, ni que ya no te atraiga.

—¿Ha sido tan malo reconocerlo?

—Todavía no lo sé.

—Yo disiparé tus dudas. Pero antes te daré tu recompensa. —Cercó su cara con las manos y siguió besándola dulcemente, como si fuera algo exquisito y frágil. Pasó los labios por el contorno de su mandíbula, por las sienes e incluso los párpados, hasta absorber por completo el dulce néctar de su boca—. ¿Estás segura de que quieres recibirla?

Ella murmuró un «sí». No se resistió cuando Martín le arrebató la túnica y la camisa con el mismo ímpetu con el que pensaba despojarla de su virginidad. Jimena intentó cubrirse como pudo, pero Martín se apresuró a apartarle las manos.

—No te escondas de mí —pidió.

—Nunca me he mostrado así ante un hombre. Me siento... avergonzada.

—La vergüenza no se ha hecho para ti, Duende —dejó caer él—. Solo hay que ver cómo me miras.

—¿Y cómo te miro?

—Como yo lo hago ahora. —Uno de sus dedos se deslizó por la clavícula de Jimena para apartarle un mechón rubio, antes de alcanzar su meta: los pezones grandes y oscuros que se endurecían ante sus caricias—. Pídemelo.

Jimena iba a suplicarle que la hiciera suya. Con el ímpetu y el brío que marcaban las calzas, pero no pudo. En un desconcertante movimiento, Martín la llevó hasta el lecho y la colocó boca abajo sobre sus rodillas.

—Martín, ¿qué estás haciendo?

—Conseguir tus súplicas. Pídemelo.

¿De qué hablaba? Jimena se volvió para indagar en los ojos verdes. Ahora eran dos trozos de hielo que la hacían temblar. La mandíbula endurecida indicaba un peligro que ella percibió de inmediato. Intentó revolverse, pero el brazo izquierdo de Martín la mantenía inmóvil.

—Suéltame —sollozó.

—Cuando tengas tu merecido por todas tus desobediencias, Jimena. Es algo que llevas buscándote desde hace tiempo.

—¿Qué? —Ella abrió la boca, muda de sorpresa. Hasta que comprendió—. ¡Me has engañado!

—No necesito engañarte. Ni tampoco justificarme. Me perteneces.

Y ella no tenía escapatoria, pese a que él seguía excitado. Jimena pudo notar la rigidez de su miembro pugnando contra su vientre.

—Pídemelo —exigió otra vez.

—Por favor... Ten piedad...

Quizás así pudiera hacerle entrar en razón, pero Martín parecía poseído. Con la mirada clavada en sus nalgas desnudas y la mano derecha levantada, dispuesta para...

—Si me golpeas, ¡jamás obtendrás mi perdón! ¿Me oyes? —gritó, en un ataque de rabia—. ¡Jamás!

Jimena se revolvió y pataleó, pero él permanecía sordo a todo lo que no fueran sus intenciones.

La tenía sobre sus rodillas. Derrotada a base de fuerza bruta, ahora temblaba, vulnerable y débil. Martín dejó caer la mano sobre aquellas nalgas redondeadas que se agitaban... Y supo sin ningún género de dudas que él era el vulnerable. El débil. Porque el tacto sedoso de aquella piel le había subyugado. Porque su textura comenzó a vencerle desde el mismo momento en que la tocó con la delicadeza de quien aprecia la calidad de una tela suave y valiosa.

Porque la excitación le atravesó con la certeza de una espada cuando las protestas de Jimena se calmaron para ser sustituidas por una respiración profunda, pese a que seguía envarada y dispuesta a presentar una nueva batalla.

Pero sintió las yemas de los dedos de Martín recorrer aquella parte de su cuerpo, y empezó a comprender. No era un golpe, sino una caricia. La mano que la tenía sujeta aflojó su presión. Ella dejó caer las piernas y se acomodó sin cambiar de postura.

El miedo dejaba paso al placer.

—Jimena, ¿aún no comprendes que jamás te haré daño? —murmuró Martín, completamente derrotado.

—Entonces, ¿qué buscas?

—Darte tu recompensa, como dije que haría. Solo te tocaré para cuidarte. Para darte placer. Ese es mi juramento.

Las palabras no eran suficientes. Necesitaba convencerla y convencerse con hechos. En un alarde de valentía, Martín hundió el dedo índice en la ranura de su trasero para recorrerla con suavidad. Jimena volvió a tensarse, aunque nada tenía que ver con el miedo sentido hacía unos instantes.

—¿Debería temerte? —preguntó sorprendida, pero en modo alguno avergonzada o humillada por aquella postura que Martín se empeñaba en mantener.

—Solo si no te gusta. ¿Te gusta? —Ella asintió. Martín se inclinó para besar la carne complaciente. La mano que antes la había sujetado pasó a llenarse con uno de sus pechos y ella se relajó para amoldarse mejor a sus exigencias. Martín tembló. Estaba desconcertado y desatado, pero decidido a hacerla sufrir de placer—. ¿Y esto? —Un gemido sordo le dio la respuesta que buscaba. Desplazó la mano hacia el ardor de sus pliegues más íntimos para comprobar que, efectivamente, estaba tan mojada que hubiera podido hundirse en ella en ese

mismo momento—. ¡Condenación, Jimena! Estás ardiendo.

Los dedos empapados resbalaron adelante y atrás, en un balanceo lleno de oscura seducción que la llenó de una ardiente lujuria. Jimena no entendía cómo semejantes caricias podían estimularla hasta el punto de percibir su propia humedad entre los muslos. Sentía las piernas laxas, la piel deshecha y una presión indecente que nacía en ese mismo lugar para irradiarse por todo su cuerpo.

—¡Martín! —casi suplicó.

—No tengas miedo —suspiró él, con el aliento calentándole la carne y la voz ronca evaporando su resistencia—. Solo quiero mostrarte la naturaleza de todos tus deseos. Solo quiero jugar.

Jimena se relajó. Sus pies tocaron el suelo cuando abrió las piernas para permitirle un mejor acceso a su cuerpo.

Acababa de tomar el control.

Ahora eran las piernas de Martín las que temblaban. Su vientre el que sufría el dolor de la insatisfacción y su miembro el que palpitaba buscándola. Se había puesto a un paso del delirio. Terminó por lamerle las nalgas con veneración y la apartó para sentarla con las caderas en el borde del lecho. Su mortífera lengua pareció reposar en el profundo valle que formaban los pechos de Jimena unos instantes, los necesarios para poder aspirar el aroma que manaba de ellos al completo.

—No pienso aceptar tu temor —susurró—. Ni tu rechazo.

—Entonces acepta mi deseo.

Jimena se tumbó sobre el lecho y desparramó sus mechones rubios en un alarde de sensualidad. Se sentía poderosa. Supo que a Martín le gustaba, porque el bulto de sus calzas pareció aumentar de tamaño. Y su mirada espesa volvía a encenderla. Alargó una mano en busca de aquello que sabía que le agradaría, pero él la interceptó a mitad de camino.

—Soy tu amo y señor, Jimena. Tu rostro es mío —recitó, dejando infinitos besos en él y mordiendo la clavícula de Jimena hasta oírle jadear. Comenzaba a marcar su territorio—. También tus pechos —siguió, dejando un rastro ardiente en ellos antes de seguir descendiendo—. Tu vientre acogerá a mis hijos... —La lengua de Martín se hundió en su ombligo para seguir descendiendo hasta sus ingles. Las recorrió con los labios y se arrodilló entre sus piernas. El deseo encendido le había debilitado tanto que no podría permanecer de pie, pero aún pudo mirarla. Y la rendición que vio Jimena en los ojos verdes le provocó un escalofrío en el corazón—. Eres mía por completo, pero aquí me tienes, postrado ante ti. Pongo mi cuerpo y mi corazón a tu entera disposición. Con la humildad de un hombre consumido por la pasión y el deseo. ¿Me concederás los tuyos?

—Te concederé todo aquello que quieras tomar de mí, espadero.

Martín se apartó un poco y tomó un par de bocanadas de aire. No estaba dispuesto a detenerse ahí. Quería exprimir cada gota de su deseo por él. Solo pensaba en lamerla entera. En chupar todos aquellos rincones que le quedaban por degustar. En llenarse la boca con cada uno de sus fluidos.

Al recordar la ardiente tibieza de la carne empapada que tenía tan cerca, Martín lanzó un rugido de agonía.

—Este manjar es solo mío —proclamó con una oscura mirada de victoria—. Te encumbraré a las alturas del placer, niña. Y después, seguirás deseándome. Tanto como yo a ti.

Colocó las piernas de Jimena sobre sus hombros y se lanzó a por su botín. Ella apenas pudo poner objeciones. Cuando sintió la ávida boca de Martín en aquel lugar tan íntimo, se perdió por completo. La lengua masculina recurrió su hendidura con pericia y lentitud, rebuscando ansiosa entre sus pliegues, antes de introducir la punta en su interior. Jimena gritó. El calor asfixiante pareció concentrarse en su vientre al sentirse invadida de aquel modo tan delicioso. Tan pecaminoso.

Clavó los talones en la espalda de Martín y se agarró al lecho como si temiera hundirse en un mar de sensaciones. Notó cómo él succionaba con la boca. Cómo mordía y chupaba. Cómo la obligaba a levantar las caderas buscando su goce con brutal experiencia.

—¡Martín! —gritó entre fuertes jadeos—. ¡Arderemos en el infierno!

Él levantó la mirada para presenciar la imagen más pasional que había visto en su vida. Jimena se retorció y gemía, a punto de alcanzar el éxtasis. Era pura lujuria. Una sensual invitación a perderse en su cuerpo que él debía rechazar por el momento.

—Arderemos juntos —susurró embargado por la emoción. Le clavó los dedos en las caderas con fuerza para inmovilizarla, y la acercó de nuevo a su boca—. Jimena, representas todos mis deseos y todas mis debilidades. Me tienes en tus manos.

Jimena cerró los ojos y se mordió los labios cuando sintió de nuevo el tacto incendiario de aquella lengua. Arqueó la espalda y procuró frenar el ímpetu pasional de su cuerpo cuando Martín comenzó a moverla con más rapidez, pero no pudo contenerse más. Sintió que se disolvía entre su aliento cuando se perdió en medio de violentos espasmos mientras gritaba su nombre.

Martín siguió sujetándola para evitar que se derrumbara por la debilidad y recogió con la boca el resultado de su clímax. Después se levantó con cuidado.

Estaba a un paso de reventar, y la imagen de Jimena saciada, con los pechos agitados por el placer y los labios entreabiertos por la pasión, le aguijoneó todavía más. El simple roce de las calzas le suponía una tortura, así que se desprendió de ellas y tiró de Jimena para recostarla en el lecho por completo y volver a acoplarse entre sus piernas.

Comenzó a inclinarse sobre ella, pero algo le detuvo en su delirio. Jimena recorrió con la vista su potente cuerpo desnudo. Admiró la belleza del imponente pecho y de las estrechas caderas. Adivinó la fuerza implícita en cada músculo, y se detuvo en su erección con avidez. Como si el placer que acababa de experimentar no la hubiera dejado satisfecha.

—Martín, quiero acariciarte —afirmó, con una vehemencia que le provocó escalofríos. Él contuvo la respiración cuando vio sus manos inseguras dirigirse hacia su objetivo, y todo giró vertiginosamente a su alrededor cuando lo alcanzaron.

Si no lo remediaba, Jimena le tocaría en aquellos puntos que resultaban demasiado pecaminosos para la mayoría de las mujeres. Le excitaría hasta el punto de volverle un salvaje ávido de carne tierna.

Él le había enseñado, pero no estaba en condiciones de soportarlo. En realidad, solo era capaz de apretar los dientes para que el torrente de sus pasiones no se desbordara antes de tiempo.

—Ahora no —rechazó con ternura—. Ahora solo quiero estar dentro de ti. Por favor.

Jimena le rindió los labios. La boca. Los pechos. El cuerpo entero. Él la cubrió y entrelazó sus

dedos con los de ella a ambos lados de su cabeza. Vio cómo ella mantenía los ojos cerrados, con una expresión de éxtasis difícil de catalogar. Y se decidió.

—Jimena, mi Jimena, he esperado tanto este momento... —susurró, mientras su miembro pleno de potencia pedía paso a través de la carne intacta—. Rodéame con tus piernas, mi amor.

Ella obedeció y dejó que la llenara. Su sexo resbaladizo y acogedor le apretaba de tal modo que Martín hubiera llegado al final con tan solo un par de sacudidas. La sangre le hervía y sus caderas pedían alivio, pero permaneció quieto. No se movió hasta que no vio cómo la tensión se iba del rostro de Jimena y esta parpadeaba desconcertada.

—¿Ya está? —le preguntó—. ¿Eso es todo?

Si Martín no hubiera estado tan excitado, se habría reído.

—Solo me he detenido para que te acostumbres a mi tamaño y el dolor desaparezca —respondió a duras penas—. Pero te aseguro que no es todo, Duende. Apenas si hemos comenzado.

Aferró sus manos y salió casi por completo de ella para volver a entrar con un nuevo envite. Jimena gritó. Notaba la fricción de cada músculo en su piel encendida. El grueso miembro de su esposo que volvía a entrar y salir de su cuerpo cada vez con más ímpetu y rapidez, haciéndola vibrar. Haciéndola sentir viva.

El dolor inicial se había ido. Ahora quería más. Mucho más. Y Martín se lo procuró. Sus embestidas comenzaron a ser más profundas. Ella se dejó llevar y le imitó. La sincronía entre ambos llegó a ser tan perfecta que, cuando Martín lanzó un rugido liberador, Jimena ahogó el suyo clavándole los dientes en el hombro.

Nuevamente había conseguido derribar todas sus defensas para romperla en mil pedazos. Sintió los últimos coletazos de la pasión satisfecha de Martín en su interior y se apresuró a abrazarle. Se sentía plena, rebosante de satisfacción. No quería que él saliera de su cuerpo. Ni siquiera consentiría en que se apartara más de lo necesario para respirar.

Notó cómo él relajaba su presión apoyándose en los codos y al fin se decidió a abrir los ojos. Le encontró sorprendentemente cerca de su cara, jadeando por el esfuerzo. Con la frente brillante de sudor y una sonrisa lobuna que acentuó su atractivo.

—Nunca he experimentado nada semejante —confesó Martín con la voz estrangulada por la emoción—. Siento haber sido tan brusco, pero me ha podido la pasión.

—No lo sientas. Ya no me duele.

—Mucho mejor, entonces. —Con un ronroneo de felino satisfecho, la arrastró con él hasta colocarla encima. Jimena volvió a jadear al notar el leve movimiento de aquel complaciente miembro en su interior, pero no cerró las piernas. Solo apoyó la cabeza en el pecho masculino y se dedicó a escuchar los violentos latidos del corazón de Martín, hasta que este se decidió a hablar—: ¿Te arrepientes de lo ocurrido?

«Dile que te ha encantado. Que lo repetirás en cuanto estés recuperada. Que ahora mismo no desearías estar en otro lugar más que aquí, con él. Eso es lo que piensas, ¿no?».

—Supongo que es lo natural entre un hombre y una mujer que están casados —respondió Jimena, esquivando la ansiedad de los ojos verdes.

—No te he preguntado eso.

Él frunció las cejas y ladeó la cabeza, pero sus manos siguieron sobre ella. No podía dejar de

tocarla, de sentirla. Empapada y temblorosa. Tenía miedo de que todo se desvaneciera si la dejaba marchar, pero no estaba preparado para lo que sucedió.

Jimena le miró con gravedad, para comenzar a reírse a continuación.

—Un acoplamiento como el nuestro bien merece este final —concluyó él, sonriendo también—. Espero ser yo el causante de tanta alegría.

—Es que... Bueno, acabo de recordar algo que vi en Laciana, una noche de no hace mucho tiempo. —Aún entre risas, Jimena le relató el ardoroso encuentro entre la sierva y el guerrero—. Siempre me pregunté por qué gritaban y jadeaban de esa manera. Ahora ya lo sé.

Martín abrió mucho los ojos. Salió de su interior con delicadeza y la recostó a su lado, de cara a él.

—¡Pardiez! —murmuró con admiración—. ¿Eso es un elogio, niña?

—Uno muy grande y merecido, espadero —respondió ella con esa timidez que le había encandilado desde el primer momento.

Martín se contuvo para no ponerse a dar saltos de alegría. No solo le aceptaba, sino que además lo hacía totalmente complacida con el devenir de los acontecimientos.

La apresó entre los brazos, apretándola tanto que tuvo que soltarla cuando ella empezó a quejarse. Con una risa grave que mostraba tan solo una parte de la felicidad sentida, volvió a sembrar su cara de besos para tomar su boca de un modo definitivo.

—Espero seguir mereciéndomelos —susurró.

—¿Ahora? —preguntó ella, bajando las pestañas.

Martín no encontró mejor respuesta que deslizar una mano a lo largo de su vientre hasta encontrar el centro de su placer. Cuando lo rozó, Jimena se retiró con un estremecimiento.

—He deseado tanto tenerte así que podría pasarme el resto de la noche amándote, Duende. Pero estás demasiado sensible. Ha de pasar un tiempo...

Los apremios habían llevado a Jimena a trazar lentos círculos alrededor de su miembro, que volvió a la vida como por milagro. La empujó contra su erección e invadió su boca hasta morderle los labios. Ella le lanzó los brazos al cuello y le invitó a profundizar en el beso. Le retó con la rugosa humedad de su lengua y con los gemidos que salieron por ella.

Martín suspiró. Acababan de forjar un vínculo que iba más allá del mero placer físico. La tenía con él. Parecía parte de un sueño, pero no lo era. Volvía a ofrecérsele sin reparos. Su timidez se estaba yendo por el mismo lugar que su virginidad, pero debía poner un poco de cordura a la situación, antes de abandonarse de nuevo.

Con un pequeño murmullo de protesta, logró apartarla. El azul de sus ojos se había vuelto turbio. Jimena jadeaba. Y él respiraba tan rápidamente que apenas podía tomar el aire necesario.

—¿Cuánto tiempo ha de pasar, Martín?

—Si por mí fuera, ninguno, Duende —murmuró contra su pelo revuelto—. Pero tu cuerpo lo dirá. Y tenemos el resto de nuestras vidas para disfrutarlo.

23

Cuando Jimena abrió los ojos, tuvo miedo.

Las llamas de la chimenea iluminaron la silueta de Martín, envuelto en lo que parecía una capa de piel que resbaló de sus hombros desnudos cuando lanzó algo al fuego.

Estaba de espaldas a ella, apoyando las manos en los brazos de la silla con tanta fuerza que más bien parecía que quisiera arrancarlos. La noche aún era cerrada, pero Jimena distinguió algo familiar en el trazado de ese cuerpo. Algo que pareció revelarse como nuevo, pese a que no lo era. Se estremeció. Era como si siempre le hubiera conocido, como si su mente recurriera a él una y otra vez para resguardarse de los tormentos que encerraba.

Jimena se incorporó para cubrir su desnudez con la camisa que encontró a mano, sin despegar los ojos de Martín. Le escuchó suspirar casi al mismo tiempo que ella, y se abrazó a sí misma.

No sentía ni rastro del dolor físico que se suponía que debía castigarle el cuerpo, pero la mente era otra cosa. Jimena escuchaba sus miedos de nuevo. Se dejaba manejar por ellos sin poder evitarlo, hasta el punto de irrumpir en su realidad para desbaratarla...

Jimena mira espantada la mano del espectro que tira de ella. La misma mano que momentos antes enarbolaba una gruesa rama con la que ha golpeado al jinete que la perseguía. Siente su respiración agitada, como si tuviera tanto miedo como ella. Pero eso no es posible en un ser del más allá. ¿O sí?

No se detienen hasta perder de vista al espantoso jinete y su enorme montura. Escuchan sus gritos amenazantes, pero se esconden entre los árboles, en completa oscuridad, con la única guía de la enorme luna que preside el cielo estrellado.

—Aquí estaremos a salvo. —Al fin se detienen a la orilla de un riachuelo con el agua congelada por las bajas temperaturas. Jimena reconoce el lugar de inmediato. Allí recibió sus primeras lecciones de caza, no hace mucho—. ¡Mírame! No debes temerme.

—Estoy manchada de sangre. Alguien ha muerto...

¿Quién? ¿Por qué no consigue recordarlo?

—Lo sé. Lo he visto.

—¿Qué has visto?

El espectro sonrío con confianza.

—Todo —aclara—. El culpable pagará.

Hay tanta determinación en su voz que Jimena asiente. Se deja abrazar y besar en la mejilla. Es un beso frío y cálido a la vez. Portador de esperanza, pero también de hondos temores

dispuestos a presentar batalla.

—¿Me prometes que no me abandonarás? —pregunta, con la inocencia de una niña de diez años.

—Lo prometo. Confía en mí.

Y para sellar la promesa, el espectro saca un afilado cuchillo que presiona contra la base de la palma de su mano.

Jimena se cubrió la boca con ambas manos para contener el grito. Temblaba de miedo, pero debía sobreponerse al espanto de aquella nueva y reveladora visión antes de que Martín se diera cuenta, así que se acercó a él como quien planea cometer el peor de los delitos: por la espalda.

—Si tienes frío, hay otro lugar donde combatirlo, por muy cómoda que sea la silla —insinuó.

—Aquí estoy bien, siempre que pueda gozar de la compañía adecuada.

Martín, soberbiamente desnudo, le dirigió una mirada portadora de insondables secretos.

Aquella actitud fue más explícita para Jimena que cualquier discurso.

—Te arrepientes —aventuró, luchando por no echarse a llorar como una criatura—. Eres un hombre experimentado. Sabes cómo ganarte el favor de una mujer. Seguro que mi ignorancia no te agrada. Te aburro. Por eso piensas en repudiarme, después de...

Él no la dejó terminar. Dos fuertes manos la arrastraron hacia el desnudo regazo, el acogedor pecho y la dura evidencia de un deseo que volvía a brotar con fuerza. Antes de que se diera cuenta, Jimena se encontró aprisionada entre el calor de la capa y el cuerpo de Martín, con la cabeza apoyada en el hombro masculino y el rostro alzado, ofreciendo una boca que él no tardó en tomar. La envolvió en los brazos y la besó a su antojo. Absorbió sus labios como si quisiera impregnarse de todo su sabor, y cuando pudo apartarse, la miró insinuante.

—¿Nadie te ha dicho que hablas demasiado? —bromeó.

—Nadie me lo ha dicho de este modo.

—Solo espero que hayas comprendido el mensaje —insistió Martín con una desangelada sonrisa—. No puedo dejar de tocarte, de besarte, de olerte. Y el día que lo haga, estaré muerto. ¿Responde eso a tus tontas conjeturas?

Al completo. Jimena se apartó el pelo de la cara y asintió.

—Pero parecías tan disgustado...

—Solo estaba pensativo, Duende. Contigo a mi lado, nada podría disgustarme.

—Aun así, algo te preocupa —insistió, arrebujiándose en la capa.

Definirlo como «algo» era quedarse corto. Martín no había podido conciliar el sueño. Era consciente de que acababa de sellar su inminente entrada en la boca del infierno, arrastrando a Jimena con él.

—No acabé con el conde de Trabada cuando tuve la ocasión —confesó, con la voz áspera y la mirada clavada en la chimenea—. No dudará en apelar al rey para conseguir tenerte con él.

—Pero enviaste a Ordoño su carta de renuncia.

—No. —Ella hizo amago de incorporarse, pero él no se lo permitió—. Mi única intención al conseguir esa carta era la de convencerte de nuestro casamiento. Acabo de destruirla.

¡Eso era lo que había arrojado al fuego! Jimena observó las llamas como si estas se hubieran tragado todo su futuro.

—¿La has quemado? —preguntó.

—Sí. Ya no la necesito para nada.

—¡Pero sin ella, nuestro casamiento nunca será válido a ojos del rey!

—¿Crees que eso me importa? —No. En absoluto. Ni el todopoderoso Ordoño conseguiría aplacar el entusiasmo que lucía en sus ojos cuando la miraba—. Sé lo que he hecho, Jimena. Y nunca mancillaré tu nombre haciendo pública la renuncia de Odón de Montoya. Estaré preparado cuando se produzcan las consecuencias.

—Por eso os entrenáis día y noche —siguió aventurando Jimena, amarrándose a su cintura como si temiera perderle en ese instante—. ¿Crees que el conde asediará la fortaleza?

—Ese infame es capaz de cualquier cosa. Podría atacarnos al margen de Ordoño o acudir a él para buscar su ayuda. Me resulta indiferente, porque mataré a cualquiera que se interponga entre nosotros.

—¿Incluso a mi hermano, o al rey?

¿Cómo decirle que sí? Martín abrió la boca en un claro intento de confesión que se quedó en nada cuando volvió a cerrarla.

—¡Si tú supieras...! —exclamó con amargura—. ¡Si pudieras entender...!

—Puedo cuando se me explica.

—¡Entonces entiende que te amo más allá de toda razón o lazo de sangre! —afirmó él, apartándola para poder verla al completo—. ¡Entiende que te considero parte de mí! ¡Jamás consentiré que nos separen!

La besó para evitar cualquier negativa que le destrozara el corazón. Fue como una hermosa rúbrica que consiguió encenderle a una velocidad vertiginosa, sin pensar en otra cosa que no fuera tenerla rendida a sus pies. Jimena se acomodó mejor en su regazo y gimió cuando su piel desnuda recibió el progresivo calor de ciertas partes de Martín que comenzaban a responder al estímulo.

¿Hasta dónde estaba dispuesta a llegar con él? La respuesta le dio tanto miedo que no quiso averiguarlo.

—Dime que eso duro que noto bajo mis posaderas es tu muslo, espadero —insinuó, fingiendo una despreocupación que no sentía.

—Te digo que tus posaderas tienen mucha parte de culpa, niña.

Jimena rio con la perversa malicia de una mujer experimentada, pero entonces su estómago rugió con tanta furia que espantó cualquier intento de seducción.

—Tengo hambre —se quejó, recordando que no comía nada desde media tarde.

—Sírrete tú misma.

Martín movió las cejas y abrió los brazos. Ella se sentó a horcajadas sobre él y acercó la nariz al párpado afectado por la cicatriz.

—Mmm... Huele a miel. ¿Decidiste seguir el consejo de la curandera y aplicarte el bálsamo?

—Me fío de ti más de lo que crees. —Con un firme movimiento, Martín la proyectó hacia delante. Su erección quedó tan íntimamente acomodada que tuvo que controlar un gruñido de placer—. ¿No estabas hambrienta? Todo lo que ves es para ti.

El juego había comenzado. Ella no tenía por qué contenerse. El cuerpo exigía y las manos obedecieron. Las pasó por los hombros de Martín hasta los amplios pectorales. Amasaron la

carne caliente que habitaba bajo el vello oscuro y, siguiendo un malicioso susurro de su conciencia, llevó la boca a los pezones masculinos tal y como él había hecho con ella.

Sintió un tibio y chorreante revoloteo entre sus piernas y se movió un poco.

—Esta parte de aquí parece tierna... —ronroneó, feliz al comprobar que los ojos de Martín se agrandaban—. Pero no. Es tan dura como el resto.

—Incluso más. Si pretendes comértela, tendrás que ayudarte con algo.

—¿Qué propones?

Con un fuerte jadeo, Martín volvió a arrancarle la camisa y la empujó hacia él, hasta que los opulentos senos quedaron aprisionados contra su pecho sin posibilidad de escape.

—Soy un guerrero, niña. Poseo una temible espada —murmuró, tomando su delicada mano para llevarla al punto más incandescente y anhelante de él—. ¿La notas?

—Oh, sí. Doy fe de ello.

Jimena se rio sin dejar de mirarle con descaro, mientras comenzaba a hacer de las suyas con los dedos.

—Me asombras, amor mío —murmuró Martín, intentando recuperar el aliento perdido—. Si sigues tocándome así, te aseguro que mañana no podrás andar.

—¿Y si te beso así?

Jimena se atrevió a mordisquearle los labios. A recorrérselos con la lengua antes de que, con un duro gruñido, Martín abarcara su nuca con una mano para aplastarla contra su boca.

—Me excitarás tanto que terminaré olvidándome de todo —respondió entre jadeos.

—Aprendo rápido.

—Eso tengo que comprobarlo. —Él le sujetó las caderas para hacerla descender con toda la intención de perderse en ellas, pero cuando comenzó a penetrarla, se contuvo—. Podría hacerte daño, Jimena. Quizás estés demasiado... tierna.

—Me harás daño si me rechazas, Martín.

Parecía tan decidida. Tan confiada... Martín la dejó en esa postura y sujetó su cara para recompensarla a base de besos.

—Nunca ha entrado en mis planes rechazarte —susurró con cierto deje de sufrimiento.

Si decía «nunca» era que hubo otras veces. ¿Cuándo? En otra parte de su vida. O en otra vida. Esa que comenzaba a surgir a borbotones y que se confundía con él.

A lo mejor por eso le buscaba.

A lo mejor siempre había estado ahí, agazapado, esperando su momento.

Eso fue lo que la impulsó a descender sobre el mástil enhiesto que la esperaba. Lo que la llevó a cerrar los ojos y arquearse para recibirle al completo, apoyándose en sus hombros para poder sostenerse.

Martín se mantuvo inmóvil. Quería detener el tiempo en ese instante. Recorrer con las yemas de los dedos la columna vertebral de Jimena hasta encontrar la abertura entre sus nalgas.

Atreverse a explorar con los dedos aquella parte prohibida de ella que comenzaba a obsesionarle.

Lo hizo. Y se detuvo cuando encontró el orificio escondido. Había notado cómo Jimena se tensaba, pero buscó su mirada para encontrarse con alguna confusión, muchos interrogantes y una aceptación plena.

—¿Confías en mí?

No tuvo que sujetarla para que siguiera en su posición. Jimena se adentró en la seguridad que aquellos ojos le ofrecían y acabó por asentir.

—Es la primera vez que me acaricias de ese modo... —La frase quedó en suspenso cuando él comenzó a mover las caderas para frotarse en su interior, al tiempo que aquel diabólico dedo seguía recorriendo su objetivo.

—Y no será la última. Esta parte de tu cuerpo me enciende, Jimena. Me consumo de deseo tan solo con imaginarla. Ojalá pudieras entender lo que me provocas con ella. Es tierna, dispuesta a todas mis fantasías. A todos nuestros juegos.

—¿Juegos?

—Solo si tú quieres. Si te gusta y disfrutas. De lo contrario, no lo repetiremos. Ni así ni de ninguna otra manera —confesó, enterrando la boca entre sus pechos para recuperar el aliento.

Tenía que obtener su conformidad antes de perder el sentido y todo tipo de control sobre su cuerpo, pero el dedo invasor acentuó su presión y Jimena creyó morir.

Los remolinos de éxtasis se incrementaron. Se veía encadenada a ellos. Crispó los dedos de las manos sobre los hombros de Martín y se arqueó hacia atrás.

Aquella fue la mejor respuesta que él pudo obtener.

—Ahora muévete arriba y abajo, vida mía —pidió—. Hazlo por mí. Jimena obedeció. Pronto el roce del dedo de Martín se acomodó al ritmo que ella impuso. La sensación punzante se multiplicó hasta resultar devastadora. Inclemente. Única.

—¿Así? —preguntó entre gemidos.

—Sí.

—Es tan placentero... —suspiró, cuando aumentó el ritmo.

—Y será mucho mejor, Duende. Mucho mejor.

«Cuando tú correspondas a sus sentimientos».

La amaba. Se lo había dicho de incontables maneras. Lo hacía con toda la ternura y dedicación que sus instintos más bajos le permitían. La amaba con los ojos, con la boca. Con aquel dedo que la provocaba, mostrándole una nueva forma de placer.

Se lo demostraba con la profundidad de su mirada. Y ella lo aceptó. Con las piernas acopladas a ambos lados de las caderas de Martín, Jimena comprendió de inmediato el alcance de aquel sentimiento que la envolvía. Se abandonó a él y a los desbocados latidos de su corazón. A la experiencia de Martín y a la clase de movimiento que la llevaría a la cima. Él la aupaba lentamente con la mano libre, para luego hacerla descender de golpe, mientras la otra mano permanecía hundida entre sus nalgas, ahondando cada vez más en aquellas caricias prohibidas. La presión de su vientre se transformó en insufrible y los jadeos apasionados inundaron el ambiente de promesas por cumplir. Sus envites fueron más rápidos y profundos, provocando que Martín se alzara hasta casi partirse en dos.

La capa cayó al suelo, dejándolos completamente desnudos, aunque no la necesitaban. ¡Por todos los ángeles del cielo! Estar enfundado en aquella mujer era un delicioso tormento que deseaba prolongar hasta el infinito. Poseía un extraño embrujo que le llevaba al delirio con una facilidad asombrosa. Su mano libre cubrió uno de los pechos de Jimena, que se agitaban por los movimientos cada vez más violentos e imperantes, hasta que ya no pudo más. Echó la cabeza

atrás, por encima del respaldo de la silla, y lanzó un rugido liberador cuando la llenó por completo con su simiente.

Ella arqueó el cuerpo gritando su nombre, para terminar derrumbándose sobre él, laxa, pero completamente satisfecha. Se tomó su tiempo en disfrutar de los desaforados latidos de su corazón, del pleno contacto con Martín y de su lento descenso al mundo real. Y cuando fue capaz de hacerlo, se encontró con que tenía la cara escondida en el hueco de su cuello, los dedos hundidos en aquella imponente espalda y los dientes clavados en su hombro. Sintiendo su fuerte respiración golpeándole la mejilla como un recordatorio para que no olvidara ninguna de las emociones que le impulsaban a ella.

—Creo que voy a tomar mis precauciones a partir de ahora, Duende —le escuchó proferir en medio de fuertes jadeos—. La próxima vez que hagamos el amor, tendré que ponerme mi cota de malla para evitar lesiones.

—¿Crees que te daría tiempo?

Los dos se miraron unos instantes, antes de romper a reír.

—No —confesó Martín, con un brillo travieso en los ojos mientras la llevaba al lecho—. Pero podríamos asegurarnos.

—Estáis preciosa, mi señora.

—Eso es por el «regalo de la mañana». —Jimena se tocó los pendientes que colgaban de sus orejas con cierto aire melancólico—. Me los he encontrado justo al lado de mi cabeza, donde debería estar mi esposo.

—Vuestro esposo está ocupado con otros menesteres —replicó Sabina con una sonrisa cómplice—. Y vuestra belleza sería la misma sin los pendientes. Ya veo que seguisteis mi consejo.

—¿No es lo que siempre hago? —replicó Jimena con malicia, saliendo de los aposentos a base de pequeños saltitos.

Esa era la principal consecuencia de la felicidad que experimentaba. No debía correr ni gritar mientras iba en busca del culpable de tanta dicha. Su convencimiento de que nada podría estropearle el día era tal que, cuando apareció en el patio de armas, le costó distinguir ciertos gemidos sofocados que el ligero viento parecía llevar hasta ella.

Eran gemidos de angustia. Jimena miró a su alrededor. Nadie más parecía haberlos percibido. Se quedó inmóvil y aguzó el oído. Sí. Por encima del bullicio de los siervos, los gritos de los guerreros e incluso las exclamaciones entremezcladas de Martín y Ansur, una voz infantil parecía pedir auxilio. Una voz que Jimena reconoció de inmediato.

Rosaura. Estaba convencida de que los lamentos eran suyos.

Siguiendo un desconocido instinto de protección, Jimena se deslizó hacia la parte oriental de la fortaleza. En una ocasión, Rosaura le mostró allí una excavación en una roca, llamada pozo Lairón. Era lo suficientemente oscura y honda como para provocar pavor, a pesar de que la niña le había explicado que servía para poder acceder al río y recoger agua en caso de asedio.

¿Y si se había caído y necesitaba ayuda?

Sus pasos se hicieron más rápidos, pero se detuvieron de golpe al contemplar lo que ocurría.

Sol sujetaba a Rosaura en el aire con un brazo, mientras intentaba ahogar sus gritos con la otra mano. Las piernas de la pobre niña permanecían suspendidas sobre la boca del pozo, pataleando con rabia para intentar apartarse.

Aquella mujer estaba en manos del diablo. Jimena se precipitó hacia delante, pero frenó de golpe cuando Sol le dirigió una mirada de advertencia.

—¡No lo hagas! —gritó Jimena, extendiendo una mano que no llegó a tocarlas—. ¡Es tu hija, Sol! ¿Acaso no te das cuenta?

—¡Ella es la que no se ha dado cuenta! ¡Me ha traicionado! La habéis protegido todo este tiempo, ¡pero ahora recibirá su merecido!

Un pequeño descuido que podía pagar muy caro. Jimena miró a su alrededor buscando ayuda. Al no encontrarla, abrió la boca dispuesta a pedirla a gritos, pero Sol dejó el cuerpo de la niña completamente suspendido sobre el pozo.

—Si lo hacéis, ella morirá —susurró, con una sonrisa retadora y una mirada desquiciada.

Los ojos de Rosaura estaban anegados en lágrimas de miedo. Ya no se defendía. Solo gimoteaba, paralizada. Jimena dio un pequeño paso en su dirección.

—Sol, es tu hija —repitió, intentando convencerla.

—¡Y también la de él! ¡Es igual de traidora! ¡Es como su padre!

—No sé a quién te refieres.

—¡Al conde de Trabada! ¿Es que acaso no veis su parecido? ¿O ya se os ha olvidado de qué color son los ojos del hombre que iba a desposaros?

Jimena ahuyentó la sorpresa y se centró en las miradas de socorro de Rosaura. Parecía un animalillo asustado a merced de una alimaña.

—¿Tú conoces a Odón de Montoya? —intentó distraerla.

—Mejor que vos, por lo que veo. Él lleva ambicionando esta marca mucho tiempo. Hace unos años hizo una visita al anterior señor de Castromoros que dio como resultado a Rosaura, aunque no creo que eso os interese —añadió, con los ojos brillando de pura ira—. Estáis muy entretenida con mi señor. ¡Mi señor! ¡¡Míiiooo!! ¿Lo entendéis?

—Por completo, Sol.

Debía apaciguarla. ¿En qué momento la simple rivalidad se había convertido en un odio profundo capaz de llevarla a atentar contra Rosaura?

—¡Os encargasteis de que mi señor viera con buenos ojos mi casamiento con Félix, un hombre al que aborrezco, solo para quitarme de en medio! —prosiguió Sol, escupiendo todo el rencor acumulado.

—Félix te ama.

—¡Pero yo a él no! ¡No sabéis lo que es ceder a sus pretensiones en el lecho! ¡Sentir su boca y sus manos recorriéndote cuando le detestas tanto...!

Parecía a punto de echarse a llorar, con una expresión tan lastimera que Jimena sintió pena por ella.

—Rosaura no tiene la culpa. No puedes acabar con tu propia hija —insistió, sacudiendo la mano extendida. Miró con disimulo a su alrededor. Si al menos apareciera Sabina...—. ¡No es natural!

—¡Natural! ¿Y cómo llamáis al hecho de que mi señor me tome a mí en vez de a vos en su

noche de bodas?

—Una mentira.

—¿Él os lo dijo?

—Sabías que yo estaba allí —improvisó Jimena—. No hizo falta que él me dijera nada, Sol. Lo hiciste para provocarme.

La chispa de venganza se apagó. La sierva pareció triste, desamparada. Pero acto seguido lanzó una risa tan estridente que todas las fibras de Jimena comenzaron a temblar. Con una rapidez impropia de alguien como ella, arrojó a Rosaura a un lado y agarró a Jimena en su lugar. De entre los pliegues de la túnica sacó un cuchillo y presionó la punta contra sus costillas.

—Acabáis de convencerme, mi señora. Vos por ella. ¿Qué os parece? Así terminaré con mi mayor estorbo.

La niña corrió hacia el patio de entrenamiento como una exhalación. Jimena se vio proyectada sobre la boca del pozo sin que pudiera hacer nada para evitarlo. Se aferró a los bordes con desesperación, pero el cuerpo de Sol la aprisionaba por la espalda con tanta fuerza que pronto los pies dejaron de tocar tierra firme.

Gritó con toda la potencia que sus pulmones aplastados le permitieron. Sintió cómo se rompía las uñas al intentar clavarlas en la pared de piedra para no seguir descendiendo y sacudió las piernas en la esperanza de dar en el blanco antes de caer al vacío.

—¡Sol, suéltala!

De pronto todo tipo de presión cedió. Jimena comenzó a toser cuando pudo incorporarse poco a poco. Recuperó la estabilidad, pero las piernas no podrían sostenerla con la suficiente fiabilidad, así que apoyó las manos en el saliente del pozo para ver a Félix forcejear con una Sol fuera de control que intentaba agredirle con el cuchillo, mientras Martín aparecía tras él.

—¡Déjame! —chillaba, con los ojos fijos en Jimena—. ¡Ella tiene la culpa de todo! ¡Me aparté de mi señor en cuanto llegó aquí de su mano, y ahora ha hecho lo mismo con mi hija! ¡Os ha hechizado a todos!

Félix consiguió reducirla, pero las fauces de Sol se movieron arriba y abajo hasta que un montón de espumarajos le llenaron la boca. Después, comenzó a proferir insultos como si el mismo diablo dictara sus actos.

—¡Jimena! ¿Te encuentras bien?

Martín la volvió hacia él para examinarla de arriba abajo. Cuando se aseguró de que no había sufrido daño alguno, entrecerró los ojos y se acercó a Sol.

Echó mano a su daga y la desenfundó. Su primer impulso fue degollarla, pero la breve visión de Rosaura, completamente destrozada al ver a su madre en ese estado de delirio, le detuvo.

El primer empujón terminó con sus gritos. El segundo la arrojó a los pies de Félix.

—Podría matarte aquí mismo —siseó, temblando de furia—, pero no lo haré. Dije que quedabas en manos de tu esposo, y así será.

Todos los ojos se clavaron en Félix, que se limitó a sacudir la cabeza.

—Lo que ha sucedido traspasa cualquier línea, mi señor —murmuró apenado, acariciando la alborotada cabellera de Rosaura, que se había pegado a su pierna—. Aceptaré el castigo que le impongáis.

—¡Echadla de Castromoros! —tronó Martín, asegurándose de que todos le escuchaban—. ¡Te

irás de aquí ahora mismo, sola y sin nada que pueda servirte de sustento o abrigo! ¡Decreto la muerte para todo aquel que te ayude o te ofrezca cobijo, así como para cualquier guerrero que te permita la entrada a esta fortaleza!

Bien por desesperación, bien por orgullo, la cordura pareció regresar a Sol. Desde el suelo tendió una mano a Rosaura, pero esta se apretó más contra la pierna de Félix entre lamentos espantados.

—¡Ella es mi hija!

—¡Y el único motivo por el que conservas la vida! Rosaura quedará bajo los cuidados de Félix. —Martín desenvainó su espada y señaló la puerta trasera de la fortaleza—. Espero no tener que verte nunca más, Sol, porque, de lo contrario, yo mismo acabaré contigo.

La sierva dedicó una mirada a Rosaura, como si comprendiera la monstruosidad que había estado a punto de cometer. La niña se aferró a Félix y este le acarició la cabeza. Entre bramidos indignados y blasfemias que hirieron incluso los oídos del hermano Bermudo, Sol fue arrastrada al exterior de la fortaleza por dos guerreros que se ocuparían de hacer cumplir la sentencia.

—Padre, ahora que madre no está, ¿qué pasará conmigo?

Le había llamado «padre».

Félix despegó la vista de Sol para centrarse en Rosaura. La niña lloraba desconsolada. Acababa de presenciar cómo su madre, la persona que más daño le había hecho en el mundo, era expulsada de Castromoros, y no había ni rastro de rabia. Solo pena y dolor.

Por mucho que le costara admitirlo, era cierto. Estaba desamparada. Ambos lo estaban. El instructor tragó saliva, recuperando la compostura perdida, y se acuclilló junto a ella para limpiarle las lágrimas.

Cuando Rosaura le miró, solo vio una acogedora sonrisa que aquietaba todos sus temores.

—Te quiero mucho, Rosaura —confesó, abrazándola para sentir aquella carita mojada contra su pecho—. Nos las arreglaremos los dos. Juntos.

Y se la llevó de allí para evitar que la niña terminara por derrumbarse.

Martín ni siquiera los escuchó. Solo le preocupaba tener a Jimena entre sus brazos, besar su cabello y acariciarle las manos lastimadas.

—He debido protegerte. ¡Te he descuidado!

—No podías saber lo que iba a suceder, Martín.

—He estado preparándome para un posible ataque del conde, y tenía al enemigo en mi propia casa —siguió él, apretándola más fuerte—. Vi cómo Rosaura corría hacia Félix completamente aterrorizada, gritando algo acerca de Sol y de ti. He estado a punto de perderte...

Jimena levantó la cabeza dispuesta a tranquilizarle. No había sucedido nada. Sol desaparecería de sus vidas para siempre, y todo estaría bien. Pero Celso llegó hasta ellos como si fuera un ave agorera, con el gesto tan contrito que el corazón le dio un vuelco al completo.

—Mi señor... Don Hernán de Medina está aquí —informó—. Y no viene solo.

24

El gran coloso aguardaba, escoltado por un contingente de guerreros lo suficientemente importante como para tenerles respeto. Ninguno se inmutó ante la fuerza armada que los rodeaba, a la espera de una orden de Martín para actuar.

Cuando este llegó, ambos se miraron dispuestos a partirse el cuello. Pero no lo hicieron.

Hernán arrojó su espada y abrió las manos para demostrar que estaba desarmado.

El señor de Castromoros le imitó.

—El rey te ha cedido parte de sus huestes —apreció Martín, señalando a los guerreros que acompañaban a Hernán.

—Un número a la altura de tu traición, espadero.

Con aquellas palabras, Hernán daba a entender que su casamiento con Jimena ya era conocido por él, pero, sobre todo, por Ordoño. Dio un paso al frente y se arrancó el yelmo para dejar su rubia cabeza al descubierto.

Martín inclinó la suya. La tierra bajo sus pies comenzaba a temblar.

—Aun así, debo corresponder la hospitalidad que en su día me brindaste —ofreció—. Eres bienvenido.

—Puede que dentro de un rato no opines así.

No vio venir el primer golpe que dio con sus huesos en el suelo, pero tras él escuchó la voz de Ansur, que ordenaba a los suyos proteger a su señor.

—¡Quietos! —exclamó Martín, limpiándose la sangre que comenzaba a manar de su nariz—. Esto es cosa mía. ¡No se os ocurra intervenir!

La sonrisa mostrada mientras se ponía en pie daba pavor. Con su grito de guerra más salvaje e indómito cargó contra Hernán, propinándole un cabezazo en el abdomen que le hizo caer de espaldas.

La guerra por Jimena acababa de empezar. En medio de un denso corro formado por unos y otros, los dos hombres rodaron por el suelo propinándose toda clase de golpes en lo que pareció una sangrienta pelea.

Así los encontró Jimena cuando, alertada por los gritos, se abrió paso entre los guerreros a base de empujones.

—¡Basta! —gritó, espantada ante lo que estaba viendo—. ¡Vais a mataros! ¡Basta, basta! ¡¡¡BASTAAAAA!!!

Solo con el último grito los contendientes repararon en ella. En cuanto se pusieron en pie, Jimena se colocó entre ellos. La dorada barba de Hernán estaba salpicada de sangre, procedente

de su boca. Un pequeño corte adornaba su pómulo derecho y uno de sus ojos comenzaba a hincharse. En cuanto al estado de Martín, no era mucho mejor. Tenía una brecha en la ceja y la nariz no dejaba de sangrar, pero los dos se miraban enseñando los dientes, como fieras dispuestas a seguir destrozándose.

—Hernán... Estás aquí.

El aludido abrió las piernas para mantener el equilibrio y miró a Jimena, sin mostrar ninguna emoción.

—Ordoño ha sabido de vuestra traición —dijo, señalándolos con el dedo—. Tengo que prenderos. A los dos.

—¡Eso jamás! —Martín rugió dispuesto a lanzarse sobre él, pero Jimena logró sujetarle a duras penas—. ¡Jimena es tu hermana! ¡Le debes lealtad!

—Mi lealtad está con mi rey. A no ser que ella se haya casado en contra de su voluntad. ¿Es así?

—¡Sí! —exclamó Martín.

—¡No! —gritó Jimena al unísono—. Yo soy tan culpable como él. No me ha obligado a nada.

—¡Eso es falso! —Martín la sujetó a su espalda cuando ella intentó dar un paso en dirección a Hernán. ¿Qué pretendía?—. Aceptaré el castigo que se me imponga, pero si alguien osa tocarla... No saldréis vivos de aquí.

—No tendré reparos en empezar una guerra para llevaros ante el rey, espadero.

—No hará falta. Te acompañaremos de buen grado, Hernán. —Jimena se zafó de Martín y caminó decidida hacia su hermano—. Si me permites hablar con mi esposo. A solas.

Hernán los miró con incredulidad, como si hubieran descubierto algo imposible. Después inclinó la cabeza y terminó asintiendo.

—Esperaré —concedió.

Martín decidió aprovechar la situación. Arrastró a Jimena hasta sus aposentos y aseguró la puerta antes de pasearse como un animal furioso, dispuesto a degollarla.

—¡Estoy intentando salvarte la vida mientras tú la arriesgas alegremente! —bramó—. ¿Sabes lo que Ordoño hará con nosotros cuando nos tenga delante?

—Sí.

—¿Y no te asusta?

—No.

—¡Pues a mí sí! —Jimena intentó examinarle los golpes, pero él se apartó y la sujetó por los hombros—. Escúchame. El pozo Lairón puede ser una vía de escape para ti. Este es el plan: mientras yo entretengo a Hernán, tú y Sabina descendéis por él ayudadas por Ansur. Desde donde está situado, nadie os verá. Os llevará al río, fuera de la fortaleza. Cuando Hernán quiera darse cuenta, tú habrás desaparecido y solo podrá prenderme a mí...

—No.

—¡Nos van a llevar ante el rey! ¡Mi traición ha sido tan grande que solo la intervención de Dios logrará salvar mi vida por un destierro que sería calamitoso para ti!

—Nuestra traición. Te tomaste muchas molestias en conseguir mi aceptación para que ahora te atribuyas todos los méritos, espadero.

—Cuando llegues al río, intérnate en el bosque y escóndete —siguió ordenando Martín, como

si ella no hubiera hablado—. No debes volver a Castromoros hasta que Hernán se haya marchado.

—He dicho que no. Iré contigo.

—Jimena... No me obligues a emplear la fuerza.

Los ojos azules escupieron indignación. ¡Al final, tendría que explicárselo para hacerle desistir!

—Soy la única que puede convencer a Hernán de que nos deje libres.

A juzgar por la expresión de Martín, creyó que al menos lo consideraría. Pero no. Terminó observándola con ese recelo que parecía escarbar en su alma hasta encontrar la verdad antes de sonreír con infinita tristeza.

—Nadie le convencerá de traicionar la voluntad de Ordoño —sentenció.

—Sí, si me prometes que nada malo le ocurrirá.

—¿Quieres protegerle después de lo que has visto? —Ella no respondió. Solo esperó, hasta que él protestó algo por lo bajo y cedió—. Te prometo que ninguno de mis guerreros atentará contra tu hermano. No habrá derramamiento de sangre, pero tú harás lo que te he dicho.

—¡No puedes irte así! —se quejó Jimena, adoptando su gesto más desolado.

Esta vez lo consiguió. Martín apoyó la cabeza en la pared con un largo lamento. Por ahí iba mal, muy mal...

—Jimena, he quebrantado la ley —murmuró con dulzura, estrechándola contra el pecho.

—¡Lo has hecho por mí! ¡Soy tan culpable como tú!

—No, mi amor. Ambicionaba tu corazón y lo asedié sin medida.

Si alguien tiene que pagar por lo ocurrido, ese soy yo.

La apartó, pero ella volvió a agarrarle del brazo.

—Si no quieres que salga detrás de ti, ¡tendrás que encerrarme!

—¡Condenación, Jimena! ¡Esta vez harás lo que te digo! ¡No voy a consentir que me pongas las cosas más difíciles de lo que ya son!

Era pura furia cuando se dirigió a la puerta dispuesto a abrirla. No pudo. Ella se colocó delante para impedirsele.

—Si me dejas, jamás te lo perdonaré.

—¡No quiero dejarte! —gritó Martín angustiado, masajeándose la cicatriz de la cara con algo parecido a la desesperación—. Pero no puedes venir conmigo. Aquí, Ansur y el resto cuidarán de ti. Si te ocurriera algo por mi culpa...

—¡Quiero que me ocurra todo por tu culpa! ¿Acaso no lo entiendes?

No era eso. Tal vez tenía miedo de entenderlo. Jimena cuadró los hombros y alzó el mentón.

Habían pasado la noche amándose. Si aspiraba con fuerza, todavía apreciaría el olor de Martín cubriendo su piel. Si escuchaba con atención, oiría sus apasionadas palabras. Y si cerraba los ojos, sentiría el tacto de sus manos. Piel con piel. Alma con alma.

No podía permitir que se marchara de su lado porque terminaría rota, desmenuzada en pedazos que nadie, excepto él, podría recomponer.

Tenía que decírselo.

—¿Qué pecado puede haber en el amor entre esposos? —preguntó muy serena—. ¿Qué pecado hay en la voluntad conquistadora de un guerrero que, al fin, ha conseguido su objetivo?

Martín entrecerró los ojos y contuvo la respiración. ¿Lo había conseguido? Las piernas comenzaron a fallarle. Ni siquiera al volver a respirar logró recuperar la compostura. Los ojos se le humedecieron y un pequeño hilo de esperanza renació en su corazón. Algo así como un revoloteo insignificante que fue ganando en intensidad a medida que comprendía su alcance.

—Jimena, ¿qué tratas de decirme?

—Que he caído rendida ante tu fuerza, tu nobleza y tu valor, espadero. —Primero le tomó de las manos heladas y temblorosas para demostrárselo. Luego, se puso de puntillas y besó sus labios con reverencia—. Que mi corazón, mi alma y mi vida son tuyos. Que te amo, y en nombre de ese amor te exijo que me lleves contigo, pues mi destino estará unido al tuyo hasta el fin de los tiempos.

No hubo reacción. No hubo ningún grito, ni de furia ni de júbilo. Martín solo la miraba con esa intensidad que derribaba montañas, hasta que se dejó caer a sus pies.

Él no supo cuándo comenzó, ni cómo permitió que los quedos lamentos escaparan de su boca, o que los hombros se sacudieran de un modo tan revelador. Solo fue consciente cuando se aferró a las piernas de Jimena y vertió su dulce aliento en ellas. Las apretó contra su cara para empaparlas con las lágrimas que no había podido ni querido contener.

Las besó. Susurró mil palabras incomprensibles, y recuperó parte de su orgullo cuando alzó la mirada para que ella le secara los ojos con infinita ternura.

Martín asintió al comprender. Era su corazón el que hablaba. El que lloraba y el que rugía de pena. Porque ahora que había conseguido lo que más deseaba, estaba obligado a rechazarlo.

—No sabes cuánto he esperado a oír eso. Sería capaz de arrojarme a las llamas del infierno antes de poner en peligro uno solo de tus cabellos, Duende —concluyó con la voz quebrada, poniéndose en pie cuando reunió fuerzas suficientes—. Jamás he tenido que hacer algo tan duro como separarme de ti, pero lo voy a hacer. Cumplirás mis órdenes y esperarás aquí a Sabina. Después las dos seguiréis mis instrucciones. —Antes de que Jimena pudiera hablar, él le puso un dedo sobre los labios—. Te aseguro que si intentas desobedecerme, yo mismo te encerraré en las mazmorras.

Volvió a la puerta con aire derrotado. Y esta vez, salió por ella.

Se desplazaría hasta el pozo Lairón con Sabina. Llegarían al río, pero una vez que Hernán y los suyos estuvieran a una distancia prudencial, se haría con un caballo y los seguiría.

Si Martín pensaba que iba a dejarle solo, estaba más que equivocado.

Jimena se quitó los pendientes y cogió la pequeña caja de madera que había sobre el hogar apagado. Los guardaría allí. Servirían para adquirir una buena montura, y si había algo más de valor en ella, podría sustentarles cuando escaparan.

Escapar. Las manos le temblaron al pensarlo. Si no lo conseguían, serían ejecutados como vulgares ladrones. Pero si lo hacían, estarían condenados a vagar en la pobreza más absoluta el resto de sus vidas, huyendo como parias.

No le importaba, mientras Martín estuviera con ella.

Sonrió y abrió la caja con confianza. Casi con alegría.

Una confianza y una alegría que se escaparon en cuanto tomó en su mano lo que había en ella.

Era un colgante de metal. Una semicircunferencia con extraños motivos florales que daban fe de su antigüedad. El extremo recto mostraba algunas imperfecciones, como si hubiera sido cortado por la mitad hacía poco, aunque Jimena sabía que no era así.

Espantada, soltó el colgante. El descubrimiento le quemaba las entrañas y le envenenaba la sangre. Cerró los ojos y se apoyó en la pared para no caer. Todo le daba vueltas. La luz que entraba por la ventana se había convertido en una gélida oscuridad que la llenaba de pánico.

De pronto ya no estaba en Castromoros, sino en los aposentos de su padre, cobijada por las sombras de la noche para ser testigo del acto vil y repugnante que su memoria había procurado olvidar por todos los medios...

Ha acudido allí para recibir el beso de su padre antes de irse a dormir, pero aquella noche es distinto. Don Tello vuelve de un viaje, y no lo hace solo. Jimena tiene el tiempo justo de esconderse tras la puerta de la sala cuando ve a los dos hombres detenerse frente a la enorme chimenea.

De su acompañante, apenas logra distinguir sus amplias espaldas y su indudable porte de guerrero.

—¡Debéis mostrar lealtad al nuevo rey García! —le increpa en un ronco susurro.

—El cadáver de su padre Alfonso aún está caliente. Venimos de su funeral. No puedes cambiar de lealtades con tanta facilidad.

El desconocido se acerca a don Tello con un aire tan amenazante que Jimena se aprieta contra la pared hasta confundirse con ella.

—Mis lealtades siempre han estado claras. El rey ha muerto. Viva el rey —sisea.

—¡Nunca arroparé a un hijo traidor, que promete prebendas a los condes que apoyen su investidura para comprar su silencio! Mi lealtad siempre estará con el rey Alfonso y con el hombre que de verdad podría traer la gloria al reino: ¡Ordoño!

—Ordoño es rey de Galicia. Nada tiene que ver con León.

—Él unificará los reinos y dirigirá su destino por encima de García. Recuérdalo, porque sucederá pronto.

El desconocido gruñe y le señala con el dedo.

—¿Sabéis que eso es traición?

Don Tello sonrío. Parece muy tranquilo, a pesar de que incluso Jimena puede oler el peligro.

—Si tu padre te viera ahora...

—Volvería a su tumba —replica el guerrero—. Lamentablemente, no podéis acudir a él para detenerme.

—Ya todos sabemos de la negrura que habita en tu alma. Todos, salvo el actual rey.

—Procuremos entonces que permanezca en la ignorancia.

De las palabras pasan a los hechos, y el desconocido saca una daga que no duda en emplear contra don Tello.

Jimena se tapa la boca para evitar el grito. Escondida tras la puerta, ve cómo su padre agoniza cuando su verdugo cae sobre él una y otra vez, hundiendo la hoja del cuchillo en su cuerpo con saña, mientras aquel colgante con una extraña forma de metal refulge a la luz de las velas, balanceándose sobre el pecho de su dueño.

El colgante al que le falta la mitad de una circunferencia completa.

Ella respira. Tiene que hacerlo para evitar que las lágrimas la ahoguen. Entonces el asesino levanta la cara en su dirección, como olisqueando el aire enrarecido por la muerte. Jimena ve una cara de formas indeterminadas debido a la escasa luz y a la cota de malla, pero con una seña de identidad inconfundible: sus ojos.

Dos esmeraldas verdes que brillan de odio, de sed de venganza.

Su padre ya está muerto, pero aquella bestia quiere más. Se acerca a la puerta abierta con la intención de descubrir qué hay tras ella. Jimena se pega a la pared y cierra los ojos. Es tan menuda que puede pasar desapercibida, pero seguro que él escucha los desmesurados latidos de su corazón. Seguro que huele el miedo que la hace sudar...

La fortuna le sonrío. Otro ruido, proveniente de más allá, parece distraer al asesino. Finalmente decide seguirle y desaparece.

Y Jimena aprovecha la ocasión. Se abalanza sobre el cuerpo de su padre en medio de violentos chillidos que alertan a la servidumbre.

—¡Padre, padre! ¡No me dejes! ¡No te vayas! ¡No te mueraaaaas!

Pero en medio de sus súplicas algo ocurre. Sale de allí a trompicones, sin dejar de mirarse las manos y la túnica manchadas de sangre. Lo vivido comienza a espaciarse en el tiempo hasta desaparecer. Todo se olvida excepto una cosa: él.

Cuando sale al aire frío de la noche, no logra recordar qué hace allí. Por qué tiembla, por qué llora o de quién es la sangre que la cubre.

Solo sabe que, si no huye, él la alcanzará...

Jimena se dobló en dos como si hubiera recibido una estocada mortal en el pecho. Los recuerdos comenzaban a acudir en tropel, sin orden ni concierto. Eran como avisos de otro mundo que ya no era el suyo.

Y no podía pararlos.

Lo peor acababa de atraparla como si fuera un despiadado demonio al que por fin podía poner nombre.

Martín era el asesino de su padre.

Un asesino al que ella amaba de forma brutal, lujuriosa e insaciable. Sin medida y sin razón.

Retrocedió y se sentó en el lecho, jadeante. Extasiada por la visión, por las sensaciones que no dejaban de asediarla para advertirla del peligro.

Todo había sido mentira. Tal vez, incluso la historia de Martín acerca de su cicatriz y de su madre lo fuera. Un ardid retorcido para hacerse con su confianza.

«Entonces, ¿por qué está tan empeñado en salvarte la vida a costa de la suya?».

—Quería acallarme —murmuró Jimena. El aire le faltaba, igual que aquella noche—. Cuando Hernán se ha presentado aquí, la única manera de ocultar su crimen era quitarme de en medio...

Sintió repugnancia hacia sí misma por haberse dejado seducir y engañar de un modo tan burdo. Miró los pendientes que aún tenía en la mano y los arrojó al suelo con rabia. Después se sentó sobre el jergón y enterró la cara entre las manos. ¡Buen Dios, cómo dolía! ¡Y qué ingenua había sido! Una muchachita necesitada de atenciones que se había dejado deslumbrar por los atributos de un guerrero que la colmaba de atenciones. Le había regalado la vida a cambio de sus

excelencias en el lecho.

Un pago excesivo para un asesino sin escrúpulos que ahora la obligaría a luchar contra sus sentimientos y emociones si quería vencerlos. Jimena alzó la cabeza y respiró hondo. Podía seguir las instrucciones de Martín y marcharse para siempre con Sabina.

O delatarle para salvaguardar el poco orgullo que podía quedarle.

¿Sería capaz? Recordó su sonrisa cálida, su mirada ardiente, y comenzó a llorar. El desengaño podría con ella. No tenía fuerzas para enfrentarse a él cuando sus ojos, enrojecidos por las lágrimas, se detuvieron en la puerta que acababa de abrirse. Por ella no apareció Sabina, como Jimena esperaba, sino Celso y Canuto.

—Mi señora, por orden de mi señor don Hernán, debemos acompañaros al patio de armas.

Jimena asintió y se limpió las lágrimas. Controló el temblor, los sudores fríos que aún la empapaban y el miedo. Recogió el colgante del suelo y lo guardó en su escote con disimulo.

No le costó seguirlos. Las piernas parecían moverse solas. En el patio de armas vio a Sabina, llorando en brazos de Ansur. Le dedicó una última mirada de despedida y trató de transmitirle tranquilidad a través de una insegura sonrisa. Todos los guerreros se veían envueltos en una calma tensa, esperando la más mínima orden por parte de Martín para actuar.

Él estaba sobre Atila con las manos atadas hacia delante, pero su furia contenida se desató cuando la vio.

—¡Vete! —le gritó—. ¡Déjala, Hernán! ¡Ella es inocente! ¡Déjala ir!! Se retorció como una bestia herida de muerte, con tanta fuerza que finalmente tuvo que ser Hernán quien le propinara un golpe que le dejó inconsciente sobre Atila. Ansur lanzó un grito y avanzó con la espada en alto, pero Félix le detuvo a medio camino.

—Recuerda sus instrucciones —susurró, antes de unirse a Hernán—. Debemos dejar que se lo lleven.

Jimena no se movió. Cada fibra de su ser sufría por él. Vibraba por él. Y le odiaba en la misma medida. Las mejillas comenzaron a mojarse cuando fue alzada hacia un enorme caballo. Sus ojos no se apartaron ni un momento del cuerpo inerte de Martín, avanzando delante de ella.

Intentó mantenerse erguida, pero cuando dejó atrás Castromoros, no pudo contenerse más.

Lloró por Martín. Por ella y por ese corazón que jamás sanaría.

En cuanto los guerreros iniciaron el camino, el hombre se deslizó como una sombra hasta las caballerizas. Allí, tomó un par de robustos asnos y salió por la puerta trasera de la fortaleza, en dirección contraria a la tomada por Hernán de Medina.

No quería correr riesgos innecesarios, pero el tiempo apremiaba.

Se internó en el bosque hasta el conocido claro, y allí la encontró. Cuando la mujer le vio, no fueron necesarias las explicaciones.

—¿Ya se los han llevado? —preguntó, cada vez más pálida.

—Así es, Teodomira. Tal y como vaticinaste.

—La maldad ha hecho mella en el corazón y la mente de Jimena, ¿verdad?

El hombre se encogió de hombros sin saber qué responder.

—Martín se rindió en cuanto la vio presa —dijo al fin—. Se ha sacrificado para evitar un baño

de sangre y preservar la seguridad de su esposa.

—Pero si no ponemos remedio, no servirá de nada. Ella le hará daño.

—Según tú, será su más completa desgracia.

—Martín me necesita.

El hombre asintió con rotundidad.

—Siempre te ha necesitado —afirmó—. Y siempre te ha tenido. Pero ahora debes dejarte ver.

—Nuestro momento ha llegado. —Teodomira sonrió con serenidad, calmando así su propia inquietud. El miedo a lo que se encontraría y el entusiasmo—. Hemos de darnos prisa. De lo contrario, no llegaremos a tiempo.

25

Avanzaban lentos, en silencio. Jimena agarraba las riendas con fuerza para evitar que el cansancio la derribara del caballo, pero mantenía la vista al frente. Así no cedería a tentaciones tales como compadecerse de Martín o entablar una conversación con Hernán.

El agotamiento comenzaba a hacer mella en su acostumbrada agudeza mental cuando echó un vistazo a su alrededor. El buen tiempo los acompañaba y el número de guerreros con los que contaban era suficiente para infundir seguridad en un viaje de vuelta que se le antojaba mucho más largo que el de ida, por varias razones que su mente se empeñó en analizar.

Desde que las compuertas de los secretos se habían abierto para ella, no podía controlar pensamientos ni emociones. Llevaban dos noches fuera de Castromoros, y las pesadillas se habían convertido en páginas llenas de información de las que bebía sin cesar.

Detalles que comenzaban a ser importantes. Que la llevaban de una conclusión a otra como si fueran nudos en una cuerda por la que ascender por un empinado precipicio.

Que la reafirmaban en el hecho de lo que debía ser Martín para ella a partir de ese momento.

Pero seguía doliendo. Más que su cuerpo envarado sobre la montura o los músculos agarrotados después de las noches que volvía a pasar a la intemperie.

Más. Mucho más, porque Martín también sufría. Lo veía en los gestos, mitad culpables, mitad coléricos, que le dedicaba cuando creía que nadie más estaba al tanto de ellos.

Jimena no se atrevía a desvelar a Hernán la relación de Martín con la muerte de su padre. Fueron varias las ocasiones que tuvo para hacerlo, y las desperdició todas. Evitaba a su hermano de la misma forma que evitaba cualquier acercamiento con su esposo.

—Veo que has perdido tu miedo a los caballos.

«¡Oh, qué atento! Tampoco es que se haya molestado en averiguarlo a tiempo, ¿verdad?».

Jimena no respondió. Ni a su conciencia ni a Hernán. Era el tercer día de viaje, y el primero en el que su hermano intentaba entablar algo parecido a una conversación, sin éxito.

Una insignificancia en comparación a lo sucedido con Martín. Ahora que se habían detenido a comer en un claro, su esposo solo le lanzaba dolorosas miradas de incredulidad e impotencia que llevaban consigo un montón de preguntas sin respuesta. Por fortuna para sus intenciones, por desgracia para su corazón, Jimena comenzaba a añorar un acercamiento. Una palabra amable, una caricia disimulada a través de sus manos maniatadas. Un beso...

Sacudió la cabeza y se mordió los labios. Su hermano la vigilaba con ojo de halcón, y Martín estaba amarrado al tronco de un árbol sin oponer resistencia. Nada de eso tendría lugar. No podría, ni debería. Nunca. Todo había acabado entre ellos.

—¿No quieres saber qué ha sido de Rodrigo y Nuño?

La mención de sus otros hermanos consiguió que Jimena rompiera su silencio.

—Sí —respondió con aspereza, apartándose cuando Hernán se sentó junto a ella.

—Algo es algo —comentó, alzando sus rubias cejas y ofreciéndole un trozo de pan que ella se vio obligada a aceptar—. Cuando Ordoño tuvo conocimiento de lo sucedido contigo y con Martín, por medio de un emisario del conde de Trabada, mandó a buscarme enseguida. Nuño ha partido hacia tierras navarras para reforzar la resistencia del rey Sancho Garcés contra los infieles, así que Rodrigo tuvo que ocupar mi lugar en Laciana mientras yo acudía al llamamiento de Ordoño. ¿No tienes interés por averiguar a dónde nos dirigimos?

Era evidente. Martín, al cadalso. Ella, al infierno.

—No.

—Pues te lo diré igual. El rey me ordenó prenderos para llevaros a Saldaña. —Hernán ocultó una mirada culpable cuando Jimena volvió la cabeza en su dirección—. Él nos esperará allí, junto al conde de Trabada y al obispo Fruminio.

—¿Tan importante me considera como para abandonar las obras de la catedral de León y llevarse con él a su principal valedor?

—Las obras de la catedral no suponen nada en comparación con la desobediencia de Martín y lo que esta puede suponer. Debe demostrar su supremacía, Jimena. De lo contrario, los problemas con los condes castellanos se multiplicarán —añadió Hernán, mirándola como si ella tuviera la culpa de esos problemas—. Incluso está dispuesto a pasar por alto sus diferencias con Munio Gómez, el conde de Saldaña, con tal de celebrar el juicio en terreno neutral. Es un gesto magnánimo por su parte.

—¿Y a quién debo agradecersele? ¿A ti o a Ordoño?

—A él. —Hernán señaló a Martín con un leve movimiento de cabeza—. A su lujuria y a su ambición. Él ha sido el causante de tu perdición.

—No te equivoques. Tú eres mi hermano. El mismo que un día me aseguró que me protegería para siempre. Dime: ¿dónde queda esa protección ahora?

Jimena volvió a su mutismo y procuró centrarse en los datos que le había dado su hermano. Ordoño haría gala de su conocida diplomacia para aplastarlos. No sería ni en Trabada ni en Castromoros, pero habría un juicio donde ella formaría parte de los acusados si no se decidía a contar lo que su mente no cesaba de decirle.

Una mirada furtiva se escapó hacia Martín. Apoyaba la espalda en el tronco con los hombros caídos y la mirada cansada. La barba había vuelto a cubrirle el rostro. Estaba sucio y desaliñado, pero el verde de sus ojos pareció iluminarse cuando atendió a su silenciosa llamada.

El corazón de Jimena tembló al ver la súplica pintada en ellos.

«¡Vete con él! En cuanto tengas la menor oportunidad, ¡libérale y huid juntos!».

Ella retiró la cara rápidamente y frunció el ceño, haciendo caso omiso de su conciencia.

—Jimena, las órdenes del rey son sagradas —añadió Hernán en un concluyente susurro.

—¿Tanto como para prescindir del cariño entre hermanos?

Hernán se envaró. Con un gruñido furioso, dio un bocado a su porción de pan y lo engulló con prisa.

—El cariño no disculpa ni tapa el resto de faltas. Ya deberías saberlo. —Pero lo afirmaba con

pesar. El gran Lobo Gris estaba arrepentido, aunque jamás lo confesaría. Era un guerrero, no una débil mujer. ¡Ah, si él supiera a quién llevaban con ellos! ¡Con quién dormían o comían! Jimena iba a contárselo, pero algo se lo impidió. Quizá fueron las dudas que aparecieron sin causa aparente para retrasar el momento de las confesiones. O los remordimientos. O simplemente, el amor que aún la encadenaba a aquel demonio de ojos verdes—. Jimena, ¿de verdad lo aceptaste voluntariamente?

Su hermano la había sorprendido mirando de nuevo a Martín. Se apresuró a desviar su atención hacia el pan que permanecía en su mano y lo apartó con desinterés.

—Sí.

—¿Y habéis...?

—¿Consumado el casamiento? —Tras un leve titubeo, Hernán asintió—. ¿Qué importancia tiene ahora?

—¡Mucha! Si sigues siendo pura, Odón de Montoya no tendrá reparos en aceptarte de nuevo, una vez el espadero sea ajusticiado.

Martín muerto. Jimena contrajo el pecho como si el golpe recibido fuera bien real. Si algo así llegaba a suceder, jamás se repondría.

—Odón de Montoya me repudió antes de mi casamiento con Martín —informó, sin importarle la preocupante palidez de su hermano al escuchar la noticia—. Si lo que pretendes es salvarme, tendrá que ser por otro camino.

—Pero si no ha habido...

—La ha habido. Con consentimiento pleno. —Esta vez la cara de Hernán comenzó a descomponerse—. El único modo de librarme de la justicia será que me dejes ir. ¿Serás capaz de hacerlo?

Martín levantó la cabeza al escucharla. Había hablado demasiado alto, él estaba demasiado cerca... Y toda su menguada atención seguía con ella.

Él frunció el ceño y los miró alternativamente. Luego entreabrió los labios y asintió muy despacio. Con esperanza.

No parecía importarle demasiado su propio destino, pero sí el de ella.

¿Era esa la actitud de un criminal? ¿Un hombre sin corazón temblaría de angustia al verse impotente para impedir que ella sufriera?

No. Rotundamente no. Y, sin embargo, él era un criminal. El peor con el que podría haberse topado.

Con un firme movimiento de barbilla, Martín la instó en silencio a que continuara; apretó los dientes y repitió el gesto cuando vio que ella se negaba.

—No puedo, Jimena. Sabes que no puedo —siguió diciendo Hernán.

—Lo único que sé es que vas a traicionar a los de tu sangre.

Recibió una queda maldición por respuesta antes de reanudar la marcha, pero aquello que rondara por la cabeza de Hernán parecía tan importante que al rato se detuvo de nuevo.

—Todo lo que me has contado... —farfulló, rascándose la barba—. ¿Quieres decir que le amas?

Sí. No. Ya no lo sabía. Ni deseaba saberlo. Los ojos se le nublaron por las lágrimas.

¿Para qué negarlo? Lo sabía. Le deseaba. Le amaba. Y dudaba que algún día pudiera dejar de

amarle.

Pero no podía confesárselo a su hermano. Ni a Martín. Ni siquiera a sí misma.

—Déjame, Hernán —suplicó abatida, mientras sentía el ardor de unos ojos verdes clavados en cada porción de su cuerpo, esperando una explicación.

Tan solo una...

La fortaleza, que se remontaba a épocas romanas, estaba fuertemente custodiada por guerreros del conde Munio Gómez y por los del rey Ordoño. Para Jimena, ver sus siluetas a lo largo de la muralla fue como arrastrar una pesada cadena bajo sus pies. Una espada que comenzó a pender sobre su cabeza cuando los guardianes de la puerta principal se hicieron a un lado para permitirles el paso, y que agudizó su presencia cuando dejaron las monturas en el patio de armas.

Sus ojos se pasearon con disimulo por todo el que iba y venía. No se habían encontrado con campesinos en las inmediaciones, y la servidumbre parecía escasa, señal inequívoca de que la fortaleza había sido habilitada solo y exclusivamente para el fin que Ordoño quisiera darle.

Nada hacía presagiar la presencia del conde de Trabada. Ni de él ni de parte de sus huestes, aunque las dimensiones del lugar parecían ser suficientemente amplias para acogerlos a todos.

¿Las mazmorras también lo serían?

«Si consigues seguir los dictados de tu inteligencia, no tendrás que pisarlas».

—Pero Martín sí.

«¿Remordimientos a estas alturas? De poco van a servirle».

Esperaba que no le sirvieran de nada. Jimena ascendió por las escaleras siguiendo a Hernán. Tras ella, Martín arrastraba los pies flanqueado por dos guerreros, hasta que todos se vieron frente al rey.

Los esperaba. Sentado junto a su esposa Elvira, Ordoño imponía. Era alto y delgado, pero sus ojos oscuros parecieron atravesarlos desde el mismo momento en que los tres se postraron ante él. Y siguieron haciéndolo cuando Hernán se atrevió a levantarse para hacerse a un lado.

—Mi señor, mi hermana Jimena y el espadero Martín Ruiz de Vega están ante vos, como habíais ordenado.

—Si todas mis órdenes se cumplieran siempre con la misma celeridad, no estaríamos donde estamos. —A través de sus pestañas, Jimena pudo ver cómo el rey se acercaba a ellos—. Levantaos, pues quiero ver el rostro de la traición en toda su magnitud.

Obedecieron. El rictus de Ordoño, aunque severo, poseía un cierto rastro de humanidad cuando observó el aspecto de Martín.

—Confíé en ti. El conde de Trabada también lo hizo. Pero nos has traicionado de la peor manera, espadero. Y has condenado para siempre la virtud de esta doncella.

—No la he condenado, mi señor. Me he desposado con ella —replicó Martín sin levantar la mirada—. Lo hice para aplacar la lujuria que me dominaba desde que la conocí. No me importó la misión que se me encomendó, ni mi lealtad hacia vos cuando la forcé a aceptarme como esposo.

Ordoño miró a Hernán, intentando buscar explicación a lo que acababa de escuchar. Un intervalo de tiempo lo suficientemente largo como para que Jimena desdijera las palabras de

Martín. Pero solo levantó la frente y tomó aire para enfrentarse al rey.

—Mi señor, si me permitís hablar... —tanteó.

—Estoy deseando escucharte, niña.

—El espadero tiene razón. —Jimena no se atrevió a mirar a Martín. Se sentía como una sucia traidora ante lo que iba a decir—. Me obligó a desposarme con él, pero tuve que mentir a mi hermano por temor a las represalias.

Martín exhaló un suspiro de alivio y Hernán frunció el ceño.

¿Qué represalias temía Jimena? Llevaba con él hombres suficientes como para sofocar cualquier intento vengativo por parte del espadero. Estaba dispuesto a rebatirla, pero se olvidó cuando vio cómo el rey parecía considerar seriamente las palabras de Jimena.

—Tu lealtad te honra, Hernán —alabó—. Has prescindido de los lazos de sangre para cumplir mis deseos.

—Mi señor, os juro que yo pensaba...

—No debes jurar —amonestó el monarca con un concluyente movimiento de su mano—. Entiendo tu confusión, pero ahora tienes tu recompensa. La confesión del espadero exime a tu hermana de toda culpa.

—¿Ella es libre?

—No del todo. —El gesto de Ordoño no parecía vaticinar nada bueno—. Aún está pendiente el acuerdo matrimonial con el conde de Trabada.

—Yo soy el único culpable, mi señor... —insistió Martín—. Soy yo quien debe ser castigado... Os suplico clemencia con ella.

—Eso es lo que estoy demostrando, espadero. Su casamiento con el conde la librá de la desgracia.

—Vos y yo sabemos que Odón de Montoya no es lo mejor para mi actual esposa.

Los dientes de Jimena rechinaron sin permiso. ¡Martín se estaba atreviendo a cuestionar las órdenes del rey, nada menos! ¿Por qué aquella insistencia la hacía contenerse para no lanzarse a sus brazos y protegerle con su vida?

Debía confesar a Ordoño todo lo que sabía antes de que sus dudas se hicieran infinitas.

«¿Vas a decirle que llevas teniendo visiones y sueños extraños durante años, acerca de la muerte de tu padre? ¿Que ha sido precisamente ahora cuando esas visiones te han revelado la identidad de su asesino, y que por eso no has hablado antes?».

No. Si lo hacía, sería ejecutada junto con Martín. Pero había otra posibilidad.

—Mi señor, me gustaría hablar con mi verdadero prometido, si es que ya se encuentra aquí —soltó sin pensar—. Quizá vuelva a aceptarme.

—No creo que se atreva a lo contrario. Serás llevada ahora mismo a su presencia —dictaminó Ordoño, regresando a su asiento—. Él, su hermanastra Munia y su madrastra Urrica llevan aquí desde ayer. Ha tenido que dejar ciertos asuntos de importancia para acudir a mi llamada. Todos hemos tenido que hacerlo.

Con un gesto de la mano, Ordoño señaló la salida. Jimena se disponía a seguir a uno de los guerreros cuando un alarido de rabia resonó a su espalda.

Temió volverse, porque sabía lo que iba a encontrarse. Pese a todo, lo hizo. Martín se debatía entre las manos de Hernán y del otro guerrero. Parecía embrujado, presa de un ente más potente

que él. Luchaba por liberarse para correr hacia ella. Y cuando pudo ver sus ojos, el alma se le cayó a los pies.

Estaban llenos de lágrimas que nunca derramaría.

—¡¡No!! —bramaba, retorciéndose con furia—. ¡¡Jimena, no lo hagas!! ¡¡Quédate conmigo!!

No se quedó. Siguió al guerrero a través de pasillos y escaleras, con la vista nublada y las súplicas de Martín torturándole la mente cuando fue llevada hacia una sala más pequeña.

El conde de Trabada se volvió sorprendido ante su repentina presencia. No sonrió ni habló durante un tiempo. Solo se dedicó a contemplarla con la expresión del vencedor que obtiene su trofeo, antes de acercarse a ella.

Jimena escuchó un breve tintineo de advertencia en su cabeza que decidió desoír.

—Has venido a mí —afirmó, acariciando los cabellos rubios como si fueran su bien más valioso.

Sí, pero no se sentía satisfecha con ello. Más bien todo lo contrario. Notaba un incómodo nudo en el estómago que no sabía cómo deshacer. Vio que tras ella la puerta se había cerrado y comenzó a temblar.

—Sois mi prometido —murmuró Jimena.

—Me alegra saber que aún piensas así de mí. Sobre todo teniendo en cuenta que nunca hemos cruzado una sola palabra, y, sin embargo, te has casado con ese traidor que ahora mismo estará probando las mieles de las mazmorras. —La sonrisa de Odón era tan fría que Jimena dio un paso atrás sin pretenderlo—. ¿Sabes? Estuve a punto de marchar contra Castromoros para recuperarte, pero al final decidí que una venganza con Ordoño de mi parte sería mucho más dulce y satisfactoria. He llegado a pensar que terminarías por permanecer al lado del espadero.

—Él... intentó convencerme.

—¿Solo lo intentó? ¡Mentecato! Yo lo hubiera conseguido. A cualquier precio.

De eso no le cabía duda alguna. Había tanta ambición en el rostro del conde como generosidad en el de Martín.

Jimena apretó los puños con disimulo. Lo que menos le convenía ahora era ese tipo de comparaciones.

—La verdad siempre sale a la luz —afirmó Odón. Sus ojos brillaron. Esos ojos... El segundo tintineo fue más persistente que el anterior—. Pronto todo esto no será más que una horrible pesadilla.

Ella le miró confundida.

—Creía que estabais dispuesto a repudiarme.

—Supongo que tus recelos vienen de cierta carta que fue escrita bajo coacción, pero quiero que sepas que nunca he abandonado mis intenciones de desposarte. —Emitió una risa fría que consiguió hacerla estremecer—. Están en juego demasiadas cosas con nuestro casamiento.

Por ejemplo, el favor de Ordoño a la vez que mantenía el de los condes castellanos.

El tintineo de advertencia pasó a convertirse en zumbido.

—Yo...

El tacto frío del conde descendiendo por la mejilla de Jimena hasta desembocar en la clavícula le produjo un inmediato rechazo, pero ella levantó la vista en cuanto notó aquella mirada deslizándose por su piel como un líquido viscoso que pretendiera atraparla.

—No temas. Nada ha de pasarte conmigo. Vamos a contraer nupcias en cuanto el espadero muera. Después, Castromoros y tú seréis míos.

La noticia le produjo tal estupor que fue incapaz de moverse cuando Odón la abrazó. Cuando acarició su espalda y cuando se atrevió a posar sus labios en el tembloroso cuello. Jimena solo reaccionó ante el contacto de algo frío en su mejilla. Y cuando se apartó para verlo, creyó que la vida había terminado para ella.

Era un colgante. Media circunferencia plana con motivos florales exactamente igual a la que había encontrado en los aposentos de Martín.

La otra mitad que la hizo comprender.

Crejó haberse escuchado gritar cuando consiguió apartarse del todo y comenzó a retroceder hasta que su espalda chocó con la puerta cerrada. Se abrazó a sí misma para detener los temblores que la sacudieron. Sus ojos desorbitados se fijaron en el semblante tranquilo del hombre que la contemplaba. De pronto reconoció la voz, la envergadura, incluso el olor de la muerte. Y los ojos, tan parecidos a los de Martín.

Buen Dios. Buen Dios. Buen Dios.

—¡Fuisteis vos! —gritó espantada—. ¡Asesinasteis a mi padre!

—¿Qué dices? Sin duda los tormentos vividos junto al espadero te hacen desvariar.

Odón alargó una mano, pero Jimena logró escabullirse hasta el otro extremo de la sala. Intentaba no perder el sentido de la realidad, pero los retazos de recuerdos se anudaban con fuerza en torno a su memoria.

Ahora estaba segura. No fue Martín quien había empuñado el cuchillo. No fue Martín quien la persiguió más allá de las murallas de Laciana, con la intención de acabar con ella. Pero ella le había acusado, juzgado y sentenciado.

—¡Yo estaba allí! —Odón avanzó hacia Jimena sin inmutarse. Con aquel colgante oscilando en su amplio pecho a cada paso que daba—. Salí corriendo de la torre, atravesé el patio de armas, crucé el puente...

—Y yo te perseguí.

—¿No lo negáis?

—¿Para qué? Te vi salir de los aposentos de tu padre y decidí seguirte para silenciarte, pero te perdí. Y cuando decidí regresar a buscarte, supe que no recordabas nada de lo ocurrido.

El conde siguió avanzando hasta acorralarla entre su cuerpo y la pared. Jimena sacudió la cabeza, cada vez más aturdida. El sudor hacía que la tela se le pegara al cuerpo. Los latidos de su corazón eran tan fuertes que los sentía en el cuello, en las sienes. En el alma.

Porque ahora comprendía la magnitud de su error.

—Queríais desposarme para...

—... cumplir los deseos de Ordoño —siguió él, encogiéndose de hombros con maldad—. Confieso que la idea no me gustaba, pero llegué a la conclusión de que, después de años de silencio, era la mejor forma de mantenerte controlada. A ti y a tu memoria.

Casi se abalanzó sobre ella. Comenzó a sobarla sin consideración, pero Jimena se resistió.

—No-me-toquéis —farfulló sobre su pecho.

—Estamos solos. Mañana el mismísimo obispo Fruminio nos casará. Y seguro que el espadero ya ha probado eso que pretendes negarme. —De pronto la apartó. Tenía la lujuria grabada en

cada gesto cuando volvió a sonreír—. Si gritas, nadie te oirá. Si suplicas, nadie acudirá en tu ayuda. Y si hablas, nadie te creará.

—¡Sois el asesino de mi padre!

—¡Soy el hombre que liberó al rey García de un traidor! ¿Sabías que fue él quien me ordenó esa muerte? ¡No quería contar con notables afines a su padre Alfonso!

—¡Mentís! —gritó Jimena, descompuesta. Después recordó la historia de Martín y esbozó una sonrisa perversa—. ¿Y qué me decís de la curandera a la que os llevasteis por el camino? ¿También fue García quien os ordenó su ejecución?

El rostro de Odón se desencajó, palideció y a continuación enrojeció. No esperaba que aquel incidente saliera a relucir precisamente ahora, cuando intentaba imponer a su futura esposa todos y cada uno de sus requerimientos sexuales.

—Eso no te incumbe, bruja —siseó, propinándole la primera bofetada—. Solo entiende que tu padre murió por una causa más grande que él.

El zumbido regresó con más potencia. Jimena intentó controlarlo, pero solo logró tambalearse. Se dobló en dos y clavó la mirada en un punto lejano. No podía permitir que las visiones la asediaran en ese momento. Tenía que ayudar a Martín.

Él iba a morir por su culpa. Por su necedad. Por ignorar los dictados de su corazón.

—Un inocente va a ser ajusticiado —murmuró entre brumas.

—¿Un inocente? El espadero ha traicionado la voluntad de Ordoño, la de tu hermano y la mía propia.

—Pero no la mía. ¡Yo le amo! ¡Explicaré a Ordoño quién sois en realidad!

Luchó cuando fue elevada sin ningún miramiento varios palmos sobre el suelo. Le golpeó con los puños y le clavó los dientes. Pataleó esperando dar con algún punto especialmente vulnerable, pero solo le sirvió para que Odón la sujetara más fuerte.

—Cuento con testimonios que te condenarán al infierno, Jimena. Me he cubierto las espaldas. Pero te ofrezco una última opción. Si guardas silencio y me aceptas de buen grado, vivirás.

—¡Yo ya tengo un esposo! ¡Es Martín Ruiz de Vega!

Jimena cerró los ojos. Junto a ella escuchó un suspiro de resignación, seguido de un chasquido de lengua.

—Está bien. Tú lo has querido.

Odón la agarró por el cuello hasta que el aire le faltó y sus movimientos de defensa se hicieron más lentos. Sintió la presión de la sangre en los oídos y el pulso languideciendo, pero cuando creyó que aquel sería su fin, el conde de Trabada decidió lo contrario.

Sacó un puñal de algún sitio y lo colocó en la mano derecha de Jimena. La dejó caer al suelo y abrió la puerta sin dejar de observar cómo tomaba aire con desesperación, arrastrándose lejos de él.

—¡A mí la guardia! —gritó, con una cruel sonrisa en su atractivo rostro—. ¡Esta mujer ha intentado asesinarme! ¡Prendedla!

26

Martín se apoyó contra la fría y hedionda pared de piedra y cerró los ojos.

Amanecía cuando el ruido del exterior comenzó a ser casi insoportable. Tanto como la oscuridad de aquella celda inmundada, el peso de los grilletes que le mantenían casi pegado a la pared o el olor putrefacto que le revolvía por dentro.

O el hecho evidente de que Jimena había dejado de amarle.

Tal vez nunca le había amado. Por eso le miraba con aquel odio profundo camino de Saldaña. Por eso se había entregado al conde de Trabada.

Si Martín hubiera supuesto remotamente que sería feliz al lado de Odón, lo aceptaría en paz. Pero sabía que no lo sería. Que aquel hombre la obligaría a cumplir con sus deberes como esposa de las formas más aberrantes cuando ella se negara a complacerle. Después de todo, estaría en su derecho.

Martín rugió y tiró de las cadenas que le mantenían preso sin ningún resultado.

No le hacían falta aquellas cadenas para saber que hacía tiempo que estaba condenado. En el mejor de los casos, el rey ordenaría su muerte. En el peor, le condenaría a un destierro que terminaría con él. Porque no podría vivir lejos de Jimena por mucho que ella le rechazara, por mucho que se convirtiera en la esposa de su enemigo y por muchas leguas de distancia que los separaran.

Aunque no sería la primera vez que luchaba contra ese destino. Ya lo había hecho antes, a través de los años y las guerras. A través de la vida que siempre se había empeñado en separarle de Jimena.

En la oscuridad, sus dedos buscaron con afán la cicatriz que lucía en la palma de su mano derecha. Cuando la encontró, sonrió. Era el signo de una promesa por cumplir, pero también significaba todo lo que Jimena había llegado a ser para él. Y todo lo que tendría que dejar de ser a partir de ese momento.

—Es por aquí, mi señor. Seguidme.

Martín se puso en pie cuando vio aparecer al carcelero, acompañado de alguien que reconoció de inmediato y que le hizo apretar los puños dispuesto a defenderse.

—Si necesitáis algo más... —añadió el hombre.

—Creo que sí. Espera. —Hernán dejó la antorcha que portaba en uno de los soportes del muro y propinó un certero golpe a la nuca del guardián que le derrumbó, inconsciente—. Ahora lo tengo todo —añadió, sacudiendo en su mano el manojito de llaves que le arrebató.

Martín se agarró a las cadenas, completamente atónito.

—¿Qué significa esto? —preguntó, señalando al desventurado.

—«Esto» era un inconveniente. —Hernán le apartó de un puntapié y sonrió con suficiencia—. El resto te lo explicaré en pocas palabras: Jimena será juzgada cuando el sol haya salido por completo, así que no tenemos mucho tiempo.

—¿Juzgada? ¡Debería estar con el conde de Trabada!

—Al parecer, intentó matarle. Una pena que no lo consiguiera.

Al menos así Ordoño podría atribuirle hechos consumados.

Cuando Hernán se acercó a él, Martín le dirigió un certero puntapié que dio de lleno en su estómago. Era lo menos que se merecía, tanto si lo que decía era cierto como si no. Hernán le advirtió con la mirada y le devolvió el golpe en la mandíbula.

—Primera lección: si quieres pelea mientras hablamos, no tengo inconveniente, siempre que me ayudes a evitar ese juicio —comenzó, sacudiendo un dedo frente a Martín—. Mi conciencia me lo exige, y tu honor también.

—Ya he visto lo que es capaz de hacer tu conciencia. ¿Cómo sé que esto no es una treta contra mí?

—No lo sabes, espadero. Solo puedes seguir tu instinto y la salida que te ofrezco. Vengo buscando lealtad para Jimena; no pararé hasta conseguirla.

Demasiado fácil para ser verdad. Martín miró a su alrededor, como si esperara que los hombres de Hernán aparecieran de un momento a otro. Al no verlos, comenzó a enfurecerse. ¿Aquel señor traicionero se atrevía a hablarle de lealtades? Sí. Con dolor y arrepentimiento sincero, además de con una buena dosis de razón. La situación era rocambolesca; llevaba a la cautela. Pero Hernán le tendía una mano que él debía aceptar, sin pensar a dónde le llevaría. En su cabeza solo cabía la imagen de Jimena, presa. ¿Y si era verdad?

—¿Has hablado con ella? —preguntó—. ¿La has visto?

—No me lo han permitido. —Martín entrecerró los ojos con suspicacia y Hernán acabó apartándose con un resoplido—. ¡Por Satanás! Me he deshecho del guardián delante de ti, no sin antes sobornar al resto para asegurarme su silencio. ¿Qué más necesitas para confiar en mí?

—Convicción. Resulta difícil imaginar a Jimena amenazando a un hombre de la envergadura del conde.

—Yo tampoco me lo creo. ¿Algo más?

—Sí. Tú. Hace unos días querías matarme, pero ahora estás liberándome —insistió Martín, señalando su espada enfundada—. ¿No vas a utilizarla?

La carcajada de Hernán fue tan fuerte que temió que el guardián se recuperara del golpe antes de tiempo.

—Si quisiera matarte, lo habría hecho con los grilletos puestos. ¡Ya está! —exclamó, cuando consiguió abrirlos—. Ahora escucha con atención. El rey y el obispo Fruminio presidirán un juicio por combate a petición de Odón de Montoya. Él defenderá su postura con su propia espada, pero mi hermana no tiene paladín que defienda la suya.

—Estás tú. Seguro que te resulta muy fácil recomponer lo que has deshecho.

—No tanto —repuso Hernán sin mostrarse ofendido—. Si intervengo, provocaré un baño de sangre que, por el momento, quiero evitar. Sin embargo, no estarán preparados contra ti.

Lo tenía bien pensado. Todo, menos un pequeño detalle que hizo que Martín terminara

golpeando la pared con impotencia.

—¡Ordoño ordenará prenderme de nuevo en cuanto me vea!

—En ese caso, no me quedará otro remedio que intervenir —afirmó Hernán con un encogimiento de hombros.

—¡No permitirá que represente a Jimena! Si ese es tu mejor plan...

El puño de Hernán se estrelló en su cara antes de que pudiera seguir.

—Segunda lección: nunca contradigas al gran Lobo Gris. —La misma mano que le golpeó se abrió para ayudarlo a incorporarse. Martín la aceptó—. Es la única forma de salvaros a los dos.

—¿De los hombres del rey, los de Odón de Montoya y los del conde de Saldaña, juntos?

—Celso, Canuto, Higinio y Edistio me han ayudado a convencer a unos cuantos para que reconsideren su bando. En cuanto a los guerreros del rey, ha sido más sencillo. Los que te conocen y te aprecian han decidido ayudarte voluntariamente. ¿Tengo que seguir?

—No es necesario.

Lo había comprendido a la perfección. Hernán se había dedicado a comprar voluntades, solo Dios sabía cómo. Aquello cambiaba las cosas. Y sumaba un número más que importante a su favor. Un pequeño ejército presto a luchar por ellos.

Ahora Martín parpadeaba incrédulo, con un nudo de emoción comprimiéndole el pecho.

—Al parecer, en el viaje a Castromoros te ganaste varias lealtades —añadió Hernán, con el orgullo pintado en sus ojos grises.

—Pero no la tuya.

—La mía hace tiempo que la tienes, espadero. Por eso estoy aquí.

Una ronca exclamación siguió a sus palabras. No era Martín quien amenazaba a Jimena, sino un conde con el alma podrida que solo buscaba el poder de una frontera. Había cometido errores que pretendía subsanar, pero el único que podía ayudarlo se limitaba a frotarse las muñecas y los tobillos mientras le miraba con recelo.

—Por los huesos de San Pedro, ¡ella te necesita y te tendrá, así tenga que molerte a golpes para conseguirlo! —gruñó Hernán, sacudiéndole con tanta fuerza que Martín terminó por reaccionar, propinándole un codazo en las costillas que sirvió para que le soltase. Afortunadamente Hernán no le devolvió el ataque, aunque no parecían faltarle ganas—. ¿Dónde está el hombre valiente, noble y aguerrido que fue capaz de desposarla, desafiando la voluntad de un rey?

—Se quedó con su rechazo.

—Esto ya es demasiado. —Hernán elevó los ojos al techo y sacudió la cabeza—. ¡No hay tiempo para sentimentalismos absurdos! ¡Si tuviste lo que hay que tener para hacerla tu esposa, algo debe de quedarte para ayudarla!

Los ojos verdes comenzaron a brillar. ¡Claro que le quedaba! Pundonor, fuerza, honor. Si tuviera más, le saldrían alas.

—Pero ella no me ama —objetó—. No aceptará mi ayuda.

—Tercera y última lección: ella te ama demasiado. Si yo lo he visto, tú también. —Al cabo de un rato, Hernán añadió—: ¿Y bien? ¿Vendrás conmigo, o seguirás desconfiando hasta que te convenza a base de puñetazos?

En realidad solo tenía una opción: aquella que le dictaba el corazón. Martín dio un paso al frente, no muy seguro de haber tomado la decisión adecuada. Con una maldición dicha a voz en

grito, Hernán le llevó hacia las escaleras que conducían a la salida y dejó encerrado al guardián.
—¡Andando! —exclamó—. Tienes un aspecto tan lamentable que me va a llevar más tiempo del necesario hacer de ti el guerrero que Jimena necesita.

El rey Ordoño presidía el palco. A su derecha, el obispo Fruminio dirigía toda su silenciosa ira a la acusada. Sentado a la izquierda del monarca, el conde de Saldaña, Munio Gómez, parecía compadecerse del aspecto sucio y cansado que ofrecía Jimena, situada entre dos guerreros que le impedían cualquier movimiento.

Hernán y los suyos se limitaban a observar, mezclados con los hombres de Ordoño. En un plano secundario aparecía doña Elvira, la esposa del rey, acompañada por dos mujeres altas y morenas que Jimena dedujo que serían la madrastra y la hermanastra de Odón.

A su espalda, un perfecto cuadrado delimitado por vallas marcaba las distancias entre ellos y las personas que presenciarían el juicio. Jimena pudo apreciar que las puertas de la fortaleza permanecían abiertas para todos los curiosos que desearan entrar en ella, previamente desarmados por los guardianes de la entrada.

Ordoño tomó asiento.

—Doña Jimena de Medina, has sido acusada por don Odón de Montoya de atentar contra su vida —comenzó—. ¿Tienes algo que alegar en tu defensa?

Jimena miró al rey a los ojos. No quiso hacerlo con Odón, ni tampoco con su hermano Hernán. La actitud del primero era demasiado arrogante y la del segundo, demasiado atormentada.

Tendría que defenderse sola.

—Sí, mi señor —afirmó—. Yo nunca he atentado contra la vida del conde. Más bien sucedió al contrario.

—No fue eso lo que los guerreros advirtieron cuando acudieron a su llamada de socorro —apostilló Fruminio, con una voz tan calmada que Jimena sufrió un escalofrío—. ¿Por qué querría el conde hacer algo así a la mujer que iba a convertirse en su esposa?

—Mi señor, el conde de Trabada fue el hombre que asesinó a mi padre. Yo lo presencié. Por eso quiere quitarme de en medio. —A continuación calló, recreándose en los murmullos desconcertados que la envolvieron. Por el rabillo del ojo pudo ver cómo la expresión segura se borraba del rostro de Odón. Por el contrario, Hernán la miraba con el ceño fruncido—. Sé que he pasado mucho tiempo en silencio, pero tengo un buen motivo. No recordaba nada de lo ocurrido hasta que tuve mi entrevista con el conde. Fue el colgante que lleva puesto lo que me hizo recordar.

Ya estaba hecho. Si Martín y ella tenían algún futuro, este pasaba por intentar que Ordoño y Fruminio creyeran su relato.

Pero Odón dio un paso al frente para intentar desbaratarlo. Se arrancó el colgante y lo arrojó a los pies de Jimena.

—¡Miente! —gritó, señalándola con el dedo—. ¡Sin duda, mi prometida está poseída por el diablo! ¡Maneja la voluntad de los hombres a su antojo!

Ordoño se levantó en el acto. Con una simple mirada impidió que Hernán y sus hombres dieran un solo paso en dirección a Jimena y examinó a esta, como si en verdad creyera las palabras del

conde.

—¿Tienes pruebas que avalen tus afirmaciones? —le preguntó.

A una señal de Odón, un hombre se abrió paso entre los asistentes al juicio. Cuando Jimena le reconoció, creyó morir.

El hombre mostraba una nariz torcida, además de una oreja incompleta.

Era el mercenario que la había raptado. Y se disponía a declarar a favor de su señor.

—Adelante —animó Odón, señalando al tribunal—. Cuenta lo que oíste.

—Fue una noche de lluvia. Yo regresaba a Trabada cuando vi que un grupo de guerreros escoltaban a esta doncella hacia una cueva —comenzó el mercenario—. En un principio, al ver el estandarte que portaban, pensé que pertenecían a las huestes del conde, pero reconocí al hombre que la siguió. Fue el señor de Castromoros quien la acusó de brujería.

«¡Tú me has embrujado!». Esas habían sido las palabras exactas de Martín.

Jimena deseó que él estuviera allí para explicar su verdadero sentido, pero comprendió de inmediato que, en ese caso, volverían a condenarle. Por el contrario, si ella hablaba, añadiría más delitos a aquella farsa.

¿Y qué más daba? ¡Ya estaba condenada! Nada perdía con intentarlo.

—¡Este hombre me raptó por orden del conde de Trabada, con la intención de desacreditar al señor de Castromoros delante del rey! —gritó, sin esperar a pedir permiso para ser escuchada—. ¡Mi actual esposo me rescató y le apresó! Tiempo después, ¡el conde me repudió por escrito!

Jimena comenzó a lamentar el error cometido por Martín al quemar la carta en cuanto adivinó la pregunta de Ordoño antes de que este la formulara.

—¿Posees ese documento?

—No, ¡pero mi legítimo esposo es Martín! —Con el azul de sus ojos oscurecido por la rabia y brillante por las lágrimas, Jimena levantó la barbilla con orgullo—. ¡Casé con él voluntariamente! ¡Él lo deseaba tanto como yo!

—¡Inducido por la brujería, mi señor! —intervino Odón—. ¿No lo veis? ¡No niega las acusaciones!

Jimena intentó abalanzarse sobre él, pero los soldados la sujetaron a tiempo.

—¡Nos amamos! —sollozó, retorciéndose con rabia y pateando en el aire—. ¡Ese es el único embrujo del que me declaro culpable, mi señor!

Finalmente se derrumbó, agotada por el forcejeo. Ya no había nada que hacer, nada más que decir. Cuando se atrevió a levantar la vista, vio cómo Ordoño consultaba con Fruminio. Al cabo de una pequeña eternidad, el rey tomó la palabra:

—Es nuestra decisión que el juicio se resuelva por medio de un combate —dictaminó—. La Divinidad fortalecerá la mano del inocente y debilitará la del culpable.

De inmediato el mercenario dejó su lugar a Odón de Montoya, quien, espada en alto, se dirigió al resto:

—¡Yo defenderé mi causa! —exclamó, golpeando con el filo el escudo negro que portaba—. ¿Hay alguien que ose defender la de Jimena de Medina?

El silencio progresivo le respondió. Desesperada, Jimena lanzó una muda llamada de socorro a Hernán. Incomprensiblemente, este permaneció inmóvil, acariciando la empuñadura de su espada con ademán descompuesto y lanzando furtivas miradas a un punto en concreto.

—¡Yo lo haré! ¡Yo demostraré que el conde de Trabada asesinó a don Tello de Medina!

Todos los ojos se volvieron hacia la voz profunda que resonó en cada rincón. El guerrero avanzó y se colocó dentro del cuadrado, bien a la vista.

Su aspecto era sobrecogedor. Iba armado con un escudo en una mano y una espada en la otra. Vestía una túnica corta negra que despertó todas las alertas en Jimena. No llevaba cota de malla, y la protección nasal del yelmo contribuía a ocultar sus rasgos, pero fue perfectamente reconocible.

Ordoño se puso en pie de un salto, Odón se fue hacia él sin pensarlo, Hernán y los suyos se apresuraron a cubrirle y Jimena se quedó sin habla.

Porque el corazón se le detuvo. Y la sangre. Y la vida entera. Pero luego volvió a correr vigorosa por sus venas cuando él le dirigió una sonrisa cargada de seguridad. De amor.

—Martín... —murmuró en un suspiro.

—¡Prendedle! —gritó Ordoño. Una hilera de sus guerreros se dispuso a cumplir la orden, pero otros se unieron a los de Hernán para formar un muro alrededor de Martín—. ¿Qué es esto? ¿Una rebelión?

—Jamás osaríamos levantarnos en armas contra vos, mi señor.

—¡Yo respondo por él! —exclamó Hernán, hincando la rodilla en tierra—. ¡Soy responsable de su liberación porque creo en él, al igual que los hombres que me acompañan! Os suplico que dejéis que defienda el honor de su esposa.

—¡El espadero os está desafiando nuevamente, desoyendo vuestras órdenes, al igual que el señor de Laciana! —afirmó Odón—. ¡Ambos son culpables de traición!

—Si lo que he escuchado por boca de la doncella es cierto, el único traidor podrías ser tú. —Ordoño no tardó demasiado en considerar la propuesta. Podría acabar fácilmente con aquella pequeña insurrección, pero debía conservar el favor de sus hombres. Volvió a sentarse y asintió—. Martín Ruiz de Vega, en cierta ocasión me salvaste la vida. Me veo en el deber moral de otorgarte una oportunidad. Dejaremos que la Providencia hable.

Hernán y sus hombres se retiraron para dejar a Martín y a Odón completamente solos, dentro del cuadrado tras cuyas vallas comenzaron a apelotonarse los guerreros.

—Volvemos a vernos —canturreó el conde, en medio de una salvaje sonrisa—. Y doy gracias a Dios, espadero. Así podré vengarme como es debido. ¡La fortuna quiso ponerte en el camino de Ordoño en la batalla de Castromoros para arrebatarme lo que era mío!

—No fue la fortuna, sino el valor. Algo de lo que carecéis, como bien demostrasteis en vuestra fortaleza de Trabada.

—¡La carta que te permitió hacerte con una mujer que era para mí solo fue otro golpe de suerte!

Con un grito de rabia, Odón arremetió contra Martín. El ataque fue tan inesperado que, pese a dar en el escudo, este cayó al suelo. Pero se levantó con rapidez y se protegió de nuevo. Un simple vistazo le bastó para ver cómo Jimena se tapaba la boca para contener su miedo. Por él.

—Todo cierto menos una cosa —replicó, inclinándose hacia delante—: Ella nunca ha sido para vos.

A continuación borró de su mente todo lo que no fuera la batalla que iba a emprender. Para él ya no existió Jimena, ni su mirada agradecida, ni sus labios formando las palabras «te amo» ni su corazón rebosante de felicidad mientras él las recibía. Sus ojos se clavaron en el conde mientras

ambos comenzaron a dar vueltas en círculo, midiendo el alcance del poder del otro.

Fue Odón quien primero lanzó el filo de su espada por encima de su cabeza, pero Martín lo detuvo sin dificultad y contraatacó.

Avanzó repeliendo los golpes con el escudo y atacando sin piedad. Su mayor juventud y corpulencia pronto le otorgaron ventaja. A su alrededor solo se oía el ruido metálico de las espadas al chocar contra los escudos hasta abollarlos; los rugidos de Odón de Montoya al imprimir toda su fuerza en unos golpes que no parecían suficientes para frenar a Martín. La contundencia del espadero fue tal que, en uno de los envites, el escudo de Odón voló lejos de él. El conde retrocedió para apoyarse en la valla, pero no pudo evitar que el filo de la espada rasgara su cara.

Con gesto triunfal, Martín señaló su propia cicatriz.

—Una por otra —canturreó.

No quiso rematarle en ese momento. Prefirió dejar que se revolviera en su humillación para agotarle poco a poco, hasta que un nuevo corte en el muslo derecho del conde terminó postrándole de rodillas.

Pero Martín no tenía suficiente. Quería verle vencido, suplicando por su vida para poder gozar al arrebatársela. Prácticamente sin resuello, se acercó a Odón y alejó su espada de un puntapié. En sus ojos verdes destellaban la venganza y el odio acumulado durante años.

La justicia que su madre le reclamaba, como tantos otros.

Solo fue necesario un golpe con el borde del escudo para que el conde acabara tumbado de espaldas, con Martín a horcajadas sobre él.

—Estáis desarmado —prosiguió, con una aviesa sonrisa—. Veamos dónde queda vuestra supuesta nobleza sin nada que utilizar contra el enemigo.

Le golpeó sin permitirle defensa, ni honor ni orgullo. Lo hizo hasta que tuvo los nudillos manchados con la sangre de su enemigo y este solo pudo emitir una serie continuada de lamentos ininteligibles. Después, con movimientos muy lentos, Martín se desprendió del yelmo.

—Decidme, mi señor —murmuró, arrastrando las últimas palabras con desprecio—. ¿No reconocéis la cicatriz de mi cara? ¿No recordáis cómo os divertisteis conmigo, antes de llevaros a mi madre? Ahora ya no soy el muchacho indefenso que terminó moribundo. ¡Ese día os escudasteis en la voluntad del rey García! ¡Veo que seguís recurriendo a la misma falacia con el rey Ordoño, pero mi mano ha demostrado que mi esposa no miente! ¡Ella estaba allí el día que asesinasteis a su padre, y yo también!

Escuchó la exclamación sofocada de Jimena ante aquella afirmación, pero no se atrevió a mirarla. Si lo hacía, vería el horror más absoluto en su semblante. Quizá rechazo. Y contra eso ya no podría luchar.

Los ojos de Odón se estrecharon para después agrandarse por la sorpresa. Oh, sí, había terminado por reconocerle. Intentó desprenderse del cuerpo de Martín, pero este volvió a reducirle.

Odón no tenía escapatoria, y sí demasiadas heridas que mermaban su fuerza. La pérdida de sangre le debilitaba, los golpes le habían atolondrado y la fortuna le había abandonado. A esas alturas, ya todos le cuestionaban. Nadie impediría que Martín se ensañara con él antes de enviarle al infierno, pero si confesaba, quizás Ordoño decidiera ser clemente.

—¡El rey García me prometió tierras en León a cambio de conseguir notables leales a su causa! —gritó, con una sonrisa desencajada—. Pero don Tello siempre fue fiel al rey Alfonso. Cuando acudí a Laciana dispuesto a convencerle, ¡dejó bien claro que sus preferencias eran para Ordoño! ¡Y sin su sometimiento, nada de lo prometido por el nuevo rey García sería para mí!

—Fue entonces cuando decidisteis acabar con don Tello.

—¡Era el único modo de conseguir el favor de García! ¡Él deseaba contar con la complacencia absoluta del condado de Trabada a su coronación! —escupió, señalando a Ordoño—. Sin embargo, ¡vos solo parecéis vivir para la construcción de esa catedral junto con Frumínio, mientras os valéis de la fuerza armada de los condes castellanos para hacer retroceder a los moros! ¡Solo parecéis ver a través de los ojos del obispo!

Ordoño se levantó muy lentamente. Tenía una expresión tan colérica que Odón comenzó a temblar, pero antes de que intentara enmendar la ofensa, el rey le derribó. Cuando quiso hablar, no pudo. Tenía el pie de Ordoño presionándole el pecho y la punta de la espada amenazando su cuello.

—Calla, o yo mismo te ejecutaré —le advirtió, antes de darle un puntapié y volver a su lugar.

Ya era demasiado tarde para arrepentirse. Lo que Odón acababa de proclamar era una blasfemia más que añadir a su lista de crímenes. Retrocedió para huir, pero Martín se lo impidió.

—Jimena —le requirió el espadero con odio—. ¿Por qué accedisteis a ese casamiento?

—¡Para garantizar el silencio que había mantenido durante años gracias a sus desvaríos! ¡A través de ella, podría conseguir la marca de Castromoros! ¡Pero te interpusiste en mi camino!

En medio del silencio se oyó una funesta maldición. Martín negó con la cabeza cuando vio cómo Hernán avanzaba hacia ellos con los dientes a la vista.

Aquella venganza solo sería suya.

—¿Enviasteis al mercenario para tenderme una trampa? —siguió—. ¡Hablad!

Odón se revolvió gritando de rabia, pero Martín le agarró por el cuello para inmovilizarle.

—¡Sí, sí, sí! —chilló el conde, con el rostro escarlata por falta de aire—. Si te ordenaba que llevaras a Jimena hasta Trabada... y luego la hacía raptar... evidenciaría tu ineptitud ante el rey... Este te retiraría el señorío de Castromoros...

—... y os lo cedería junto con Jimena.

Los murmullos de disconformidad aquietaron la conciencia de Martín por primera vez en años. Le soltó. De repente todo su odio se disipó al contemplar el rostro ensangrentado del vencido.

No era digno ni siquiera de su desprecio, mucho menos de su pena. Las cadenas que le ataban al pasado habían sido deshechas, pero aún quedaba algo por hacer.

—El traidor ha confesado. —Martín alzó la cabeza hacia el estupefacto tribunal y levantó la espada con un salvaje rugido de victoria que fue coreado por todos—. ¡Mi señor, Dios ha concedido la razón a doña Jimena de Medina! ¡Ahora he de ajusticiarle!

Estaba deseoso de hacerlo. Sediento de sangre. Tanto como Ordoño.

—Odón de Montoya, conde de Trabada, has sido vencido en justo combate ante Dios y los hombres —sentenció el rey con solemnidad—. Que sea Él quien juzgue tus vilezas.

Ordoño vio cómo el espadero se ponía en pie, con la punta de la espada presionando la garganta del conde. Cómo preguntaba en silencio a Jimena, la única que podría detenerle. Y cómo esta daba su permiso, cuando un grito desgarrador se elevó por encima del silencio expectante.

—¡No, Martín, no lo hagas!

No había sido Jimena quien había hablado, sino otra mujer. Una que corrió hacia él y que se detuvo a escasos pasos, con los ojos anegados en lágrimas de emoción.

Una que consiguió que Martín se olvidara de sus instintos más primarios y regresara a lo ocurrido años atrás, para terminar moviendo la cabeza con incredulidad.

Parpadeó para alejar de sí lo que creía que una visión producto del cansancio. Pero no solo no se fue, sino que a ella se añadió el hermano Bermudo. Igual de fatigado y sonriente que siempre.

—Gracias al cielo que hemos llegado a tiempo, hijo mío —afirmó, señalando a un renqueante Odón que intentaba incorporarse a duras penas, tan impresionado como el propio Martín por aquello que estaba viendo.

—La curandera... —susurró el conde, atemorizado.

—Madre...

Martín avanzó hacia ella muy lentamente, arrastrando la espada. Alargó una mano con miedo, más pálido que la muerte, esperando encontrar un espectro del pasado jugándole una mala pasada. Pero no. La carne que tocaba era real. Y el cabello cano. Y las lágrimas que desembocaban en unos labios temblorosos.

Teodomira abrazó a su hijo. Le besó repetidas veces susurrándole palabras de consuelo, y cuando ya no pudo seguir, volvió a abrazarle. No esperaba reciprocidad, pero la tuvo casi de inmediato cuando Martín recibió su consuelo, su dolor, su amor.

—Madre... —repitió, con miles de incógnitas grabadas en su gesto—. Madre, estás aquí. Estás viva...

—Pero moriré si sigues con esto, Martín —insistió Teodomira, señalando a Odón con un gesto de cabeza—. No puedes matar a tu propio hermano.

—¿Hermanos?

Martín repitió la palabra como si las letras se le enredaran en la lengua. Su estupor era parejo al de Odón y su asombro, mucho mayor. El destino no podía ensañarse de esa manera con él, justo cuando le había devuelto a su madre. Miró a Teodomira buscando una confirmación. Tal vez un desmentido que detuviera las vueltas vertiginosas de su cabeza ante lo que se acababa de escuchar.

Hermano de un conde. No hermanastro. Por lo tanto, hijo de un conde. Por sus venas corría una gran porción de sangre noble. La misma que ahora se escapaba por las heridas de Odón de Montoya.

Martín sacudió la cabeza y se alejó de él. Volvió a interrogar a Teodomira con sus empañados ojos verdes, pero solo obtuvo una tranquilizadora sonrisa.

Ahora vendrían las explicaciones que reclamaba. El origen de ese despreciable parentesco. Las razones de una separación tan larga, haciéndole creer que había muerto a manos de Odón.

—¡Tú! —escupió el conde, ajeno a todo lo que no fuera su odio enfermizo por aquella mujer que volvía para castigar su conciencia—. Debí seguir persiguiéndote. ¡Debí acabar contigo con mis propias manos!

—Eres mi hijo, pero también lo fuiste suyo —se lamentó Teodomira con tristeza—. Te arrancó de mi lado para moldearte a su imagen y semejanza. He aquí el resultado.

Ordoño se había puesto en pie para examinar a la intrusa. No se dio cuenta de que, tras él, Urrica intentaba guardar las apariencias ante la reina Elvira, y Munia reunía el valor necesario para no caer desplomada al escuchar lo que Odón acababa de proclamar.

—Acercaos más. Necesito veros bien. —Teodomira y Bermudo obedecieron a Ordoño y se colocaron delante de Jimena—. No parece existir semejanza alguna entre tú y los dos hombres que pelean en combate, mujer —concluyó con escepticismo.

—Mis dos hijos conservan muchos más rasgos de su padre, mi señor.

Jimena lanzó una breve mirada a Martín. Los ojos de este no se apartaban de Odón.

Vigilaba a su hermano. Hermanos. Hermanos, hermanos. Quizá si repetía la palabra, la repugnancia la dejara respirar. A lo mejor así podría recomponerse para escuchar a su madre defender su verdad.

—Explícate —ordenó Ordoño, alargando una mano en dirección a Teodomira.

La curandera pareció vacilar. Dirigió a los presentes una mirada de agotamiento y al fin levantó la cabeza.

—Mi señor, hace años yo vivía dentro de los límites del condado de Trabada. Mi esposo, un orfebre de prestigio, era tan habilidoso que el mismísimo Íñigo de Montoya, conde de Trabada, le hizo un encargo. Ahí fue donde me vio por primera vez. Don Íñigo estaba casado con esa mujer en segundas nupcias. —Teodomira señaló a Urrica sin que el dedo le temblara—. Pero se encaprichó de mí. Me tomó por la fuerza cuanto quiso, hasta que las continuas guerras con los infieles le hicieron alejarse de mí por un tiempo. Poco después, nació Odón. —De nuevo la tristeza pareció hacer mella en su ánimo cuando volvió la cabeza en dirección al conde—. Mi esposo le trató como hijo suyo pese a ver claro que no lo era, pero cuando don Íñigo volvió y supo de su existencia, comenzó mi desgracia.

Un inesperado sollozo la obligó a esconder la cara entre las manos. Se sentía avergonzada. Sus hombros se sacudieron brevemente, pero volvió a enderezarlos con dignidad.

—Odón contaba cinco años cuando su padre reapareció. Todavía oigo sus chillidos al arrancarle de mi lado. Y escucho la voz potente de don Íñigo, exigiendo la presencia de su primogénito varón en la fortaleza para ser instruido como su legítimo heredero, ya que ninguna de sus dos esposas fueron capaces de proporcionarle uno.

—Estabas casada, mujer —intervino Fruminio—. Cumplirías fielmente con tus deberes maritales. ¿Cómo podía saber don Íñigo que ese muchacho era su hijo?

—¿Le habéis visto bien, mi señor? —inquirió Teodomira, con una amarga sonrisa—. El mismísimo rey ha dudado de mi parentesco con él por el parecido que le une a su padre.

—¿Y ahora, después de tanto tiempo, apareces con esa historia más propia de poseídas? —siguió Fruminio—. Supongo que buscas algo más. Riqueza, posición, poder...

La curandera alzó la arrugada barbilla con orgullo.

—Podéis acusarme de lo que queráis, ¡pero no voy a permitir que dudéis del sufrimiento que padecí cuando no podía librarme de los ataques de don Íñigo! ¡Me repugnaba su contacto, el sonido de su voz o su simple presencia! ¡Temblaba cada vez que le olía! ¡No comprendía por qué no se conformaba con su esposa, por qué me reclamaba cada vez con más frecuencia! ¡Entonces quise morir, pero no fue nada en comparación a lo que sentí cuando me arrebataron a mi hijo! —aventuró con valentía—. ¡No estabais allí para comprobar cómo me resistí! ¡Cómo mi esposo murió cuando quiso defenderme y cómo el maldito conde volvió a forzarme entre risas, delante de unos hombres que jaleaban su «hazaña»! ¡En aquel momento quise matarle! ¡Y no dudéis que lo hubiera hecho de haber podido! —sollozó, limpiándose de un manotazo las lágrimas que comenzaron a asomar a sus ojos—. ¡Aquel día, cuando el conde me amenazó con la muerte si decía una sola palabra acerca de los orígenes de Odón, comprendí que solo tenía dos opciones: o aceptar esa muerte o marcharme para siempre!

—Y elegiste la segunda. Abandonaste a tu hijo —acusó Fruminio, implacable.

—Así es. Le abandoné. ¡No podía hacer otra cosa! Aunque creedme si os digo que todo se me pasó por la cabeza.

—¿Todo?

—Llegué hasta los aposentos del conde. Don Íñigo dormía plácidamente con su esposa, Urrica. Yo llevaba un puñal como única arma, pero a punto estuve de emplearla contra ellos. —Los ojos negros de Teodomira refulgieron con salvajismo. A pesar de los años, el dolor pareció regresar a ella—. No lo hice porque no soy una asesina, pero busqué a Odón. Le encontré cerca de su

padre, durmiendo tan tranquilamente como él.

—No creo que don Íñigo dejara la puerta abierta para permitirte el paso después de haberte quitado a tu hijo —intervino el conde de Saldaña con escepticismo—. Como poco, tendrías dificultades para acceder a sus dependencias privadas.

—Utilicé un pasadizo que don Íñigo me mostró para hacerme llegar hasta él cuando me buscaba. Os aseguro que hubiera podido llevarme a Odón, pero miradme, mi señor. —Teodomira señaló sus harapos y luego su cara. En ella estaba escrito el sufrimiento más absoluto. Después señaló a Urrica—. Ahora miradla a ella, y después reparad en Odón. Le han convertido en un guerrero perfecto. Fuerte, valiente, sin emociones que obstaculicen su disposición para la guerra. Si le hubiera llevado conmigo, ni siquiera habría sobrevivido a la huida. Me marché con el corazón desgarrado, mi señor. Desde ese día, jamás he dejado de pensar en él, de velar por él, donde quiera que estuviese... Pero en ese momento, mi instinto me dijo que debía dejarle donde estaba.

Teodomira dirigió a Odón una mirada arrepentida. Le pedía perdón por su abandono, pero él no lo aceptó. Lanzó un gruñido de odio y resentimiento tan grande que ella solo pudo girarse para encarar el silencioso juicio del rey.

Ordoño asintió, comprendiendo. Y creyendo. Era poco probable que la angustia que empapaba las palabras de la curandera fuera producto de una mentira. Nadie podía fingir tan bien el dolor de una madre al separarse de su hijo. Era la clase de tortura que siempre la acompañaría, por mucho tiempo que pasase y por muchas tropelías que ese hijo cometiese en su contra.

—Prosigue —ordenó.

—No os relataré los tormentos que padecí en mi huida. El hambre, las privaciones y la pena que me llevé conmigo. —Teodomira se retorció las manos huesudas con insistencia, hasta que la tranquilidad volvió a ella—. Solo os diré que mucho tiempo después llegué al valle de Laciana. Y para cuando eso ocurrió, tuve la confirmación de mi nueva preñez.

Una exclamación de sorpresa rasgó el silencio que envolvió a sus palabras. Teodomira giró la cabeza para encontrarse con la mirada desorbitada de Jimena. Y asintió a todas las preguntas que pudo leer en ella.

Al valle de Laciana. Escondida en el bosque, ejerciendo como curandera en la clandestinidad para poder mantener a su hijo de un modo digno...

Jimena mira hacia atrás para asegurarse de que esta vez ha conseguido despistar la vigilancia de Sabina. Después entorna los ojos con curiosidad ante la estampa que se le presenta. En medio de la explanada que da paso al bosque, un joven lleno de suciedad porta sobre los hombros un pequeño corzo, atravesado por una flecha. De su cinturón cuelga el pequeño cuerpo de un conejo.

Jimena no tiene miedo, aunque debería. Se ha alejado demasiado. No hay ni una sola cabaña de labriegos que pueda auxiliarla en caso de necesitarlo. Está sola con un joven que la mira con descaro.

—Muchacho, ¿qué estás haciendo? —pregunta.

—Cazar —le responde él, señalando las piezas capturadas.

—¿Con el permiso del señor? ¿O eres un furtivo? Porque si es así podría delatarte. Estás en

sus dominios.

El asunto no parece importarle demasiado. A juzgar por la mueca de indiferencia del joven, puede más la necesidad que la amenaza. Jimena concluye que podría ser guapo si se librara de la capa de mugre que le cubre la cara, aunque está algo flaco. No aparenta más de catorce o quince años, a punto de convertirse en un hombre pero sin llegar a ese grado aún. Su pelo enmarañado es del color de la noche, y el verdor de sus ojos parece sacado de la vegetación que los rodea. Tiene unos labios gruesos que se curvan en una preciosa sonrisa llena de confianza.

—¿Y tú? ¿Qué haces aquí? —pregunta a su vez.

—Me he escapado —confiesa Jimena—. Mi padre, don Tello de Medina, no me deja ir sola por ahí. Siempre estoy vigilada.

—Hacen bien. Una niña de tu edad y condición no debe comportarse como una campesina, Duende.

Vaya. No solo no se muestra impresionado por sus orígenes, sino que se burla de ella.

—Tengo nombre —se defiende, arrugando la nariz de un modo que provoca la risa en él.

—¿Y cuál es?

—Jimena de Medina.

Él parece considerar la situación. Al final sacude la cabeza sin mucha convicción.

—Me gusta más Duende —concluye—. Tus ojos son rasgados y vivarachos. Como los de un duende doméstico.

Así que un trasgo. Jimena intenta mantener el enfado, pero no lo consigue y termina sonriendo.

—¿Cómo te llamas? —pregunta.

—Martín.

—Martín —repite Jimena, mirando el corzo con temor—. A mi padre le encanta salir de cacería, pero nunca me ha dejado acompañarle.

—Ya... ¿Será porque eres mujer?

—O porque no sé cazar. —De repente, los ojos de Jimena se iluminan con una brillante idea—. ¿Tú me enseñarías?

El tal Martín parece inspeccionarla de arriba abajo. Incluso da una vuelta a su alrededor, para terminar chascando la lengua.

—No sé... Hay que tener rapidez y buena puntería —concluye.

—Yo tengo las dos cosas. Si no, pregúntale a mi hermano Nuño. En cierta ocasión lancé un cuchillo y di en el centro de la diana mejor que él. Y en otra...

—De acuerdo, de acuerdo, te creo —ríe Martín mientras levanta las manos—. Pero ¿sabrías limpiar la pieza que has obtenido?

Toda la seguridad de Jimena desaparece. Deja caer los hombros y alza las cejas con tristeza.

—Bueno, no. ¡Pero seguro que puedo aprender!

—Sí, siempre que no te comportes como una niña llorona cuando le veas las tripas al corzo o le tengas que quitar la piel al conejo.

—Tengo nueve años, muchacho. ¡No soy ninguna niña!

¿Qué se cree el imberbe? ¿Que puede tratar así a la hija del señor de Laciana? Jimena está

a punto de transformar la petición en exigencia cuando ve que Martín asiente.

—Veámoslo. —Con un gesto de la mano, la invita a seguirle—. Vamos a mi casa. Con mi madre delante, comprobaremos hasta dónde llega tu valentía, Duende.

Había aprendido. Lo suficiente como para terminar disfrazada aquel día de cacería en el que Nuño recibió el duro castigo por ella.

Jimena se abrazó a sí misma conteniendo el dolor que aquella visión le produjo. Cerró los ojos para intentar ahuyentarla, pero cuando volvió a abrirlos, se encontraron con los de Teodomira.

Era la misma mujer que la había recibido aquella mañana en una cabaña perfectamente ordenada, inundada del familiar olor a especias y hierbas curativas. La misma que le había sonreído con confianza, mostrándole cómo desollar un animal y cómo dejarlo limpio de vísceras y sangre, para después recompensar su disciplina e interés con un cuenco lleno de sabroso caldo.

Recordó las múltiples ocasiones en las que visitó su cabaña a partir de ese día. Las largas tardes con Martín cuando lograba escapar a la vigilancia de los adultos, que siempre terminaban entre hierbas y esencias medicinales.

—Me conoces... —afirmó en un susurro, sin perder de vista a la curandera.

—Siempre os he conocido, niña Jimena.

Teodomira formó aquellas palabras en silencio, pero su sonrisa le demostró que conocía cada imagen que acababa de asaltarla. La hizo regresar a Laciana, a su hogar. A Martín.

Jimena lo vio por primera vez. La luz del día penetró en las brumas constantes de su mente, consiguiendo que apreciara el reflejo de su alma en toda su plenitud.

Desde el beso en el adarve, Martín había encarnado para ella un montón de desafíos que no se atrevió a aceptar. Porque tenía miedo de pensar, de sentir. De descubrir qué era eso que pedía paso a través de su corazón, al mismo tiempo que las imágenes del pasado pedían paso a través de su razón.

Porque tenía miedo de amar y ser amada en la misma medida.

Pero esta vez no la sobrecogió el temor. Simplemente comenzó a ser consciente de todo lo que siempre la había rodeado en compañía de Martín.

Ahora Jimena reía y lloraba a la vez. Temblaba tanto que le costó seguir en pie.

—¿Qué pasó? —murmuró—. Desaparecisteis de Laciana. De mi vida.

—Me hicieron desaparecer. —Toda la dulzura de Teodomira se transformó en amargura cuando volvió a mirar a Odón—. Mi vida en Laciana se tornó apacible y tranquila. Lejos de Trabada, el conde no me quitaría a Martín como había hecho con Odón. Pero don Íñigo murió, y el nuevo conde me encontró.

—Mi señor, don Íñigo redactó un testamento en el que confesaba el verdadero origen de su hijo —intervino el hermano Bermudo—. Decidió que esa sería una buena manera de asegurarse la vida, dadas las amenazas que Odón había proferido contra él.

—¡Nunca le amenacé! —gritó Odón entre fuertes jadeos—. ¡Solo le presioné para que me cediera el condado de Trabada antes de su muerte!

—Don Íñigo temía por su vida —insistió Bermudo—. Yo era su confesor, mi señor.

—¡Y no pudiste hacer nada por él! —La voz de Odón había pasado de grave a chillona—. ¡Yo debía viajar a los funerales del rey Alfonso como el nuevo conde de Trabada, fiel al rey García!

Se hizo evidente cómo lo había conseguido. Odón tenía el rostro desencajado y la frente perlada de tanto sudor que comenzó a caerle por las sienas. Le hubiera gustado poder presentar más batalla, pero las heridas recibidas solo le permitieron arrastrarse hacia las vallas para señalar a Teodomira.

No era capaz de negarla. A la impresión de verla viva tenía que unir aquellos remordimientos que creía erradicados pero que acababan de regresar.

—¡Ella es una bruja! —gritó, a pesar de todo—. ¡Se conjuraba con el diablo para curar enfermedades a través de oscuros brebajes y malolientes emplastos! ¡Tenía que acabar con ella!

—Mis dotes nada tienen que ver con el diablo —insistió Teodomira—. Pero una vez muerto tu padre, me interponía entre tú y tu legitimidad como conde de Trabada. Por eso me apresaste.

Odón lanzó una estridente carcajada. Solo así podía ocultar las ganas de echarse a llorar implorando el perdón de su madre.

—Fue un golpe de suerte que te encontraras en los dominios de don Tello de Medina —respondió entre dientes—. No te buscaba, pero supe de ti en cuanto puse un pie en Laciana. Tenía que silenciarte para asegurarme el condado. ¡Nada podías hacer contra mí! ¡Y tu hijo tampoco! ¿Ves cómo le marqué? ¡Lástima que le creyera muerto demasiado pronto!

Una fuerte patada en las costillas le hizo callar de repente. Después de propinársela, Martín salió del cuadrado para acercarse a su madre. Ahora que había aceptado los lazos de sangre que le unían a un ser tan abominable como Odón, necesitaba desprenderse de ellos.

—Me llevó hasta Trabada con la intención de ajusticiarme. —Teodomira hizo una pausa para tomar aire y se volvió hacia Ordoño. De repente la visión de su hijo mayor se le hizo insoportable—. Sabiendo en todo momento que yo era su madre, me encerró en las mazmorras para asesinarme al día siguiente delante de todos. Pero Dios decidió ayudarme.

Su mano se desplazó hacia el hermano Bermudo, que dio un paso al frente y sacó un pergamino enrollado de entre los pliegues de su ajado hábito.

—Supe por la servidumbre que Teodomira era la verdadera madre de Odón, así que la liberé —explicó cuando Ordoño le arrebató el pergamino—. Eso que tenéis en las manos es el testamento de don Íñigo, mi señor. Ahí podréis ver con toda claridad el nombre de Teodomira y su vinculación con Odón de Montoya.

Ordoño asintió sin despegar los ojos del pergamino. Su expresión fue pasando de la incredulidad más absoluta a una creciente indignación cuando comprobó la veracidad del relato de la curandera.

—Aquí tienes a tu madre —señaló a Odón—. Dios te da la oportunidad de arrepentirte por tus pecados.

Odón los miró de un modo extraño. En silencio. Como si en verdad estuviera considerando la posibilidad.

—Ya lo hice —murmuró—. Cuando desapareció, ¡desistí de ir tras ella! ¡Y todo a pesar de que me abandonaste, de que nunca me quisiste!

—Siempre te quise, hijo. Pero tu padre se encargó de corromperte.

Ahora el conde lloraba como un niño. Encogido contra la valla y con las pupilas verdes bailando de un lado a otro sin orden. Su dolor era tan palpable que atravesó el corazón de Teodomira como si fuera una afilada daga.

—¡No he oído más que mentiras! ¡Padre me dijo que te ofreció vivir en la fortaleza, pero que tú lo rechazaste! —El delgado hilo que parecía unirle a la cordura pareció romperse en ese momento—. ¡Te esperé! ¡Te recordé con ese repugnante colgante que acabo de arrancarme! ¡Hasta que volví a encontrarte, para verte feliz y tranquila, en compañía de otro hijo que no era yo! ¡Te maldigo, madre! ¡Te maldigooooo!

Las lágrimas abrasaban los ojos de Teodomira cuando dio un paso en su dirección, dispuesta a arrastrarse hasta él, pero el hermano Bermudo la sostuvo con fuerza hasta que desistió. Y cuando buscó explicación en el fraile, solo halló un lúgubre movimiento de cabeza que tuvo que aceptar.

El alma de Odón de Montoya hacía tiempo que se había perdido. Ahora era un hombre consumido por el rencor y la ambición. Nadie, ni siquiera ella, podría ya salvarle.

—Gracias a la debilidad del conde, Teodomira pudo esconderse cerca de Castromoros. Yo me instalé en la fortaleza, sin perderla de vista. —Una vez que la mirada extraviada de Teodomira regresó al momento presente, Bermudo se dirigió brevemente a Jimena—. ¿Recuerdas el día en que decidiste salir a cabalgar? No insistí en que llevaras compañía porque supe hacia dónde te dirigías en cuanto te vi.

Al bosque. A las manos de Teodomira. Al inicio de unas revelaciones que a punto estuvieron de costarle la vida.

—Pero la Providencia quiso que Martín se erigiera como el nuevo señor de Castromoros —murmuró Ordoño.

—Durante mucho tiempo pensé que Martín había muerto en Laciana. Cuando supe que no era así, quise ir a verle de inmediato, mi señor —añadió Teodomira, con la voz rota por la emoción—, pero Bermudo me aconsejó esperar.

Decidió ocultar la parte relativa a sus visiones premonitorias para conservar la credibilidad que se había ganado a pulso. Respiró hondo y se atrevió a mirar la faz tranquila de Martín. Ahora todo estaba aclarado. Martín lo comprendió y Jimena avanzó hacia ella, dispuesta a calmar su angustia en un enorme abrazo. Pero tropezó con algo por el camino. Algo que refulgía en el suelo, esperando a que ella lo recogiera.

Como si una luz iluminara su entendimiento, Jimena cogió el colgante que Odón de Montoya había arrojado y lo comparó con el que conservaba de Martín.

Unidos formaban una circunferencia perfecta.

—El colgante fue un regalo de mi difunto esposo. Odón llevaba una mitad, y yo le cedí la mía a Martín apenas este comenzó a caminar.

Una reminiscencia del pasado que ambos hermanos habían conservado. El origen de toda su confusión. Jimena elevó sus ojos azules hacia Martín. Él asintió. Era hora de reunirse con las dos mujeres de su vida. La que había marcado su pasado y aquella con la que escribiría su futuro.

—Martín, hijo mío, lo siento tanto... —sollozaba Teodomira, con las manos extendidas hacia él—. El hermano Bermudo quiso hablarte de mí en muchas ocasiones, pero yo le pedí que no lo hiciera, ¿comprendes?

—Sí, madre.

—El día en que me encontré con Jimena, se lo advertí —siguió Teodomira—. Le dije que habrían de pasar muchas calamidades para que ambos encontrarais la paz.

¿Se había encontrado con Jimena? Martín no tuvo más que mirar a su esposa para hallar una

levísima sonrisa cómplice en aquellos hermosos labios que, de repente, estaba deseando besar.

—Ella fue la mujer que me regaló el bálsamo —confesó Jimena—. Sabía lo del ataque del oso, y lo de la cicatriz de tu cara.

Claro. Aquel extraño don con el que Martín siempre había convivido. Él siguió avanzando, cada vez más seguro. Necesitaba volver a abrazar a Teodomira. Decirle que perdonaba cualquier error cometido con tal de recuperar el tiempo perdido. Deseaba...

—¡Voy a matarte, bruja! ¡Vas a morir!

—¡¡Martín, cuidado!!

El grito desgarrador de Jimena siguió a las amenazas de Odón. Cuando Martín quiso volverse para ver qué sucedía, se encontró con la espada del conde clavada en su costado y la rabia más absoluta pintada en aquellos ojos tan parecidos a los de él.

Martín cayó de rodillas sin fuerzas para repeler el ataque. Casi al mismo tiempo, Hernán lanzó una daga que se clavó en la garganta de Odón de Montoya antes de que este pudiera rematar al espadero.

El conde se la arrancó de un tirón, pero ya era demasiado tarde. Un chorro de sangre salió de la herida al tiempo que él caía desplomado, junto a Martín.

Un nuevo lamento se escuchó entonces. Tan profundo y desgarrador como el proferido por Jimena momentos antes, pero mucho más controlado. Los ojos de Hernán se fueron hacia el lugar de donde procedía para encontrarse con la hermanastra de Odón. Munia permanecía en pie, alzando el semblante pálido en un intento de mantener la compostura cuando comenzaba a desmoronarse.

Como si en realidad hubiera querido al conde. Como si lamentara su pérdida.

Hernán se fijó mejor. El óvalo de su cara era perfecto, y el contraste de la piel blanca con el cabello negro y los labios rojos, atrayente hasta la imprudencia. Dos enormes ojos de obsidiana se clavaron en él. Brillaban, por las lágrimas que no derramaría y por un odio fulminante que encontró en Hernán al mejor destinatario.

El Lobo Gris no se arredró ante el desafío. Recibió su mirada y le respondió en la misma medida, alzando su espada con ademán victorioso y salvaje.

Estaría dispuesto a iniciar cualquier guerra si aquella mujer era el botín.

—¡Él mató a mi padre! —exclamó, sin romper el contacto visual con Munia—. ¡Al fin se ha hecho justicia!

Enseguida se dio cuenta de lo equivocado que estaba. Cuando consiguió desprenderse de la atracción que la vascona ejercía sobre él, vio a Jimena arrodillada junto a Martín.

La espada de Odón había penetrado bajo el brazo derecho del espadero. Lo suficientemente cerca de su corazón como para acabar con él, y lo suficientemente lejos como para permitirle un hálito de vida.

Jimena se abalanzó sobre la herida para intentar taponarla con sus propias manos. ¡No podía consentir que se entregara a la muerte tan impunemente! Tomó la cabeza de Martín con cuidado y la colocó sobre el regazo. Acarició su cara sucia hasta que vio cómo las lágrimas vertidas desembocaban en la barba negra, humedeciéndola.

Besó sus labios, pero estos no se movieron. Le sacudió levemente, con el mismo resultado. Le llamó en susurros, pero no respondió. Tenía los ojos cerrados, y la sangre seguía manando sin

remedio.

Por la espalda. De la manera más ruin en la que un guerrero podía acabar. Y todo porque ella había seguido el camino equivocado, ignorando los dictados de su corazón ante unas imágenes que parecían tan claras, tan reveladoras...

El arrepentimiento no la dejaba mantenerse en pie. Pesaba tanto que invadió sus entrañas hasta carbonizarlas.

—Ha sido culpa mía —sollozó—. Martín, mi amor, perdóname. Me equivoqué... Creí que tú eras el asesino de mi padre y te rechacé. ¡No te liberé cuando pude hacerlo!

Jimena elevó los ojos al cielo y siguió llorando sin contención y sin medida. Aunque él la perdonara, ella no podría hacerlo nunca. Había perdido a su mejor amigo. A su amante experto. A su esposo. Al amor de su vida. Alguien que había llamado a las puertas de su memoria, aguardando hasta que ella le dejó pasar.

—No me dejes, Martín —suplicó, aplastándole contra su pecho—. ¡No me dejes ahora! Te amo, ¿me oyes? ¡Te amo! ¿Cómo pude no reconocerte?

Volvía a equivocarse. Su cuerpo había sido el primero en reconocer a Martín, reaccionando a su favor desde el primer momento, cuando le robó aquel beso incendiario en el adarve haciéndose pasar por Odón de Montoya. Después le siguió su corazón. Solo su mente se negó a aceptar lo que ahora parecía evidente. Y cuando logró descifrar todos los mensajes, la vida de Martín ya estaba en manos del mejor postor.

Jimena gritó su angustia hasta quedarse vacía. Muerta sin él. Su mundo se había terminado con Martín. Le acunó como si fuera un niño hasta que el dolor la destrozó por dentro. Hasta que ya no fue capaz de sentir nada más.

Pero comprendió que no estaba sola. Junto a ella se oía el llanto de una madre a quien el destino la había apartado de sus hijos para volverlos a encontrar enfrentados con la muerte.

—Jimena.

El susurro no procedía de Teodomira, sino de más abajo. Concretamente de su regazo. Paralizada por la esperanza que se abría paso en su corazón, Jimena vio cómo los labios de Martín se movían levemente.

Con las manos empapadas en sangre, enmarcó su cara y la elevó para asegurarse. Sí. Los párpados cerrados parecían temblar para abrirse, aunque no lo lograron. Sin embargo, la boca comenzó a moverse con más fuerza, como si quisiera seguir hablando sin conseguirlo.

—Martín... —murmuró, sintiendo cómo las fuerzas volvían a ella—. ¡Martín, estoy aquí! ¿Me oyes? ¡Nunca más voy a dejarte!

¿Aquello que apreció en su cara era un intento de sonrisa? A Jimena le pareció el cielo entero. Levantó la mirada y la paseó por todos los allí presentes. Cuando tomó aire para hablar, el dolor había desaparecido y la culpa también. Ahora solo la fuerza la acompañaba.

—¡Que alguien me ayude! —gritó, poniéndose en pie y arrastrando a Martín con ella—. ¡El señor de Castromoros está vivo! ¡¡Que alguien nos ayude!!

Lo último que vio antes de desplomarse fue a Hernán llevándose a Martín con la ayuda de sus hombres, mientras los ojos negros de la curandera llenaban de calor el hueco de la soledad y una inesperada brisa movía sus cabellos sucios llevando con ella un mensaje: «Vivirá».

Jimena se estremeció, pero luego sonrió hasta sentir que su alegría se mezclaba con el viento.

Aquella era la voz de la conciencia que había aparecido en su vida al mismo tiempo que Martín. La voz que le susurraba el camino que seguir, los errores que enmendar.

Siempre había creído que procedía de lo más recóndito de su mente extraviada, pero en esa ocasión fue diferente. En esa ocasión, la reconoció de inmediato.

Pertenecía a Teodomira.

CONDADO DE SALDAÑA, TRES SEMANAS DESPUÉS

El frío de la noche la paraliza por completo. O tal vez es el miedo a que el jinete tenebroso los encuentre. Pero no hay indicios de que eso suceda.

El olor que desprende el espectro no es desagradable, pero sí muy potente. Familiar, al igual que su voz. Aunque es incapaz de identificarlo antes de ver el corte que se hace con la daga en la base de su palma derecha.

Jimena le lanza una mirada espantada y él se desprende de la capucha para acabar de disipar sus temores.

—Martín —sonríe.

—Sí, Duende. Soy yo.

—Te has cortado.

—Y ahora lo haré contigo. —Antes de que Jimena pueda resistirse, Martín toma su mano para hacerle lo mismo a ella. Luego junta ambas palmas y presiona con fuerza para que la sangre se mezcle—. ¿No querías una firme promesa de que volveré a buscarte? Pues aquí la tienes, niña. Nuestra sangre sella mis palabras. Al alba vendré a por ti, no lo dudes. Pero ahora he de marcharme. Confía en mí. Solo estoy aquí para protegerte...

La besa en la frente y mantiene su rostro erguido para que ella deje de temblar y confíe en él.

—¿Me prometes que te quedarás aquí? —Jimena se ve incapaz de responder, y Martín resopla con impaciencia.

—¿Él volverá? —pregunta, temerosa.

El joven apenas se gira para ver en qué dirección señala Jimena. Después, sacude la cabeza con decisión.

—No —susurra—. Y en el caso de que se arriesgue a hacerlo, jamás te encontrará si permaneces aquí. ¿Lo harás?

Los ojos azules se llenan de lágrimas. Martín no puede apreciarlo, pero Jimena aprieta los dientes con furia para evitar que los temblores la hagan parecer un tierno infante.

Aunque a lo mejor él sí que percibe su miedo, porque chasca la lengua y la sujeta por los hombros con fuerza para asegurarse de que le escuchará.

—Duende, si algo te ocurriera me destrozarías el corazón —confiesa—. No quiero tener que atarte a un árbol para asegurarme de que me obedeces.

Bromea. Jimena lo sabe y acaba por sonreír en medio de las lágrimas de despedida que le

impiden hablar. Solo puede afirmar con la cabeza y abrazarse al joven que acaba de salvarle la vida. Intenta retenerle con ella un poco más, pero Martín se suelta de su abrazo y la besa en la mejilla antes de desaparecer entre las sombras de la noche.

La ha dejado sola. En medio de un silencio tan denso que Jimena es capaz de escuchar los latidos de su propio y aterrado corazón.

Pero algo ha cambiado. Se mira la herida de su mano, que aún sigue sangrando, y sonrío. Sabe que Martín volverá a por ella.

El sol iluminaba aquel espléndido día. Por primera vez en muchas jornadas, Jimena sonrió cuando la visión terminó. Hacía tiempo que no lo conseguía. Desde que el juicio por combate había terminado y Ordoño, el obispo Fruminio y todo su contingente militar habían regresado a León.

De Urrica y Munia, la poca familia que Odón de Montoya había conservado a su lado, solo sabía que se habían marchado de Saldaña. Ahora nada parecía retenerla allí, aunque allí seguía. Al igual que su hermano Hernán, Bermudo y Teodomira.

Como si una parte de ella hubiera muerto en aquel lugar. Como si no supiera qué camino debía escoger.

Pero lo sabía. Los dedos de Jimena repasaron la cicatriz de la palma de su mano una y otra vez, con la mirada perdida más allá de la estrecha ventana de sus improvisados aposentos. Las piezas desordenadas de su confusa memoria por fin ocupaban su sitio para componer el tapiz de su vida pasada hasta el asesinato de don Tello de Medina.

Ya sabía cómo se había hecho aquella herida con la que Hernán la había encontrado, días después del fallecimiento de su padre.

También recordaba a Martín. Le había conocido un año antes de la muerte de don Tello. En ese tiempo se convirtió en amigo, compañero, hermano mayor y confidente. Ahora sabía que él estaba allí cuando ella huyó después de presenciar el asesinato, con la sangre de su padre manchándole las manos y quebrándole la memoria.

Martín era el rostro del espectro que atacó a Odón cuando este la persiguió, para evitar que la alcanzara. El que la alejó hasta el bosque.

El que la protegió del mal y selló la mayor de las promesas con una mezcla de sangres.

Una promesa que había tardado años en cumplir. ¿Qué le había mantenido alejado de ella tanto tiempo? ¿Cómo era posible que, sabiendo desde un principio quién era el culpable de la muerte de su padre, no hubiera hecho justicia mucho antes?

¿Por qué Martín había permitido que ella siguiera viviendo en la ignorancia más absoluta, llegando incluso a desposarla, sin revelarle su identidad y el pasado que los unía?

Jimena apretó los párpados hasta que las inoportunas lágrimas se fueron. Cuando se sintió con fuerzas, abandonó el cuarto y caminó dos puertas más allá.

Entró sin llamar. Y se encontró el lecho vacío.

Una mezcla de nostalgia y alegría la acometió cuando vio a Teodomira de pie frente a ella. Desde el fatal desenlace del juicio por combate, la curandera parecía haber recuperado la paz que su espíritu tanto necesitaba. Serena y llena de confianza, sonrió a Jimena.

—Buen día, niña —saludó, extendiendo las manos para que Jimena las tomara.

—Buen día, madre.

Ese era el trato que le dispensaba desde que supo de su parentesco con Martín. Se le llenaba la boca con aquella palabra que jamás había podido pronunciar con nadie. Ni siquiera con su querida Sabina.

—¿Se ha ido?

Lo preguntó con dificultad, como si las palabras crecieran en su garganta para no poder salir. Igual de emocionada que ella, Teodomira asintió al tiempo que sus ojos se iban más allá de aquellos muros.

—¿Y no volverá? —insistió Jimena.

—Eso depende de ti. ¿El sol ha ganado a las tinieblas?

—Al fin. Pero todavía quedan lagunas que deben ser rellenadas.

—Me temo que no puedo ayudarte, niña.

—Tú no, pero él sí.

Los labios de Teodomira temblaron ligeramente. Sus ojos negros se empañaron por la tristeza, pero la espantó con una ligera sacudida de cabeza cuando buscó la mirada limpia de Jimena.

—Ve a buscarle —pidió, señalando la puerta por la que acababa de entrar—. Donde quiera que esté, te esperará. Lo sé. Hace tiempo que ninguna distancia parece suficiente para separaros. Sin embargo, tu hermano Hernán...

—¿Hernán?

Teodomira asintió y esperó a que Jimena se sentara para continuar:

—Su corazón ha elegido a la mujer con la que ha de compartir su vida, pero él todavía no lo sabe —reveló con ademán benevolente—. No le resultará fácil.

—Él es un guerrero curtido en mil batallas.

—Ninguna será tan ardua como la que tendrá que librar para conseguir la felicidad.

—Tendríamos que avisarle. —Aquellas palabras pesaron como una losa en la conciencia de Jimena—. Aún no ha partido para Lacia.

—Sabes lo que sucedería, niña. Él no es un hombre de fe. No me creerá.

Lo sabía. Tanto como que Hernán tendría que encontrar su propio camino lejos de visiones premonitorias. La sonrisa de Teodomira la calmó hasta tal punto que Jimena se encaminó a la salida en busca de su propio destino, pero a medio camino se detuvo.

—Madre, no te marcharás, ¿verdad?

Era más un ruego que una pregunta.

—El hermano Bermudo debe regresar a Castromoros —explicó Teodomira—. Quiere que le acompañe, y no veo que yo sea de utilidad aquí, cuando todo se ha resuelto ya.

—Eres de utilidad para mí. —Jimena volvió sobre sus pasos y depositó un tierno beso en la ajada mejilla de la curandera—. Por favor, quédate.

—El conde de Saldaña desea abandonar la fortaleza. No lo hace por nuestra presencia.

—No lo hace porque Hernán no se irá mientras yo permanezca aquí —corrigió Jimena, haciendo un mohín de disgusto—. Después de la visita de Ordoño y Fruminio, el conde no quiere contrariar al rey con una decisión inapropiada.

—¿Sería inapropiada?

El chispazo de los ojos oscuros provocó en Jimena otra sonrisa.

—Vamos, madre. Ya sabes lo que sucederá si tanto Hernán como yo nos vemos obligados a marcharnos antes de tiempo, ¿verdad? —apuntó con picardía—. Seguro que tu don te lo ha revelado.

—Las diferencias de Ordoño con el conde de Saldaña se trasladarán a los hijos de ambos —vaticinó la curandera—. Diego Muñoz se rebelará contra el futuro rey Ramiro...

—Pero no sería prudente contárselo al rey actual sin pruebas materiales —concluyó Jimena.

—Se avecinan tiempos complicados para Ordoño y todos sus valedores. —Las dos mujeres cruzaron una mirada cómplice y una triste sonrisa—. Los infieles recuperarán parte del terreno perdido. Su hermano Fruela se hará con el trono por encima de la descendencia legítima de Ordoño, aunque será un breve contratiempo. No obstante, lo que hoy son lealtades para el rey mañana serán hostilidades. Mi presencia no será necesaria para que el destino se cumpla como es debido.

—Tu presencia será necesaria para que mi destino se cumpla. —¿Cómo decirle que se había vuelto indispensable? ¿Que las largas noches de dolor y sufrimiento hubieran resultado insoportables sin su compañía? ¿O que, si ahora tenía capacidad para sonreír, era gracias a ella?—. Si tengo que suplicarte, ten por seguro que lo haré.

—Ya has hecho bastante. La pérdida de un hijo es algo horrible, pero tú has hecho que consiga sobrellevarlo mejor.

Jimena se había convertido en una hija más. Una con la que los dioses la habían reencontrado para no volverla a perder. Llena de fuerza, con un espíritu arrollador que volvía a mostrarse después del necesario descanso.

Pero ahora parecía desvalida, a un paso de derrumbarse si no accedía a quedarse en Saldaña con ella. Con una breve mirada al exterior, Teodomira terminó por asentir.

—Aquí estaré cuando vuelvas, niña —afirmó, con tanta alegría que el corazón de Jimena aleteó de pura dicha.

Le vio a la orilla del río. Y durante unos minutos se dedicó a observar su estampa, conmovida y maravillada a un tiempo.

El guerrero empuñaba la espada con ambas manos, completamente concentrado en lo que hacía. Con su espectacular maestría, lanzaba estocadas imaginarias al aire de la mañana. Sus poderosas piernas avanzaban y retrocedían; solo de vez en cuando perdía su gracilidad habitual y se inclinaba hacia el costado derecho.

Unas calzas oscuras y una túnica corta cubrían un cuerpo más delgado que de costumbre. Aun así, su porte era magnífico, arrebatador. Su envergadura, tan enorme que Jimena se sintió intimidada.

Gracias a esa corpulencia, Martín había conservado la vida.

—Si hubiera sido un hombre menos grande, la espada de Odón le habría destrozado por dentro.

Todavía escuchaba las palabras de Teodomira mientras cosía el desastre ocasionado por el conde de Trabada. Demasiadas veces se las repitió a sí misma a partir de aquel momento, cuando ambas lucharon sin descanso contra la calentura que se apropió del cuerpo de Martín hasta que su propia fortaleza venció al mal.

La herida cicatrizaba con rapidez, pero todavía le dolía. Un nuevo y repentino movimiento provocó que él gruñera, antes de arrojar la espada al suelo para llevarse las manos al costado herido.

Estaba frustrado. Desmejorado y un poco torpe debido a la larga convalecencia. Su acostumbrada vitalidad se había visto mermada; tardaría en recuperarse del todo, pero Jimena nunca dejaría de dar gracias a Dios por poder tenerle vivo.

A pesar del miedo que le provocaba confesarle que todo lo ocurrido había sido por su culpa.

Otro hombre la repudiaría de inmediato. Suponía que Martín también lo haría, pero solo le quedaba un camino: la verdad. Y llegaba dispuesta a defenderla.

Incluso desde aquella distancia le oyó suspirar. Jimena acudió a su lado como si el gesto supusiera un reclamo. Ahuyentó las ganas de abalanzarse sobre él para demostrar su entusiasmo y sonrió cuando le vio alzar la cabeza.

—Estás aquí. —«Vivo. Conmigo»—. Veo que ya puedes sostener una espada.

Martín asintió y la miró rebotante de amor y ternura. Como si no hubieran pasado un infierno y mil calamidades. Como si nada hubiera cambiado.

—Te he echado de menos —dijo.

—Fui a verte, pero siempre estabas dormido. —En realidad se había escondido de él, posponiendo un encuentro inevitable—. Hoy por fin te has levantado.

—Me ha parecido la mejor manera de recibirte. Creo que tenemos una conversación pendiente.

Tan directo como siempre. Jimena carraspeó y se abrazó las rodillas.

—Podemos postergarla —propuso sin que la voz le temblara demasiado—. Si aún estás débil...

Hizo amago de marcharse, pero Martín tiró de ella hasta sentarla a su lado, demostrando dónde quedaba su debilidad.

—No más que tú —concluyó—. Al parecer, has estado velando mi sueño tantas jornadas que has terminado agotada. Quería visitarte esta mañana, pero mi madre me advirtió de que no interrumpiera tu descanso.

¿Por qué tenía que ser tan considerado?, pensó Jimena. Ahora las palabras se le hacían un nudo en la boca y el cuerpo le temblaba de indecisión.

Ella no quería hablar, sino hundir los dedos en el encrespado cabello negro de Martín. Esconder la nariz en el hueco de su cuello y abrazarle hasta que la herida del costado volviera a dolerle. Darle la bienvenida a la vida a base de besos y caricias que los harían retozar como campesinos. Repetirle hasta la saciedad cuánto le amaba.

Pero no sabía por dónde empezar.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Has velado por mí. ¿Cómo podría no estarlo? —Jimena contuvo la ansiedad cuando Martín la tomó de las manos para acariciarlas—. Pero me encontraré mucho mejor cuando sepa hasta qué punto confías en mí.

—Lo suficiente como para mostrarte mis dudas —respondió, ignorando el fuego que se extendía por sus mejillas.

No era necesario que se las planteara una por una, porque Martín se las sabía de memoria. Eran las mismas que ahora le acogotaban el alma y le llenaban de temor ante el posible rechazo de

Jimena.

Podría no creer su historia. Acusarle de las mayores vilezas para abandonarle a continuación. Otra vez y para siempre.

Pero Jimena le miraba de una manera diferente. Segura de él. Como siempre quiso que le mirara.

—La noche del asesinato me colé en la fortaleza de Laciana —comenzó Martín, con la voz ronca por el esfuerzo de contener la emoción—. Sabía que tu padre regresaba de los funerales del rey Alfonso con el conde de Trabada y quise curiosar. Los seguí hasta la sala principal, para descubrir con sorpresa que tú habías hecho lo mismo, así que me limité a esconderme un poco más lejos que tú. Pensaba reprenderte por tu pequeña travesura en cuanto tuviera oportunidad. Pero lo que sucedió a continuación fue demasiado grave como para pensar en reprimendas.

Aguardó. Ella permanecía tan impasible que Martín frunció el ceño. Teodomira le había advertido de que Jimena recordaba casi todo lo ocurrido en Laciana, pero que pudiera ser que esa parte continuara oculta. ¿Tendría que explicárselo?

Jimena asintió y escondió su mirada culpable. En cuanto supiera lo ocurrido, la despreciaría. Le destrozaría el corazón y se lo daría de comer a los perros. La...

—Me equivoqué al reconocer al asesino de mi padre —soltó, antes de seguir imaginando desgracias—. Y tú pagaste las consecuencias.

—No, Duende. Los dos hemos pagado.

—No me he explicado bien. Escucha. —Apenas se atrevió a tocar el costado de Martín. Temía dañarle aun más—. Tu parecido con Odón de Montoya me confundió, y el medallón que vi mientras él apuñalaba a mi padre hizo el resto. ¡Cuando encontré ese mismo medallón en tus aposentos, pensé que tú le habías asesinado! ¡Por eso no te ayudé cuando pude hacerlo! ¿Comprendes ahora? ¡Por favor, por favor, perdóname!

Jimena se derrumbó a sus pies con la facilidad de un montón de paja derribado por el viento, pero no se resistió cuando Martín la obligó a levantar la cara empapada en lágrimas.

Y lo que vio la dejó estupefacta. La culpabilidad empañaba los ojos verdes tanto como los de ella.

—¡Jamás vuelvas a arrodillarte ante mí! —rugió él—. Soy yo quien debería hacerlo.

—¿Tú?

Martín asintió lleno de pánico. Ya no había marcha atrás.

—A pesar de lo que estaba viendo, comprendí que no podía intervenir sin delatarme —continuó, sin quitar la vista de encima a Jimena mientras la devolvía a su lugar—. Si cualquiera de tus hermanos me hubiera encontrado en ese momento, el conde me habría acusado del crimen.

—¡Eras mi amigo! No se habrían atrevido a nada.

—Tu palabra no hubiera tenido validez alguna frente a la del conde de Trabada. Eras una niña. Y tanto tú como yo estábamos haciendo algo inapropiado. —Martín se llevó una mano a la cicatriz de la cara con nerviosismo—. Como poco, tus preciosas posaderas se habrían resentido. Eso sin hablar de lo que Hernán hubiera hecho conmigo.

Miles de cosas, a cada cual más horrible.

—De acuerdo —reconoció ella—. Pero eso no es motivo para...

—Odón te descubrió. —La cara de Jimena palideció. Sabía a lo que se refería—.

Afortunadamente, pude hacer ruido para desviar su atención de ti, pero cuando quise impedir que huyeras, tus gritos ya habían alertado a todos. Y, ¡condenación!, eras muy rápida corriendo.

—No tanto como tú persiguiéndome.

Una sonrisa de frío orgullo cruzó por la cara de Martín al recordar las dificultades que había tenido para alcanzarla antes que Odón de Montoya.

El resto estaba claro. Él había sido quien derribó al conde, enarbolando aquel enorme tronco con el que ella había soñado, para después arrastrarla a la orilla del río.

Con el corazón temblando de gozo y de miedo, Jimena acarició la áspera mejilla, cubriendo la cicatriz al completo.

La sonrisa de Martín se acentuó. El miedo comenzaba a dejar su lugar a la confianza. Hasta que se atrevió a enseñarle la marca de su palma derecha. Si era verdad que recordaba, aquello la mantendría a su lado con más fuerza.

O bien la alejaría de él para siempre.

Pero, para su sorpresa, no ocurrió ninguna de las dos cosas. Jimena apenas reparó en ella cuando alzó su mano y le enseñó la propia.

—Esperé, Martín —le reprochó con voz apagada—. Hasta que se hizo de día. Escuchaba a mis hermanos llamarme con desesperación mientras me buscaban, pero durante dos jornadas permanecí en silencio, aguardando a que volvieras. Cuando Hernán me encontró, a un paso de morir de frío, ya no recordaba por qué permanecía allí.

Martín ocultó su cara entre las manos, pero instantes después afrontó la mirada acusadora de Jimena. Podía abrazarla ahora. Besarla lentamente para demostrarle con hechos lo que se veía incapaz de expresar con palabras, hasta seducirla por completo.

Todo resultaba demasiado sencillo para un guerrero con el corazón tan henchido de amor como de arrepentimiento. Iba a escoger el camino complicado. A sofocar su deseo de saber a través de palabras, no de hechos. Era lo menos que ella se merecía.

—Fui en busca de mi madre, pero llegué tarde —siguió explicando. Se apartó de ella un momento y dirigió sus atormentados ojos al frente—. Odón de Montoya ya estaba allí, con dos de sus hombres, para apresarla. Lo que ocurrió después ya lo conoces.

A la perfección. Jimena asintió con rigidez.

Solo la amenaza de la muerte había logrado que Martín incumpliera la promesa dada a una insignificante y caprichosa niña que se olvidó de él.

¿Era devoción lo que le había llevado de vuelta a ella? ¿Cariño o amor?

—No entiendo —terminó por reconocer, con un lúgubre encogimiento de hombros—. Pasaron años antes de que volvieras, Martín. Y lo hiciste por encargo del conde de Trabada. Tú no podías... Es decir... No creo que me quisieras como...

—¿No crees que te amara entonces? —Jimena asintió, visiblemente aliviada—. Tienes razón. Te quería como lo que eras, pero nunca olvidé la palabra dada. Años después, convertido en un guerrero al servicio de Ordoño, asistí a su coronación como rey de León. Y allí volví a verte, representando al señorío de Laciana en compañía de tus hermanos. Hermosa, altiva. Fresca como el rocío de la mañana. Nada que ver con la muchachita temblorosa a la que debía una promesa. Ahí sí, Duende. Ahí comencé a ambicionarte, pese a que solo era un guerrero del que probablemente ni siquiera te acordarías.

—Fuiste mi amigo. El único al que podía confiar mis pensamientos sin miedo a ser reprendida o ignorada. Demasiado importante para mí. —Jimena inclinó la cabeza, como si sus revelaciones la avergonzaran—. No me acordaba, pero por razones distintas a las que supones.

—Poco después supe de esas razones.

Cuando se convirtió en gobernador de Castromoros y ella en la prometida del conde de Trabada. Cuando Odón de Montoya le encargó su custodia y todos los males que la aquejaban salieron a relucir.

Cuando le robó aquel beso y, con él, la paz de su espíritu.

—Mi posición en Castromoros me dio la oportunidad de acercarme a ti —continuó Martín, ajeno al vendaval que se desarrollaba en el interior de Jimena—. En nuestro primer encuentro vi que me confundías con el conde, y decidí aprovecharlo en mi beneficio.

—Quisiste cambiar el destino a tu favor, espadero. —No era un reproche, sino una afirmación.

—Sin reparar en medios para conseguirlo, niña. Desde un principio, todos mis actos tuvieron un solo fin: tú.

Jimena no le rechazó al escuchar su confesión, ni le llenó de reproches.

Solo daba por sentado que le pertenecía. Más que eso, si él se atrevía a desentrañar el significado de la boca entreabierta, el ceño ligeramente fruncido o el brillo de los ojos azules.

Demasiado atrayente como para ser ignorada.

—Eres mi esposa. —Martín pasó una mano por detrás de su nuca y la besó. Ya no aguantaba más aquella situación sin hacérselo saber. Había estado a un paso de la muerte. Y cuando había abierto los ojos, no la encontró junto a él. ¡Ahora que la tenía, no la perdería! Se aferraría a ella con uñas y dientes. Y con su lengua invadiendo la anhelada boca. Y con sus labios absorbiéndola para reclamarla una vez más—. Desde nuestro primer encuentro en Laciana decidí que serías mía, Duende. Por encima de Odón de Montoya, de tu hermano Hernán, de Ordoño y del mismo Dios.

No se arrepentía de haber blasfemado. Ni de nada de lo hecho para retenerla con él. Martín se lo dijo con la mirada salvaje de sus ojos, con su fuerte respiración y con los dedos en torno a su cuello. Volvió a besarla, esta vez con más calma, hasta que sintió cómo Jimena se rendía a él. Entonces la apartó.

—¿Recuerdas cuando Ansur quemó la herida que me provocó el oso? —Ella asintió en silencio—. Te pedí que te quedaras conmigo.

—Eso hice.

—No. No me refería solo a ese momento, sino a después. A todos los días de mi vida y al comienzo y fin de mi muerte. Te has apropiado de mi corazón, Jimena.

—¿Entonces por qué permitiste que siguiera olvidándote?

Las negras cejas de Martín se fruncieron ante aquel nuevo reproche lleno de tristeza. Buscó las palabras adecuadas con ahínco, y cuando las encontró, se inclinó sobre ella hasta tumbarla de espaldas.

Necesitaba que Jimena fuera consciente de su fuerza. De su calor, de su olor y también de unas intenciones que disimulaban miedos.

—Porque no me hubieras creído. Debías ser tú quien me reconociera, quien viniera a mí —le susurró—. Me arriesgué.

—¿A seguir siendo un desconocido para mí?

—A que nunca me amaras. Deseaba que te enamoraras de mí. Del Martín guerrero, señor de Castromoros. Del hombre que persiguió su ambición hasta hacerte suya sin reparar en medios. Mi piel y mi sangre, mi cabeza y mis sueños no hacían sino anhelarte. —La apretó contra su pecho hasta que la sintió estremecerse—. Sé que no fui noble. Que me comporté como un ruin, pero todo lo di por válido con tal de tenerte. Espero que algún día puedas perdonarme. Había acudido allí dispuesta a ser rechazada, y se encontraba con un montón de explicaciones y una profunda disculpa. ¿Cómo no iba a perdonar aquella suave insistencia que la había hecho caer rendida a sus pies? Martín había conseguido que su mente se abriera al completo. Paciente, no ruin. Leal, no traicionero. Demostrándole un amor tan constante como el tiempo que al fin era correspondido en la misma medida.

Cuando Jimena se apartó, las lágrimas de emoción le nublaban los ojos y le empapaban las mejillas.

—Ya te he perdonado, espadero —afirmó, acariciando la barba de Martín—. Y aceptado. Pero, sobre todo, te he amado. Y pienso seguir haciéndolo hasta que me quede vida en las entrañas.

—Quiero que me lo demuestres.

A Jimena no le dio tiempo de preguntar a qué parte se refería. Lo comprobó en cuanto las manos de Martín se colaron bajo su túnica y su cuerpo cubrió el de ella con salvaje dedicación. La boca masculina apagó cualquier intento de protesta que pudiera salir de la suya, aunque sus temores eran infundados.

Si él había añorado aquel encuentro, ella lo había padecido. Se sintió plena de deseo en cuanto las manos ásperas de Martín comenzaron a ascender por el contorno de sus muslos. El fuego crepitó entre ellos hasta extenderse a lo largo y ancho de su vientre.

¡Buen Dios, cómo le había echado de menos! Jimena exhaló un largo gemido y respondió al beso tal y como Martín deseaba. Archeó la espalda para fundirse con él y abrió las piernas en una clara invitación, pero al escuchar un leve quejido se apartó cuanto pudo.

—Aún estás débil para semejantes proezas —le susurró con la voz entrecortada.

Martín no respondió con palabras. Soportando las molestias de su herida, rodó hasta colocarla encima de él, con las piernas abiertas y su impresionante erección cómodamente aposentada, justo donde debería estar.

—Ya sabes cómo satisfacerme sin que yo tenga que moverme demasiado —sugirió, con las manos ascendiendo bajo la túnica hasta abarcar sus tiernos pechos—. Además, aquí estamos solos. Nadie nos verá. Y tengo un hambre voraz.

—La herida podría volver a abrirse...

—Jimena, escúchame con atención. —Ahora Martín la miraba serio, con la respiración perfectamente controlada y las manos sujetando su cara—. Cuando Ordoño me concedió Castromoros, yo solo deseaba una cosa: formar una familia. Contigo. Nadie, excepto tú, sabe lo que pasé para tenerte. Y ahora quiero ampliar esa familia. —Volvía a bromear. O no. El fuego verde de sus ojos se extendió por sus venas cuando volvió a su entretenimiento inmisericorde. Los dedos juguetones encontraron con rapidez el punto más íntimo de Jimena para frotarlo. La respuesta fue tan inmediata y húmeda que ella se vio en serios aprietos para detenerle de nuevo. Martín frunció el ceño y chascó la lengua—. Mi señora, soy el nuevo conde de Trabada. Como

esposa mía, me debes obediencia. Te ordeno que me complazcas. En todo.

Ella sonrió y le apartó de un empujón. Si quería jugar, jugarían.

—Así que desees una familia, espadero —aventuró.

—Podríamos empezar con un hijo. El resto ya se verá, niña.

—O por una sobrina.

La expresión despreocupada de Martín desapareció en el acto. Con Jimena todavía encaramada a sus caderas, se incorporó sobre los antebrazos para mirarla sin comprender.

—Hasta donde yo sé, Odón de Montoya iba a tomarte a ti como esposa —declaró.

—Y hasta donde yo sé, no es necesario tener una esposa para concebir hijos. Rosaura es hija bastarda de Odón y de Sol.

La maquinaria mental de Martín se puso a funcionar de inmediato. No era descabellado, si tenía en cuenta el parecido físico que siempre le había unido a esa niña. Ahora que sabía que Odón de Montoya era su hermano, ese parecido cobraba un nuevo sentido.

—¿No vas a decir nada?

—Pues... —Martín miró a la adorable criatura que tenía encima y suspiró con resignación. Aguardó a que la inflamación de su entrepierna bajara y después, con un cuidado infinito, la depositó en el suelo—. Quiero casarme contigo, Duende.

Jimena rio y se arregló la túnica.

—¡Pero ya estamos casados!

—No. Me refiero a un casamiento con todo lo que no tuviste. —Sin esperar respuesta, Martín se puso en pie y tiró de ella—. Ahora mismo me reuniré con Hernán para negociar la carta de arras. La parte del condado que te cederé. El...

Jimena no le dejó terminar. Se colgó de su cuello y le devoró la boca como si hubieran pasado siglos desde la última vez que le había besado. Con el mismo apetito y con mucha más experiencia.

—¿Es por Rosaura? —preguntó al cabo de un rato.

—Es por los hijos que tendremos. No quiero que estén en la misma situación que Rosaura.

—No lo estarán. Tú y yo ya nos hemos desposado.

Volvió a pegar sus suaves curvas contra la dureza de los músculos de Martín, pero él se mostró inflexible. O casi. Antes de apartarla con disgusto, se ocupó de rozar la cumbre de sus pechos con las yemas de los dedos.

—Esto habrá de esperar, amor —le murmuró con una insinuante sonrisa—. Haremos las cosas a mi modo, ¿de acuerdo?

Martín alargó una mano, pero ella no la tomó. La vio dudar, y contuvo un gruñido de impotencia.

—¿De qué tienes miedo? Jimena, ya hace tiempo que soy tuyo por completo. —Los ojos verdes mostraron un frío brillo cuando se acercó para besarla de nuevo. Después apoyó su frente en la de ella sin soltar el óvalo de su cara. Si tenía que convencerla de ese modo, que así fuera—. No habrá bastardos, ni encuentros con siervas. —La sujetó de los hombros con fuerza para mostrarle su temple. Estaba dispuesto a seguir luchando por ella. En su cabeza no cabía ninguna otra opción—. Tú colmas todos mis deseos, Duende, pero necesito que me creas. Al completo.

Su expresión era tan ardiente que Jimena le creyó. Como siempre había hecho desde que

irrumpió en su vida años después de haberla dejado. Martín lo era todo a un tiempo. Respetuoso y firme. Apasionado y terco. Generoso y ambicioso. Sin dudas ni titubeos. Con una determinación que había traspasado el muro de su memoria hasta destruirlo.

Y llegaba para quedarse.

—La promesa de sangre —murmuró Jimena, acariciándose la cicatriz.

—Nuestra promesa, mi vida. La que me llevó hasta ti. Ahora no habrá poder humano ni divino que me arranque de tu lado, Jimena. Siempre estaré contigo.

«Siempre». Esta vez Jimena asintió con firmeza. Martín correspondió con una radiante sonrisa. Ignorando el dolor de su costado, la elevó por encima de su cabeza y aulló como un lobo feliz.

Mucho después, iniciaron el camino de vuelta a la fortaleza cogidos de la mano. A su alrededor, se levantó una inesperada brisa que dejó su tibio contacto en la nuca de Jimena. Ella volvió la cabeza, tal vez esperando encontrar a alguien, pero seguían solos.

Solo eran los hilos invisibles de su conciencia susurrándole que, al fin, el cerco iniciado con la mezcla de sus sangres quedaba definitivamente cerrado.

EPÍLOGO

Había llegado el día.

Castromoros estaba de fiesta. El nuevo conde de Trabada acababa de tomar esposa. El hermano Bermudo había oficiado la ceremonia delante de Teodomira, Ansur y un exultante Hernán que, a esas alturas, rivalizaba con el viejo fraile en glotonería entre estruendosas carcajadas.

La música sonaba por doquier, como un acompañamiento al brillo de felicidad que mostraban los ojos de Jimena. En ese momento, y justo frente a ella, Sabina danzaba a su son junto con Rosaura.

Desde que Sol había sido desterrada, la niña se pasaba el día con Sabina. En un rincón, un poco alejados del juglar que poetizaba las hazañas del guerrero que llegó a señor para terminar siendo conde, Teodomira y Ansur charlaban sonrientes, recuperando el tiempo perdido.

—Ahora solo falta que tu hermano Hernán regrese a Laciana. Tanta espera me va a matar.

Jimena se sobresaltó por la voz queda y sugerente de Martín en su oído. Cuando giró la cabeza, se encontró con la mandíbula dura, los labios finos por la contención y los ojos verdes de su esposo que comenzaron a abrasarla en el momento en que se posaron en ella.

—¿Qué ocurre, mi señor? —Martín gruñó por lo bajo cuando oyó la exclamación de Hernán, que, sentado a su lado, le ofreció la copa llena de vino—. ¿El acuerdo de la carta de arras no es de vuestro agrado?

—Lamentablemente, tu cabeza no está incluida en ese acuerdo —replicó entre dientes.

—Si no fuera porque mi hermana os adora, ahora mismo os haría tragar la copa entera.

—Nos adoramos. Pero tú no estás enamorado. No puedes entenderme. —Para su sorpresa, Hernán frunció las cejas sin convicción—. ¿Acaso estás enamorado?

—¡Dios no lo permita! —exclamó con espanto, ganándose un severo codazo por parte del hermano Bermudo—. Pero podría estar... digamos que interesado.

Martín comprobó atónito cómo Hernán paseaba su mirada ansiosa una y otra vez por todos los presentes, para terminar clavándola en la comida con cierto grado de desilusión.

—¿No has encontrado por aquí el objeto de tu interés? —le pinchó con una malvada sonrisa.

—No preguntéis más si no queréis que sea grosero con vos.

—Te repites demasiado en ese trato tan formal —apreció Martín, chascando la lengua—. Se te nota algo forzado.

—Es el que corresponde a vuestro nuevo rango de conde.

Hernán bromeaba. Su carcajada se pudo escuchar por encima de la música.

—Pero tú eres el hermano de mi esposa. Además, me salvaste la vida —concluyó Martín con la misma chanza.

—Y me costó lo mío. Si pienso en tu actitud antes de sacarte de la mazmorra, me entran ganas de volver a golpearlo.

—Golpearnos, Hernán. Golpearnos —corrigió, pasando un brazo por los hombros de su cuñado

—. Lo cual nos da una familiaridad añadida. Te dispenso de ese trato que tanto te desagrada... si me cedes a Félix.

El Lobo Gris se desprendió del brazo de Martín y le miró perplejo. Ese favor excedía con mucho los lazos familiares.

—Félix siempre ha sido mi hombre de confianza —protestó.

—Y el único padre que Rosaura conoce. —Después de un largo trago, Martín dejó la copa sobre la mesa y señaló al instructor con un movimiento de cabeza—. En breve nos iremos a Trabada. Rosaura es hija de mi hermano y quiero que venga conmigo. Después de desposarse con su madre, Félix le ha cogido mucho cariño. No creo que se niegue a acompañarnos hasta tierras vasconas.

Hernán frunció el ceño. Tenía pensado regresar a Laciana con todos sus efectivos. No le hacía ninguna gracia desprenderse del instructor. Pero en ese momento Félix abrió los brazos para que Rosaura se precipitara en ellos con un grito de alegría, y el gesto pareció decidirle.

—Si él no tiene inconveniente, yo tampoco —resolvió, antes de girarse hacia el hermano Bermudo para seguir con su particular competición, engullendo medio muslo de pollo de un solo bocado.

—¡Gracias al cielo! —musitó Martín con los párpados cerrados por el alivio.

—¿Qué sucede? ¿Tan importante es para ti que Félix nos acompañe a Trabada? ¿O es que te alegras de que mi hermano esté interesado en alguna doncella? No sería de extrañar. Es el señor de Laciana. Y no tiene herederos que...

Llegados a ese punto, Martín consideró oportuno interrumpir la perorata de Jimena con un beso que fue coreado por todos los presentes.

—¿Nadie te ha dicho que hablas demasiado? —murmuró, recordando la primera vez que le había formulado aquella pregunta.

—Nadie me lo ha dicho de este modo —le respondió Jimena, sonriendo. Con todo el disimulo posible, llevó su pequeña mano al lugar más vulnerable y tenso de la anatomía de Martín.

—Estoy así desde que te has convertido en la esposa del conde de Trabada con todas las de la ley —explicó él—. No puedes lucir tan hermosa y pretender que yo permanezca como una roca, Duende.

—No eres una roca, aunque ahora mismo lo parezcas. —Lejos de sentirse intimidada, Jimena sacudió los dedos. Los dientes de Martín rechinaron—. ¿Qué es lo que te altera tanto, espadero? ¿La túnica ajustada sobre mis pechos? ¿Lo que esta oculta un poco más abajo? ¿O quizá...?

No terminó la frase. Decidió que era mejor pasarse la punta de la lengua por los labios carnosos. Muy despacio y al completo.

—Con que esas tenemos —murmuró Martín, antes de ponerse en pie y arrastrarla con él fuera de la sala.

Todos se dieron cuenta del estado en el que se la llevaba, pero ¿qué más daba? Durante la infernal jornada Martín apenas había podido hablar, mucho menos comer. Sus ojos no habían dejado de enviar señales a su esposa acerca de lo que harían en cuanto pudieran estar solos.

Le había costado un esfuerzo enorme mantener la serenidad el tiempo adecuado. Después de semanas de abstinencia, no tenía intención alguna de posponer su noche de bodas más allá de lo necesario. Por si le quedaba duda alguna, Jimena y su disimulada desvergüenza le habían

encendido hasta un punto de no retorno.

Por lo tanto, le traían sin cuidado las risotadas de Hernán, los comentarios atrevidos de Ansur acerca de las prisas de los recién casados e incluso la probable presencia de Sabina en sus aposentos.

Ahora mismo no era un hombre. Era un huracán que arrasaría con todo lo que encontrara a su paso para estar dentro de Jimena. Entre sus muslos y envuelto por la ardiente humedad que le llevaría directo al cielo.

Ascendió por el primer tramo de escaleras con ella de la mano, para pararse repentinamente y besarla con ardor.

—¿A esto te referías con lo de «la espera»? —jadeó Jimena en cuanto pudo.

Martín la aprisionó contra la pared con tal ímpetu que apenas la dejó respirar.

—Todavía no he empezado, niña —susurró, mordisqueándole la oreja—. Cuando termine contigo, no te quedarán ganas de jugar al gato y al ratón.

—Yo creo que sí.

Para demostrárselo, Jimena elevó una pierna a la altura de los muslos de Martín. La respuesta fue inmediata. Un gruñido sofocado. Una mano deslizándose bajo la túnica para disfrutar del tacto fresco de la piel. Un coletazo de su lengua para indicarle lo que haría a continuación, y un suspiro casi infinito de Jimena al imaginárselo.

La mano de Martín encontró pronto su destino. Y el gruñido masculino pasó a ser gemido. Ella estaba húmeda, dispuesta para él.

Se consumía por tomarla, pero no lo haría allí. Volvió a agarrarla de la mano y la arrastró con él.

—¿A dónde vamos? —preguntó Jimena entre risas ahogadas.

—¿Tú qué crees?

—¿Al lecho?

O al frío suelo de piedra. O pegados a la pared. O incluso sobre la cómoda silla. A cualquier lugar donde pudiera saciar su sed de ella.

—A cumplir con nuestra obligación. Lo estás deseando —refunfuñó Martín, caminando más deprisa—. Y tengo tantas ganas de estar dentro de ti que no sé si podré llegar a tiempo.

Pero llegó. En un abrir y cerrar de ojos, Sabina desapareció de la estancia para dejarlos solos. Y en mucho menos tiempo, Jimena tenía el enorme cuerpo de Martín completamente desnudo, demandando una respuesta a su impaciente lujuria con mucha desesperación.

Jimena estuvo a la altura. Fue ella quien, apartándole un poco, consiguió desembarazarse de la túnica para estar tan desnuda como él. Quien se encaramó a ese cuerpo hercúleo y palpitante para devorarlo a besos. Quien mordió y arañó hasta que Martín tropezó y cayó sobre ella.

Ni siquiera distinguió si lo que había debajo de Jimena era el lecho o el suelo hasta que pudo elevarse mínimamente sobre los brazos.

—Jimena, haces que pierda la noción del tiempo.

—Estás aquí. Conmigo. ¿Quieres que te lo demuestre?

No esperó a que le respondiera y le rodeó las estrechas caderas con las piernas para aprisionarle entre ellas. Martín gimió. Se ahogaba. Se consumía por vivir en el centro de aquellas piernas que le esclavizaban.

Restregó su dureza contra ella, llevando su placer a cotas salvajes. Jimena se tensó. Elevó la parte inferior del cuerpo y le buscó con más ahínco. Sentía el calor palpitante entre sus pliegues, buscando, pujando. Dejó escapar un largo jadeo cuando se sintió llena, con el grueso mástil de su esposo satisfaciéndola por completo. ¡Que el cielo la ayudara! Los ímpetus de aquel hombre parecían hechos para ser acunados entre sus muslos.

Martín enredó su cintura con un brazo e irguió la cabeza. Sus ojos no se apartaron de ella en ningún momento. Ni siquiera cuando sus movimientos ondulantes se hicieron más potentes y rápidos. Quiso disfrutar de los gritos de Jimena mientras él mismo se disolvía en su interior. Quiso que ella fuera consciente del placer que le proporcionaba cuando su gruñido llenó cada rincón de la estancia y sus estremecimientos chocaron contra las palpitantes paredes de Jimena. Solo cuando estuvo seguro de que ella lo había comprendido, se dejó caer con cuidado y máxima dedicación.

Durante una pequeña eternidad contempló las mejillas sonrosadas, la mirada arrobada y la frente humedecida por el sudor de la pasión saciada.

Y se sintió afortunado. Por haber sido aceptado por completo en su vida. Por haber domeñado la natural rebeldía de Jimena sin abatir su espíritu libre. Por disfrutar de su valentía, su terquedad y su pasión inagotable.

—Te amo —susurró con los ojos humedecidos. ¡Condenación! Ya ni siquiera le importaba mostrarse demasiado sensible—. Ahora que sé que tú me recuerdas, creo que nunca he dejado de amarte.

Jimena sonrió y dejó que la yema de su dedo índice vagara por la cicatriz de Martín. Cuando comprobó cómo este se estremecía, su sonrisa se ensanchó.

Le divertía comprobar hasta qué punto su esposo era vulnerable a esas caricias. ¿Cómo reaccionaría si se mostraba un poco más malvada de lo habitual?

—¿Nunca? —preguntó con aire juguetón—. ¿Y qué me dices de las otras mujeres? Han debido de ser muchas para que adquirieras la pericia que utilizas conmigo, espadero.

—Satisfacían mi necesidad física, niña. —Martín iba a continuar con sus explicaciones cuando se dio cuenta de que Jimena bromeaba. Con un gruñido oscuro y profundo, giró sobre sí mismo sin salir de su interior hasta tenerla sobre él. Después, le apartó el cabello dorado de la cara. Era importante que viera la satisfacción de la que le hablaba—. En realidad, solo estabas tú. Mi única ambición es envejecer junto a ti. Ser tu dueño al completo.

Siempre lo había sido. Los recuerdos perdidos habían acudido a ella con la presencia constante de Martín en su vida. Él los había despertado con la misma tenacidad con la que le arrancaba gritos desahogados de placer, besos desvergonzados y caricias casi prohibidas. Había conseguido desterrar de su conciencia personajes tan funestos como Odón de Montoya hasta hacerlos parecer simples sueños.

«Desde siempre, Jimena. Y por el tiempo que Dios decida».

De pronto esas palabras recuperaron su sentido para ella. Los planes de Martín se habían llevado a cabo en su totalidad. Ella le pertenecía al completo y con una ardorosa conformidad. Él se lo demostró cuando los dedos ásperos recorrieron el contorno de sus pechos, haciéndolos vibrar de nuevo.

—Desde que me robaste el corazón soy tuya —afirmó Jimena, arqueándose para recibir las

caricias de su esposo en toda su plenitud.

—¿Te robé el corazón?

Le había robado algo más: su esencia y sus pensamientos, hasta hacerlos de él. Aunque de no haber sucedido así, Jimena no dudaba que se los hubiera entregado de buen grado.

—Y ruego a Dios para que no me lo devuelvas, espadero —afirmó, inclinándose sobre Martín para besarle—. Nunca.

AGRADECIMIENTOS

A Rosana... otra vez. Y ya van... Bueno, espero que sean las primeras de muchas, porque tu talento no tiene precio, niña. Sé que me repito, que esto ya te lo he dicho muchas veces, pero es que las verdades deben proclamarse hasta la saciedad. Y es una verdad muy grande que Martín, Jimena y su preciosa historia de amor y aventuras saldrá a la luz, en gran medida, gracias a tu capacidad de análisis, a tu olfato para detectar los fallos, a tu sinceridad abrumadora a la hora de hacérmelos ver, y sobre todo, a tu paciencia. Tu enooooorme paciencia. Nunca te daré las gracias lo suficiente, pero por algo se empieza.

A Olga Mata, Susana Izquierdo, Ana Llyr y Azucena Rodríguez, administradoras del grupo GENERACIÓN DE ESCRITORAS LAS LOCAS LIBERADAS, así como a todos sus integrantes, por permitirme formar parte de esa generación entre tanto talento, por apoyarme en todos mis proyectos, tanto en público como en privado. En definitiva, por estar ahí no solo físicamente, sino también de corazón.

Y cómo no, a mi marido y mis hijos, que siempre afrontan con paciencia mis cambios de humor cuando estoy aporreando el teclado, mi «abandono» de todo lo que no sea una historia cuando las Musas me atosigan, sea la hora que sea. Por vuestro amor incondicional. Para mí, sois lo más importante en la vida.

Índice de contenido

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

Epílogo

Agradecimientos